ELSIE SILVER



# Reckless

# SIN MIEDO

SAGA CHESTNUT SPRINGS

CONTRALUZ

# ELSIE SILVER

# *Reckless*

# SIN MIEDO

## SAGA CHESTNUT SPRINGS

Traducido del inglés por Elena Macián Masip

CONTRALUZ

*Para todas las mamás cansadas. Os entiendo.*



# UNO

## *Winter*

—No sé por qué te ha dado por ir a trabajar a ese hospital de mala muerte perdido en mitad del campo. No me entra en la cabeza.

Antes pensaba que Rob era un buen tío.

Ahora tengo las cosas más claras.

—En fin, Robert —contesto alargando las palabras y usando su nombre completo para cabrearlo mientras meto el último jersey en la maleta demasiado llena—. No sé si te habrás dado cuenta, pero en el campo también hay seres humanos que necesitan atención médica. Seres humanos de verdad, ¿eh? De los que están vivos.

No tengo ni idea de por qué me estoy llevando tanta ropa para un solo turno. En los días que paso en Chestnut Springs, voy con el pijama sanitario cuando estoy en urgencias y con unos *leggings* cuando estoy en el hotel.

—Gracias por la aclaración, Winter. —Usa un tono mordaz ante el que según quién se acobardaría…, pero yo no. Mi parte más oscura se enorgullece inmensamente de saber cómo cabrear a mi marido. Aprieto los labios intentando contener una sonrisa de satisfacción—. Pero ¿por qué ese hospital? ¿Por qué Chestnut Springs? Te largas allí constantemente y ni siquiera me avisas de que te marchas. Ahora

que lo pienso… —Se rasca la barbilla con un gesto teatral, apoyado en el marco de la puerta de mi dormitorio—. Nunca has tenido en cuenta mi opinión. No me preguntaste si me parecía bien que mi mujer aceptase este trabajo. La verdad es que no me parece una jugada profesional muy inteligente.

Cada vez que lloriquea como un crío me pregunto qué le vi. Tampoco estoy muy segura de cuándo me empezó a repugnar el hoyuelo de su barbilla. Solo sé que me da grima.

A mis ojos, esa forma de peinarse el pelo con la raya al lado y ese pequeño remolino que no se mueve ni cuando hace viento solía darle un aspecto sofisticado y pulcro.

Ahora me parece falso.

Como falsa ha sido gran parte de mi vida con él.

Estoy bastante segura de que la única razón por la que se peina así es porque es demasiado vanidoso para admitir que se está quedando calvo.

Y, para mí, no hay nada que reseque y marchite la virilidad de un hombre tanto como protestar porque una mujer ejerza su derecho a la independencia profesional. Por mí, como si patalea contra el suelo y se larga indignado como un niñato machista.

Cojo la cremallera y hago fuerza contra el abultado contenido de la maleta.

—Qué gracioso —contesto asegurándome de mantener un tono firme y frío—. Es casi como si… Como si fueras la última persona a la que le consultaría sobre mi vida profesional.

Con un resoplido, logro cerrar la cremallera y me quedo mirando la maleta. Pongo los brazos en jarras y permito que una sonrisa de satisfacción me acaricie los labios.

—¿Qué narices significa eso, Winter?

Le ha dado por añadir mi nombre al final de cada frase. Es como si estuviera intentando regañarme.

Ya quisiera. A mí no me regaña nadie.

Él no tiene ni idea de lo que implica moverse por el sistema sanitario cuando eres una doctora joven. Vive feliz en su ignorancia.

Si dejase que hombres tan débiles como Rob me pisotearan, no tendría ninguna posibilidad.

Y esta carrera es lo único que tengo que sea verdaderamente mío. Es lo único que he tenido nunca. Así que, por lo que a mí respecta, Robert puede irse a la mierda.

Giro una mano y echo un vistazo a mis uñas, que tengo olvidadas, para intentar mostrarme aburrida. Mientras me pregunto si encontraré un buen sitio para hacerme la manicura en Chestnut Springs, le replico:

—No te hagas el tonto. No hay quien se lo crea al lado de tanta queja.

No puedo evitar preguntarme por qué sigo casada con él. Sí que entiendo por qué pensaba que tenía que aguantar, pero ahora… Ahora tengo que armarme de valor y acabar con esto de una vez. Echo un vistazo a mi maleta, que está preparada como si fuese a irme para mucho más tiempo, y me pregunto si mi subconsciente sabrá algo que yo no sé.

Quizá ese cabrón se haya puesto firme y haya decidido liberarme de este yugo de una vez por todas.

No puedo decir que me oponga a ello.

—Ten mucho cuidado con cómo me hablas —me espeta Rob.

Me miro las cutículas con los ojos entornados mientras lucho para contener la ira que burbujea en mi interior. Es como lava caliente borboteando bajo la superficie fría, a punto de entrar en erupción y arrasar con todo a su paso.

Pero he conseguido mantener esa ira a raya durante años y no permitiré que quien me haga entrar en erupción sea el doctor Rob Valentine.

No se merece tanta energía.

Deslizo la vista hacia él, que está al otro lado de mi habitación. Mi habitación, porque, cuando le dije sin medias tintas que no volvería a dormir en la misma cama que él, me invitó a trasladarme a la habitación de invitados en lugar de irse él. Está hecho todo un caballero.

Aunque la culpa es suya.

Él es la razón de que estemos como estamos.

Y lo peor de todo es que hubo un tiempo en que lo amé. Lo sentía mío. Era mi lugar seguro, la persona en la que me refugié tras haberme criado inmersa en una especie de guerra fría doméstica.

Bajé la guardia con él. Me enamoré hasta las trancas.

Y me rompió el corazón. Me hizo mucho más daño del que jamás reconoceré ante nadie.

No le contesto. En su lugar, cojo la maleta y paso junto a su cuerpo esbelto en dirección a la puerta principal de nuestra fastuosa casa de mil metros cuadrados.

Me sigue; lo oigo. Los zapatos de vestir resuenan contra el mármol. No se ofrece a llevarme la maleta, por supuesto. Se me dibuja una sonrisa irónica en los labios. Niego con la cabeza; no sé por qué se me había ocurrido que se molestaría en mover un dedo por ayudarme. Lo que más me ha costado aceptar de la implosión de mi matrimonio ha sido que no me lo vi venir. Que, a pesar ser inteligente, conseguir lo que me propongo y ser estratégica en todo lo que hago, haya permitido que este imbécil me tuviera cegada es, simplemente…, humillante.

Haber sido estafada de ese modo me irrita sobremanera.

Casi siento la rabia que irradia de él, que está a mi lado, furioso. Pero yo sigo adelante con calma. Me calzo un par de botas altas de cuero y me envuelvo en un largo abrigo de lana marrón.

—¿En serio, Winter? ¿Ni siquiera vas a tener la decencia de contestarme?

Me ato el cinturón del abrigo alrededor de la cintura de forma metódica, tras decidir que no, que no pienso tener la decencia de contestarle.

El problema es que Rob me conoce muy bien. Hemos estado juntos cinco años, lo que significa que él también sabe cómo cabrearme a mí.

Me recorre el rostro con la mirada, entornando los ojos con cierta crueldad.

—Me gustabas más con el pelo más claro. —Me señala la cabeza con el dedo índice, juzgando los mechones oscuros coronados por un tono más cálido. Siempre ha estado obsesionado con que yo tuviera el pelo rubio platino; siempre me decía que le encantaba—. Este color no te favorece. Se ve sucio.

Pero retocarme las raíces, el champú especial y las mascarillas hidratantes eran demasiado trabajo para una residente exhausta, por lo que le pedí a la peluquera que me rebajara un poco el tono.

Parpadeo un par de veces. Qué agallas. No me puedo creer que se comporte como si el color que yo haya elegido para mi pelo fuese una afrenta personal.

Aunque, en realidad, sí que puedo. Porque este año se ha quitado la máscara y por fin me ha mostrado el feo y pretencioso rostro que escondía debajo.

—Tiene gracia, porque a mí me gustabas más cuando no sabía que habías seducido a mi hermana adolescente para luego joderle la vida.

Resopla. ¡Resopla!

—No fue así. Era ella la que estaba obsesionada conmigo.

Arrugo la nariz; el olor a mierda de sus mentiras se percibe desde aquí.

—Un médico mucho mayor que su paciente menor de edad le salva la vida. Se vale de su atractivo físico y su poder para que ella acabe comiendo de su mano. Se convierte en un héroe a sus ojos. Luego, en cuanto ella cumple los dieciocho, empieza a follársela a escondidas como si fuese un sucio secretito. Y cuando conoce a su hermana, que es mayor y más adecuada para él, la desecha como a un pañuelo usado y se casa con la que no le supone el riesgo de perder el trabajo, porque, claro, lo que ha hecho es una violación del código deontológico de su profesión. ¡Ah! —Levanto un dedo—. Pero aquí viene lo mejor: no renuncia a la más joven todavía. La sigue, la acosa, sabotea cada relación que empieza solo porque puede. O quizá porque le hace sentir mejor cuando advierte la calva incipiente que tanto intenta tapar.

La rabia se arremolina en mi interior, pero la culpa la tengo yo, por haber permitido que me saque de quicio.

Se cruza de brazos y me fulmina con la mirada, con ese pelo dorado y repeinado, los ojos azules y brillantes y ese aspecto de muñeco Ken.

—Sabes perfectamente que nunca la quise.

Me atraviesa una punzada de ira. Todo a nuestro alrededor se difumina hasta que centro la mirada en el imbécil con el que me casé. Intento mantener la voz firme. Los años que he pasado practicando esta fachada me han ayudado a sobrevivir a los momentos más desgarradores. Esto de actuar lo tengo controladísimo.

Pero hoy me cuesta.

—¿Crees que no haberla querido nunca cambia algo? Estamos hablando de mi hermana pequeña. La que estuvo a punto de morir. Y te pasaste años jugando con ella. ¿Y yo qué? Tampoco creo que a mí me hayas querido nunca.

Mis palabras reverberan en el espacioso recibidor. Nos miramos fijamente.

—Sí te he querido.

«Sí te he querido». ¿Esa es su gran declaración?

Me río con amargura.

—¿A quién coño pretendes engañar, Robert? ¿Es que nunca te cansas de mentir? ¿De intentar que tus historias no hagan aguas por todas partes? Se te ha acabado el chollo. Ahora sé cómo eres. Me hiciste creer que tenía algo que nunca tuve. Me engañaste. —No me corrige, se limita a fulminarme con la mirada. No debería dolerme, pero me duele—. Por lo que me has hecho a mí, lo que siento por ti es indiferencia. Pero por lo que le has hecho a ella… Te odio. No te habría tocado ni con un palo si me hubiera dado cuenta de la clase de hombre que eres. Puede que me engañaras una vez, pero nunca más.

Y, tras esas últimas palabras, cojo mi maleta, doy media vuelta y abro la puerta con tanta fuerza que la golpeo contra la pared de

atrás. Odio estar tan alterada, sentirme tan fuera de control. Pero, con la cabeza bien alta, pongo la espalda recta y salgo de esa casa con la mayor placidez e indiferencia posibles.

—¿Significa eso que me dejas?

¿Cómo es posible que alguien pueda tener tantos estudios y ser tan tonto a la vez? Casi me da la risa. Sigo andando y le doy unos golpecitos en el hombro al pasar por su lado, como el perro que es.

—Dale un buen uso a ese título en medicina tan fabuloso y descúbrelo tú solito.

—¡Ni siquiera te cae bien! —grita con un tono quejicoso que me eriza la piel, como si estuviesen restregando un clavo en una pizarra —. ¿Vas a correr a sus brazos y rogarle que te perdone después de lo hija de puta que has sido con ella todos estos años? Pues buena suerte. Cuando vuelvas con el rabo entre las piernas, aquí estaré.

No me digno a contestar a sus pullas ni con una sola mirada. Me limito a hacerle una peineta y regodearme en la satisfacción de saber que se equivoca.

Que no es tan listo como se piensa.

Y yo tampoco. Ahora mismo, me siento muy pequeña y muy estúpida.

Porque yo quiero a mi hermana.

Simplemente, tengo una forma muy retorcida de demostrarlo.



Espero no morirme ahora que por fin he recuperado un poco el control de mi propia vida.

Quiero empezar de cero. Y, aun así, la sola idea de hacerlo me aterroriza.

El Hospital General de Chestnut Springs solo está a una hora en coche de la casa en la que vivo, pero me da la sensación de que no voy a llegar nunca. Empecé a trabajar aquí hace unos meses, así que podría recorrer este camino con los ojos cerrados, pero hoy

nieva tanto que se me han puesto los nudillos blancos de aferrar con todas mis fuerzas el volante.

Además, todavía estoy molesta por haber perdido los nervios.

Rob ha empezado la discusión diciendo que no le entraba en la cabeza por qué querría trabajar en este hospital de mala muerte, pero yo no tenía intención de confesarle la verdad.

En primer lugar, que trabajar en un hospital donde no soy su mujer ni la hija de mi madre es un alivio. Puedo practicar la medicina y enorgullecerme de mi trabajo sin tener que lidiar con las habladurías y las miradas de lástima. Sin tener que aguantar el peso de toda esa mierda.

Porque aunque todo el mundo lo sabe, nadie habla de ello, y tener que vivir así estaba empezando a hacer estragos en mi cordura. Sé cuál es la imagen que todo el mundo tiene de mí. Me doy perfecta cuenta. Puede que no lo digan, pero lo oigo alto y claro de todos modos.

Una médica que consiguió su puesto en el hospital gracias a los contactos que tiene su familia y a su matrimonio.

Una mujer intratable, fría e infeliz.

Una esposa lo bastante patética para ignorar la traición de su marido.

Y, en segundo lugar, porque nunca he deseado estar cerca de mi hermana tanto como ahora. Cuando estaba enferma, solía colarme a hurtadillas en el hospital para ver cómo estaba. Leía su historial para comprobar cómo evolucionaba, aunque todavía estaba en la universidad. Y ahora… Ahora miro a mi hermana pequeña y lo único que veo son los años que he perdido.

Veo a una mujer que vivió sumida en la desgracia para ahorrarme un poco de sufrimiento a mí.

Resulta que en eso nos parecemos.

Ahora es feliz. Está prometida con un hombre que tiene el pelo demasiado largo pero que la ama de un modo que yo jamás lograré experimentar. De todas formas, también me alegro por ella; Dios sabe que merece un poco de paz. Dejó la carrera de Derecho y su

trabajo fijo en la firma de representantes deportivos de mi padre para gestionar un gimnasio y vivir en un pequeño rancho pintoresco en mitad del campo.

La admiro.

Pero no tengo ni idea de cómo reparar el abismo que hay entre las dos, así que acepté un trabajo a media jornada en el pueblecito en el que vive con la esperanza de encontrarme con ella por casualidad y arreglar las cosas.

Hay una situación que se reproduce con frecuencia en mi mente; aflora en ella constantemente. Supongo que debo de estar intentando manifestarla o algo así. En ella, Summer va paseando por la acera y yo me doy de bruces contra ella al salir de la adorable cafetería parisina de la calle principal. Mi hermana se sorprende al verme y yo le dedico una sonrisa cálida que no es forzada. Luego señalo detrás de mí y le digo: «Oye…, ¿te apetece un café?» con un tono natural y encantador que hace que ella me devuelva la sonrisa.

Evidentemente para que esto ocurriera tendría que pasar algo de tiempo en un lugar que no fuese el hospital o el hotel, pero no hago más que pasar de una zona segura a la otra, demasiado asustada y avergonzada para enfrentarme a ella.

—A la mierda —murmuro. Me sorbo la nariz y me pongo recta, con la mirada fija en la carretera—. Siri, llama a Summer Hamilton.

Después se hace un silencio denso, cargado con el peso de años de expectación.

—Llamando a Summer Hamilton —contesta la voz robótica.

Esa formalidad es como una puñalada en el pecho. La mayoría de la gente tendría a su hermana guardada en el móvil con un sobrenombre adorable. Quizá, si fuéramos amigas, la llamaría «Sum». Sin embargo, tal y como están las cosas ahora, ni siquiera sería descabellado que incluyese su segundo nombre en su contacto de la agenda.

Suenan los tonos. Uno. Dos.

Y entonces contesta.

—¿Winter? —pregunta sin aliento. Sin embargo, mi nombre en sus labios no suena a acusación. Es… esperanzador.

—Hola —contesto como una boba.

No hay años de formación ni libros de texto de Medicina que pudieran prepararme para esta conversación. Desde que ese día estalló todo en el hospital, la he reproducido en mi mente un millón de veces. He pasado noches en vela preparándome para ella.

Y no ha sido suficiente.

—Hola… ¿Estás…, estás bien? —Asiento. Me escuecen los ojos. He sido horrible con Summer durante años y su primer instinto es preguntarme si estoy bien—. ¿Win?

Respiro hondo. «Win». Mierda. Ese diminutivo. A ella le resulta tan fácil… Me pregunto distraídamente qué nombre tendré yo en sus contactos. Siempre imaginé que sería «hermanastra malvada» o algo por el estilo.

Es que es majísima, joder. Casi me dan ganas de vomitar si pienso en que alguien pueda ser tan amable conmigo después de todo lo que ha pasado, después de lo fría que he sido con ella.

No me merezco a Summer, pero quiero merecérmela. Y para conseguirlo tengo que ser sincera.

—No. Creo que no estoy bien —contesto, intentando ocultar con un carraspeo que se me está quebrando la voz.

—Vale. —Me la puedo imaginar ahora mismo, asintiendo, apretando los labios. Imagino su mente trabajando a toda velocidad mientras intenta resolver este problema por mí. Así es ella. Necesita arreglarlo todo—. ¿Dónde estás? ¿Necesitas que vaya a buscarte? ¿Estás herida? —Hace una pausa—. ¡Ah! ¿Necesitas asesoramiento legal? Ya no ejerzo, pero podría…

—¿Puedo ir a verte? —la interrumpo. Y ahora parece que le toca a ella sumirse en un perplejo silencio—. Ya estoy de camino a Chestnut Springs. Podría… No sé… —Un suspiro entrecortado se abre paso por mi garganta—. ¿Invitarte a un café? —termino con poca convicción mientras miro el reloj digital, que ya marca las seis de la tarde.

Cuando su voz me llega a través del teléfono, parece embargada por la emoción. Dulce.

—Me encantaría. Pero ¿podría ser un vino?

El nudo de tensión de mi pecho se disipa, un nudo que ni siquiera sabía que estaba ahí hasta ahora. Y, ahora que me he percatado de su presencia, no puedo evitar sentir que llevaba ahí años.

—Sí. —Aprieto el volante con los dedos—. Sí. Vino. Claro.

Parezco una mujer de las cavernas, joder.

—Esta noche tenemos una cena familiar en la casa principal. Vendrá bastante gente. Me encantaría que tú también vinieras.

Se me hace un nudo en la garganta, algo poco propio de mí. Este tipo de amabilidad se me antoja ajena después de haber vivido tanto tiempo en una burbuja estéril con Rob y con mi madre. Este tipo de perdón… No sé cómo reaccionar ante él.

Así que le seguiré la corriente. Creo que es lo menos que puedo hacer.

—Ahí estaré. ¿Me mandas la dirección?



Con las prisas por salir pitando de la ciudad, he ignorado el depósito de gasolina todo lo posible… Sin duda, apurando demasiado. Cuanto más me alejo de la ciudad, más ansiosa me siento.

Así que paro a echar gasolina en Chestnut Springs antes de enfilar esa carretera espeluznante que, según mi móvil, me llevará al rancho.

Y, mientras estoy ahí de pie, congelándome y deseando haberme puesto ropa de invierno más adecuada, permito que todas las preocupaciones se cuelen a través de los muros que tan cuidadosamente he construido.

La preocupación por ver a Summer.

La preocupación por sentarme a cenar con un montón de gente que seguro que piensa que soy una zorra inhumana.

La preocupación por las carreteras cubiertas de nieve. Últimamente he atendido demasiados accidentes de tráfico en urgencias.

La preocupación por mi carrera y por qué coño voy a hacer. Dónde voy a acabar.

Tiene gracia —una gracia un poco lúgubre, pero gracia al fin y al cabo— que no me preocupe absolutamente nada haber dejado a Rob definitivamente. Lo he alargado demasiado tiempo. Lo he pensado y lo he analizado desde todos los ángulos posibles.

Pensaba en el divorcio como en un fracaso. Sin embargo, esta noche, marcharme no me ha sabido a eso.

Me ha sabido a alivio. Como si tuviera a alguien encima del pecho y por fin hubiera tomado el control de mi vida lo suficiente para apartarlo. Me duelen los músculos de tanto empujar y la pelea me ha dejado con moratones y magulladuras.

Marcharme ha sido doloroso, pero por fin puedo respirar a través del dolor.

Exhalo un suspiro profundo, pesado, y contemplo las pequeñas nubes que forma mi aliento al abandonar mis labios, más evidentes ahora, bajo las luces de neón, que cuando estaba en la zona de estacionamiento de la gasolinera. En cuestión de segundos, las puntas de mis dedos, que están rodeando el mango de plástico rojo, pasan de tener un cosquilleo a estar totalmente entumecidas. Doy unos saltitos y levanto la vista al oír unas campanillas en la puerta de la gasolinera.

El hombre que sale por las puertas de cristal tiene la espalda ancha y una actitud casi arrogante. Pelo oscuro, ojos más oscuros todavía y unas pestañas que irritan un poco a la chica rubia que hay en mí. Está mirando con una sonrisilla un billete de lotería que lleva en la mano, como si pensara que va a ganar.

Podría decirle que no va a ganar. Que es tirar el dinero. Pero me da la impresión de que es de esa clase de hombres a los que les da igual.

Lleva las botas desabrochadas con los vaqueros doblados por encima. Un par de largas cadenas de plata le adornan el pecho y desaparecen bajo una camisa de cuadros que lleva un poco demasiado abierta, con una rebeca gruesa tirada encima de forma descuidada.

Es sexy sin siquiera proponérselo. Ni siquiera parece tener frío. Seguro que sale de la cama después de haber dormido con los calcetines del día anterior y los vuelve a embutir dentro de esas botas de cuero gastadas.

Seguro que tiene las manos ásperas. Seguro que huele a cuero. Y después de haber pasado los últimos años junto a un hombre como Rob, soy incapaz de apartar la vista del que tengo ahora ante mí, tan rudo y atractivo.

Lo miro fijamente tanto rato, tan ensimismada, que el surtidor hace un fuerte ruido metálico y me golpea en la mano, lo que me indica que el depósito está lleno.

El ruido llama la atención del hombre, que se vuelve hacia mí, golpeándome con la fuerza de su *sex appeal*. Tiene la mandíbula cuadrada y decorada con una barba incipiente perfecta, unida a unos labios que, en un hombre, son simplemente un desperdicio. Qué guapo es, madre mía. Es absurdo.

Agacho la cabeza de golpe y me peleo con el surtidor para volver a dejarlo en su sitio. Me paso la lengua por los labios.

Tengo la acuciante sensación de que el leñador sexy me está mirando, pero no levanto la vista para comprobarlo. Noto un cosquilleo en el pecho y calor en las mejillas, unas sensaciones que hacía mucho, muchísimo tiempo que no sentía.

Porque estaba felizmente casada. Y ahora… Ahora ya no.

Creo.

Y este es el primer hombre al que me he permitido mirar de forma inapropiada. Un hombre que ni se molesta en atarse los cordones de las botas y que juega a la lotería.

—Uf —gimo para mí misma al acercarme a mi puerta. Tengo mucho menos frío del que tenía antes de verlo.

Pero cuando estoy a punto de deslizarme en mi asiento, miro atrás para echar un vistazo al chico.

Y me lo encuentro de pie al lado de su camioneta plateada.

Me lo encuentro mirándome con una sonrisilla de suficiencia en la cara.

Y entonces se pasa la mano por el pelo perfectamente alborotado y me guiña un ojo.

Me meto en el coche y salgo pitando a la carretera oscura, como una bala, para alejarme de allí lo antes posible.

Porque lo último que necesito en mi vida es a alguien que me haga sentir que no tengo bastante oxígeno en los pulmones justo ahora, cuando por fin he recuperado el aliento.

# Dos

## *Theo*

Esa mujer rubia me estaba mirando como si fuera una especie de extraterrestre. Tuve que pararme a devolverle la mirada, porque era descarada de cojones.

Estaba a punto de bromear sobre lo cosificado que me sentía por cómo me estaba mirando, pero entonces se ha lamido los labios, ha parpadeado y se ha largado corriendo. Lo que es una pena, porque me gustaba cómo me estaba comiendo con los ojos. No me sentía cosificado en absoluto. Si me hubiera mirado a los ojos se habría acabado la tontería. Entonces sí que le habría dado algo que mirar fijamente.

No me dedicaría a montar toros si no me gustara tener público. El espectáculo, la multitud, el reconocimiento… Todo eso me da la vida. Nací con ello. Se podría decir que Gabriel Silva es uno de los montadores más famosos de todos los tiempos de la Federación Mundial de la Monta de Toros.

Y no solo es mi ídolo. Es mi padre.

¿O era? Nunca sé cómo referirme a él. Para mí, sigue estando muy presente, aunque haya pasado tanto tiempo desde su muerte.

Río para mí mismo mientras subo a mi camioneta. Sé que esa rubia despampanante del Audi pijo se me cruzará por la mente de vez en cuando, porque en esa breve interacción había algo puro, como si ella fuera una adolescente a la que han pillado mirando embobada a alguien y se ha avergonzado por ello. Lo sentiría por ella si no lo sintiera tanto por mí… Es una pena que se haya largado antes de darme tiempo a conseguir su número.

Me encamino hacia la carretera oscura que lleva al rancho Pozo de los Deseos. Los últimos años he venido tantas veces que ya sé por dónde voy, por oscuro que esté. Mi mentor, Rhett Eaton, vive allí y, como mi madre y mi hermana viven a una provincia de distancia, su familia se ha convertido un poco en la mía durante las fiestas. En circunstancias normales, iría a casa de mi madre por Navidad, pero se ha ido a un crucero de solteros con mi hermana pequeña para ver si las dos conocen a… «don Perfecto», creo que lo llamaron.

Y aunque yo esté muy pero que muy soltero, no tengo ningún deseo de participar en mierdas como esa con mi familia.

Ni de coña.

En el circuito de la FMMT ya hay un montón de conejitas del rodeo solteras con las que matar el tiempo, por aburridos que se hayan vuelto esos polvos sin compromiso, y ninguna de ellas requiere que mi madre esté involucrada.

Por no hablar del tema del barco, que me pone los pelos de punta.

Puedo subirme a un toro furioso; no tengo problema con eso. Pero ¿un barco grande sin que haya tierra a la vista? Ni de coña. Vi un episodio del programa de Oprah sobre gente que había desaparecido en barcos como ese, y soy demasiado joven y guapo para morir.

Al cabo de unos minutos, veo unas luces traseras rojas ante mí. Me estoy acercando a ellas rápidamente. Muy rápidamente.

—¡Vaaaa! —protesto en el silencio de la camioneta echando la cabeza hacia atrás.

Sí, está nevando, pero las carreteras están cubiertas de nieve compacta, y no de hielo. Cuando por fin alcanzo el coche, me doy cuenta de lo lento que va. A treinta kilómetros por hora… en una carretera de cincuenta. Y ni siquiera estamos en una zona escolar.

Y justo en ese momento, me acerco lo suficiente para darme cuenta de que es la tía buena del Audi. Tendría que habérmelo imaginado. Esas botas de tacón y ese abrigo largo no gritaban «chica de campo» precisamente.

Ni tampoco su forma de conducir por un camino rural.

Enciende el intermitente izquierdo. El vehículo disminuye la velocidad y luego acelera.

Pone el intermitente derecho y da un volantazo.

¿Se habrá perdido? ¿O estará borracha? A veces, si me he tomado unas copas de más, me quedo ensimismado igual que ella cuando se me ha quedado mirando.

Y entonces me acerco lo bastante para ver la luz de la pantalla de su móvil a través del parabrisas trasero.

Perfecto. Está escribiendo mensajes mientras conduce. Esta tía se va a matar. O me va a matar a mí.

Quizá si compartiéramos habitación en el hospital podría conseguir su número de teléfono. Igual merece la pena.

De repente pisa el freno. Toco la bocina, sobresaltado.

—¡¿En serio?! —grito, con el corazón latiéndome a toda velocidad. Me da igual lo buena que esté. Conduce de puta pena.

Ella acelera pero pronto vuelve a disminuir la velocidad. Me quedo un poco más atrás; no quiero ir tan cerca de alguien tan errático.

Pero, joder, termino pensando en mi madre o mi hermana, perdidas en un camino rural. Vuelvo a la posibilidad de que se haya perdido en lugar de que esté conduciendo como una imbécil a propósito. Echo un vistazo a mi móvil, que está en su soporte, y me basta para ver que en esta parte del camino no hay cobertura, así que no es posible que le esté escribiendo a nadie.

La alumbro con las largas, pensando que, si se para un momento, tal vez pueda ayudarla.

Pero enseguida me siento como un asesino en serie.

Ninguna mujer con dos dedos de frente pararía en una carretera oscura para hablar con un desconocido que la ha deslumbrado.

Así que me relajo en el asiento, me pongo a Chris Stapleton y permito que mi mirada se deslice por los campos cubiertos de nieve, blancos y nítidos. Cuando reflejan la luz de la luna, el paisaje ya no parece tan oscuro. Poco después, ya me acerco al desvío que lleva al rancho Pozo de los Deseos, lo que significa que por fin podré despedirme de mi tentadora, la conductora terrible.

Solo que pone el intermitente… y gira hacia el rancho.

La cabeza me da vueltas cuando pienso en lo que eso puede significar. Que va a pensar que la persigo, eso seguro. Y que si los dos vamos al mismo sitio es porque es alguien que conozco, aunque sea de forma indirecta.

Una vez que la casa iluminada aparece en el horizonte, acelera hasta el porche principal. Pisa el freno, sale del coche, cierra de un portazo y viene hacia mí indignada antes siquiera de que me dé tiempo a salir de la camioneta.

Cuando logro salir, oigo:

—¿Es que estás mal de la puta cabeza?

Vale. La chica está enfadada. Y no parece borracha. Tiene las llaves entre los dedos como garras. Y me gusta de inmediato.

Sin preámbulos. Ha venido a por mí, sin más. Es tan diminuta como feroz. Me siento como Peter Pan aguantando una bronca de Campanilla.

—Calma, Campanilla. —Le ofrezco una sonrisa y levanto las manos en señal de rendición, ya que no quiero que se sienta amenazada—. Si sigues pataleando así, se te va a reventar una vena.

—¡¿Campanilla?! —repite, alzando todavía más la voz.

La señalo con la mano.

—Sí, tienes un rollo así como de Campanilla, pequeña y enfadada. Mola. —Me permito recorrer su cuerpo con la mirada solo un

momento; no quiero pasarme de lascivo. Pero, mira, es lo justo, después de cómo se me ha comido con los ojos en la gasolinera.

—Estás fatal de la cabeza, ¿eres consciente? —ataca de nuevo—. Te pasas más de diez minutos pegado a mi culo como un capullo y ¿ahora me sigues hasta aquí? ¿Para…, para… mirarme y compararme con un duende de Disney? —Mueve los brazos con furia y su rostro delicado se deforma de rabia. Con una mirada como esa podría incinerar a cualquier hombre en un instante.

Pero no a mí.

No debería provocarla. Sé que no debería. Pero me siento como un crío que se burla de la chica que le gusta para llamar su atención.

Y me gusta cómo esta me las devuelve.

Quiero más.

—Me parece que era una hada, no un duende. Y, para que lo sepas, conducir veinte kilómetros por debajo del límite de velocidad también es peligroso, y también podrías cargarte a alguien. A mí, principalmente. De aburrimiento —bromeo.

Abre los ojos casi de forma cómica, una señal indiscutible de que he fracasado en mi intento de rebajar la tensión en el ambiente.

—¡Es de noche y está nevando! ¡No conozco esta zona! ¡Podría haber animales salvajes! Conducir despacio es seguro, siempre que no tenga a un paleto de pueblo casi dándome en el culo y cegándome con las largas con una camioneta que solo llevaría un tío con la polla pequeña.

Aprieto los labios de golpe.

Joder.

Me encanta esta chica.

Debería parar. Debería dejarlo estar. Debería canalizar mi madurez y no tontear con ella a base de enfurecerla.

Pero siempre he sido un poco imprudente.

—Tengo entendido que, si te gusta que te den por el culo, lo mejor es una polla pequeña. Tal vez sea el chico ideal para ti.

No tengo la polla pequeña, pero no me importa hacer sacrificios por un buen comentario jocoso. Solo un tío con la polla pequeña

habría perdido esta oportunidad.

No debería haberle contestado esto, pero la expresión de pura conmoción que aflora en sus bonitos rasgos hace que haya merecido la pena. Está tan cabreada… No puedo evitarlo. Si juegas con fuego, ahí estaré yo para echar gasolina.

Levanta la mano entre nosotros.

—Estoy casada, cerdo. Y ahora lárgate. —Mueve la mano con firmeza para señalar el camino.

Casada… Me limito a encogerme de hombros.

—Casada de momento.

No soy de los que se rinden. Y esta chica no me estaba mirando como una mujer casada. Al menos, no felizmente casada.

Es la voz de Rhett la que llama nuestra atención desde el porche que rodea todo el enorme rancho.

—No te preocupes por eso, Winter. No tardaremos en quitarte a ese marido tuyo de encima y enterrarlo en el patio de atrás. Como en la canción de las Dixie Chicks. Rob puede ser el nuevo Earl.

«Winter».

¿Winter, la hermana de Summer? Joder, qué combinación de nombres más estúpida para dos hermanas. Creo que deberían odiar a sus padres en lugar de odiarse entre ellas.

Vuelvo a mirar a la mujer que tengo delante, que está a unos dos metros de mí. Todo el mundo la describe como fría y distante, una auténtica reina del hielo.

He oído las historias. El drama. La retratan como una especie de mente criminal. Sin embargo, lo único que yo veo es una bomba de mujer que necesita mi ayuda para canalizar su hostilidad.

Y no me importaría nada echarle una mano. Ni un poquito. Si es que estoy hecho un filántropo.

Winter se frota las sienes como si le doliera la cabeza. Contemplo la posibilidad de ofrecerle una de las aspirinas que llevo en la camioneta. O un orgasmo. Tengo entendido que también ayudan.

—Tienes suerte de hacer tan feliz a mi hermana, Eaton —dice, y parece absolutamente exhausta.

Rhett pone esos ojillos derretidos y como drogados que se le ponen solo con que alguien mencione a Summer. Pero hace caso omiso a su comentario; en lugar de eso, le contesta:

—Pero Theo no es más que un bebé. No puedes corromperlo, Winter.

Pongo los ojos en blanco.

—No soy ningún bebé. Tengo veintiséis años.

Rhett resopla.

—No tienes veintiséis años. Tienes veintidós.

Santo Dios. ¿Se cree que sabe mi edad mejor que yo?

—Tío… Tenía veintidós cuando nos conocimos. El tiempo también pasa para mí. Haces lo mismo que mi madre con sus mascotas: cuando llegan a una cierta edad, empieza a echarles siempre los mismos años hasta que un día se mueren.

Él se ríe.

—Bueno, pues sí. Para mí eres como esa tienda que vende vestidos con poca tela. Forever 22.

Pongo los brazos en jarras y suspiro con una media sonrisa.

—Tú sí que te estás haciendo mayor… Se llama Forever 21.

Rhett hace un gesto de impaciencia con la mano.

—Como se llame. A mí lo que me interesa son los vestidos con poca tela.

—¿Habéis terminado ya? Si me tengo que quedar aquí toda la noche, voy a necesitar una copa —interrumpe Winter, claramente irritada por los derroteros que ha tomado nuestra conversación. Aunque la intervención de Rhett ha puesto fin a nuestra pequeña pelea.

Es una lástima. Me estaba gustando discutir con ella. Sabe defenderse mejor que ninguna de mis relaciones pasadas.

Si es que se les puede llamar así.

—Ah, sí, Winter, te presento a mi protegido, Theo Silva. Theo, esta es la doctora Winter Hamilton, mi futura cuña…

—Winter Valentine —lo corrige con gesto estirado.

—De momento —añado guiñándole un ojo. Porque ahora que sé quién es no me siento tan mal jugando mis cartas. Sé quién es su marido. Y también sé que ese tipo no me importa un pimiento.

Y que Winter puede aspirar a algo mejor.

Y yo soy mucho mejor, se haya dado cuenta ya o no.

Pone los ojos en blanco de la forma más teatral posible y camina hacia mí. Le tiendo la mano —porque mamá crio a todo un caballero — pero ella se limita a pasar por mi lado, fulminándome con esa mirada tan azul como el corazón de una llama. Me vuelvo para sostenerle la mirada cuando llega a mi altura y estamos hombro contra hombro.

Pero no me acepta la mano. Así que le sigo el rollo y me la paso por el pelo mientras le guiño un ojo.

Igual que he hecho en la gasolinera.

Nuestro pequeño secreto.

—Contén a tu perro, Eaton —sigue andando y se dirige solo a Rhett, como si yo ni siquiera estuviera aquí.

Pero, joder, cómo me gusta un desafío…

Me vuelvo y ladro con fuerza, «¡guau!», mientras contemplo su cuerpo menudo al llegar a la luz brillante del rancho, que está calentito y lleno de gente.

Rhett se está riendo. De mí, no conmigo.

—Mira que eres idiota, Theo.

Niego con la cabeza.

—Tío, creo que me he enamorado de tu cuñada. Es puro fuego.

Ahora es Rhett quien niega con la cabeza, como si supiera algo que yo no sé. Y lo sigo al interior de la casa porque quiero saber más.

Quiero saber más sobre Winter Valentine.

Por ejemplo, cuándo se va a divorciar.

# Tres

## *Winter*

**Rob:** Saluda a Summer de mi parte.

Entro en la enorme casa más alterada que cuando he salido de la ciudad hace un par de horas. Tanto las carreteras de mierda como el pensar en estar aquí dentro se quedan en nada al lado de lo que me turba ese hombre tan guapísimo y exasperante que está ahí fuera.

Juraría que todavía siento el peso de su mirada, que todavía noto cómo sus ojos me recorren la espalda con admiración. Me hace sentir un poco más alta.

Por patético que suene, es agradable que alguien me mire de ese modo. Las miradas a las que me he ido acostumbrando últimamente son más bien de desdén y de lástima. Y cuando Rob pone esa cara que sé que significa que se le ha puesto dura, lo único que siento es repelús.

Esto es distinto. Quiero que Theo me admire y a la vez tengo ganas de darle una patada en la espinilla.

El sonido de la ajetreada cocina me guía por el pasillo, en dirección a la estancia llena de luz cálida. El espacio me resulta acogedor al instante, gracias a las paredes verde bosque y a los anchos tablones de madera oscura del suelo. Las voces suenan felices y las risas no parecen forzadas.

No es una cocina blanca como la nieve, no hay mármol, ni eco cuando la gente habla.

Es extraño.

Me detengo en el umbral de la puerta, sobresaltada ante lo inconmensurable del gesto que estoy a punto de hacer. Es como si alejarme todo lo posible de Theo Silva —el profesional del rodeo sexy que conduce como un loco— y su perfecta estructura ósea me hubiese empujado hasta aquí, y ahora me hubiese descubierto de repente entre la espada y la pared.

Mi garganta se mueve a la vez que mis dedos, que se enroscan y aprietan contra las palmas de mis manos. Es como si la inercia que se desprende de esos pequeños gestos pudiera entrar en la estancia, como si fuera un espectáculo para que todo el mundo lo vea.

El primer paso para arreglar las cosas.

—¿Todo bien, Winter? —Alguien coloca la palma de la mano con firmeza sobre mi hombro. Levanto la vista y me encuentro con el rostro desaliñado del prometido de mi hermana. No es que no sea guapo, es que es tan… tosco. Es como un hombre-perro gigante y feliz que necesita urgentemente pasar un día en la peluquería canina.

Asiento vacilante antes de volver a echar un vistazo al otro lado de la esquina.

Aunque no estoy del todo bien. Estoy hecha una mierda. Pero me niego a dejar que se me note. Me siento segura cuando estoy tranquila. Y esos otros pasos que vienen detrás de Rhett pertenecen a un hombre que me hace sentir cualquier cosa menos tranquila.

—Va, que irá genial. —Rhett me aprieta con la mano—. ¿Quieres que te dé un empujón, como si estuviéramos saltando en paracaídas?

Esta vez lo miro con cara de pocos amigos.

—No, gracias. Puedo yo sola.

No sé a quién intento convencer, si a él o a mí misma. En cualquier caso, doy un paso hacia la cocina con la cabeza bien alta y saludo con un confiado:

—Hola, ¿puedo ayudar en algo?

Todas las cabezas se vuelven hacia mí, pero nadie abre los ojos en exceso. La actividad no se detiene con una brusquedad impactante. En lugar de eso, me saludan varias manos. Veo alguna que otra sonrisa. Un «Hombree, ¡Elsa!» de Willa, que está apoyada en un taburete y luce una pequeña barriguita.

Summer se me acerca a toda prisa con las mejillas sonrosadas. Su sonrisa no podría ser más sincera.

Y no dice nada. Se limita a lanzarse a mis brazos y a rodearme el cuello con los suyos, apoyando la mejilla en él. Tan abiertamente afectuosa.

Yo no estoy acostumbrada a esto. No me lo esperaba, así que me quedo un poco tiesa antes de devolverle el abrazo. Cuando por fin lo hago, a ella se le ablanda el cuerpo y un pequeño suspiro escapa de sus labios.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —susurra.

Y yo me alegro de que ahora mismo nadie pueda verme la cara, porque la estoy arrugando con todas mis fuerzas, haciendo todo lo posible para no desmoronarme en mitad de otra reunión familiar navideña.

Eso sería pasarse de dramática, y yo no soy muy de dramatismos. Me limito a agachar la cabeza y hacer lo que tengo que hacer.

Y una de las cosas que tengo que hacer es reconciliarme con mi hermana. Así que aquí estoy.

—Yo también —es lo único que acierto a decir antes de que se aparte. Deja una mano en mi hombro y con la otra se seca los enormes y dulces ojos castaños. Tienen la misma forma que los míos, pero son de otro color.

Ambas tenemos los rasgos de nuestro padre, pero yo heredé los colores de mi madre.

—¡Hola, Winter! —Un hombre mayor cruza la cocina mientras se limpia las manos en los pantalones, lo que hace que la maniática de la limpieza que hay en mí se estremezca un poco—. Soy Harvey Eaton, el padre de Rhett. Es un placer conocerte.

Me tiende una manaza y, por mucho que lo busque, no encuentro en su rostro ni una pizca de prejuicios contra mí. No sé qué clase de rollo *La tribu de los Brady* se traen en esta casa, pero me tiene descolocada.

—Eh… Hola —contesto un poco vacilante mientras le acepto la mano—. Muchas gracias por dejar que me acople a vuestra cena.

El hombre resopla y le quita hierro al asunto con un gesto.

—No te estás acoplando a nada. Es una cena familiar y tú eres de la familia. Así que, si no me fallan las cuentas, estás justo donde debes estar.

Juraría que se me ha caído la mandíbula al suelo. Pero ¿quién es este tío? ¿La versión vaquera de Ned Flanders?

Me sonríe. Una sonrisa… amable. Normal. No de esa clase de sonrisas que me hacen cuestionarme cuál es la verdadera intención que se esconde tras ellas. Y entonces se va. Vuelve a lo que sea que esté cocinando, como si tenerme en su cocina fuese de lo más normal, y no una rareza o un acontecimiento extraordinario.

¿De la familia? Quizá este tal Harvey Eaton ya esté un poco achispado, porque hace mucho tiempo que Summer y yo no parecemos pertenecer a la misma familia, y todavía no conozco a ningún otro de los presentes, salvo a…

—Toma. —Alguien me da un suave codazo en el brazo, y lo huelo antes incluso de ceder ante mis impulsos y mirarlo. Naranjas frescas y dulces mezcladas con algo especiado… ¿Clavo? ¿Jengibre? Huele a vino caliente.

Es embriagador. Masculino. No es un olor fuerte ni agresivo, no me resulta molesto.

Mi mirada se mueve hacia él antes que mi cabeza. Y entonces veo sus manos, toscas y callosas, tal y como las imaginaba. Grandes y cálidas.

Con una copa de vino en cada una. Una de tinto y otra de blanco.

—¿A dos manos esta noche? —Ladeo la cabeza y lo miro con una ceja enarcada—. Tiene sentido. Conduces como si ya fueras bebido.

Curva un lado de la boca traviesa hacia arriba y me quedo a cuadros al darme cuenta de que Theo Silva sabe perfectamente lo guapo que es. Seguro que practica sus gestos delante del espejo.

—Pues ya tenemos mucho en común. Eso es justo lo que pensaba cuando estaba atrapado detrás de ti, durante los diez minutos más aburridos de mi vida.

Le dedico una sonrisa inexpresiva, fingiendo estar hastiada, y levanto una mano para inspeccionarme las uñas. Si pudiera ir a hacerme una manicura, elegiría un marrón cálido. Me da igual que sea Navidad. El rojo es demasiado chillón. De todos modos, ¿qué más da? En el hospital no nos dejan ir con las uñas pintadas.

—Bueno, así has podido experimentar lo que sienten las mujeres en tu presencia.

—¿Por eso gritan «¡Oh, Theo, qué aburrimiento!» cuando estoy dentro de ellas?

Resoplo y levanto la vista para mirarlo, sonrojándome un poco al ver una chispa cómplice en sus ojos.

Me saca de quicio. Él me saca de quicio. Así que se la devuelvo, con la esperanza de causarle el daño suficiente para que me deje en paz.

—Solo te lo dicen para que termines y dejes de menearte torpemente encima de ellas.

—¿Tú crees? Igual podemos concertar una cita para que me instruyas sobre cómo menearme menos. Me encanta practicar, la verdad.

Entorno los ojos y lo fulmino con la mirada.

Tenía que ser yo la que atrajera al único hombre en el mundo que parece imposible de ofender. El único hombre en el mundo decidido

a no dejarme en paz, aunque ya me sienta preparada para unirme a Wonder Woman en su isla solo para mujeres.

—¿Cuál? —pregunta poniéndome las dos copas de vino en los morros e interrumpiendo mis cavilaciones.

—¿Qué?

—¿Blanco o tinto? Has dicho que necesitabas una copa. No sabía cuál preferirías, así que he servido una de cada. Ya me beberé yo la que tú no quieras.

Me quedo perpleja. Me entran ganas de soltarle una pulla sobre que no me sorprende nada que se beba cualquier cosa que esté a su alcance.

Parece de ese tipo de hombres. Chulo, guapo… Demasiado pagado de sí mismo. No hace falta saber física cuántica para darse cuenta de que un hombre como él está acostumbrado a ir de cama en cama. Salta a la vista que le sobra experiencia, algo de lo que yo carezco.

Porque estaba obnubilada por Rob… Hasta que dejé de estarlo.

Echo un vistazo al vino, dubitativa. ¿Esto se consideraría tomarse una copa con un hombre?

Rob habría traído una botella de un vino específico de alguna región concreta y lo habría enfriado a la temperatura exacta. Y luego me habría puesto una copa en las narices y me habría susurrado algún comentario ostentoso al oído sobre que los anfitriones habían puesto un vino barato en la mesa.

Alargo una mano y cojo el vino blanco. El tinto me manchará los dientes y ya me siento lo bastante incómoda solo por estar aquí.

Estoy a punto de darle las gracias, aunque me fastidie, pero entonces las puntas de mis dedos rozan brevemente las suyas y nos sacude una descarga de electricidad estática que hace que levante la vista de golpe. Aparto la mano de la copa a toda prisa y me la acuno contra el pecho.

—¿Estás bien? —pregunta con el ceño fruncido.

¿Bien? Casi me echo a reír. Es solo el aire seco de las praderas. Hay electricidad estática en todas partes. Y tampoco es que me

hayan pegado un tiro, pero está preocupado de verdad y eso… me saca de quicio.

Algo que esta noche me pasa constantemente. Es la constante del día. Mi vida se ha convertido en *Barrio Sésamo*. Y yo soy Óscar el Gruñón.

Y estoy bastante segura de que Elmo me acaba de traer una copa de vino.

Se la quito de la mano y me alejo con la intención de mezclarme un poco entre los demás. Porque, por mucho que odie socializar, creo que odio incluso más quedarme ahí plantada, perdida en los profundos ojos oscuros de Theo Silva y embriagada por su aroma a cítricos y jengibre.



—¿Hay noticias de Beau? —pregunta Summer, que está sentada a mi lado en la enorme mesa familiar en la que estamos cenando.

Harvey se aclara a garganta y se yergue un poco.

—Sí, sí. La verdad es que está bastante bien. Tiene quemaduras de tercer grado en los pies. Le han tenido que hacer un injerto de piel y lo han estado monitoreando por si volvía la infección, pero ayer me informaron de que están impresionados con la rapidez con la que se está recuperando.

—Claro, porque a Beau se le tiene que dar bien todo, joder —murmura Rhett negando con la cabeza.

Y con esa respuesta se gana un coro de carcajadas. Yo todavía no he conocido a su otro hermano. Según tengo entendido, es militar y le pasó algo en su última misión. Ahora está ingresado en un hospital militar.

Las quemaduras no son ninguna broma; he visto muchos casos en urgencias. No se las desearía ni a mi peor enemigo.

Bueno, vale. A Rob sí. No soy tan maja.

—Tendremos que buscarle algunos médicos para cuando vuelva a casa.

Me encojo de hombros y, mientras pincho una zanahoria glaseada con azúcar moreno de mi plato, la oferta se escapa de mis labios antes de que tenga la oportunidad de contenerla.

—Yo puedo echar una mano con eso.

—¿De verdad? —A Harvey, que está al otro lado de la mesa, se le ilumina la cara, y me pregunto si ser amable será contagioso.

No salía en el temario que vimos en la Facultad de Medicina, pero la ciencia está en constante evolución.

Miro a Theo a los ojos. Está sentado justo enfrente de mí, y no mirarlo me está resultando difícil. La vela que hay entre nosotros arroja una luz parpadeante sobre su rostro, y su barba incipiente me distrae. Y apartar la vista a toda prisa como una niña a la que han pillado espiando es una inmadurez.

Pero lo hago de todos modos. Es como si hubiera vuelto a la adolescencia y él fuera el chico popular que se sienta al otro lado del aula.

Nada de lo que estoy haciendo esta noche parece propio de mí, pero decido no darle demasiadas vueltas.

—Claro. —Bajo la vista hacia el plato—. No es ningún problema. Ayudaré encantada en todo lo que pueda.

Summer alarga una mano por debajo de la mesa y me da un apretón en la rodilla para tranquilizarme. Yo la miro mientras me pregunto cómo es posible que dos personas que se han criado en una misma familia sean tan distintas. Opuestas. El invierno y el verano. Nuestros nombres no son solo un guiño estúpido; de algún modo, nos representan de verdad.

Sin embargo, ya conozco la respuesta. Nuestros padres nunca rompieron su relación; en lugar de eso, rompieron todo lo que había a su alrededor. Un equipo contra el otro.

Yo me quedé a mi madre, y Summer, a nuestro padre.

Rhett interviene y empieza a hablar sobre no sé qué partido de hockey sobre hielo navideño y sobre que Sloane y él han limpiado el hielo para jugar. Sloane, la elegante rubia que está sentada al lado de Harvey, se pone a contar una anécdota en la que ella y Jasper, el

hombre que está junto a ella, jugaron un partido como ese en otra granja.

Y se refiere a la superestrella de la liga nacional de hockey, Jasper Gervais, uno de los clientes de mi padre, que la mira como si fuera capaz de disparar arcoíris con la vagina o algo así. No creo ni que la esté escuchando. Se limita a contemplarla como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida. Duele ver su expresión. No me gusta nada estar celosa, pero gran parte de lo que estoy presenciando aquí esta noche me genera unas emociones oscuras y amargas.

Estoy a punto de reventar.

No es que envidie a los demás por lo que tienen. Es que anhelo tenerlo yo también. Al ser testigo de esto, me doy cuenta de todo lo que me he perdido durante estos años. De todas las cosas que no tengo.

Las cosas que nunca tendré.

Paso el resto de la noche observando. Me retraigo un poco, pues me siento una forastera. Todo el mundo está contento, y yo… yo no.

Es casi como ver cómo crecen las bacterias en una placa de Petri a través del microscopio. Puedo ver cómo ocurre. Puedo comprender por qué ocurre. Puedo acercarme lo suficiente para tocarlo…, pero no dejo de mirarlo a través de una lente. De estudiarlo.

Nos hemos retirado al espacioso salón, distribuido alrededor del fuego, y estoy sentada en un sillón imposiblemente cómodo. En ese momento, se me acerca Theo.

Otra vez.

Es implacable, joder.

Está solo a un par de metros de distancia, mirándome con los ojos entornados, una seguridad en sí mismo que roza la fanfarronería y esa determinación. Pero Willa llama su atención. Ella me mira a los ojos un instante y le dedico una sonrisa tímida. Willa me cae bien. Ha sido como una hermana para Summer de una forma que yo nunca pude.

Y creo que siempre la querré por ello.

—Theo, el donjuán. ¿Cómo va la cacería últimamente?

Él deja la mirada fija sobre mí un instante, con una actitud más de determinación que de indiferencia juguetona. De repente, quiero saber qué narices estaba a punto de decirme. Me he pasado la noche evitándolo y Willa es lo bastante observadora para haberse dado cuenta. Sin embargo, no podría haber sido más inoportuna.

—Willa, ¿cómo te encuentras? ¿Ya te han dicho que últimamente estás radiante? —No le ha costado nada esquivar la pregunta. Como si fuera un juego para él. Ni siquiera ella puede evitar sonreír y poner los ojos en blanco.

Theo tiene algo irresistible y encantador. Es jovial, divertido. Todavía no está desencantado con el mundo. Quizá sea ese su atractivo, es un hombre que parece ver siempre el vaso medio lleno, cuando yo soy de las que lo suelen ver medio vacío.

Cade, el mayor de los hermanos Eaton, se levanta y se sienta al lado de Willa, rodeándole los hombros con el brazo en un gesto posesivo.

—Tenías que ser tú el que intentase ligar con una mujer embarazada, Theo.

Todos se echan a reír, incluso Theo, pero veo que se pone un poco tenso, como si la broma le causara una amargura que nadie se esperaba. Como si se estuviera obligando a mantener la cabeza alta, aunque no le apetezca.

Lo sé porque yo también lo hago.

—Por Dios, tío, lleva a tu bebé en el vientre y vive en tu casa, ¿qué más necesitas? ¿Que se tatúe tu nombre en la frente? Solo estaba siendo amable.

—Sí, amigo, ya he visto lo amable que puedes llegar a ser —interviene Rhett—. Hasta diría que se te conoce por lo «amable» que eres.

Theo sonríe y pone los ojos en blanco.

—Tiene narices que me lo digas tú, Eaton.

—Oye… —Rhett levanta las manos, en una de las cuales tiene una cerveza—. Yo era como Ricitos de Oro. Todas las gachas me

parecían demasiado frías o demasiado calientes, hasta que encontré unas que estaban justo…

Summer lo interrumpe con una expresión de fingida exasperación.

—No acabes la frase, te lo pido por favor. Cualquier analogía que me compare con una papilla blandengue es… No, Rhett. No.

—Pero el sirope de arce que yo les pongo me recuerda a…

—¡Rhett Eaton! —exclama mi hermana con los ojos muy abiertos —. ¡Contrólate!

Él aprieta los labios; luce una expresión que rezuma sexo. Roza lo inapropiado, pero ya sabía que es impulsivo y que no tiene filtro, a juzgar por su comportamiento en el pasado.

Parpadeo y aparto la vista hacia los ventanales, desde los cuales se ve el terreno cubierto de nieve del rancho.

Todavía nieva.

—Lo siento. —Cuando levanto la vista, veo que Theo está a mi lado. Miro detrás de mí para comprobar si me lo ha dicho a mí, lo juro, y veo una cabeza de ciervo con unos cuernos enormes colgada de la pared.

Lo señalo.

—¿Por? ¿Lo mataste tú?

Sonríe y la piel de alrededor de los ojos se le arruga un pelín.

—No le estaba hablando al ciervo, Winter.

Las demás conversaciones han empezado a fluir y Theo ya no es el centro de atención. Sin embargo, yo sigo siendo el centro de la suya, lo que me resulta casi asfixiante.

—Siento haberte incomodado durante el trayecto hasta aquí. No era mi intención. Yo… —Se pasa una mano por el pelo, corto por los lados y un poco más largo por arriba. Lo lleva un poco alborotado, como si se lo hubieran despeinado durante el sexo—. En absoluto lo era.

Asiento, pero me cruzo de brazos, como si así pudiera protegerme de él.

—Vale.

Enarca una de sus gruesas cejas oscuras.

—¿Vale? ¿Significa eso que aceptas mis disculpas?

—¿Y qué pasa si no las acepto? —Enarco una ceja en un gesto desafiante. Casi ni me reconozco.

«¿Estoy tonteando con él?».

Es oficial: Rob ha conseguido que pierda los papeles. Estoy en una reunión familiar tonteando con un hombre más joven que yo, y no porque me guste, sino porque… me hace sentir bien.

Adopta una expresión casi sombría.

—Eso sería cruel porque mi autoestima depende mucho de caerle bien a la gente. Caer bien es mi mejor virtud. —Parpadeo. Estoy a punto de decirle que no es su mejor virtud, pero eso me parece cruel hasta a mí—. Si no te caigo bien me romperás el corazón —añade, y se pone de cuclillas delante de mí. Al situar su mirada a la altura de la mía, consigue que esta conversación me resulte aún más íntima.

Pongo los ojos en blanco.

—Pensaba que querías que aceptase tus disculpas. ¿Ahora también tienes que caerme bien?

Se encoge de hombros y esboza una sonrisa juguetona que le remarca los hoyuelos.

—Es básicamente lo mismo.

Resoplo. ¡Qué hombre!

—No es lo mismo.

Se lame el labio inferior con la punta de la lengua y yo lo sigo con la mirada, cautivada.

—Me temo que no estoy de acuerdo.

Le tiendo la mano como si estuviéramos haciendo negocios y me obligo a adoptar una expresión fría, a ponerme la misma máscara que tanto me ha servido todos estos años.

—Acepto tus disculpas —digo con la mayor frialdad de la que soy capaz—. Pero no me caes bien.

Él se ríe, y la carcajada es profunda y cálida, divertida, como si yo no fuera más que un desafío… y no muy intimidante.

—Puedo conformarme con eso, de momento —responde antes de aceptar el apretón de manos.

Y cuando nuestros dedos se rozan vuelvo a notar una descarga eléctrica.

Pero esta vez no tiene nada que ver con el aire seco de las praderas.

# Cuatro

## *Theo*

**Mamá**: Tendrías que haberte venido al crucero. Nos está haciendo un tiempo buenísimo.

**Theo**: Pero ¿no te das cuenta de lo raro que es ir a ligar juntos en familia? ¿Encerrados en un barco? Acabaría tirándome por la borda.

**Mamá**: Me parece que llevarse bien con la familia es algo bastante importante cuando eliges un novio o una novia. Aunque yo qué voy a saber, si nunca me presentas a nadie…

**Theo**: No tengo ninguna novia que presentarte.

**Mamá**: Pues yo creo que lo que pasa es que tienes demasiadas.

No he podido apartar la vista de Winter en toda la noche. Me siento como si estuviera viendo el Discovery Channel y estudiando la unión de dos manadas de hienas o algo por el estilo. En esta casa, las conversaciones nunca se apagan, y las risas tampoco.

Nadie está intentando hacerla sentir incómoda. No les hace falta: ella sola se basta y se sobra.

Observa cada movimiento con detenimiento y escucha con atención, analizando mentalmente cada pedacito de conversación. Y cada vez que me pilla mirándola aparta la vista tan rápido que seguro que mañana le dolerá el cuello.

—Creo que voy a ir tirando.

He visto cómo se preparaba para proclamar sus intenciones. Se estaba retorciendo los dedos, ansiosa, y se inclinaba un poco hacia delante cada vez que se producía una pausa en la conversación. Abría los labios, pero entonces la conversación repuntaba y ella se encogía en su asiento de forma visible.

Qué contrastes más extraordinarios los de esta mujer, tan distante un segundo, casi insegura, y al siguiente tan fría y cortante. Y pensar que ha empezado la noche hecha una furia y perdiendo los estribos…

Debe de estar exhausta.

—¿Estás bien para conducir? —pregunta Summer, siempre tan atenta con todo el mundo.

Winter mira por la ventana, donde la nieve sigue cayendo.

«No».

—Sí, perfectamente.

Aprieto los dientes con fuerza. No está perfectamente. No lo estaba hace dos horas y no se va a sentir cómoda conduciendo por las carreteras nevadas y oscuras por arte de magia, solo por haber cenado y haberse tomado una única copa de vino.

—Yo te puedo llevar. Podemos venir a por tu coche mañana —me ofrezco.

Ella resopla, preparándose para su numerito de princesa de hielo. Echa los hombros hacia atrás y levanta la nariz.

—Es totalmente innecesario. —Le dedico mi mejor expresión de «cariño, no te lo crees ni tú» desde el sofá de cuero en el que estoy sentado, que está frente a ella—. No me mires así.

—Así ¿cómo? —Me pongo inexpresivo a propósito.

Mueve el dedo en el aire, apuntándome con él, mientras todas las miradas se detienen sobre nosotros.

—Como diciéndome que sabes mejor que yo lo que me conviene.

—En este caso, es posible que sí.

Aprieta los labios. Mira que es estirada, joder.

—Te garantizo que no. Soy médica.

—Ah, ¿sí? ¿Diste una asignatura especial sobre conducción en invierno en la Facultad de Medicina?

—¿La diste tú en la escuela de montar toros? —replica con todo su veneno, pero a mí solo me entran ganas de echarme a reír.

—No seas ridícula. Los profesionales del rodeo no vamos a la escuela. Tenemos suerte si aprendemos a atarnos los cordones de los zapatos y a lavarnos los dientes. —Le muestro mis dientes blanquísimos, sin que me importe que todo el mundo nos esté observando.

—Ya me he dado cuenta de que no sabes atarte los zapatos. Y lo de la higiene tampoco es una gran sorpresa, si te soy sincera.

—Pues sí que me has mirado rato si te has fijado en que no llevaba atados los cordones de las botas. Es un halago. Y estaré encantado de demostrarte que te equivocas con lo de la higiene, que veo que te interesa mucho.

Entorna los ojos y yo suelto una carcajada. Por mucho que lo intente, no va a conseguir irritarme. Esto es demasiado divertido.

—Es verdad. Rhett casi siempre usa botas sin cordones —interviene Summer con una carcajada un poco incómoda. Es evidente que está intentando rebajar la tensión en el ambiente.

Ojalá no lo hiciera. Me pone ver cómo la princesa de hielo se va derritiendo.

—¡Oye! —exclama Rhett mientras todos se echan a reír.

Winter aprovecha la ocasión para ponerse de pie. Le da un abrazo incómodo y unas palmaditas en la espalda a su hermana a la vez que evita siquiera girar el cuerpo en dirección a mí. Ambas mujeres intercambian suaves susurros y siento que se me encoge un poco el corazón al verlo.

Quiero a Summer como a una hermana, y sé, por lo que me ha confiado Rhett, que la distancia que hay entre ella y Winter la hace

sufrir. Así pues, me digo que lo que estoy a punto de ofrecer es por Summer y que no tiene nada que ver con que hay algo en su hermana que me resulta innegablemente intrigante.

—Yo también me voy.

—¿Ya? —pregunta Rhett.

—Sí. ¿Nos vemos mañana en el gimnasio? Igual Summer nos puede hacer llorar.

Rhett y Jasper se echan a reír porque saben perfectamente a qué me refiero en lo que respecta a entrenar con ella. Puede que Summer sea menuda y dulce, pero cuando se pone en plan entrenadora personal se convierte en la maldad en persona. No creo que ninguno de nosotros haya estado nunca más en forma que desde que entrenamos en Hamilton Athletics.

—Yo no tengo la culpa de que seáis tan flojos —replica mientras se da la vuelta para dedicarnos una sonrisilla sarcástica. Sí, creo que disfruta viéndonos sufrir.

—Pues como todos los hombres —añade Winter con aspereza y se vuelve para marcharse sin decir otra palabra.

Su hermana me clava una mirada de súplica.

—Theo…

Levanto una mano para tranquilizarla.

—Me aseguraré de que llegue bien.

Winter resopla desde el pasillo, porque, por descontado, tiene un oído sobrehumano o algo así. Yo me limito a mirar a Summer y poner los ojos en blanco.

—Cuidado con esa, es de las que tienen garras —me advierte Cade justo cuando Willa le clava un codazo en las costillas.

Sonrío.

—No pasa nada. Me gusta que me arañen la espalda.



—No pienso ir contigo.

Winter baja los escalones a toda prisa y se adentra en la tormenta. Los copos de nieve la envuelven de inmediato, como si viviera dentro de una bola de cristal.

—Vale.

—No quiero ni hablar contigo.

—Bueno, entonces para —le contesto con una risita al detenerme al principio de las escaleras.

Abre la boca, pero la vuelve a cerrar.

—Eres molesto de cojones.

—¿Es un diagnóstico médico?

—Yo… —Aparta la vista y juraría que se le escapa una sonrisa—. Santo Dios, eres increíble.

Le dedico una sonrisa cómplice.

—Me lo dicen mucho.

Suelta una carcajada seca y repentina, echando la cabeza hacia atrás como si mirase el cielo perfecto y oscuro. Luego vuelve el rostro hacia mí, con las pestañas adornadas de nieve.

—También eres desconcertante. ¿Qué quieres de mí?

Ahora su tono de voz es distinto. Lo que se desprende de él es puro agotamiento. Desde donde estoy, se la ve pequeña y cansada, como si estuviera a punto de estallar o bien en carcajadas o bien en llanto y no estuviera segura de cuál de los dos.

Ya no quiero seguir pinchándola. Lo que quiero es darle un abrazo y decirle que todo irá bien. Me da la sensación de que necesita ese consuelo.

Es lo que haría por mi madre o por mi hermana.

Sin embargo, a ella le doy algo que pueda encajar, es decir, los hechos, sin adornos.

—Quiero que llegues a casa sana y salva.

Contesta con una carcajada que roza el sollozo y luego se vuelve a mirar el cielo oscuro.

—A casa… —repite. Me apoyo en la barandilla del porche y me cruzo de brazos mientras la observo. Quiero darle espacio, pero no

dejar que se marche sola—. Me alojo en el hotel del pueblo. El Rosewood.

—Ah, ¿sí? —Ladeo la cabeza—. Yo también. —Me mira con una expresión de incredulidad—. Vamos, Winter, no soy tan golfo. Confía un poco en mí. ¿Qué te parece si conduzco delante de ti y tú me sigues con tu coche? Así, si se nos cruza algún animal salvaje, yo le daré primero.

Pone los ojos en blanco, pero pregunta:

—¿Que te siga?

Me encojo de hombros.

—Sí. Y cuando lleguemos al pueblo, ya estará. Puedes mirar cómo me voy y no volverás a verme nunca.

Esta vez me sonríe, pero es un gesto estudiado.

—Eso tiene su atractivo.

—¿Lo de mirarme mientras me marcho? No será la primera vez. Ya te he pillado haciéndolo en la gasolinera. —Le guiño un ojo mientras bajo las escaleras y aprieto el botón para abrir la camioneta.

—Eres incorregible.

—¡Ooooh! ¡Incorregible! Vaya palabreja. Tiene un rollo muy *Bridgerton*. Puedo hacer del duque si es lo que te va.

Le abro la puerta del coche y le hago un gesto para que entre, pero se para en seco, con una expresión divertida, por fin.

—¿Conoces *Los Bridgerton?*

—Sí. Lo creas o no, en la escuela de montar toros me enseñaron a leer.

—¿Has leído *Los Bridgerton?*

Está tan impresionada porque sepa leer que sigue sin moverse, así que dejo la puerta abierta y me dirijo hacia mi camioneta. Me subo al asiento del conductor, todavía riéndome.

—Se los robé a mi madre para hacerme pajas con ellos cuando era adolescente. —Ahoga un grito y yo me río aún con más ganas—. ¡Vamos, Campanilla! ¡Al País de Nunca Jamás! —añado y cierro la puerta.

Ahora sé que me seguirá, aunque sea solo para echarme la bronca por haberla vuelto a comparar con un hada de Disney.



Conduzco despacio, más despacio de lo necesario, pero, cuando veo los faros de su coche detrás del mío, la presión de mi pecho se alivia un poco. Conduce como si fuera la primera vez que ve la nieve y me preocupa que acabe metida en la cuneta, pero al menos estaré yo aquí para ayudarla a salir y llamar a la grúa. Mejor eso que estar en el rancho Pozo de los Deseos pensando que una mujer que está más aterrorizada de lo que jamás admitiría está sola en la carretera, apretando el volante con todas sus fuerzas.

Tardamos el doble de lo que deberíamos, pero cuando por fin llegamos al primer semáforo de Chestnut Springs suelto un profundo suspiro. Las carreteras no estaban en buen estado y juraría que puedo sentir su alivio, aunque estemos a metros de distancia.

Tras parar delante del Rosewood, bajo de la camioneta y empiezo a marcharme, tal y como le he prometido. Creo que ya la he pinchado lo suficiente por esta noche. Sin embargo, me siento decepcionado ante la perspectiva de no volver a verla nunca más.

Cuesta mucho encontrar a alguien tan capaz de devolvértelas.

—Oye, Theo —me llama. Tiene la barbilla metida en el abrigo para que no le entre nieve y el pelo del color cálido de la miel le brilla bajo el halo de luz de la farola—. Tú… Esto… —Se cruza de brazos en un gesto protector y aparta la vista, incómoda—. Muchas gracias.

Asiento.

—De nada. Cuando haga falta.

—¿Cuando haga falta? Cada vez que la carretera esté mal, ¿qué? ¿Te llamo y vendrás corriendo al rescate?

—Sí. Claro. Si alguna vez necesitas ayuda, puedes llamarme.

Se queda perpleja unos instantes.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. ¿Por qué no?

Aprieta los labios y se queda pensativa unos segundos.

—Ni siquiera me conoces.

—No hace falta conocer a alguien para ser amable.

Parece verdaderamente confundida.

—¿Lo haces por el karma o alguna mierda así?

—Qué va, es completamente egoísta. Me pasa una cosa: si me porto mal con alguien, me reconcome. Ser amable me hace feliz. Ser negativo te deja agotado, ¿no te parece? Y no suelo tener tiempo de echarme la siesta.

—Qué raro eres.

Ladea la cabeza.

—¿Sí? Pareces cansada, Winter.

—Lo estoy.

—Pues pruébalo.

—¿Que pruebe qué?

—A hacer algo amable. Pruébalo, a ver cómo te sientes. Si no lo soportas, puedes volver a ser mala conmigo. Te doy mi permiso.

Pone los ojos en blanco, pero veo que se está mordiendo el interior de la mejilla, como si estuviese reflexionando sobre ello.

—Vale —accede, exhalando con fuerza—. Theo, ¿puedo invitarte a una copa para agradecerte que me hayas ayudado a llegar sana y salva?

—Depende. —Me rasco la barbilla como si estuviese pensándomelo detenidamente, aunque ya sé que voy a aceptar su ofrecimiento. Hay algo distinto en Winter, y no estoy preparado para despedirme de ella. Siento una atracción inexplicable. Si fuera cualquier otra mujer, seguramente la miraría y pensaría que me lo está poniendo demasiado difícil, pero tengo ganas de conocerla mejor. De descubrir qué hay debajo de esa apariencia tan gélida—. ¿Vamos a beber más vino?

Quizá me siento mal por ella y por eso estoy siendo más amable de lo habitual, o igual es porque es Navidad, o algo así. Pero hay

algo en ella que me llama, y no es solo porque sea preciosa.

—No. Me parece que la noche pide más bien tequila —me sorprende. Me dirijo hacia ella, cediendo a esa atracción inexplicable.

—Lo que tú quieras —contesto cuando estoy lo bastante cerca para acariciarle la mejilla. ¿Se apartaría? ¿O lo disfrutaría? Pero no tengo la oportunidad de comprobarlo porque se da la vuelta hacia el vestíbulo del hotel.

Y esta vez no vacilo antes de tocarla. Descanso una mano en la parte baja de su espalda y la guío hacia el bar que hay en el interior.

El tequila y yo no nos llevamos bien.

Pero por esta chica estoy dispuesto a hacer una excepción.

# Cinco
## *Winter*

**Marina**: Acabo de hablar con Rob.

**Winter**: Ah, qué bien. Me encanta que haya decidido contarle todos nuestros problemas matrimoniales a mi madre.

**Marina**: No estarás pensando seriamente en dejarlo.

**Winter**: ¿Después de lo que ha hecho? Pues sí.

**Marina**: Dudo que encuentres a alguien mejor. Yo haría de tripas corazón.

**Winter**: Sí, ya sé que tú sí. Me crie en esa casa.

**Marina**: Si lo dejas por esa hermana de mala raza que tienes, estarás dejando que gane ella.

—Mi madre es una zorra de cuidado. No tiene perdón de Dios. De ahí es donde me viene. —Descanso una mejilla en la mano y apoyo el codo en la mesa—. Es hereditario. Por eso Summer es tan maja. Su madre, Sofia, era la mejor. No es que me acuerde mucho de ella, pero sí recuerdo que era divertida. Que sonreía mucho. En el fondo, no puedo reprocharle a mi padre que se follara a la niñera. —Theo

me observa, cautivado por la historia de mi niñez. Nos hemos tomado dos chupitos de tequila de golpe cada uno, así que ahora hemos empezado a bebérnoslos a sorbitos—. Y ¿sabes qué es lo peor de todo? Que cuando se quedó preñada, mi madre la despidió. Como si hubiera sido solo culpa suya. Y yo quería mucho a Sofia. La niñera que vino después era malvada. Fue como si mi madre, contratándola, además de castigar a mi padre, hubiese querido castigarme a mí también.

Casi todo el mundo me mira con lástima cuando cuento esta historia. Pero Theo solo parece entretenido.

—Dios… Sabía que Kip tenía un lado impredecible, pero esto… Vaya cerdo. —Se ríe al pronunciar la última palabra con tono de incredulidad.

Mi padre es representante de deportistas de élite y, al parecer, representa a Theo. Un detallito que desconocía hasta esta misma noche. Ya sabía que había sido el representante de Rhett, pero resulta que cuando colgó el sombrero de *cowboy,* o lo que sea que se dice cuando el jinete se retira, puso a su protegido bajo el ala del hombre que lo hizo famoso.

—Pues sí —contesto, pronunciando la «s» con fuerza. Luego doy otro traguito de tequila, que me quema la garganta, y un calor agradable y desconocido florece en mi pecho.

No recuerdo la última vez que me emborraché de verdad. Rob siempre me decía que si bebía más vino de la cuenta «no apreciaría los sabores» y, además, estaba demasiado ocupada dejándome la piel en el trabajo para soltarme la melena. Estudiaba, cogía turnos extra en el hospital, hacía guardias…

E intentaba estar a la altura de las expectativas de mi madre.

—Entonces, Sofía se quedó embarazada de Summer, Kip se lo contó a tu madre…

—A Marina —lo corrijo, porque hace años que empecé a usar su nombre de pila. O a llamarla doctora Hamilton, ya que trabajamos juntas casi todos los días—. Su sueño es que yo sea una aclamada cirujana plástica, igual que ella. Si hubiera ido por ese camino, quizá

todavía la llamaría «mamá». Pero donde me siento como en casa es en el ala de urgencias, con su caos y su imprevisibilidad.

—¿Todo esto es real? Es como si me estuvieses contando una telenovela. A veces mi madre me cuenta lo que pasa en *The Young and the Restless* y juraría que esta historia ya la he oído antes.

Me río. Ojalá mi madre me llamara para hablarme de algo tan mundano como una telenovela. El alcohol me corre por las venas y me anima a seguir adelante, lo que me permite, por una vez, reflexionar sobre todo lo que me ha ocurrido en voz alta y no solo en mi cabeza.

—La desafié por primera vez en mi vida, después de haber sido su marioneta durante años, y sacó su lado cruel conmigo sin pensárselo dos veces. —Niego con la cabeza y Theo me mira con esos ojos oscuros, un poco sorprendido. Supongo que algo así es difícil de imaginar cuando tienes una madre que te abraza y que te habla de su telebasura preferida—. Me pregunto si ese lado cruel es hereditario, igual que el lado amable de Summer, ¿sabes? Quizá esa faceta de mi personalidad esté esperando al momento adecuado para asomar la cabeza. No quiero ser como mi madre, pero me preocupa serlo ya.

—Creo que el solo hecho de que te preocupe significa que no te pareces a ella en nada.

Doy otro sorbo de tequila. Es un chico dulce. Pero yo no estoy tan reflexiva. Solo estoy borracha y con la lengua suelta.

—Ya. Soy un desastre. Marina jamás se habría permitido terminar como yo.

Desliza la mano sobre la pequeña mesa redonda y me toca el codo con los fuertes dedos.

—Oye… Tampoco es tan malo estar aquí conmigo, ¿no?

Ladeo aún más la cabeza y me permito contemplarlo perezosamente, dejándome llevar un poco por mi estado de embriaguez.

—No. Estoy de acuerdo. Las vistas no están nada mal.

En circunstancias normales, me estremecería de vergüenza por haber dicho eso en voz alta. Pero esto de estar bebiendo tequila en el bar del hotel de un pueblucho es cualquier cosa menos normal.

—¡Oye! —Retrocede un poco y levanta las manos mientras una expresión dramática se adueña de sus rasgos perfectos—. Te he dicho que deberías probar lo de ser amable, no convertirte en una experta.

Mis labios se curvan poco a poco. Este chico es divertido.

De repente, caigo en la cuenta de que en esta vida no he pasado mucho tiempo con gente divertida.

Inteligente sí. E instruida, exitosa…

«Amable» y «divertido» siempre han estado en los últimos puestos de la lista de virtudes que busco en las personas de las que me rodeo.

—¿Soy una esnob? —me pregunto en voz alta. Es como si mi cerebro estuviera cortocircuitando.

—Si lo eres, me gusta.

Pongo los ojos en blanco y me recoloco en el taburete. Tengo la sensación de que si sigo apoyándome en esta mano acabaré en el suelo.

—¿Por qué pones los ojos en blanco? —Se termina el chupito y le hace señas al camarero para que traiga otro. El hombre frunce los labios en un gesto de desaprobación, como si pensara que no nos conviene beber más, y estoy a punto de echarme a reír.

Qué harta estoy de que todo el mundo me censure.

—Porque no te gusto.

—Sí me gustas. —Baja la barbilla con seguridad, sin dejar lugar al debate.

Me termino el tequila y una gotita se me escapa y aterriza en mi labio. El tiempo se para un segundo cuando los ojos de Theo se detienen sobre mi boca. Sobre esa gotita de licor dorado. Y cuando me la lamo con la punta de la lengua, para poner fin a su atención, su mirada arde de una forma desconocida para mí.

Porque a mí los hombres no me miran así.

No el hombre con el que estoy casada.

Y aún menos los hombres como Theo.

El tintineo de los vasos de detrás de la barra hace que todos los sonidos que nos rodean vuelvan a la vida de repente, como si alguien hubiese apretado el «play» después de ponernos en pausa. Una risa nerviosa abandona mis labios y echo un vistazo a la barra, donde el camarero de aspecto cansado está limpiando un desastre de cristales rotos.

—Me gustas, Winter. Como persona. —Theo tiene la mirada clavada en mí. Me saca de quicio—. ¿Por qué te incomoda tanto?

—¿Siempre dices lo que piensas así, como si nada? Porque es raro de cojones. —Entorno los ojos—. ¿Qué pretendes?

—No pretendo nada. Solo soy un chico amable tomándose una copa con una chica simpática.

Dos chupitos de añejo aparecen frente a nosotros, pero ninguno de los dos levanta la vista. Estoy demasiado ocupada contemplando al peculiar hombre que tengo sentado delante.

—Eres un golfo. Y más joven que yo. Y mírate. —Lo señalo de arriba abajo con el dedo.

—Y me gustas.

—Y yo soy una mujer de veintiocho años infelizmente casada…

Theo me interrumpe poniendo los ojos en blanco.

—Si vuelves a mencionar nuestra diferencia de edad de dos años como si tuviera alguna importancia, me voy a burlar de ti sin piedad.

Me lamo los labios.

—Vale. Soy una mujer infelizmente casada con los problemas suficientes para llenar un almacén entero. Solo estoy intentando sobrevivir a una residencia de la que nadie me da su aprobación…

—Yo te doy mi aprobación —replica, sin pretensiones ni aspavientos. Lo dice como si fuera un hecho.

—Vale. Me das tu aprobación. Pero no te gusto. Eso tiene mucho más sentido.

Ahora sonríe. Da un trago de tequila y mi mirada se desliza hacia abajo, para observar su garganta al tragar. Para contemplar la piel

morena, la barba incipiente y oscura, el pronunciado bulto de su nuez…

¿Quién me iba a decir que el cartílago tiroides de un hombre me resultaría tan atractivo?

—No, Winter. Me gustas. Deja de decir que no.

Una carcajada irónica juguetea con mis labios mientras bebo, a la vez que inspecciono el barecito encantador. Tiene un atractivo antiguo, como victoriano. Encaja perfectamente con la elegancia del hotel.

—Yo no soy simpática, Theo. A la gente no le caigo bien. No le gusto. —Levanto un dedo y lo miro con los ojos muy abiertos, indicándole que no es momento de que me interrumpa con su numerito de chico majo y embaucador—. La gente me respeta porque soy lista. O porque consigo lo que me propongo. Pero no gusto.

Me está mirando fijamente. Casi veo cómo da vueltas a mis palabras en su mente. Echa la cabeza hacia atrás y hacia delante de nuevo, como si estuviese tomando en consideración todo lo que acabo de decirle.

—Creo que me gustas porque tienes una belleza de esas que te dejan sin aliento, de las que hacen que se te pare el corazón.

Mi rostro no revela nada. Nadie había alabado nunca mi aspecto antes que mi cerebro, y yo… no sé ni qué pensar.

—¿Te estás quedando conmigo? —le suelto.

—Qué va. —Se inclina hacia atrás en el taburete y aprieta los bíceps de un modo que me distrae más de lo debido mientras me recorre con la mirada de arriba abajo, admirándome—. Me gustas porque estás buena, está claro. Y porque pronuncias las palabrotas con mucha claridad. ¿Sabías que la gente que dice palabrotas es más honesta y digna de confianza que la gente que no?

Me quedo boquiabierta. Y entonces lo noto. Es una sensación nueva, pero no hay forma de detenerla. Bajo la cabeza hacia mis brazos cruzados encima de la mesa y estallo en carcajadas. La risa me irrita la garganta mientras intento silenciarla y me sale por los

ojos en forma de lágrimas, por mucho que intente contenerla. Se ha adueñado de mí por completo.

Y pronto se me une la profunda risa barítona de Theo, enredándose con la mía como si de una sinfonía se tratara.

—Pero he tenido varias conmociones cerebrales, así que no sé si soy muy de fiar —añade entre risas.

Pero estoy tan borracha, tan emocionalmente exhausta, que me río todavía más.

—¡Joder! —Me incorporo y me seco los ojos.

—Debería importarte todo un pito.

—¿Qué? —Cojo el tequila. Necesito humedecerme la garganta después de todo lo que me he reído.

—Que debería importarte todo un pito.

Me encojo de hombros de forma exagerada y aprieto los labios. El alcohol va directo a mi torrente sanguíneo.

—Vamos a hacer lo siguiente —prosigue. Alarga uno de sus brazos musculosos, coge mi taburete y tira de él alrededor de la mesita redonda, dándonos la vuelta a los dos. Nos pone cara a cara, de forma que mis rodillas tocan la cara interna de sus muslos. Su olor cítrico y especiado me envuelve y me asalta el impulso de inclinarme hacia delante y acurrucarme contra su cuello.

Estamos demasiado cerca.

Sin embargo, él no parece darse cuenta. Se limita a volverse y colocar las manos sobre sus muslos tonificados, con los diez dedos bien extendidos.

—Imagina que solo tienes diez pitos.

—Ah, sí, creo que me acuerdo de este problema de matemáticas de cuando iba a segundo.

Hace caso omiso de mi pullita y sigue a lo suyo.

—Y que cuando los hayas asignado todos, ya no te quedará nada. Estarás agotada. Exhausta. Consumida.

Pongo los ojos en blanco.

—Santo Dios…

—Pero aquí estás, dándole un pito a tu madre por haber hecho la carrera que quieres, otro a Summer por no sé qué ofensa que ella no parece ni saber que existe y unos cuantos, por lo menos, a tu marido, que te hace la persona más infeliz del mundo. —Me dirige una mirada penetrante que me indica que esa historia también la conoce. Me encojo un poco—. Acabo de ver cómo me das uno a mí por esto, como si te estuviera juzgando, cuando no es así. —Los dos miramos sus manos—. Te quedan solo cuatro pitos que dar y luego te habrás agotado. —No hay quien lo calle—. Estoy bastante seguro de que le has dado uno a ese camarero cuando nos ha mirado mal por pedir otra ronda. Venga ya, Winter. ¿A ese tío? Si se le acaba de caer una bandeja llena de vasos. Ahora solo te quedan tres. ¿Por qué has malgastado uno en él?

Suspiro.

—Es el problema matemático más estúpido que me han planteado nunca. Y eso de dar pitos a la gente… La forma en que lo dices suena a…

Enarca una ceja oscura.

—¿A qué suena?

—A que voy por ahí con pollas en la mano. —Me echo a reír. No me queda más remedio—. Por favor, no vayas a decir nada sobre el pito de mi padre por haberme abandonado. No sé si podría recuperarme.

—No me hace falta. Lo acabas de admitir.

Dobla otro dedo y en ese momento, mientras lo observo, me doy cuenta de que lo estoy imitando. Tengo las manos abiertas sobre la piel desnuda que asoma entre las medias y el dobladillo del vestido, y cada vez que «da un pito» doblo un dedo.

Estoy mirando los dos «pitos» que me quedan, uno de los cuales luce una sencilla alianza de oro. La llevo para que el diamante que me compró Rob no me rompa los guantes de médico.

Levanto la vista y miro a Theo, que me observa con atención. Tiene la piel tan suave, tan bronceada… Sus rasgos son tan oscuros… Y su personalidad tan… divertida.

Es la antítesis de todo lo que hay en mi vida.

Y, de repente, me importa lo que piense de mí.

Doblo otro dedo sin mediar palabra. Él me contempla mientras lo hago, pero luego cubre mi mano con la suya, tan cálida, y me acaricia ligeramente el muslo con los dedos callosos al coger el dedo de la alianza y extenderlo de nuevo.

—No me des eso, Winter. No lo necesito. No te estoy juzgando. Y solo te quedan dos pitos para llegar hasta el final.

Llegar hasta el final. Unas palabras de lo más insustanciales, pero que envían una descarga de excitación que me atraviesa el cuerpo. Llegar hasta el final. Pronunciadas con esa suave ronquera en la voz, mientras está inclinado hacia mí de una forma tan íntima. Me cruzo de piernas y aprieto los muslos para sofocar el anhelo que se ha despertado entre ellos.

—Dios. —Me paso las manos por el pelo para apartármelo de la cara con fuerza—. ¿Me estás diciendo que a ti no te importa un pito lo que la gente piense de ti?

Se encoge de hombros y ladea la cabeza en dirección a mí.

—Intento que no me importe.

Está tan cerca, con ese olor a tequila y a mandarina y esos profundos ojos de chocolate…

—Te he visto esta noche. Me he dado cuenta de que te ponías tenso cuando te llamaban mujeriego.

Su mirada se desplaza de uno de mis ojos al otro y, por Dios, siento que alguien me ve por primera vez. Me escuece la piel bajo el peso de su mirada. Nunca nadie me había mirado tan de cerca. Con tanta claridad.

—Cambiar no siempre es fácil.

—Genio y figura hasta la sepultura, ¿no?

Se presiona el labio inferior con la lengua y niega suavemente con la cabeza.

—Digamos que es como si estuviese mudando la piel.

—Entonces ¿no eres un golfo sin remedio?

Hace una mueca.

—Es una fase que estoy dejando atrás. Pero la gente ve lo que quiere ver. Imagina qué pasaría si les diera todos mis pitos. En el fondo, sé muy bien qué clase de hombre soy.

«Hombre». Sí. Hombre.

Mi cerebro tropieza con esa palabra. Porque sí, Theo es un hombre de los pies a la cabeza, con ese aspecto tan masculino, esos colores oscuros que se entremezclan en su complexión, sus caricias gentiles… Y ese comportamiento caballeroso.

Vale, sí. Es encantador de cojones.

—La temporada pasada, cuando no gané, me puse como objetivo doblar mi concentración. Subir un escalón. Por eso estoy aquí, entrenando con Rhett y Summer. Más entrenar y menos… jugar. Pero eso de no jugar…

«Jugar». Pero ¿acaso cada palabra que dice este hombre tiene que sonar sexual? Juraría que ni siquiera lo hace a propósito, pero sus palabras me rozan la piel como lo haría el borde de sus dientes, como lo haría su barba incipiente. Theo Silva parece hecho para jugar.

Es más, para mí, bien podría ser una enorme señal de neón tan luminosa que me obligara a retroceder. Me han hecho daño, así que mi capacidad de confiar es prácticamente nula. Y aun así…

—Pues a mí no me vendría mal jugar un poco. —Mi rodilla se golpea contra la suya cuando me vuelvo hacia él. Se me ha ocurrido una idea.

Una muy mala idea.

—Menos pitos y más jugar. Creo que para ti es una buena estrategia.

Su forma de entreabrir los labios al decir «jugar» hace que me dé un vuelco el estómago, que a mis inhibiciones se las lleve el viento. ¿Y si me olvidara de ellas y me soltase un poco la melena? ¿Y si hiciera algo solo por mí? ¿Algo que me hiciera sentir bien?

Dios sabe que a Rob nunca se le dio muy bien eso de hacerme sentir bien. No como se ve en las películas o como narran los libros,

cuando el corazón de la mujer se acelera, cuando le basta con una mirada para que se le erice la piel.

Theo me mira así. Como si yo fuera lo siguiente que va a devorar.

—Quizá lo que en realidad necesito son más pitos… —Uf. Sonaba mucho mejor en mi cerebro empapado de tequila.

—Solo tienes diez para el propósito de este ejemplo.

Me muerdo el labio inferior.

—No me refería a eso.

Debe de leerlo en mi expresión, porque se echa hacia atrás entreabriendo los labios carnosos. Sus ojos son puro fuego.

—¿Me estás haciendo una proposición indecente?

Resoplo y aparto la vista.

—No. —Él no contesta y, cuando vuelvo mi atención de nuevo hacia él, confieso—. Bueno, vale, puede. Solo por diversión. Quiero saber cómo es. —Una imagen de Rob aflora en mi mente, pero la aparto. No tiene permiso para estar aquí. Necesito ser yo misma. Necesito liberarme de él si voy a hacer esto—. Creo que no sé cómo es que te follen como es debido.

Theo parece entre impactado y a punto de echarse a reír.

—Es oficial: has bebido demasiado.

—Pues no. Lo estás poniendo como excusa. Si no te interesa, sé directo. Soy médica. Comprendo cómo funciona la biología de la atracción. No se puede forzar. Lo entiendo. —Levanto la vista para mirarlo y me encuentro con una expresión casi primitiva. Es guapísimo, y de repente caigo en la cuenta de lo idiota que soy. Este hombre está fuera de mi alcance. Es demasiado guapo. Tiene demasiada experiencia—. ¿Sabes qué? Olvídalo, no he dicho nada. Tengo este rollo de solterona estirada y no te culpo si…

—Winter. Te habría follado como es debido en el baño de esa gasolinera si me lo hubieras pedido —confiesa, dejándome de piedra —. No voy a fingir que no me he pasado la noche pensando en ello. —Me recorre el cuerpo con una mirada con complicidad, como si pudiera ver cómo se me ruboriza la piel y se me endurecen los pezones. Me apretuja las piernas entre las suyas, dejándome

atrapada—. Podría levantarte ese vestido en un santiamén. Pero… —Señala con la cabeza el vaso que hay sobre la mesa, junto a nosotros—. Hemos bebido mucho tequila. No quiero que te arrepientas de nada.

¿Arrepentirme? Lo evalúo como si fuera uno de mis pacientes mientras me pregunto si existirá alguna mujer que se haya arrepentido de haberse follado a Theo Silva. Me parece poco probable.

Y quiero comprobarlo.

Por la ciencia.

Así que me termino el chupito, saco un bolígrafo de mi bolso y, tras darle la vuelta al posavasos para disponer del lado blanco, escribo:

*Yo, Winter, juro legalmente que no estoy demasiado borracha para…*

Lo miro.

—¿Qué te preocupa? Nunca llego al orgasmo, así que la cantidad de alcohol ingerida no tiene importancia.

Parpadea una única vez, de forma lenta y metódica. Sus gruesas pestañas oscuras se llevan con ellas una fugaz sombra de irritación que ha asomado a su perfecta estructura ósea.

—El consentimiento, Campanilla. Me preocupa el consentimiento. Lo demás no es un problema. —Baja la voz hasta convertirla en un suave gruñido—. Yo te haría llegar. Te lo aseguro.

Me arden las mejillas, y ese mismo fuego me baja por la garganta y me anega el pecho. Qué seguro de sí mismo está, maldita sea. Con tequila o sin él, que me hablen con tan poco pudor es nuevo para mí. Así que, en lugar de discutir con él, termino la frase con una mano temblorosa:

*consentir.*

Cuando levanto la vista, nos miramos a los ojos. Estoy casi jadeando, mientras que él se limita a quedarse ahí sentado. Está aferrado a la mesa con todas sus fuerzas y despide una energía sexual apabullante.

Me muerdo el interior de la mejilla y aparto la mirada para firmar.

*Winter Hamilton*

Mi apellido de soltera.

Él también repara en ello, porque cuando vuelvo a mirarlo veo que sus ojos están clavados en el posavasos.

—¿No era Valentine?

—No. Tengo los papeles del divorcio en el coche. He ido a recogerlos de camino a Chestnut Springs. Soy reservada; no me apetecía que mi desastroso divorcio fuera la comidilla durante la cena.

Asiente y estudia mi rostro. Luego, mira fijamente el posavasos mientras la punta de su lengua asoma entre sus labios.

—Entonces, esto… ¿es un contrato sexual?

—Básicamente. —Me siento como una idiota, pero también, por primera vez en mucho tiempo, me da igual. Cada paso que di para alejarme de aquella casa fue como si cayera una ficha de dominó. Una detrás de otra. Ahora solo queda una, y estoy a punto de lanzarla al regazo de Theo Silva.

—Vaya, pues es una primera vez para mí. —Theo acaricia el lugar donde he firmado y me imagino sus dedos sobre mi cuerpo. Dentro de mi cuerpo.

—Creo que… —Me llevo una mano al cuello, como si así pudiera obligarme a seguir utilizando palabras cuando no logro pensar más que en él tocándome, en la presión acuciante que palpita entre mis piernas—. Creo que deja las cosas muy claras. Para los dos.

Se inclina hacia mí; su actitud cambia ante mis ojos. Su aliento húmedo y caliente danza contra mi oreja; su voz rasposa reverbera contra mi piel.

—La claridad contractual no me la había puesto nunca tan dura. —Mi cuerpo cobra vida, aunque sé que solo me está provocando. Me obligo a tragar saliva, asiento y lo miro a los ojos—. Pero no sé si una frase en un posavasos tendrá mucha credibilidad ante un tribunal.

—Una noche —replico—. Eso es todo. No estoy preparada para nada más. Estoy demasiado jodida. Llevarte a juicio implicaría volver a verte y no tengo ninguna intención de que eso pase. —Traga saliva otra vez—. Y no se lo contaremos nunca a nadie. Un apretón de manos y cada uno por su lado, como dos adultos maduros que han firmado un contrato.

—Winter… —Esta parte no parece gustarle mucho.

Empujo el posavasos hacia él. Me siento más desnuda de lo que creo haberme sentido nunca. Me tiembla la voz.

—O lo firmas o me voy a la cama. Mi ego está demasiado frágil para esto.

Su mirada se suaviza; la calidez en esas profundidades de chocolate calienta mi gélida fachada. Observo cómo se le hinchan las venas cuando coge el bolígrafo. Cómo se le tensan los tendones del antebrazo cuando escribe.

> *Una sola noche. No se lo contaremos a nadie. Pero lo más seguro es que acabe rogándote que me des otra oportunidad.*
> *Theo Silva*

Hasta su letra es bonita.

Desliza de nuevo el posavasos hacia mí con una mirada arrogante. Cojo el pedazo de cartón y lo leo como si de verdad estuviese revisando un contrato. «Otra oportunidad». Sí, claro. Pero dejaré que tenga él la última palabra.

Le tiendo el posavasos y él lo coge, envolviéndome la mano con los dedos cálidos. Se la lleva a la boca y le da un enérgico beso en el dorso, lo que hace que me estremezca de pies a cabeza.

Esboza una sonrisilla y me entran ganas de darle un pisotón en un pie. Odio lo evidente que es todo. La forma tan forzada en que se ha dado. Que él se haya dado cuenta de todo.

Pero también lo deseo con todas mis fuerzas.

Brindamos con un último chupito de tequila. La verdad es que necesito que el alcohol me infunda coraje. Los dos vasitos chocan con un repiqueteo.

Y él me mira a los ojos con una intensidad que me pide a gritos que tenga cuidado. Y entonces dice:

—Cuando acabe contigo no vas a poder ni andar.

Nos bebemos el tequila sin dejar de mirarnos a los ojos. Dejo el vaso con un golpe más fuerte del necesario. Se oye muy alto, como el disparo que señala el inicio de una carrera.

Él me mira ladeando la cabeza. Reafirmándome de forma silenciosa.

Asiento.

Asiente.

Y, sin decir ni una palabra más, entrelaza los dedos con los míos y me conduce hacia el ascensor.

Cuando la puerta se cierra, la última pizca de control se esfuma de repente; casi puedo sentir el vacío que deja en ese espacio pequeño e íntimo.

Me aprieta contra su pecho, enredando los dedos en mi pelo suelto de inmediato.

Lo único que oigo son los estruendosos latidos de mi corazón, que bombean sangre por mis venas.

Lo único que veo son sus mejillas sonrosadas y sus labios carnosos.

Y siento la presión de su pétrea erección contra mi vientre.

Me mira a los ojos y me coge de la nuca con brusquedad con una mano mientras tira de mi labio inferior con la otra.

—No veo la hora de contemplar lo guapa que estás cuando te corras gritando mi nombre.

# Seis

## *Theo*

**Rhett**: ¿Llegasteis bien Winter y tú? Summer me ha dicho que Winter no le contestó.

**Theo**: Sí. Estaba cansada y gruñona. Creo que se fue a la cama.

**Rhett**: Vale. ¿A las once en el gimnasio?

**Theo**: Ahí nos vemos, viejo.

—Theo, esta mañana estás hecho una porquería.

Me tiro en la esterilla y decido dejarme morir ahí, en un charco de mi propio sudor.

—Summer, pareces muy dulce, pero eres bastante cabrona.

Rhett, que está tumbado en la esterilla de al lado, se vuelve y me da una patada en la zapatilla.

—Háblale así otra vez. A ver si tienes huevos.

—Rhett, veinticinco burpees por agredir a un cliente. —Su prometida le dedica una sonrisa altanera desde el banco en el que

está sentada. O, como lo he llamado yo para mis adentros, el Trono de la Tortura.

Rhett se ríe como si fuese una broma, pero ella se limita a inclinar la cabeza sin dejar de mirarlo y a cruzarse de brazos, tapando el nombre de Hamilton Athletics que luce en la sudadera.

—Eres mala. ¿Y Theo qué?

—¿Theo qué de qué? —repite Summer con voz divertida y dulce.

—Cállate, tío. Déjame morir en paz. —Me tapo la cara con un brazo mojado y me viene un fuerte olor a alcohol. Estoy, literalmente, sudando tequila.

—Se ha pasado la noche de fiesta, ¿no lo ves? —continúa Summer—. A este paso, debe de estar haciendo bebés por toda Norteamérica.

—Por favor. Siempre le pongo el forro. —Lo cierto es que desde que empecé la gira este otoño no me había metido con nadie en la cama. Que los demás piensen lo que quieran, no me importa, pero estoy cambiando.

Rhett enarca una ceja.

—Pero no niegas que anoche saliste con alguien, ¿no?

Gimo, molesto, pero Summer se inclina hacia mí con una chispa de interés en la mirada.

—¿Quién es?

—Tuve una larga noche romántica con mi mano derecha. —No voy pregonando por ahí lo que hago, y menos aún si se trata de Winter. Lo de anoche me lo llevaré a la tumba… A no ser que ella vuelva a por más.

—¿Te encendiste una velita? —Rhett se ríe de su propia broma.

—¿Qué haces tumbado todavía, Eaton? —salta Summer—. He dicho que veinticinco burpees. O te haré unirte a una clase de zumba.

—Joder —digo yo, riéndome por la nariz—. Pagaría mucho dinero por ver eso.

Rhett me da otra patada, aunque de forma juguetona, y se pone de pie.

—Venga, Theo, ¿quién es? —Summer no piensa dejarlo correr.

Me incorporo, apoyo los codos en las rodillas y la miro a los ojos.

—No es nadie. Y si lo fuera tampoco iría por ahí pregonándolo. Tendrás que buscarte los cotilleos en otra parte.

—En un pueblo tan pequeño como este todo acaba saliendo a la luz. Has de tener cuidado si tienes pensado pasar más tiempo aquí, Theo —añade en un tono más serio.

«No se lo contaremos a nadie». Yo mismo escribí esa frase, y jamás traicionaría la confianza de Winter. Ya se lo han hecho demasiadas personas en esta vida, y, seamos lo que seamos y aunque no la vuelva a ver nunca más, no seré yo uno más de los que la decepcionan o le mienten.

Me encojo de hombros y le aguanto la mirada a Summer. No pienso soltar prenda.

—Nadie.

Rhett está saltando a mi lado entre jadeos y resoplidos. Pero Summer… Summer me mira fijamente. Es casi como si lo supiera. Pero ¿cómo? No creo que ni a una sola persona se le pase por la cabeza que Winter y yo pudiéramos acabar la noche juntos.

Yo soy jinete de toros; ella es médica.

Yo soy fuego; ella, hielo.

Ella quiere olvidarse de mí y yo, ahora mismo, no puedo dejar de pensar en ella. En su lado más tierno. En cómo se abrió conmigo. En cómo gimoteaba mi nombre cuando…

—Veinticinco burpees, Silva. —Summer esboza una sonrisa malévola.

—¿Estás de coña?

Rhett está sin aliento, así que no puede burlarse de mí, pero cuando lo miro veo que asoma una sonrisa en sus mejillas barbudas.

—No. Mueve el culo.

—Pero ¿no había terminado ya? —me quejo, pero la obedezco, porque me prometí a mí mismo que esta temporada haría que mi padre estuviera orgulloso. Sí, murió encima de un toro, pero cuando lo hizo ya tenía un par de campeonatos en el bolsillo.

Fue el mentor de Rhett, que también lo ha ganado dos veces.

Yo me conformo con una. Me conformo con una fracción de la grandeza de mi padre. Me contentaría con tener, aunque fuera, un pedacito de su éxito para poder formar parte de ese legado.

Quiero ser algo más que el chico malo de la Federación Mundial de la Monta de Toros, algo más que un buen polvo.

Así que empiezo con los burpees.

Summer me sonríe y niega con la cabeza.

—Guau… Debe de ser verdad que no quieres que nadie se entere de lo de anoche bajo ningún concepto.

—Solo está… picado… porque ya ha fracasado… en su objetivo —jadea Rhett desde detrás de mí mientras yo doy el primer salto en el aire. Mis músculos se rebelan contra mí, pero hago que mi cuerpo se ponga de nuevo en marcha, aunque ya lleve entrenando dos horas.

—¿Cuál era tu objetivo, Theo?

Paso de los dos.

Sí, es cierto, he ignorado el objetivo que me puse y que compartí con Rhett en una de nuestras charlas, pero no les pienso explicar que, aunque no sepa por qué, esto ha sido distinto. No ha sido solo otro…

—No sé qué sobre vivir como un monje la próxima temporada para concentrarse mejor.

Rhett se ríe mientras flexiona el cuerpo hacia delante y yo me descubro deseando que eche la pota. Sin embargo, el enfado me da fuerzas. Mientras sigo adelante, noto la mirada de Summer sobre mí.

Me está evaluando. Analiza demasiado las cosas. Ve demasiado.

—Hueles a tequila —anuncia, claramente optando por no aliarse con su prometido.

Cuando me uno a Rhett, que ya está tirado en la esterilla, resoplando, jadeando y deseando estar muerto, él se vuelve hacia mí y me sonríe.

—Sabía que jamás sería capaz de no sacar la polla a pasear.

Sé que está bromeando, pero me duele de todos modos. Sin embargo, esas palabras son el empujón que me faltaba para

motivarme. Quiero que mi mentor me respete. No quiero ser el colofón de un chiste ni que me vean como un niño que no crece nunca. Quiero perseguir mis sueños y demostrarme a mí mismo que soy capaz de lograr lo que me proponga.

No quiero ser un rollo de una noche, alguien que solo sirve para rascar cuando pica. Quiero que una mujer como Winter Hamilton, hermosa, inteligente y con la lengua afilada, me mire y vea un futuro.

# Siete

## *Winter*

**Marina**: Dejas tu trabajo, dejas a tu marido, ¿y ahora tampoco me coges el teléfono?

**Winter**: Vaya, tú solita lo has entendido todo.

**Marina**: Llámame.

**Winter**: Cuanto más lo pienso, menos tengo que decirte.

**Marina**: Yo no te he educado así. Te eduqué para ser más fuerte. Para saber qué es lo importante.

**Winter**: No recuerdo ni un solo abrazo.

**Marina**: ¿Qué?

**Winter**: Que no me abrazaste nunca. No me consolaste nunca.

**Marina**: Para eso estaba la niñera.

—Joder. Qué bien está quedando esto. —Sloane observa la casita con una expresión de satisfacción y las manos apoyadas en sus estrechas caderas.

Asiento. Y hasta eso es una gesta hercúlea. Las últimas tres semanas me he visto inmersa en un torbellino de emociones y he tomado decisiones que me han cambiado la vida. Como estaba demasiado amargada para estar con personas felices, pasé la Navidad sola en un hotel, soñando con que Theo Silva recorría mi cuerpo con sus manos callosas e intentando recrear con las mías propias las sensaciones que me provocaba.

Aunque jamás lo admitiré.

Pero la sensación de sus durezas deslizándose sobre mi piel es inolvidable. Su forma de tocarme, como si no tuviera nunca suficiente… No dejó de explorarme con las palmas de las manos, de adorarme con ellas. Ni un solo segundo.

Carraspeo.

—Sí, no está mal.

La mujer rubia a mi lado está radiante de orgullo, así que no puedo evitar devolverle la sonrisa. Suena infantil, pero, de algún modo, durante las dos últimas semanas Sloane se las ha arreglado para hacerse un hueco en mi vida. Es la prima de Rhett y dice que cree que me ha conocido en el momento adecuado. Dice que necesitaba a alguien como yo en su vida, pero, en realidad…, creo que era yo quien la necesitaba a ella.

Ambas hemos vivido en una vorágine en el corto tiempo que hace que nos conocemos. La diferencia es que la suya la han llevado a estar con su amor de la infancia —el jugador de hockey que la trata como a una diosa— y las mías a mandarle a Rob los papeles del divorcio, dejar mi trabajo en el hospital de la ciudad y mudarme a una casita de alquiler en Chestnut Springs.

Y ahora que miro a Sloane, toda sonrisas y pelo alborotado, supongo que también me han llevado a tener una amiga.

Es posible que sea la única amiga que tengo en una vida llena de conocidos y compañeros de trabajo, y solo por eso siento que todo por lo que he pasado merece la pena.

—¿Y si movemos un poco la tele? Puede que le dé demasiado la luz durante el día.

Resoplo y me dejo caer en el sofá que tengo detrás.

—Trabajo una cantidad disparatada de horas. Dudo mucho que vea la tele durante el día.

—¿Y en tus días libres? —Sloane me imita y cae a mi lado en el mullido sofá nuevo.

—Bueno… Supongo.

—¿O estarás demasiado ocupada quedando con esa nueva vecina tuya tan guay? —Mueve las cejas arriba y abajo y se me escapa una carcajada. Jasper y ella viven en la casa de al lado. De hecho, Jasper es el propietario de toda la manzana, tanto la hilera de casas de este lado como los negocios del otro, los que dan a la calle principal. Sloane ha restaurado cada una con mimo para que recuperen su encanto original y así poder alquilarlas—. ¿Vas a mantener los dos trabajos ahora que te has mudado aquí?

Me encojo de hombros y apoyo la cabeza en la tela aterciopelada. Solo que no es terciopelo, es microfibra, porque por muy rico que sea Rob, el cirujano cardiovascular, yo sigo siendo solo una médica residente.

Gustos de terciopelo y presupuesto de microfibra. Esa soy yo. Winter Hamilton. ¡Hamilton! Y me gusta así.

Una casi divorciada de veintiocho años con un exmarido que la odia con todas sus fuerzas porque lo único que se le da mejor que arreglar corazones es hacerse la víctima. Con una madre que no la deja en paz porque las desgracias nunca vienen solas y ella ha elegido vivir una vida desgraciada. Con un padre que siempre se ha sentido incómodo con su presencia. Que Dios lo bendiga. Y con una hermana con la que mantiene una relación difícil que es más fácil cada día.

Ese es el lado bueno de haber puesto mi vida patas arriba. Porque lo he rociado todo con gasolina, le he tirado una cerilla encendida y he dicho: «A la mierda».

—He dimitido hoy. ¿Trabajar en el mismo hospital que mi madre y Rob? No, gracias. —Me llevo un dedo a la boca abierta y finjo una arcada.

Y siento náuseas de verdad. Estoy un poco mareada.

Sloane se ríe, contenta y desenfadada, mientras yo respiro hondo para intentar apaciguar mi estómago revuelto.

—Bien hecho. —Asiento y ella continúa—: Podemos colgar la decoración mañana. Y te ayudaré a deshacer las cajas. Podemos reclutar a Jasper cuando vuelva de su viaje. De todos modos, me gusta cómo has dispuesto los muebles.

—Suena bien —susurro lamiéndome los labios. Me permito cerrar los ojos.

—¿Te apetece ir a tomar algo? ¿A comer algo? Si no, me quedaré trabajando en la otra casa hasta tarde.

—Necesitas tu propio programa de reformas para televisión. —Le dedico una débil sonrisa, pero no me muevo. Si me quedo quieta y me concentro en el aire frío que me entra por la nariz, me siento mejor.

—Dios mío. ¡Es verdad! Sería un sueño. —Me da una palmada en la rodilla y se incorpora, llena de energía—. ¿Qué, vamos?

Hago unos sencillos cálculos mentales, pienso en patrones numéricos, en no vomitar la comida china de este mediodía en mi nuevo sofá de microfibra.

—Creo que voy a pasar. —Hablo como si estuviera sin aliento; el corazón me martillea contra el esternón. Suena tan fuerte que me pregunto si lo oirá también Sloane.

—¿Estás bien? —pregunta con la voz llena de preocupación mientras me aprieta la rodilla con los dedos.

«Veintiocho menos siete son veintiuno».

«Ovulación».

Me vuelvo para mirarla.

—Es que estoy hecha polvo. Creo que mejor otro día. Me voy a meter en la cama.

Me mira con una expresión de desasosiego. Sloane es una de las personas más sinceras que he conocido nunca. Es dulce, pero no empalagosa. De vez en cuando dice algo inapropiado y luego ella sola se ríe por lo bajo.

Es lo que me gusta de ella. Es cercana.

—¿Estás segura?

«Dividido por siete igual a tres».

«Principio del ciclo».

Le ofrezco mi sonrisa más convincente, pero soy muy mala actriz. Estoy segura de que tengo el ceño fruncido, aunque me las haya arreglado para curvar los labios ligeramente hacia arriba.

Ella se ríe por la nariz y se pone de pie.

—Pareces una asesina en serie cuando haces esto. —Se queda congelada un instante antes de volverse hacia mí y soltar una carcajada—. ¿Te lo imaginas? Ayudo a esta chica tan maja que es médica, y que creo que es mi amiga, a mudarse a la casa de al lado. Pero resulta que es una asesina en serie y solo está planeando mi asesinato a largo plazo. —Se ríe—. ¡Esa sí que sería una buena historia!

Me froto las sienes.

—Parece sacado de una novela de misterio.

—¿Qué? —pregunta ladeando la cabeza.

—Nada. Me voy a la cama a leer.

«Hace tres semanas fue el sábado antes de Navidad».

—Vale. Escríbeme por la mañana, cuando te levantes y estés preparada para terminar con esto. —Se agacha y me da un beso en la mejilla—. Y no me asesines esta noche, te lo pido por favor.

Me reiría, pero si abro la boca echaré la pota en el sofá de microfibra. El vendedor me aseguró que era fácil de limpiar. Me pregunto distraídamente cómo de fácil.

«El sábado antes de Navidad fue el día que fui a cenar al rancho Pozo de los Deseos».

Sin dejar de reírse, Sloane se pone las botas y se marcha.

Tan alegre, tan tranquila, haciendo bromas sobre asesinos en serie.

Y, mientras tanto, yo calculo mentalmente. Unos cálculos que me resultan dolorosamente familiares, porque he pasado los últimos dos años intentando con desesperación quedarme embarazada.

Lágrimas, test de ovulación positivos, test de embarazo negativos, citas con especialistas en fertilidad…

De todas las veces que hice estos cálculos mentalmente, el resultado fue correcto en una ocasión. Ese test fue positivo solo en una ocasión.

Fue como tocar el cielo. Pero terminó en dolor y pérdida. Terminé tocando fondo.

Y ahora mis cálculos vuelven a ser correctos.

«En el rancho Pozo de los Deseos fue donde conocí a Theo Silva».



**Winter**: ¿Tienes forma de entrar en el gimnasio? A veces vas a bailar allí cuando está cerrado, ¿no?

**Sloane**: Sí, a veces, cuando no puedo dormir. Uso la sala de zumba.

**Winter**: ¿Puedo convencerte de que me dejes entrar?

**Sloane**: Pero son las diez de la noche.

**Winter**: Sí, ya lo sé. Acabo de salir del trabajo.

**Sloane**: ¿Puedo preguntar por qué necesitas entrar en el negocio de tu hermana a estas horas?

**Winter**: Puedes preguntármelo, pero no te voy a contestar.

**Sloane**: ¿Tiene algo que ver con tus planes de asesinato?

**Winter**: Sí, te estoy convirtiendo en mi cómplice.

**Sloane**: ¡Nuevo logro de amistad desbloqueado! Salgo en cinco minutos.



—¿Quieres que entre contigo? —Sloane me mira preocupada frente al gimnasio oscuro.

El aire frío me sienta bien después de haberme pasado el día entero aguantándome las náuseas en el trabajo. El olor a antiséptico, que normalmente me resulta reconfortante, se ha

rebelado contra mí de la forma más cruel posible. Hasta hablar con Marina me ha provocado más náuseas que de costumbre, aunque pedirle que deje de intentar ponerse en contacto conmigo me ha hecho sentir bien. Me he sentido fuerte. Y aliviada, al saber que no voy a exponer a otro ser humano a su toxicidad.

Es gracioso, pero en cuanto dejó de importarme un pito lo que pensara de mí, su opinión dejó de preocuparme. Sin embargo, hoy, casi me ha bastado con oír su voz para echar la pota encima del teléfono.

—No, no hace falta.

—Voy a entrar de todos modos. —Sloane pasa por mi lado a toda prisa y va directa al teclado, donde introduce el código. Nuestros abrigos acolchados de invierno se rozan y hacen un ruidito.

Luego se vuelve y me mira expectante.

—¿No vas a soltarme ninguna frasecita ingeniosa sobre que he venido aquí a hacerle algo malo a mi hermana? —pregunto.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué iba yo a pensar eso?

Pongo los ojos en blanco al tiempo que me cruzo de brazos.

—Porque es lo que piensa todo el mundo.

—Creo que a la gente le resultas mucho más simpática de lo que tú te crees. —La miro con una ceja enarcada y ella sonríe, moviendo la cabeza arriba y abajo—. Cuando quieres.

Suelto una carcajada.

—«Simpática cuando quiero». Podría ser mi eslogan.

Lo cierto es que me duele. Como si significara que cuando estoy en mis peores momentos no le caigo bien a nadie. Resulto simpática cuando me pongo una máscara feliz y sonriente. ¿Y cuando me derrumbo? Lo único que obtengo entonces son críticas y reprimendas.

—Bueno. Solo necesito unos minutos.

—¿Para qué?

—Para mirar una cosa en el ordenador.

Sloane abre los ojos de forma cómica.

—Pensaba que lo tuyo eran los asesinatos. ¿Estás acosando a alguien?

Aprieto los labios y finjo cerrármelos con llave y luego tirarla. Lo cierto es que… sí, esto suena un poco a acoso.

Pero tras confirmar lo que ya sabía con un test de embarazo positivo, sé que necesito hablar con Theo. Porque nuestro secreto de una sola noche ya no es tan secreto.

Creo que todavía estoy conmocionada, pero, después de haberme pasado años intentándolo y de fracasar una vez tras otra, no logro sentirme disgustada. Esta mañana, mientras contemplaba las dos diminutas rayitas rosas en el baño del hospital, me he echado a llorar.

A llorar de felicidad.

Porque por muy inesperado que sea esto, no puedo evitar que me parezca una bendición. Algo que por fin me va a levantar, después de todas las veces que han intentado hundirme.

Algo que es solo para mí.

Y esto me ha dejado con otro problema al que enfrentarme: ponerme en contacto con él.

Sloane se ríe, pero se da la vuelta para darme intimidad. Me dirijo al mostrador de recepción y enciendo el ordenador. Tengo la esperanza de encontrar la información de contacto de Theo en la base de datos del gimnasio.

Podría pedírsela a Summer, pero daría lugar a preguntas. Si me pongo en contacto con mi padre, que es su representante, daría lugar a más preguntas y una conversación muy incómoda. Y no quiero lidiar ni con una cosa ni con la otra.

Apenas conozco a Theo, pero sé que tengo que contárselo. Merece saberlo, y merece saberlo antes que ninguna otra persona. No sé por dónde me va a salir, pero veo algo muy tierno en él. Y, sea cual sea nuestra situación, hay una parte de mí que piensa que sería un gran padre.

Y si no quiere, también me parecerá bien. Pero merece poder elegir.

No se me ocurre nada peor que la posibilidad de que más gente se entere de algo tan personal como esto antes de que haya podido asimilarlo.

Yo sé lo que es necesitar tiempo para asimilar las cosas.

Por eso me aterra darle la noticia a todo el mundo y luego perder al bebé, como me pasó la última vez. Tener la ropita, los juguetes, los planes de futuro… Que todo el mundo esté loco de contento para luego obligarlos a darme un pésame al que yo sea incapaz de hacer frente.

Si voy a tener que llorar una pérdida de nuevo, quiero hacerlo en privado.

Me muerdo el labio e intento navegar por el programa en busca de… «Miembros». ¡Aquí! Con un clic, una lista de nombres se extiende por toda la página. Llevo el ratón a la lupa en miniatura de la esquina y escribo: «Theo Silva».

Se abre una ventana con su información. Una dirección en Emerald Lake, una ciudad universitaria junto a un lago, en la Columbia Británica. Un contacto de emergencia llamado Loretta Silva, un nombre que le va que ni pintado a una mujer que vive en un rancho y que era la esposa de una leyenda de la monta de toros (gracias, Google).

Y entonces lo veo. Su número de teléfono. Cojo un taco de post-its, copio el número y cierro todas las ventanas del ordenador para asegurarme de que parezca que nunca he estado aquí.

Unos segundos después, me estoy alejando del mostrador de puntillas, como si alguien pudiera oírme, aunque sé que aquí no hay ni un alma.

—Ya estoy. Gracias —le susurro a Sloane cuando llego hasta ella.

Se da la vuelta. Ha respetado mi intimidad hasta el último minuto. Es la cómplice perfecta, ni insistente ni entrometida.

—¿Has limpiado el teclado?

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Ya sabes, para borrar las huellas dactilares.

—¿Estás…?

—¿Cuidando de ti? Claro. Para eso están las amigas.

Me río, porque está de broma. O eso creo…

—Esta noche no se ha cometido ningún crimen.

—¿Estás segura?

Hago una mueca mientras reflexiono.

—No sé. Soy médica, no abogada. Tal vez sea un crimen versión mini.

Se ríe mientras vuelve a activar la alarma.

—Me gusta cómo suena. Espero que la policía valore el *branding*.

Ahora soy yo quien se echa a reír, al tiempo que cruzamos la puerta. Sin embargo, tengo el estómago en un puño. No me preocupa la policía; acabo de caer en la cuenta de lo que estoy a punto de contarle a un hombre que apenas conozco, y siento cómo la ansiedad empieza a oprimirme el pecho.

Me lo froto con la palma de la mano para aliviarla. E incluso cuando Sloane y yo nos damos las buenas noches, sigo haciendo presión sobre mi esternón.

No me detengo hasta que no estoy sentada en mi sofá de microfibra, mirando fijamente el papelito amarillo claro.

¿Qué he hecho? ¿Cómo he permitido que ocurriera esto? Utilizamos preservativos.

«Y los preservativos se rompen».

Es una sensación peculiar, la de tener todo lo que siempre has querido, pero no de la forma en que te lo imaginabas. Siempre he deseado esto, desde que era una niña. Era la típica niña que llevaba una muñeca a todas partes en un carrito de juguete. Me hizo muchísima ilusión tener una hermana pequeña, hasta que mi madre me lo estropeó.

He querido tener un hijo desde que tengo memoria. Lo he deseado desesperadamente, desde lo más profundo de mi alma. Pero ni en mis sueños más disparatados imaginé que ocurriría así. Como si fuera una especie de broma del destino.

Clomifeno. Piernas en alto. Infecciones de orina. Y todo para nada.

Es como si mi cuerpo supiera que Rob era un cabrón, aunque mi cerebro no estuviera enterado todavía. «Ja. Ni hablar, cariño. Buen intento. No queremos tener un bebé con este hombre».

Y entonces me quedé embarazada. Y justo después descubrí las muchas traiciones de mi marido.

Lo perdí.

Luego perdí al bebé.

Y luego me perdí a mí misma.

Solo lo he admitido una vez: ante Willa, la mejor amiga de mi hermana pequeña. Le confesé que por destrozada que me hubiera dejado mi aborto, había una parte de mí, una parte de la que me avergonzaba, que se sentía aliviada de no haber quedado atada a Rob Valentine para el resto de mi vida.

Puedo pasar página, dejarlo atrás sin nada que me ate a él. Una bendición y una maldición a la vez, porque la culpa me reconcome. Una culpa con la que tendré que aprender a vivir, porque me siento aliviada de haberme librado de él.

Pero esto es diferente. Estoy en un momento diferente.

Theo es diferente.

Cojo el teléfono y marco su número. Respiro hondo para tranquilizarme mientras suena.

Pero sigue sonando y sonando, hasta que salta el buzón de voz. Su grave voz de barítono me pide que deje un mensaje y un escalofrío me recorre la espalda. Las cosas que me dijo esa noche…

«Mira cómo te pones. Mira cómo suplicas para que…».

—Hola, Theo. Soy Winter, del…, bueno, del hotel. O del rancho. La del contrato en el posavasos. He conseguido tu número y me gustaría que hablásemos, aunque juré que jamás me pondría en contacto contigo. ¿Puedes llamarme cuando tengas un momento? Gracias. Adiós.

Todavía no se lo he dicho, pero ya me siento aliviada. Voy a enfrentarme a esto. Todo irá bien.

Pongo una mano en mi barriga, todavía plana, y suspiro.
Voy a ser feliz.



—Hola, Theo. Soy Winter otra vez. No he tenido noticias tuyas y han pasado ya unos días. Me arriesgo a parecer una pirada, pero he mirado la página web de la FMMT y sé que todavía no te has vuelto a ir de gira. Entiendo que estés ocupado, pero necesito hablar contigo en serio. Tengo algo muy importante que contarte.



—Hola, Theo. Espero que estés bien. A juzgar por las puntuaciones que se ven en las listas de internet, parece que estás perfecto. No estoy intentando ser una conejita de rodeo pesada o como coño lo llames. Solo necesito compartir cierta información contigo y que la oyeras directamente de mi boca.



**Winter**: Hola, soy Winter. ¿Hablo con Theo Silva? ¿Estás recibiendo mis mensajes en el buzón de voz? Ya te he dejado tres.

**Winter**: ¿Eres consciente de que tienes activadas las conversaciones de lectura? Sé que has visto mi mensaje.

**Theo**: Sí, he recibido tus mensajes de voz. No estoy interesado en hablar.

**Winter**: Mira, estoy intentando no mandarte a la mierda con todas mis fuerzas, pero ¿me puedes llamar? Tengo que decirte una cosa.

**Theo**: Pues dímela.

**Winter**: ¿Por mensaje?

**Theo**: Sí.

**Winter**: Vale. La noche que pasamos en el hotel se nos debió de romper un condón. Estoy embarazada. El bebé es tuyo. He pensado que podría interesarte.

**Theo**: Gracias por la información.

# Ocho
## *Winter*

*Dieciocho meses después…*

**Winter**: ¿Está bien?

**Harvey**: Sí, mi mundo es como un parque infantil para ella. Tendrías que verla subiendo y bajando las escaleras. Va como una bala cuando baja. Ha intentado hasta trepar por la barandilla. ¡No para!

**Winter**: Harvey, por favor, no me digas eso.

**Harvey**: Si no fuese de mala educación, preguntaría si su papá secreto es un mono.

**Winter**: Eso y preguntarlo es lo mismo.

**Harvey**: ¿Dónde está la pregunta?

**Winter**: Voy a volver ya.

**Harvey**: No, no vuelvas. Si pude mantener a Rhett con vida, Vivi será pan comido.

**Winter**: No es muy reconfortante, la verdad. Rhett está fatal de la cabeza.

—Nos lo vamos a pasar muy bien, Winter. Ya lo verás. —Willa me da unos golpecitos en el hombro y yo la miro de reojo.

—Y Vivi se lo va a pasar en grande con Harvey. —Summer me apretuja la rodilla con la mano.

—¿Teníais planeado este numerito? —Me cruzo de brazos y me quedo mirando al frente, donde está el ruedo.

Willa se encoge de hombros y esboza una sonrisilla.

—Sloane nos dijo que quizá sería necesario darte ánimos, pero que teníamos su permiso para sacarte de esa casa chillando y pataleando si hacía falta.

—Para Sloane es fácil decirlo, como ella está de viaje con Jasper… Luego la llamaré por FaceTime y le diré cuatro cosas.

Me lamo los labios y miro el océano de gente que me rodea. Summer y Willa no me contestan, pero estoy segura de que ponen los ojos en blanco mientras ellas, también, miran a su alrededor.

Es el tercer día del primer Rodeo de Chestnut Springs, un evento anual, y ahora que soy testigo de cómo se desarrolla me siento como una socióloga. El pueblo es pequeño y encantador, pero lo de la feria de este fin de semana…

No tengo ni puta idea de cómo llamarlo.

Vaqueros de la marca Wrangler, botas de *cowboy,* cinturones con cuentas.

Hasta los niños llevan atuendos de vaqueros. Es como si estuviera en una de esas recreaciones históricas donde todos los frikis se visten de reyes y caballeros.

Solo que aquí los frikis se visten de *cowboys.*

—Esto está lleno de niños —anuncio—. No me entra en la cabeza por qué no podía traer a Vivi conmigo. Estaría en su carrito y casi ni os daríais cuenta de que está.

Summer se acerca a mí y presiona su cuerpo contra el mío para consolarme. No lo pienso admitir, pero me gusta. No, no me gusta. Me encanta. En estos últimos dieciocho meses, conocer a mi hermana como siempre había querido ha sido una de las mejores cosas de mi vida.

—Pero tú sí que te das cuenta —repone Willa—. Ya tiene nueve meses. Te has sacado bastante leche para alimentar a un orfanato entero. He visto el congelador, así que no intentes negarlo. Se va a divertir, y tú también. Lo necesitas. La primera vez que dejé a Emma también me resultó duro, pero… Winter, confía en mí. Después de esta noche, volverás a sentirte un poco más como tú misma, como antes. No puedes hacerlo todo sola. Tendrás que volver a…

Summer la acalla con una mirada severa y casi pongo los ojos en blanco. ¿Se cree que no sé lo que Willa estaba a punto de decir?

«Volver al trabajo».

Un año. El hospital de Chestnut Springs me dio un año de baja de maternidad, y el final está cada vez más cerca. El día que tengo marcado en rojo en el calendario es el 21 de septiembre.

Ojalá alguien me hubiera dicho que, una vez tuviera un bebé, todo lo demás me importaría una mierda. Insisten en que necesito pasar una noche lejos de ella, pero yo no lo siento así. Ya la echo de menos, aunque me haya pasado las últimas dos semanas diciendo que lo único que quiero son unas horas sin que nadie me toque.

Y no quiero sentirme como antes. Antes me sentía enfadada, amargada y sola.

Bueno, vale, tampoco es que ahora sea la alegría de la huerta, pero hice borrón y cuenta nueva cuando me mudé a Chestnut Springs.

—Voy a buscar algo de beber —anuncia Willa, dándose una palmada en los muslos, que lleva metidos en unos vaqueros. No puedo más que asentir. La música *country* suena a todo volumen por los altavoces mientras una colección de hombres con zahones de cuero se pasea por todas partes.

Serán frikis, pero tendría que estar ciega para no darme cuenta del efecto que tienen este tipo de atuendos en el culo de un hombre. A la gente que babea por los hombres vestidos de traje le preguntaría si ha visto alguna vez a uno con unos Wranglers y unos zahones.

Adiós a los trajes.

Summer me da un golpecito en el hombro.

—Gracias por haber venido.

Le doy otro en el suyo.

—De nada.

—Rhett y Beau han trabajado mucho en este evento. Sé que ellos también apreciarán que estés aquí. —Me limito a asentir—. Creo que fuiste de mucha ayuda al sugerir que a Beau le convenía tener un propósito. Ya empieza a parecerse al que era. Se ha divertido planificando este rodeo.

Es cierto. Lo sugerí yo. Porque lo he visto antes. Un veterano empieza un nuevo capítulo de su vida y se siente momentáneamente perdido, como si todo lo que fuese importante en su vida ya no existiera.

Arrugo la nariz y aparto la vista. Por mucho que me resista a dejar a Vivienne, hay una pequeña parte de mí que se siente identificada con eso. La sala de urgencias era emocionante. Pasaba algo nuevo cada día. Me dejé la piel para ganarme un puesto allí, para convertirme en la mejor médica posible… Y ahora he canalizado toda esa determinación en ser la mejor madre posible.

Lo echo de menos.

Echo de menos esa parte de mí.

—Eh. —Summer se sienta más recta. Se le ha iluminado la cara—. ¡Ahí están!

—¿Están?

—Rhett y Theo.

«¡Theo!».

El corazón se me para de golpe. Los brazos y las piernas se me congelan. Y, al mismo tiempo, mi estómago cae en picado, como si estuviese precipitándose desde el punto más alto de una montaña rusa… Solo que el vagón descarrila y se estrella contra el pavimento.

Así es como me siento ahora mismo.

—¿Theo? —Mi voz no me traiciona. Suena completamente serena. Completamente indiferente.

—Sí, ya sabes… El protegido de Rhett. Creo que él y tú os enzarzasteis en una competición a ver quién gritaba más fuerte en el rancho, hace un par de Navidades.

Resoplo.

—Gritarle a la gente no es mi *modus operandi*.

—Pues no, pero ese día se te oía desde dentro de casa.

Mi hermana me dedica su mirada de sabelotodo, una mirada que he llegado a conocer muy bien durante el último año y medio. No sé qué clase de karma jugó a mi favor para que Summer estuviera tan dispuesta a dejar atrás tantos años de tensión entre nosotras. Y yo todavía no he encontrado las palabras adecuadas para agradecérselo.

Estuvo a mi lado cuando estaba embarazada y sola.

Estuvo a mi lado en la sala de partos, cogiéndome de la mano.

Estuvo en mi casa, llenándome el congelador de comida cuando me dieron el alta.

No sé si me la merezco, pero soy demasiado egoísta para no aceptar de buen grado todo lo que me ofrece.

—Debiste de oír mal. —Me sorbo la nariz y echo un vistazo a la multitud antes de mirarme las uñas. Las mismas que todavía no me he arreglado, a pesar de que juré que ir a hacerme una manicura sería una de las primeras cosas que haría cuando empezara mi baja de maternidad—. ¿Qué hace aquí? Pensaba que esto era un rodeo de pacotilla, no esos tan fastuosos que hacen en el circuito de la monta de toros.

Summer me da un codazo.

—Te recuerdo que ahora tú también vives en este pueblo de pacotilla. —Así es. Y me encanta. Sigo en la misma casita que Sloane me ayudó a decorar—. En cualquier caso, ha venido a hacer una demostración. Rhett pensó que si traía un gran nombre tal vez viniera más gente.

Miro a mi alrededor y compruebo que el plan ha funcionado, es innegable. Está abarrotado.

—No sabía que Theo fuese tan bueno. —Es mentira. He mirado la clasificación.

Summer suelta una carcajada.

—Siempre ha sido bueno… Un poco dado a lesionarse, tal vez. Pero el último año ha dado un vuelco. Está más centrado. Ahora es el mejor; va tras los pasos de su padre. Ya está planificando las finales en Las Vegas. Parece que este será su año.

Aprieto los labios. «Mira qué bien», quiero decir. Yo me cojo una baja de maternidad mientras él avanza en su carrera porque se ha lavado las manos, huyendo de toda responsabilidad. No es que esperase que hiciera algo, pero me duele de todos modos.

No lo necesito. Nunca lo he necesitado. Pero, aun así, me hizo daño.

«Gracias por la información».

A veces, esa frase me despierta por las noches. Tenía la esperanza de que, aunque era evidente que éramos incompatibles, quizá quisiera participar en la crianza de la criatura que tuvimos. Al fin y al cabo, yo vi cómo mi padre consentía a una pequeña nacida de una aventura. Hubo ocasiones en los que le guardé rencor por ello, pero ya no. Ahora lo respeto por cómo gestionó lo de Summer, aunque me fallase a mí en el proceso.

—Qué guay —contesto. Y no es algo que yo diga nunca, por lo que Summer se vuelve hacia mí y me mira con recelo.

—¿Por…?

—¡Summer! —grita Willa desde el final de la hilera de puestos. Lleva tres bebidas en cada mano. Supongo que tantos años de camarera no fueron una completa pérdida de tiempo—. ¿Sabías que en el puesto de cerveza también tienen mimosas?

Mi hermana aprieta los labios y baja la vista.

—Puede que ya lo supiera, sí. —Le encantan las mimosas. A menudo organiza un *«brunch* etílico», como Willa y ella lo llaman.

—Joder, Rhett sí que sabe ser romántico. —Willa se sienta y nos pasa los vasos de plástico—. Echadme un cable.

—¿Por qué hay seis? —Arrugo la nariz. Mi mente sigue obcecada en el jinete gilipollas pero demasiado guapo que está al lado de la puerta. ¿Actúo normal? ¿Le doy una patada en las pelotas? ¿Paso de él?

—No sé, Winter. La médica eres tú. ¿Cuántas manos tenemos entre todas?

Nos miro, como si necesitase una representación visual de cuántas manos suman tres seres humanos.

Dios. Theo Silva tiene un talento especial para hacer que se me seque el cerebro. Quizá no debería beber alcohol. Tal vez haya algo químico entre los dos, porque cuando lo miro de reojo, él echa la cabeza hacia atrás para reírse y veo un destello de sus dientes blancos, casi siento la vibración de sus carcajadas. No parece tener ni una sola preocupación.

Y ahí está su nuez en todo su esplendor. Recuerdo cómo se le movía arriba y abajo cuando me arrodillé delante de él. Cómo echó la cabeza hacia atrás, igual que ahora, cuando rodeé su erección con la mano y…

—Winter, deja de ser tan aguafiestas. —Willa empuja las dos bebidas hacia mis manos, que ahora tengo sudadas y aferradas a los vaqueros.

Cojo los vasos húmedos y bajo la vista hacia mis nuevas botas. Unos botines de *cowboy* marrón claro con un adorno metálico en la punta. Porque, al parecer, no podía venir a este evento con calzado normal si no quería convertirme en una especie de paria.

Summer le ha dado un rollo vaquero a su atuendo con sus botas de piel de serpiente y su camiseta de la FMMT, pero Willa ha acogido el estilo de vida con los brazos abiertos. Las botas, los vaqueros, el cinturón con brillos… Entre eso y la melena de color cobrizo, que lleva suelta y rizada, parece una especie de Barbie rodeo.

Las dos se ponen a hablar sobre el evento, aunque yo esté sentada entre ellas. Charlan sobre los participantes, sobre que ya es la última noche del rodeo, que ha durado tres días, y sobre el éxito que ha tenido.

Yo doy un traguito de mimosa e intento mantener la calma mientras los eventos se van sucediendo. Los barriles, el lazo, una cosa en la que los niños pequeños intentan montarse en una oveja sin caerse, aunque todo el mundo se ríe cuando acaban por los suelos… Summer y Willa me dan palmaditas en la espalda e intentan que me una a la conversación. Creen que estoy preocupada por Vivi, pero lo único en lo que puedo pensar es en que su padre está aquí.

Me he imaginado este momento un millón de veces. He pensado en qué haría, en qué le diría… Estoy dividida entre odiarlo y comprender su decisión.

Pero lo que no he logrado asimilar es lo poco que encajó su reacción con el hombre que creí haber conocido aquella noche. Sí, era despreocupado e impulsivo, pero, no sé por qué, me dio la sensación de que tenía un alma adulta. Madura. Había ternura en él.

Y también brusquedad.

«Hasta que te den arcadas, Winter». Parpadeo para librarme del recuerdo. No quiero volver a esa noche.

—Mira, ya le toca a Theo.

Levanto la cabeza de golpe y, por supuesto, el hombre del micrófono que está en mitad del ruedo está hablando sobre Theo, sobre su padre, Gabriel, y su legado familiar. Sobre sus méritos y sus victorias.

Pero mis ojos están fijos en él. Menudo culazo le hacen esos vaqueros.

Puedo estar resentida con él y admirar su culo a la vez. Es del todo aceptable.

—Joder. Está bueno, ¿verdad? —Willa da un trago de su vaso sin mirarnos a Summer o a mí. Luego continúa—: ¿Qué? Mirar no está prohibido.

Mi hermana se ríe, pero yo estoy tiesa como un palo de madera. Hueca. Theo se sube a la manga de salida; el toro da empellones contra las puertas de metal, pero él ni se inmuta.

Le importa un pito.

Agacha la barbilla, en la que luce una sombra de barba, y tira de forma metódica de la cuerda con una mano enguantada. No tengo ni idea de qué está pasando. Parece que le esté haciendo una paja a la cuerda. Me fascina que pueda mostrarse tan tranquilo a pesar del caos que le rodea.

—¿Estás intentando lanzarle una maldición, Win? —Summer me da un codazo y le dedico una débil sonrisa, intentando enmascarar que debo de parecer una loca, mirando así al hombre que todo el mundo cree que odio.

Al que, de hecho, odio.

—Qué va, solo estoy interesada. Nunca había visto montas de toros en vivo.

—¿Y en la tele sí? —repone Willa partiéndose de risa.

«No, en mi portátil», estoy a punto de contestar, pero eso les extrañaría. Lo cierto es que a veces, cuando estaba intentando ponerme en contacto con Theo, lo miraba montar.

—Cuando las vacas vuelen —contesto, obligándome a mirar al ruedo. Sin embargo, mi mirada siempre vuelve a él. El casco que se ha puesto no oculta su expresión de concentración, ni su lengua, que recorre rápidamente sus labios mientras se agacha sobre el toro.

Entonces asiente, abren las puertas y el toro irrumpe en el ruedo, bajando la cabeza hacia el suelo y alzando las patas traseras con tanta violencia que casi tocan el sol poniente. El corazón me late tan fuerte que me golpea las costillas, pero la gente a mi alrededor lo vitorea.

Por un breve instante, deseo que se caiga. Deseo que no alcance los ocho segundos. Es ruin e inmaduro por mi parte, pero sigo resentida porque fuese capaz de abandonarme con tanta facilidad. De abandonarla a ella.

Aunque tampoco me gusta la idea de que el padre de mi hija sea un perdedor. Al menos algún día podré contarle que su padre es capaz de montar un toro con maestría. Y eso ya es algo, aunque no compense que no forme parte de su vida.

Theo echa sus anchos hombros hacia atrás, con la mano en el aire. Da la sensación de que lo tiene todo bajo control, al menos, todo lo que se puede tener bajo control cuando estás subido en una bestia de quinientos kilos que está decidida a tirarte de morros contra el suelo, claro.

Y eso es justo lo que hace.

El animal corcovea con fuerza, gira con brusquedad, y el cuerpo de Theo se precipita contra el suelo con la rapidez de un dardo.

Ahogo un grito, y no soy la única. Y cuando el toro se da la vuelta para marcharse y le pisa el hombro a Theo en su empeño, se oye un coro de «oooh», pero yo me levanto y me pongo en marcha antes siquiera de tener tiempo de soltar una sola exclamación. Paso a toda prisa junto a la gente sentada en el banco, directa hacia la valla que rodea el ruedo. Siento el burbujeo de la culpa en la boca del estómago, como si esto hubiera pasado porque se lo he deseado yo. ¿Qué clase de médica soy, joder?

«Una amargada».

Ignoro la respuesta de mi mente y me agacho para pasar bajo la valla. Los payasos del rodeo guían el toro hacia la salida, y se me cruza por la mente que ese animal podría dar media vuelta y que lo último que Vivienne necesita es quedarse huérfana.

Pero mi formación como médica de urgencias ha tomado las riendas y sigo adelante de todos modos. El cuerpo de Theo está rodeado de vaqueros, incluido Rhett, al que se le ve muy alterado.

—Aparta. —Empujo a un hombre y entro en el círculo de personas que rodean a Theo. Me arrodillo al lado de su cabeza y reparo en lo quieto que está. Cojo el casco por los lados para sostenerlo hasta que llegue la ambulancia. Me inclino sobre él y veo que su pecho sube y baja, pero necesito oírlo respirar. Necesito más pruebas.

La suave bocanada de aire me golpea la mejilla y, al mismo tiempo, su aroma a cítricos y a especias inunda mi nariz.

La gente está demasiado cerca. Asediándonos, cercándonos.

—¡Atrás, joder! —grito con brusquedad.

—No pasa nada, es médica —oigo decir a Rhett—. Atrás todo el mundo.

La presión que ejercían los cuerpos a nuestro alrededor retrocede un poco. Oigo los suaves sollozos de una mujer y casi siento la vibración de la ansiedad que me rodea. Miro atrás y veo a una chica vestida de vaquera con todo el maquillaje corrido.

Está llorando.

Y todos los posibles significados pasan como un torrente por mi cerebro. He de recordarme que el entretenimiento de una noche fui yo. Que eso fue lo que le pedí, y que es muy probable que haya encontrado a alguien que quisiera algo más.

Miro a Theo y noto una punzada de anhelo. No por mí, sino por… Por todo lo que nos hemos perdido. Han pasado dieciocho meses, pero es tan guapo como recordaba. Incluso más.

Y, joder, cómo se parece a Vivienne. Casi da miedo. No comprendo cómo es posible que nadie haya sumado dos más dos. No hace falta ser médico para darse cuenta de que es clavadita a él.

Sin ser consciente de ello, he empezado a acariciarle la piel del cuello con la yema del dedo en el que, por suerte, ya no luzco ninguna alianza.

Y cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, no me detengo.

—Ponte bien, por favor —murmuro sin aliento.

Y entonces abre los ojos. Sus largas y oscuras pestañas se alzan para revelar esos ojos de ónice. Tardan un instante en centrarse en mí, pero entonces una pequeña y confundida sonrisa le acaricia los labios.

—Hola, Campanilla.

# Nueve

## *Theo*

Exhalo con fuerza cuando damos contra un bache. Esta carretera no es tan mala como el camino de tierra que había al salir de la feria, pero tampoco es ideal.

Y lo que tampoco es ideal es la rubia menuda que está echando humo en la esquina de la ambulancia. No puedo ni volverme a mirarla, con la cabeza atada así a la camilla. Si no me doliera reírme, me reiría.

Sabía que tarde o temprano volvería a verla, pero me imaginaba cualquier cosa menos esto.

Por el rabillo del ojo, la veo mirarse una mano mientras se abraza el torso con el brazo contrario.

Lo que me ha despertado ha sido su vocecilla mordaz gritándole a la gente que se apartase y las caricias de su dedo en mi cuello. Sabía que era ella antes incluso de abrir los ojos. Ha pasado bastante más de un año, pero todavía recuerdo la sensación de tener sus manos sobre mi cuerpo. La de tenerla debajo de mí, mojada, retorciéndose.

Creía que lo habíamos pasado bien. Muy muy bien.

—¿Por qué pasas de mí? —Solo con la vibración de mi voz en mi pecho ya siento descargas de dolor en la clavícula.

Sé que está rota porque me ha atravesado la piel. Me he vuelto a desmayar al tocar el borde del hueso.

Winter ladea la cabeza y me dedica una mirada nada amistosa.

—Te estarás quedando conmigo.

—Oye, ya sé que dijiste que sería un secreto, pero aquí estamos solos, así que puedes dejar de fingir que no fue el mejor polvo de tu vida. ¿Cuántas veces hice que te co…?

—Cállate, Theo —salta, pero no lo dice con su rollo de Campanilla habitual. En su voz hay un matiz que no logro descifrar.

Dolor.

Y eso me silencia.

Los minutos de silencio se alargan entre los dos. Nuestros únicos acompañantes son el ruido de las ruedas de la ambulancia al deslizarse sobre la carretera y el suave traqueteo de los cajones de atrás, y la ansiedad reemplaza al dolor como la más predominante de mis sensaciones. Noto un peso desconocido en el pecho. No esperaba volver a verla, pero aún esperaba menos tanta frialdad, por mucho que se trate de ella.

—¿Cuántas conmociones cerebrales has sufrido, Theo? —me pregunta con voz inexpresiva, pero segura de sí misma. Propia de una médica.

Suspiro.

—Muchas.

—¿Cuántas son muchas?

—¿Hablamos de las que me han diagnosticado o de las que sospecho que he tenido?

Aparta la vista con brusquedad.

—Santo Dios.

—La última vez que me diagnosticaron una, me dijeron que tenía que ser la última.

—¿Cuánto hace de eso?

—Creo que hace unas tres.

Apoya la cabeza en el asiento en el que está sentada, con el cinturón de seguridad abrochado.

—Ahora mismo no sabría decir si estás de broma.

—No estoy de broma, solo estoy intentando suavizar el golpe. No va con segundas.

Niega con la cabeza, pero no dice nada. Sí que bromeo un poco. Es lo que me ayuda a no caer en el pozo, porque acabo de ver cómo mi temporada más épica se va a la basura. Todo mi trabajo y mis sacrificios se han esfumado de golpe solo porque, para hacerle un favor a un amigo, me ofrecí a participar en su pequeño rodeo con una demostración en un toro «fácil».

Ha sido de una estupidez épica, igual que muchas de las decisiones que he tomado en esta vida.

—Cuando empecé, pensaba que llevar un casco no era nada guay.

—Sí, claro, porque los traumatismos craneoencefálicos son superguays —replica con desdén, apretando los dientes, tensa.

—¿Has visto el episodio de *Anatomía de Grey* en el que muere el doctor Macizo?

Adopta una expresión que se usaría con un niño, llena de condescendencia…, pero más suave, de algún modo.

Me conformo. Me encanta ver cómo se descongela esta mujer.

—¿Me estás diciendo que ves *Anatomía de Grey?*

—He visto todos los episodios de sus dieciocho temporadas.

Parece confundida.

—¿Por qué?

Empiezo a encogerme de hombros, pero me arrepiento al instante.

—A mi madre le encanta. Cuando era más joven y vivía con ella, la veíamos juntos cada jueves. Ahora la veo yo solo y luego la llamo para comentar con ella el episodio. Es la única razón por la que sigo pagando la tele por cable.

—¿Con qué frecuencia? —Winter ha puesto unos ojos como platos. Me resulta muy graciosa.

—Cada semana. Bueno, al menos mientras dura la temporada.

Me mira como si fuese un animal exótico en un zoo.

—Qué…

—¿Vas a decir «raro»? No te molestes. No me vas a convencer. Nunca me ha parecido raro. Sí, los chicos siempre se ríen de mí, pero me importa un pito. Es mi madre. Me parece lo mínimo que puedo hacer por ella.

Winter casi da un brinco antes de bajar la mirada.

—No iba a decir «raro» —me contradice en voz baja, casi un susurro.

—Bueno. Te vas a encargar de que me hagan un TAC para que no me pase lo mismo, ¿verdad?

Levanta la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas? Estábamos hablando del episodio en el que muere Derek. ¿Seguro que soy yo el que tiene una conmoción cerebral?

—Yo no soy Meredith. Y, sobre todo, tú no eres el puñetero doctor Macizo.

—Se casaron con un post-it.

Frunce el ceño.

—¿Y?

—Y nosotros firmamos un contrato sexual en un posavasos. ¿Qué decía? «Una sola noche. No se lo contaremos a nadie»…

No necesito preguntárselo. Ya sé lo que ponía en ese posavasos. Solo estoy intentando descubrir si ella también lo sabe.

La ambulancia se detiene y ella se me queda mirando sin mover ni un solo músculo. Inexpresiva, gélida, absolutamente indiferente.

—No tiene ninguna gracia, Theo.

—No estaba intentando…

—Ya hemos llegado —anuncia el técnico de emergencias al tiempo que abre las puertas de la ambulancia.

Veo el resplandor rojo de las luces reflejado en el hospital.

Y la silueta de Winter escapando del vehículo, alejándose de mí lo más rápido posible.



Abro los ojos y registro mis alrededores. Una sala de hospital. Luces tenues, un pitido rítmico. La boca seca.

—Supongo que te lo pasas bien ingresado en el hospital —bromea Rhett, que está a mi lado.

Cierro los ojos una vez más, tratando de orientarme, y al final refunfuño:

—Espero que tu rodeo haya sido un puto éxito, cabrón. ¿Dónde está mi perro? Lo estaba vigilando una de las chicas.

El sonido de Rhett al moverse en la silla de plástico se une al coro de pitidos.

—No te preocupes; lo tiene Summer. Es como si fuera un niño, porque me acaba de mandar una foto de él en nuestra cama con ella. Y yo no tengo la culpa de que te hayas caído encima de la cara interna del hombro como un novato. Directo al hoyo.

Abro los ojos solo para fulminarlo con la mirada.

—Me parto. La mejor temporada de mi vida a la basura por hacerte un favor y tú te sientas ahí a decirme lo que he hecho mal. La próxima vez te montas tú en el puto toro. Al fin y al cabo, es a ti a quien quiere ver todo el mundo.

Aprieta los labios y se cruza de brazos.

—La gente fue a verte a ti, Theo. No te engañes.

Aparto la vista. No sé qué con qué me han drogado después de la operación, pero, sea lo que sea, está haciendo un trabajo excelente. No me duele nada.

—La gente viene a verme porque soy el hijo de Gabriel Silva y tu protegido, no porque yo tenga premios en mi haber.

Rhett me mira entornando los ojos color ámbar, con la barbilla apoyada en las manos.

—Eso no es cierto.

—No le mientas a un mentiroso, Eaton. Dime, ¿por qué se me conoce en la FMMT?

Contiene una sonrisa.

—Por tus líos de faldas. —Me trago la frustración y me concentro en el techo. Odio que sea por eso, joder—. Theo, si sigues apretando las muelas así te vas a partir un diente. Todo el mundo sabe quién eres porque nos estás regalando una de las temporadas más impresionantes que se han visto nunca. Llevas una racha mejor de la que tu padre o yo tuvimos nunca, eso seguro.

—Pues mira de qué me ha servido.

—No seas pesimista. No te pega.

—Tengo derecho a tener un momento de bajón, Rhett. A ti también te he visto torturarte por tus mierdas. Aún me acuerdo de cómo te pusiste cuando te endilgaron a Summer de niñera. Pues esto es diez veces peor. No tengo por qué estar siempre de buen humor.

—Volverás esta misma temporada. Tienes los puntos suficientes para salvarla. Ya nos encargaremos de que…

Lo interrumpen unos gritos que se cuelan desde el pasillo a través de la puerta.

—¿Que no le habéis mirado la cabeza?

—Estaba totalmente alerta —contesta otra voz más grave—. Se reía, bromeaba… Voy ahora para allá. Está despierto.

—¿Es que no has visto el episodio de *Anatomía de Grey* en el que muere Derek Shepherd? ¡Solo hace falta un TAC de nada para comprobar el estado del cerebro de un hombre que ha sufrido múltiples traumatismos craneales y…!

—Relájate, Winter.

Rhett me mira con unos ojos como platos.

—Porque la conozco, pero si no diría que a Winter Hamilton le gustas. Lleva todo el rato ahí fuera sembrando el terror, mirando tu historial y exigiendo que la tengan al día.

Cuando estoy a punto de contestar, un hombre rechoncho con el pelo gris entra en mi habitación. Se detiene junto a mi cama y echa

un vistazo a una tablilla con las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—Señor Silva, soy el doctor Forrester. Me alegro de encontrarle despierto. La operación ha ido bien…

Winter irrumpe tras él, ofreciéndonos su mejor interpretación de una Campanilla enfurruñada, y no puedo evitar sonreír.

—¿Cómo tienes la cabeza?

—Winter —la reprende el otro médico, que es mayor que ella.

Me molesta. Él se presenta como «doctor» pero llama a Winter por su nombre de pila.

—Doctora Hamilton —lo corrijo, permitiendo que un tono severo empañe mi voz.

El hombre me mira ladeando la cabeza.

—¿Sí? ¿Pasa algo con ella?

—No hace más que llamarla Winter, pero trabaja aquí, ¿no? ¿No es la doctora Hamilton?

Se hace un silencio incómodo en la habitación. Tres pares de ojos se clavan en los míos. Rhett está a punto de echarse a reír, el doctor Forrester está desconcertado, y Winter, confundida.

El hombre se aclara la garganta y me dedica una sonrisa falsa.

—Sí, claro. La doctora Hamilton está preocupada por una posible conmoción cerebral, pero le he asegurado que lo más probable es que solo haya sido un golpe. El casco lo ha salvado.

—Pues yo misma me lo llevaré para hacerle un TAC.

El otro médico suspira hastiado mientras Rhett fracasa en su intento de contener una carcajada.

He de confesar que no acabo de entender por qué a Winter le importa tanto mi estado, pero tampoco es que me moleste. Si quiere jugar a los médicos estoy más que dispuesto a hacer de paciente.

—Creo que la doctora Hamilton tiene razón —opino mirándola a los ojos, a pesar de estar dirigiéndome al otro médico—. Preferiría que me hicieran ese TAC, solo para estar seguros. Me sabría fatal acabar como el doctor Macizo. —Ella aprieta los labios y aparta la vista. Juraría que es su forma de reprimir una carcajada—. Pero, en

primer lugar, ¿cómo ha ido la operación? ¿Ha salido todo bien? ¿Cuándo puedo volver al ruedo?

—La operación ha sido un éxito. Tiene usted un par de tornillos nuevos a juego con la placa de la clavícula derecha, aunque tendrá que hacer fisioterapia. Creo que podrá volver a hacer vida normal en unos tres meses. Es usted joven y está en forma. Tendremos que ver qué tal evolucionan esos huesos; podría ser incluso antes. Aunque no puedo recomendarle que vuelva a subirse a un toro.

Winter resopla y pone los ojos en blanco. Ladea una cadera y tamborilea sobre el suelo brillante con un pie.

—¿Algo que añadir, doctora Hamilton? —Esta vez la llama de la forma adecuada, pero por su tono de voz resulta casi más ofensivo.

—Pues la verdad es que sí. —Entorna los ojos y no se muerde en absoluto la lengua—. Su trabajo es montarse en un toro. Decirle que no vuelva a subir a uno no lo ayuda en absoluto. Debemos diseñar un programa de rehabilitación que se adapte a su trabajo como deportista.

—Es una idea excelente, doctora Hamilton. Es un placer contar con su jovial entusiasmo. —Sonríe y engancha el bolígrafo a la parte superior de la tablilla—. Como veo que se refiere a su programa de rehabilitación con mucha pasión, la invito a volver de su baja de maternidad y encargarse del caso.

¿Baja de maternidad?

Winter empalidece y sus mejillas pierden su iracundo rubor. Se muerde el labio y asiente, evitando mi mirada de una forma tan poco natural que solo consigue que la mire todavía con más atención.

—Puede que lo haga —responde como si nada. Y luego da media vuelta y sale de la habitación.

La decepción me retuerce las entrañas, porque estoy colgado de ella desde esa noche. Y es evidente que lo he sabido disimular, porque Rhett nunca me sacó el tema. Ni tampoco la mencionó a ella. Pero no me importó. Pensaba que cuando las vidas de ambos estuvieran más tranquilas yo podría volver a su encuentro, que

podría insistirle hasta que me concediera algo más que una sola noche. Hasta que quizá me diera la oportunidad de ser algo más. Pensaba que, si conseguía poner mi vida lo bastante en orden, merecería esa oportunidad.

Pero es evidente que he perdido el tren. Aunque esto es lo que ella quería. Y debería estar feliz por ella.

Pero después de todo lo que me ha ocurrido hoy, me siento de todo menos feliz.



# Diez

## *Winter*

Un ladrido agudo me despierta de lo que ha sido una única hora de sueño.

Ladrido. Ladrido. Ladrido.

Me pregunto si ese juramento que hice sobre proteger vidas ajenas se aplica también a los perros, porque después de dos días en el infierno de la dentición, estoy a puntito de matar a alguien. Un perro sería una presa fácil.

Se diría que mis años de residencia y de sesiones de estudio hasta altas horas de la noche tendrían que haberme preparado para esta fase de mi vida, pero nunca había estado tan agotada como ahora.

Soy un saco de leche con patas y con voz, y la única fuente de consuelo de la personita más preciosa que he visto nunca. Se podría pensar que lo que necesitaba era una noche lejos de ella, pero el rodeo se fue a la mierda y la he echado de menos tanto que me dolía.

Ladrido. Ladrido. Ladrido.

Me pongo un brazo encima de la cara y gimo, pero me callo de golpe al recordar que anoche me rendí y metí a Vivienne en la cama

conmigo. Sí, ya sé lo que dicen los libros sobre bebés. Ya me sé los métodos. Conozco las «reglas».

Pero nadie te cuenta lo cansada que estarás, lo exhausta que estarás. Ya no me importa que sea independiente. Lo único que quiero es dormir. Y si para conseguirlo ella tiene que estar acurrucada en mis brazos, a la mierda con todos los consejos. Soy médico. Que me pregunten sobre los estragos que el agotamiento causa en el cuerpo.

Ladrido. Ladrido. Ladrido.

Me vuelvo y echo un vistazo a la personita que duerme a mi lado. Es tan bonita que me duele el pecho solo de verla. Parece que tenga un puntito de iluminador en la naricita redonda y respingona. Sus mejillas regordetas están sonrosadas, aunque esté dormida; su piel es perfecta. ¿Por qué los bebés tienen la piel perfecta? Es injusto. Yo habría aceptado tener arrugas cuando era un bebé a cambio de tener ahora esa piel tan suave y lisa.

Pero lo que me desarma del todo son sus pestañas. Son iguales que las de su padre, gruesas, oscuras y largas. Casi como una de esas muñecas con los párpados pesados que se abren y se cierran.

Pero mucho menos espeluznante.

Ladrido. Ladrido. Ladrido.

Se mueve entonces y el pelo negro y liso le cae sobre la cabeza. Me embarga una oleada de frustración. Juro que, si el maldito perro la despierta ahora que por fin se ha dormido, voy a perder los estribos.

Salgo de la cama haciendo el menor ruido posible, casi como si fuese una ninja, para que la cama no se mueva ni una pizca. Dios bendiga a los colchones de espuma viscoelástica. Cuando por fin estoy fuera de la cama, enciendo la máquina de ruido blanco de la mesita de noche y rezo para mis adentros para que logre salir de esta habitación sin despertarla.

Esta casita tiene mucho encanto. Y con encanto me refiero a suelos que crujen. Sin embargo, creo que he conseguido memorizar los tablones que hacen ruido. Doy las vueltas y los giros adecuados,

combinando pasos largos con otros más cortos, y cuando por fin cojo el pomo de cristal rezo otra vez para que la puerta no chirríe al abrirse. Sé que tengo que poner aceite en las bisagras, o lo que sea, pero siempre me olvido. O estoy demasiado cansada para que me importe cuando tengo tiempo de hacerlo.

Esta es mi nueva realidad.

Ladrido. Ladrido. Ladrido.

Pero el perro que ladra sin parar en la casa de al lado no es mi nueva realidad. Me niego a que lo sea. Así pues, cojo mi bata de algodón de la puerta del baño, me la pongo y me ato el cinturón. Me pongo bien recta y salgo por la puerta principal, pero echo el freno para que no se cierre de un portazo por culpa de mi indignación.

—¿Qué narices es…?

Me paro en seco en cuanto mi mirada se detiene sobre la valla blanca que separa mi propiedad de la vecina. Hay tres hombres sin camiseta sacando muebles de una furgoneta.

Hago inventario de mí misma. Pies descalzos en un cálido suelo de parqué. El calor ya acaricia el punto donde me he atado el cinturón, alrededor de la cintura.

«¿Qué hora es?».

El sol brilla en lo alto del cielo, lo que significa que debe de ser mucho más tarde de lo que pensaba.

Ladrido. Ladrido. Ladrido.

—¡Buenos días, Win! —Miro a los hombres con los ojos entornados y me doy cuenta de que se trata de Rhett, que se ha recogido el pelo en una especie de moño extraño. Miro hacia el lado y reconozco a Beau, con su pelo rapado, y luego… a él.

Han pasado varios días desde la última vez que vi a Theo Silva en el hospital. No sé cuánto tiempo estuvo ingresado ni tampoco si le llegaron a hacer el TAC que le encargué a mi enfermera preferida antes de irme. No sé dónde ha estado y ni mucho menos qué narices hace aquí. Sin camiseta. Con ese cuerpo que llama al pecado.

Me molesta tener que recordarle a mi cerebro que, por muy bueno que esté, es una mierda de tío.

«Gracias por la información».

Con esa frase me basta.

—Hola, Campanilla —me saluda con una sonrisilla. ¿Cómo se atreve a sonreírme así después de todo lo que ha ocurrido? Me deja preñada, se larga y luego se presenta en el pueblo otra vez, mirándome como si quisiera devorarme. «Que lo follen»—. Tengo muchas ganas de ser tu nuevo vecino.

Me quedo boquiabierta. Casi me echo a reír. ¿Qué clase de broma cruel es esta? ¿Qué coño pretende? ¿Vivir al lado de Vivienne y fingir que no es suya?

—Por encima de mi cadáver. —Me cruzo de brazos y su mirada desciende desde mi boca hacia donde, sin duda, se me ha abierto la bata, revelando el fino top que llevo debajo.

—Winter, es casi mediodía. ¿Te acabas de despertar? —pregunta Beau con un ligero tono de burla.

Me vuelvo, recorro su cuerpo robusto con la mirada y luego hago lo propio con el de Rhett, el más desgarbado de los dos.

Theo estaría entre ambos. Soy como Ricitos de Oro, eligiendo el tipo que más me gusta. Demasiado corpulento, demasiado melenudo… y luego está Theo.

Aunque lleve uno de los brazos tonificados en un cabestrillo azul marino, está muy guapo. Y odio a mi cerebro por prácticamente suspirar y pensar que es perfecto.

Un chihuahua de color marrón claro con el hocico gris corre en círculos como un estúpido alrededor de Theo, que calza unas deportivas. Por un instante, siento que es mi alma gemela.

—¿Winter? —insiste Theo con voz más dulce, un poco más amable que la de los otros dos—. ¿Estás bien?

Lo miro con unos ojos como platos.

—¿Que si estoy bien? —La incredulidad embarga mi voz—. No, Theo. No estoy bien. Ese perro no para de ladrar ¡y no puedes vivir en la casa de al lado!

Los otros dos hombres se echan a reír y siguen descargando la furgoneta, pero Theo dibuja una sonrisa con esos labios de forma perfecta y ladea la cabeza, dejando al descubierto la incisión en la clavícula.

—Ah, ¿no? Tendré que echar un vistazo al reglamento para encontrar la norma que me prohíbe ser vecino tuyo. Se me debe de haber pasado por alto. Y Peter… —Señala al perro, que tiene la frente demasiado ancha y la lengua colgando de la boca. Parece tener cataratas, lo que explica que esté mirando a Theo como si fuese un Dios que ha descendido a la tierra—. Está sordo y se está quedando ciego. Solo está estresado. Se calmará cuando hayamos pasado todas nuestras cosas y se sienta en casa. Normalmente nunca ladra.

Me sobrevienen las náuseas. ¿A qué narices está jugando?

—Theo… —Se me rompe la voz—. ¿Por qué haces esto?

Los tres levantan la vista al oír mi tono de voz, y entonces me doy cuenta de que no es el mejor lugar para tener esta conversación.

Theo frunce el ceño.

—Jasper me ha ofrecido esta casa. Está cerca del gimnasio. Voy a entrenar allí mientras me recupero; tengo la esperanza de volver a competir antes de que llegue el otoño. No me quedaré mucho tiempo.

Es como si estuviera retorciendo el cuchillo que tengo clavado en las entrañas.

—¿Estás de coña? —Mi voz suena como si me faltara el aliento. Suena débil. Conmocionada. Theo parece perplejo, totalmente confundido por mi reacción.

—Te aguantas, Winter. Si casi ni lo conoces —me suelta Beau, marcando músculo mientras carga un sillón hacia la puerta principal —. No hace falta que seáis amigos.

Me entran ganas de coger una roca y lanzársela al estúpido G.I. Joe a la cabeza. Amigos, dice… Dios. Somos mucho más que amigos, y nadie salvo nosotros lo sabe. Los retazos de dignidad que había logrado mantener al dejar a Rob eran lo único que me

quedaba, y admitir ante nadie que Theo tampoco me quiso me suponía un dolor más profundo del que era capaz de gestionar.

Así que le conté a todo el mundo que tuve un rollo de una noche y que no me acordaba de quién era el chico.

El problema es que recuerdo esa noche con todo lujo de detalles. Y me persigue.

Miro a Theo y niego con la cabeza. Por primera vez, pienso que tal vez lo odie de verdad. Entonces se me llenan los ojos de lágrimas, la señal para que me largue de aquí echando hostias.

Theo da un paso hacia la valla con el rostro salpicado de preocupación. Levanta el brazo bueno como si quisiera detenerme, como si tuviera algo que decir.

Pero no quiero oír nada de lo que quiera decirme. Y no quiero derrumbarme aquí en medio, delante de los chicos.

Así que me doy la vuelta y, de espaldas, le espeto:

—Haz callar a tu perro, Theo. Si despierta a mi bebé, te castro.

Cierro de un portazo en un arrebato de frustración.

Entonces oigo el grito sobresaltado de Vivienne.

Me dejo caer en el suelo y rompo a llorar yo también.

# Once

## *Theo*

—Cuesta creer que Summer sea tan maja teniendo en cuenta cómo ha salido su hermana. —Beau niega con la cabeza al bajar por los escalones de la entrada con las manos vacías.

—Winter es maja —contesto con más vehemencia de la que pretendía, más de la apropiada en esta situación. Pero siento que debo proteger a esta mujer desde la primera vez que la vi.

Entonces no sabía lo desesperadamente que necesitaba que alguien se mostrara protector con ella. Que nunca nadie había hecho eso por ella. Que se las arregla sola desde mucho antes de lo que hubiera debido.

Beau resopla con desdén.

—Con esos cambios de humor que tiene, me sorprende que haya encontrado a alguien dispuesto a dejarla pre…

—Cállate, Beau —lo interrumpe Rhett—. Winter ha hecho muchas cosas por ti. Es parte de la familia. Si vamos a hablar de sus cambios de humor, igual también ha llegado el momento de hablar de los tuyos, ¿no?

Los dos hermanos se miran fijamente en el patio delantero de la casa que he alquilado para los próximos meses. La tensión me vibra

en el pecho, en parte porque si este par acaban dándose de hostias, no me pienso interponer. No soy tan tonto.

Sin embargo, la tensión se acrecienta en mi interior de todos modos porque soy incapaz de quitarme de la cabeza eso de «alguien dispuesto a dejarla preñada». No sé cuánto tiempo tiene el bebé, ni tampoco sé cómo es el proceso, más allá de ese intervalo de nueve meses, pero, de repente, siento la necesidad de sacar un calendario y comprobarlo.

Beau nos mira fijamente, pero no dice nada. No ha vuelto a ser el mismo desde que estuvo perdido en combate en una misión al otro lado del charco. Físicamente está curado, pero se ha convertido en una persona distinta. Más oscura.

—Me voy a dar una vuelta —masculla al tiempo que deja de sostenerle la mirada a su hermano. Pasa por nuestro lado con los hombros encorvados y sale por la puerta blanca.

Rhett pone los brazos en jarras y exhala con fuerza.

—Cuando saca esa versión de sí mismo, no lo soporto.

—Ya —me limito a contestar, porque, en fin, tampoco sé qué más decir. Aunque no conozco muy bien a Beau, mi relación con los Eaton es lo bastante cercana para saber que Harvey le diría cuatro cosas por haberle faltado el respeto a Winter.

—Va mejorando, pero hay veces en las que me gustaría darle un bofetón. Es como si el hecho de que Winter se haya esforzado tanto para ayudarlo con el tratamiento aquí en casa le hubiera molestado.

—¿Qué hizo?

—No sé. Lo puso en contacto con varios médicos que lo ayudaron con las cicatrices. Estoy bastante seguro de que le dijo que necesitaba terapia, pero se lo debió de decir a lo Winter y la cosa no fue muy bien. Es muy mal enfermo; siempre lo ha sido. Y encima no le cuenta nada a nadie, aunque eso no es nada nuevo.

Pienso en cómo me he sentido al pasar de ser una persona capaz a estar lesionado y me imagino cómo se siente. Mirar cómo estos dos descargan el camión mientras yo me dedico a mover las cosas más ligeras con una sola mano no me hace sentir útil, precisamente.

—Cuanto más lo miro, más me doy cuenta de que cuando estaba en casa, en realidad no lo estaba —prosigue Rhett—. Siempre tenía la cabeza en otra parte, en su misión. Entraba como si nada en casa, más feliz que una perdiz… Y no puedo evitar preguntarme si estaría fingiendo, ¿sabes?

Rhett mira hacia la calle. Beau acaba de doblar la esquina en dirección a la calle principal de Chestnut Springs. Me da en la nariz que tardará un buen rato en volver.

—Ya, bueno… Haré lo que pueda para ayudarte con lo que queda.

Mi amigo se encoge de hombros y echa un vistazo al camión.

—No pasa nada. Puedo llamar a Summer para ver si puede acercarse desde el gimnasio para mover lo más pesado. Hagamos nosotros el resto.

No puedo evitar sonreír. Summer y él hacen una pareja estupenda.

—¿Crees que puede cargar más peso que tú?

Rhett esboza una sonrisa.

—No lo creo. Lo sé.

Me río y cojo a Peter en brazos porque sé que se pondrá a ladrar en cuanto yo empiece a caminar. En el sótano hay un lavadero. Le pondré una cama, agua y comida. Espero que las paredes de cemento basten para amortiguar sus ladridos indignados cuando se quede solo.

Le doy un beso en la cabecita nerviosa.

—Quédate callado, ¿vale? No podemos hacer que en la casa de al lado llore todo el mundo, ¿de acuerdo? No es propio de caballeros.

Tiembla a modo de respuesta, como hacen los chihuahuas. Al menos, es lo que aprendí el día que lo llevé corriendo al veterinario porque no paraba de temblar.

Luego vuelvo a por mis pertenencias, que siguen en la parte trasera de esa furgoneta. No son muchas, porque en realidad nunca he acabado de instalarme en ningún sitio. Durante los últimos cuatro años he vivido casi siempre en la carretera. De vez en cuando, paso unos días con mi madre en Emerald Lake, pero casi siempre me voy

al pequeño apartamento que tengo alquilado en la ciudad. No está muy bien equipado y parece más bien un almacén, pero nunca he necesitado nada más.

Pero pensar en vivir allí durante meses mientras me recuperaba me parecía deprimente, así que aquí estoy, metido de lleno en la familia Eaton. Ya ni me acuerdo de quién propuso que me mudase aquí. ¿Summer, porque así podría hacer la rehabilitación en su gimnasio? ¿Harvey, que dijo que era mejor que no estuviera solo? ¿Sloane, que aseguró que conocía la casa perfecta para mí?

Sea quien sea, no me pareció mal.

Pero no sabía que Winter vivía en la casa de al lado.

Una vez hemos colocado las cuatro sillas alrededor de la mesa cuadrada del salón, por fin me rindo y pregunto:

—Bueno, ¿qué pasa con Winter?

Rhett se seca la frente con la mano.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Ahora vive aquí. Y ¿tiene un bebé? Ella…

Suelta una carcajada.

—No te pongas a perseguirla como hiciste aquella noche, en la cena de Navidad. Ya tiene bastante sin que tú andes intentando arrimar cebolleta, como ese perrucho que tienes, que va todo el día follándose al aire.

Arrugo la nariz.

—Peter no se folla al aire.

—¿Por qué le pusiste nombre de persona? Todo suena mucho más raro si me imagino a un contable o algo así follándose al aire. Además, cuando nos tocó cuidarlo, Summer me mandó un vídeo en el que salía follándose a mi almohada.

—Pero eso no es follarse al aire. Eso es follarse a tu almohada. No lo juzgues.

Rhett suelta una carcajada.

—¿Eres consciente de que a ese perro se le pone dura sin ton ni son? En plan, que está ahí sentado como si nada y de repente saca la salchicha.

—A ti te pasaría lo mismo si no pudieras llevar pantalones.

—Tenías que ser tú quien tuviera el perro más cachondo del mundo.

Me echo a reír.

—No está cachondo. Son erecciones por estrés.

—¿Qué coño es una erección por estrés?

Me rasco la mandíbula con la mano e intento mantener la compostura y no estallar en carcajadas. Peter se merece que lo defienda.

—Pues que le pasa a veces, cuando se pone muy nervioso o está emocionado o sobrestimulado.

Rhett se cruza de brazos y se apoya en la pared, riéndose en voz baja.

—Theo, lo único que has hecho es describir las distintas emociones que se sienten cuando se tiene una erección.

—No es lo mismo. —Aparto la vista y me muerdo el interior de la muñeca para reprimir mi sonrisa—. Deja de meterte con Peter.

—Hasta nombre de pene le pusiste.

—¿Qué dices? Su nombre completo es Peter Pan.

—Peter es… —Hace un gesto de impaciencia con la mano—. Mira, da igual. La moraleja de la historia es la siguiente: mantén tus erecciones por estrés alejadas de Winter.

—¿Por qué?

—Porque ya tiene bastante con Vivi. No hace falta que le des más trabajo.

—¿No tiene a nadie que la ayude?

—¿Es tu forma de preguntar si está soltera?

—Joder, Rhett. Dame una tregua.

—Bueno. —Sonríe—. Siempre me olvido de que ahora eres un monje. Pero no, no tiene a nadie. Está sola. Y esa mujer es un mundo aparte, así que, si se te ocurre algún modo de ayudarla que no implique a tu polla, me parecerá genial. Dale un buen cepillado a su jardín, o algo. —No puedo evitarlo. Lo miro moviendo las cejas—. Santo Dios. —Pone los ojos en blanco.

—¿Qué? Me lo has puesto en bandeja. —Está negando con la cabeza, pero no deja de sonreír. Sé que se siente culpable por mi lesión y que está aquí haciendo de mentor con esteroides solo para compensarme por ello—. Bueno… ¿Y quién es el padre? —insisto.

Rhett entorna los ojos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo quiero saber en qué me estoy metiendo por si voy a cepillar… cepillarle el jardín. En plan, si veo a un tío merodeando por ahí, ¿debería preocuparme?

Rhett resopla.

—No tengo ni idea, tío. Como te he dicho, es un mundo aparte. La niña ya tiene nueve meses y nadie sabe quién es el padre. No se lo ha dicho a nadie. Dice que estaba borracha y que no se acuerda.

Y así, de repente, todos mis comentarios jocosos se convierten en una piedra que aterriza con fuerza en mi estómago.

Tengo que mirar un calendario.



He conseguido dejarme una sonrisa pintada en la cara mientras Rhett y Summer terminaban de ayudarme con la mudanza, pero hasta ellos se han dado cuenta de que era forzada. Cuando Rhett me ha preguntado si me dolía algo he contestado que sí, pero no era ni la clavícula rota ni el cuerpo magullado, sino el nudo que me constreñía el estómago.

No me he movido del sofá desde que se han ido. Lo primero que he hecho ha sido abrir el calendario en mi móvil. Peter está hecho un ovillo en mi regazo, que es donde más le gusta estar, soltando unos ronquidos propios de un cuerpo de mucho más que cinco kilos.

«No seas muy duro con ella. Está muy cansada. Hace lo que puede. Necesita toda la ayuda que puedan prestarle, la quiera o no».

La valoración de la situación de su hermana por parte de Summer no me ha hecho sentir mejor. Es más, me ha dado un poco de ganas

de vomitar.

Porque tengo un pálpito. Me lo dicen las entrañas.

Y no quiero tener razón. Porque si la tengo…

Dios, si tengo razón, esta vez la he cagado de verdad.

El restallido de un trueno me sobresalta; sin embargo, Peter sigue roncando sin inmutarse. Está tan sordo que no se da ni cuenta. Dichosa ignorancia.

Joder.

¿Es eso lo que me ha pasado a mí?

Levanto al perrito de mi regazo y lo coloco en la esquina del sofá, donde lo tapo con una manta abrigada de modo que lo único que sobresale es su cabecita y la mirada fulminante que me dirige. La punta de la lengua se le sale por entre el hueco enorme que tiene entre los dientes, ya que tuve que hacer que le quitaran unos que estaban picados, y tiene el morrito lleno de pelos grises.

—Ahora vuelvo. No me mires así.

Me contesta con un suave gruñido y cierra los ojos, pasando de mí. Y entonces cruzo la estancia, sintiéndome horrorizado por ir a la casa de al lado y a la vez víctima de una atracción a la que no puedo resistirme, contra la que no puedo luchar.

Necesito ir allí. Necesito saberlo.

Meto los pies en unos zapatos sin cordones, abro la puerta y salgo, a pesar de que está diluviando. Oigo un trueno en la distancia y, unos segundos después, el cielo se ilumina. En verano, en las praderas hay luz hasta muy tarde, pero las nubes de tormenta arrojan un resplandor oscuro y espeluznante sobre la calle plagada de árboles. Al cabo de unos segundos, ya tengo empapados tanto la camiseta como los vaqueros.

Recorro el corto camino hacia la verja. Doblo hacia un lado y enfilo en el sentido inverso el mismo camino hacia la casa blanca que hay al lado de la mía, que es azul. Las cuatro casitas de la calle tienen la misma estructura, pero Sloane cuidó tanto los detalles al reformarlas que cada una de ellas es única.

Subo los escalones de la puerta principal mirándome los pies, mientras la sensación de terror de mi pecho se expande y se expande, hasta que me cuesta trabajo respirar. Alzo una mano y extiendo un dedo para tocar el timbre, pero vacilo al recordar lo cansada que parecía hoy Winter. Y el ruido la ha enfadado mucho, por lo que no sé si llamar al timbre es la mejor opción.

Lo cierto es que no sé qué hacer.

Así que me siento en el último escalón, hundo la cabeza entre las manos y espero.

# Doce

## *Winter*

**Winter**: ¿Se puede saber por qué se ha mudado Theo Silva a la casa de al lado? ¿Quién dio el visto bueno? ¿Tú o Jasper?

**Sloane**: ¿Es un problema? Creí que te daría igual… Os peleasteis una vez, ¿hace cuánto? ¿Un año y medio?

**Winter**: Da igual.

**Sloane**: Ay, mierda.

Me vibra el móvil a modo de aviso: unos movimientos en la puerta principal han hecho saltar el sistema de alarma. Abro la pantalla y miro los vídeos de las cámaras de seguridad.

Y ahí está Theo, sentado en mi porche con la cabeza entre las manos. Y sin el cabestrillo que debería llevar.

No sé qué hacer. El demonio amargado que tengo en un hombro quiere dejarlo ahí bajo la lluvia, pero el ángel cuidador y curioso del otro quiere asegurarse de que esté bien.

Porque nunca lo había visto tan abatido. Incluso cuando estaba en el hospital hacía bromas y acudía corriendo en mi defensa, como si yo lo necesitara.

Voy a la habitación de Vivi para echar un vistazo. Está tumbada boca arriba, con los brazos extendidos y las manitas cerradas en sendos puños poco apretados.

Me gustaría poder volver a dormir así. Sin embargo, siento que estoy en un constante estado de alerta. Me cuesta relajarme lo suficiente para dormir profundamente incluso cuando estoy exhausta.

Tras oír el suave ruidito de su puerta al cerrarse, espero con el alma en vilo para ver si he despertado al monstruo de la dentición.

Uno. Dos. Tres.

Pego la oreja a la puerta y, al comprobar que no se oyen movimientos, se me escapa un fuerte suspiro nacido de las profundidades de mi pecho. Un suspiro de puro alivio.

Hasta que recuerdo quién está sentado en mi porche delantero. Me acerco a la puerta, pero, eso sí, con la actitud de indiferencia y desapego que me enseñaron en la Facultad de Medicina. Una actitud que, gracias a mi trabajo en urgencias, he mejorado hasta alcanzar la perfección.

Aunque ya era una experta de niña, si soy sincera.

Rodeo el pomo con la mano y, con gesto agresivo, abro la puerta de golpe y me quedo mirando el segundo par de ojos castaños más bonito que he visto en mi vida.

Es imposible no quedarme embobada, aunque solo sea un momento. Theo tiene el pelo mojado pegado a la frente y las gotas de agua le humedecen los dos piquitos del labio superior. La lluvia ha hecho que la camiseta blanca se le adhiera al cuerpo de la forma más obscena posible.

—¿Por qué no llevas puesto el cabestrillo?

Esa es la primera frase que se le ocurre a mi cerebro, a pesar de haberme dado cuenta del brillo torturado de sus ojos. Se levanta y,

cuando da un paso hacia mí, me veo obligada a alzar la barbilla para aguantarle la mirada.

—Winter, necesito que me digas la verdad.

El corazón me late desbocado en el pecho; lo noto, así que levanto una mano para intentar apaciguar la inquietud.

—Está bien.

—¿Es mío ese bebé?

Se me descompone la cara. «¿Es mío ese bebé?». ¿Es que está de coña? El restallido de un trueno me golpea como una bofetada.

—No tiene ninguna gracia, Theo.

—No estoy intentando ser gracioso, Winter.

—Ya hablamos de esto en su momento, así que no sé a qué estás jugando.

—¿Que hablamos de esto en su momento? —Arruga el gesto y abre los brazos en un gesto de perplejidad.

Se lo tengo que reconocer: parece desconcertado de verdad.

—Sí. Me parece que el último mensaje tuyo que recibí decía… —Alzo las manos y hago unas comillas en el aire—: «Gracias por la información».

Creo que no olvidaré la expresión en el rostro de Theo en lo que me queda de vida. Acabo de presenciar cómo se rompe un corazón. Y recuerdo muy bien lo que se siente. Conozco la sensación que te invade cuando todo lo que creías saber se derrumba a tu alrededor.

Luce una expresión torturada. Deslizo la mano que tengo en el cuello hacia arriba y me tapo la boca.

—Dios mío —susurro—. De verdad no lo sabías.

Me siento como si hubiera abandonado mi propio cuerpo. Floto por encima de nosotros dos y nos observo desde lo alto. Es como si estuviera viendo a dos personas interactuar en una película o un programa de televisión.

«Esto no puede estar pasando».

Se le escapa una carcajada teñida de incredulidad.

—Bah… Qué va. No puedes estar hablando en serio.

Me lo quedo mirando sin saber muy bien qué decir.

Él empieza a pasearse de un lado a otro y suelta otra carcajada. Esta vez parece un poco desquiciado.

—¡Tienes que estar de broma! —Me da la espalda a la velocidad del rayo y baja los escalones corriendo—. Pero ¿cómo…? —Se pasa una mano por el pelo y contempla el patio delantero, que está empapado—. ¿Por qué…? —Se vuelve de nuevo hacia mí y sus ojos, esos que suelen estar tan felices, están colmados de desolación—. ¿Cuándo…?

—Un par de semanas después. Intenté ponerme en contacto contigo muchas veces. No sé…

Flexiona un brazo para taparse la boca con la mano.

—No. —Se ríe, pero suena igual que un sollozo—. ¿Me estás diciendo que tengo una hija y que me lo he perdido todo? ¿El embarazo? ¿El parto? ¿Todo?

De repente, me doy cuenta de que estoy viendo con mis propios ojos a un hombre viniéndose abajo. Un hombre guapísimo y conmocionado. He pasado los últimos dieciocho meses echando pestes sobre Theo y ahora lo tengo aquí delante, rompiéndose en mil pedazos, como si la lluvia estuviera desintegrando la arcilla que los mantiene unidos.

Abro la boca, pero no sé qué decirle. Sí, es cierto que se ha perdido todas estas cosas. Y no entiendo cómo, pero, por la forma en la que ha vuelto a pasearse y tirarse del pelo, he de deducir que no lo hizo a propósito.

—Winter, no me jodas. ¿Estás hablando en serio? —Es la viva imagen de la desolación. Está empapado, calado hasta los huesos. Sube los escalones de nuevo. Ahora puedo oírlo respirar; no solo jadea, sino que emite una especie de lamento con cada exhalación. Se golpea el pecho con un puño—. Winter… —Ahora, mi nombre es una súplica. Me está suplicando.

Se está dejando llevar por el pánico. Un pánico innegable.

—Theo… —Alargo las manos y lo cojo de las mejillas para obligarlo a quedarse quieto. Le agarro del cráneo, notando la barba incipiente en las palmas de las manos, la suavidad de su cuello

mojado bajo las puntas de los dedos—. Respira. Nombra tres cosas que puedas oír.

El pecho le sube y le baja con violencia, pero me mira a los ojos. Pasan unos instantes.

—La lluvia.

Asiento.

—Un trueno.

Me lamo los labios.

—Tus dedos, acariciándome la nuca.

Trago saliva y presiono la otra mano contra su pecho. El corazón martillea en su interior.

—Vale. Ahora, nombra tres cosas que ves.

Me mira de arriba abajo, pero no le suelto la cabeza.

—Tu casa blanca. El carrito plegado junto a la puerta principal. —Se le rompe la voz. Le masajeo la nuca, intentando que se calme—. A ti.

Aprieto los labios; mi mirada oscila entre su ojo derecho y el izquierdo. Ahora parece un poco más tranquilo.

—Vale. Bien. —Aflojo un poco y deslizo las manos hacia sus hombros. Mientras tanto, nos envuelve el tranquilizador sonido de la lluvia que cae tras nosotros.

Lo observo con atención.

Tiene los brazos caídos y flojos a los lados de su cuerpo, pero lo que hace que se me llenen los ojos de lágrimas es el temblor que asola su voz cuando me pregunta:

—¿Puedo verla?

No sé qué coño está pasando, pero lo que sí sé es que este hombre merece ver a su hija. Asiento y me vuelvo para abrir la puerta, para dejarle entrar en nuestra casa. Su presencia es imponente; siento que, en cuanto entra, me consume.

Señalo el zapatero mientras intento ignorar la presión que me supone sentir su cuerpo tras el mío. Incluso en un momento noto la electricidad que hay entre los dos. Siento el impulso de inclinarme hacia atrás, de dejar que me rodee con los brazos.

Sería maravilloso que alguien me abrazara.

Pero, en lugar de eso, recorro el pasillo a toda prisa para ir a buscar una toalla. Cuando vuelvo para dársela, me atrevo a echar un vistazo a su rostro esculpido. Su piel, siempre bronceada, se parece ahora a la toalla blanca en sus manos.

Intento no mirarlo fijamente mientras se seca, y para ello, centro la mirada en mis dedos. La manicura sigue brillando por su ausencia.

Una carcajada triste resuena en mi garganta.

—¿Qué? —Theo se está secando el pelo mojado, flexionando y marcando el bíceps mientras sube el brazo por encima de su cabeza.

—No, nada… Es una tontería.

—No, dímelo.

Una vez el suspiro escapa de mí, el cuerpo se me hunde y se me encorva. Me arden las mejillas. Sin dejar de mirarme las manos, confieso:

—Te parecerá ridículo, pero llevo mucho tiempo diciéndome que voy a empezar a ir a hacerme la manicura. No sé por qué. Quiero hacerlo y punto. En el hospital no está permitido llevar las uñas pintadas, y, en cualquier caso, las manos ya sufren demasiado con el trabajo. Quería hacerlo mientras estuviera de baja, pero… No lo he hecho.

Cuando levanto la vista, descubro que Theo me está mirando con una intensidad con la que jamás he visto mirarme a ningún hombre. Lo que tiene sentido, supongo. Está destrozado y yo estoy aquí hablando de que quiero hacerme la manicura.

Le dedico una débil sonrisa.

—Puedes dejar la toalla ahí. Perdón por el desorden. —Me estremezco un poco al echar un vistazo a la cocina y el salón. Podría ser peor, aunque el fregadero está lleno de platos porque no he terminado de fregar, hay cápsulas de café tiradas por la encimera y juguetes desperdigados por el suelo del salón. Pruebas de que solo hago lo estrictamente necesario para sobrevivir a la maldita fase de la dentición—. Han sido unos días un poco duros.

No dice nada, y tampoco me atrevo a mirarlo antes de conducirlo a la habitación de Vivienne. Sé que es posible que la intromisión la despierte, pero este se me antoja como uno de esos momentos en los que eso no importa. Si el trueno no la ha despertado, quizá no pase nada.

Abro la puerta de su habitación con suavidad. Es una habitación bonita y acogedora que tomó forma con mucha ayuda de todas las personas con las que puedo contar aquí, en Chestnut Springs. Sloane me ayudó a pintarla rosa claro, con blanco satinado en las molduras del techo. Hay unas cortinas opacas con otras de encaje por encima, y la cuna me la regaló mi padre. La envió por correo. La mecedora es de parte de Harvey, una reliquia familiar que no creo que me merezca. Él mismo la trajo y la colocó en una esquina. Willa me dio las cosas útiles: el cubo para los pañales, el calentador de toallitas, un montón de baberos… Y luego está Summer, que no ha parado de comprar ropita para Vivi.

Todo el mundo se volcó conmigo. Cada vez que lo pienso, me siento incómoda.

Cruzo la habitación y abro las persianas para que la suave luz grisácea del exterior ilumine el cuarto. Theo se queda en el umbral de la puerta, inmóvil.

Miro a Vivi, que sigue en la misma posición de dicha que la última vez que he venido a ver cómo estaba. Luego respiro hondo para prepararme, vuelvo hacia la puerta y cojo a Theo de la mano húmeda y sudada para llevarlo hacia la cuna blanca.

Y ahí estamos. Dos personas que apenas se conocen.

Mirando a nuestra hija. Él, por primera vez. Yo, por enésima.

Al cabo de unos segundos, mueve los dedos para entrelazarlos con los míos. Me aprieta la mano y siento como si me estuviera estrujando el corazón. Levanto la vista y lo descubro con los ojos muy abiertos, sin parpadear.

—Winter… —Esta vez, mi nombre es un susurro en sus labios. Alarga una mano y acaricia con un nudillo una de sus mejillas

regordetas. Ella hace un movimiento de succión con la boquita y se inclina hacia la mano de él.

—Ay, Dios. ¿Qué…? —Se tapa la boca con la mano que tiene libre —. ¿Dónde está el baño?

—Recto por el pasillo. —Apenas consigo contestar antes de que se vaya corriendo.

Lo sigo y lo oigo vomitar al acercarme a la puerta. La ha dejado entreabierta y lo veo por la rendija encorvado sobre el inodoro, con las manos en el pelo y un aspecto completamente derrotado.

Doy un paso atrás para concederle un poco de intimidad y luego me deslizo por la pared al lado de la puerta del baño y apoyo la cabeza en las manos, antes de abandonarme a mis propias sensaciones, muy cercanas a las náuseas.

Algo se torció por el camino. No sé qué, ni dónde. Lo único que sé es que ese hombre sería incapaz de mandarme un mensaje como el que recibí.

# Trece

## *Theo*

«Me he perdido tantas cosas…».

Es la frase que se repite en mis pensamientos una y otra vez. La que me martillea el corazón hasta hacerme daño. La que me ha hecho vomitar, como si así pudiera expulsar esa certeza de mi organismo.

Levanto la cabeza al oír que llaman suavemente a la puerta.

—¿Theo? Esto… Te he traído un poco de enjuague bucal. ¿Puedo pasar?

Me levanto, tiro de la cadena y termino de abrir la puerta. Con las prisas, no me he parado a cerrarla y echar el pestillo. Cuando he comprendido que tenía una hija, me han fallado las piernas. Se me ha nublado la vista y se me ha puesto el estómago del revés.

Una niña.

Y me he perdido tantas cosas… ¡tantas!

Miro a Winter, la contemplo con toda mi atención. Ahora la veo bajo una nueva luz. Tiene el pelo recogido en un moño despeinado; va sin maquillar y luce sendas ojeras oscuras bajo los ojos, que tiene fijos en mí y abiertos como platos. Se la ve cansada, pero más

saludable que la última vez que la vi. Hay algo que brilla en ella, como si pasara más tiempo al aire libre.

Me permito recorrer su cuerpo con la mirada, pero la devuelvo a su rostro en cuanto llego al pecho. Lleva un top corto y holgado que no deja mucho a la imaginación y va sin sujetador. Mirar embobado la forma de sus pezones a través de la delgada tela gris no es lo más adecuado en el momento que nos ocupa, así que me concentro en sus gélidos ojos azules, en los que se entrevén montones de preguntas.

Pero no me las hace.

Me tiende un vaso de plástico medio lleno de un líquido del mismo color que sus ojos.

—Toma.

Cuando lo cojo, nuestros dedos se rozan. Por un momento, apoyo la yema del dedo índice sobre la punta del suyo. Lo deslizo hasta el nudillo, y siento que me acerco poco a poco a todo lo que tengo que decirle, que es una primera forma de confesarle lo mucho que lo siento. No sé ni por dónde empezar.

—Gracias. —Me meto el líquido mentolado en la boca, me agarro del lavabo y me quedo mirando el desagüe, intentando asimilar lo radicalmente que ha cambiado mi vida.

«Una hija».

Me sobreviene otra oleada de náuseas, así que escupo, me enjuago la boca y me siento en el suelo con la espalda apoyada en la bañera y el culo encima de una alfombrilla de ducha de color rosa.

—¿Quieres venir a sentarte en el salón? —pregunta Winter con voz serena, amable. Hay quien dice que es fría, pero yo solo veo a una mujer fuerte. Una mujer a la que ahora admiro todavía más.

—Creo que es mejor que me quede cerca del váter. —Echo un vistazo al patito de espuma rosa que cubre el grifo y al jabón orgánico para bebé con unos bloques con el alfabeto dibujados en la etiqueta.

Ella me mira con los labios apretados.

—Mira, esto está limpio, pero… No muy limpio.

—Para ser francos, ahora mismo, la higiene de tu cuarto de baño es la última de mis preocupaciones.

Ella asiente, nerviosa, y pestañea a la vez.

—Ya. Vale.

Para mi sorpresa, pone el enjuague bucal en una estantería, viene hacia mí y se sienta en la alfombrilla a mi lado. Levanta las rodillas y el borde de los pantalones cortos de chándal se desliza hacia abajo, dejando los muslos al descubierto. Su pierna desnuda está pegada a la mía.

—¿Te molesta que me siente?

Niego con la cabeza, aún con la mirada fija en su muslo suave y bronceado, con un fémur mucho más corto que el mío. Recuerdo cómo me sentí agarrando esos muslos, cómo me rodeó la cintura con ellos y me atrajo hacia sí.

Oigo el zumbido de las luces que iluminan el tocador; los otros únicos sonidos que flotan en el cuarto de baño son el suave golpeteo de la lluvia contra las ventanas y nuestras respiraciones en sincronía.

—¿Cómo se llama? —Una risa triste sigue a mi pregunta—. Por favor, no me digas que la llamaste Autumn.

Winter se ríe y agacha la cabeza.

—¡Ni de coña! —Entonces se vuelve hacia mí. Tiene la tristeza grabada en su rostro hermoso—. Se llama Vivienne Hamilton, pero todos la llamamos Vivi.

«Todos».

Esa palabra es como un jarro de agua fría. «Todos». Aquí todos la conocen. Todos la han visto crecer. Todos tuvieron la oportunidad de estar presentes cuando nació.

Y yo no tenía ni idea de su existencia.

—¿Tiene un segundo nombre?

—No.

Asiento. ¿Qué más da el segundo nombre? Dios, mira que soy idiota.

—¿Qué día es su cumpleaños?

—El veintidós de septiembre. Habría sido una estupidez llamarla Autumn con esa fecha de nacimiento.

Me río, pero suena forzado.

—¿Cómo fue el parto?

Me mira y parpadea.

—¿El parto?

—Sí. Su nacimiento. ¿Cómo fue?

—Fue… Fue… —Hace una pausa—. Lo siento, no esperaba que me hicieras esa pregunta.

—Quiero saberlo todo, Winter. Hasta el último detalle.

—Está bien. —Arruga un poco el gesto—. Bueno, no hasta el último detalle…

—Mi madre es comadrona. He escuchado sus historias de partos durante años; no hay nada que me sorprenda.

«Mi madre». Otro jarro de agua fría. Esto la destrozará. Estará emocionada y desolada al mismo tiempo. Lo sé porque es exactamente así como me siento ahora mismo.

—La verdad es que fue increíble. Poderoso. Y agotador. Pero muy gratificante. Estaba sana, y yo también. —Me trago las palabras «debería haber estado allí», a pesar del nudo que tengo en la garganta—. ¿Theo? —Me da un golpecito con la rodilla—. Si no hablé contigo, ¿con quién hablé? Cogí tu número de la lista de miembros del Hamilton Athletics.

—Debió de ser Geoff, de Hamilton Elite.

—Un momento. —Levanta una mano—. ¿Alguien de la empresa de mi padre?

Asiento mirándome las manos y aprieto las yemas callosas.

—Después de esa Navidad decidí centrarme en mi carrera y alejarme de todas las distracciones. De las redes sociales, de las… —Echo la cabeza atrás y gimo mientras miro el techo.

—¿Mujeres? —termina Winter con voz inexpresiva.

—Sí. Un número nuevo me pareció la forma más sencilla de desconectar. Le di el móvil viejo a Geoff para que gestionara mis

cuentas en redes sociales y le dije que me avisara si me llegaba algo importante.

—Ya. —Asiente larga y lentamente, casi meciendo el cuerpo al compás del movimiento.

—¿Aún tienes los mensajes?

—Los de voz no. —Se sorbe la nariz y saca el móvil del bolsillo. Mueve el dedo sobre la pantalla varias veces y me lo tiende. El nombre del contacto es «Theo Silva», pero de todos modos compruebo que el número sea el correcto. Sé que ella se da cuenta de que lo hago porque noto que se pone tensa, pero necesito asegurarme de que contactó con la persona correcta.

El número está bien, aunque una parte de mí desearía que fuese otro para poder enfadarme con ella por no haber intentado con más empeño ponerse en contacto conmigo. Quiero poder culpar a otra persona por esta cagada tan gigantesca.

Sin embargo, cuando leo los mensajes en el chat, todos esos sentimientos se evaporan. Los remplaza un horror que me oprime, una pena enorme, un malestar insoportable que me retuerce el estómago. Porque ninguna mujer con sentido común seguiría insistiendo en dar conmigo después de recibir respuestas como estas.

«No estoy interesado en hablar».

«Gracias por la información».

Voy a matar a Geoff con mis propias manos. Debe de ser la única persona en el mundo entero que consideraría que esos mensajes no son importantes.

La ansiedad se adueña de mi pecho. Me siento abrumado por el instinto de coger este puto desastre y desenredarlo, de arreglar las cosas todo lo que pueda.

Cuando vuelvo a mirar a Winter, veo que se ha hecho un ovillo y que está encerrada en sí misma, de nuevo con la mirada fija en sus uñas.

—Winter. Mírame.

Saca la punta de la lengua y se lame los labios, nerviosa, pero no se vuelve hacia mí.

Alargo una mano, ignorando la punzada de dolor de la clavícula, y guío su barbilla gentilmente con los dedos. Cuando por fin me concede su mirada, permito que la mía recorra sus ojos, buscando saber si tengo por fin toda su atención.

—Si lo hubiera sabido, habría estado contigo en cada paso del camino. Te habría apoyado de cualquier forma que hubieras necesitado. Ah, y, Winter…

—¿Sí? —Por primera vez esta noche, lo que se desprende de su voz es debilidad.

Atrapo una lágrima fugada en mitad de su mejilla y se la seco, mientras intento aplastar la ira que ruge en mi pecho por cómo han ido las cosas.

—Ahora que estoy aquí… Estoy aquí. ¿De acuerdo? No tengo expectativas, pero quiero que me dejes ayudarte. Quiero conocerla, si a ti te parece bien.

Asiente y más lágrimas empiezan a caer. Alzo la otra mano y trato de atrapar todas y cada una de ellas, pero fracaso en el intento. Brotan demasiado rápido. Así que atraigo su cabeza hacia mi pecho y opto por dejar que me empape la camiseta, aunque ya esté mojada.

Me parece lo mínimo que puedo hacer por esta mujer después de lo mucho que la he decepcionado.



No duermo. Aunque hemos trasladado todos mis muebles hasta esta casa nueva, no la siento mía. Estoy tumbado boca arriba, mirando el techo fijamente. Tengo a Peter bajo un brazo, roncando suavemente contra mi costado, y a mi otro lado yace el arrepentimiento, que me aprieta el cuello con sus garras.

Siempre me he sentido atraído por Winter de una forma inexplicable, y ahora que sé que está a apenas unos pasos de mí

junto a nuestra hija… Algo ha cambiado en mi interior.

No quería ser un elemento disruptivo ni sobrepasar sus límites, pero me habría gustado quedarme en el suelo de esa habitación y pasarme la noche entera mirando a Vivienne.

Pensar que te gustaría tener hijos algún día es muy distinto de enfrentarte a una que ya existe. No sé cómo asimilar lo que estoy sintiendo.

Pero sé de alguien que me ayudará.

Hago una mueca de dolor al moverme en la cama, cojo el móvil de la mesita de noche y llamo a mi madre.

—¿Qué ha pasado? —dice a modo de saludo. Sus instintos son una locura.

—¿Por qué tendría que haber pasado algo para llamarte? Eres mi madre.

—Sí, pero te conozco. Ahora mismo, donde estás, son las seis de la mañana del domingo, lo que significa que aquí son las cinco.

—Mierda. Lo siento, mamá.

—No pasa nada. Me estaba preparando para hacer un poco de yoga restaurativo. Puedo arreglar tus problemas mientras me preparo un té verde.

Me río. No creo que nadie sea capaz de arreglar este problema en el tiempo que se tarda en preparar una taza de té.

—¿Por qué no duermes hasta tarde? Es fin de semana.

Ella contesta con un resoplido. Oigo el golpe que da al cerrar la puerta de un armario.

—Claro, eso mismo le diré a la próxima madre que se ponga de parto en fin de semana. «Lo siento, guapa. Tendrás que esperar al lunes».

Me río, porque me acuerdo bien de que, de vez en cuando, me tocaba cuidar de mi hermana a altas horas de la noche porque mi madre tenía que salir corriendo a atender un parto. Y también de cuando éramos más pequeños y nos despertaba para dejarnos en casa de alguna amiga.

Tras la muerte de papá, se esforzó todo lo posible. No era fácil ser la madre viuda de dos niños pequeños, aunque las cosas se calmaron un poco cuando encontró trabajo como profesora de matronas en un centro educativo.

—Vale, tienes razón.

Peter suelta un fuerte ronquido a mi lado. Ni se ha enterado de que estoy hablando por teléfono.

—¿Es ese Peter el pequeñín? —Tenía que ser Rhett quien me estropeara el nombre de mi perro. «Peter el pequeñín» suena indiscutiblemente como un pene, pero no voy a decirle a mi madre… —. Dios. Cada vez que pronuncio el nombre de ese perro, pienso en una polla. —Suelto una carcajada tan estruendosa que despierto a «Peter el pequeñín». Me fulmina con la mirada, como si yo fuera el peor cojín del mundo, y luego se vuelve a acurrucar. Cuando lo recogí de la calle, en México, pensaba que me vería como a un héroe, pero lo cierto es que este perro no tiene perdón—. Es verdad. Espero que no le hayas puesto el mismo nombre que a tu…

—¡Mamá! —Cierro los ojos y me froto las cejas.

—Vale, vale. Me estoy desviando del tema. —El ruido del agua hirviendo de fondo se filtra a través del teléfono—. Dime qué problema tienes.

Suspiro.

—No sé si «problema» es la palabra que usaría yo…

—Deja de irte por las ramas, Theo.

—Tengo una hija. —Me siento como si se lo hubiera dicho a gritos. De algún modo, pronunciar esas palabras en voz alta es muy distinto de oírlas o de repetirlas en mi mente. Al otro lado de la línea, me recibe un silencio—. Me enteré anoche. —Espero unos segundos. Más silencio. Echo un vistazo a la pantalla del móvil para asegurarme de que no se haya cortado la llamada—. ¿Mamá?

—Ay, Theo… —Casi lo suspira, como si la tuviera agotada. Estoy seguro de que, en cierto modo, es así. Elegir seguir los pasos de mi padre y dedicarme a la misma profesión que lo mató debe de ser una de las cosas más agotadoras que le he hecho a mi madre, pero

ella me apoya de todos modos. Siempre lo ha hecho. Sin embargo, espero no haberme pasado de la raya con este nuevo regalito—. ¿Estás bien?

Exhalo con fuerza una bocanada de aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Yo… Sí. Creo que estoy en shock.

—¿Cómo ha ocurrido algo así?

—Verás, mamá, cuando dos personas…

—¡Theodore Silva! No empieces a bromear para gestionar tus sentimientos. Habla conmigo.

La oigo verter agua en una taza. Afrontará esta cuestión con su serenidad habitual, como siempre ha hecho con nosotros, con sus hijos. El universo le regaló dos buenas piezas. Julia es tan tremenda como yo.

—¿Qué quieres saber?

—¡Todo! ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo se llama? ¿Se parece a mí? ¿Cuándo puedo conocerla? Y ¿cómo narices ha ocurrido?

Nadie se tomaría una noticia así mejor que Loretta Silva.

—Y decías que yo me lo tomaba a broma…

Resopla con fuerza y me la imagino moviendo una mano como si estuviera apartando una mosca, como haría si la tuviera delante.

Así que le cuento todo lo que sé. No me pasa desapercibido el pequeño suspiro que suelta cuando le hablo de Vivienne, ni tampoco el sonido estrangulado que se le aloja en la garganta cuando le explico el malentendido.

—A ese Geoff podría cargármelo —masculla—. Menudo gilipollas.

—No, el que lo va a matar soy yo.

—¡Theo! No puedes soltar ese tipo de amenazas. ¡Ahora eres padre!

«Joder. Ahora soy padre».

—Bueno, antes de ocuparme de eso tengo que recuperar la compostura. Y hablar con el padre de Winter, que es el jefe de Geoff. Y eso es todo. El puto desastre en todo su esplendor.

—Entonces ¿la madre es la cuñada de Rhett?

—Bueno, la boda no es hasta el mes que viene, ¿no te acuerdas? Estás invitada.

—No me vengas con esas, Theo. Sabes perfectamente lo que te estoy preguntando.

Me muerdo el labio inferior mientras miro el gotelé del techo. Como no he puesto persianas, la luz de la mañana ha empezado a colarse en la habitación, y el resplandor azul le otorga al espacio un toque sereno y fresco que me recuerda a Winter.

—Sí. Es ella.

—Ya. Esa chica, ¿no? Bueno, pues tengo ganas de conocerla.

—¿A Vivienne?

—No. Bueno, sí, claro. Pero a Winter también.

Sonrío, todavía con la mirada fija en el techo.

—Sí, creo que te caerá bien.

—¿Y cómo está ella? Yo no fui madre soltera, pero me acuerdo de cuando tu padre se iba de gira y me dejaba en casa sola con vosotros dos. Cuando volvía, casi te lanzaba a sus brazos de inmediato solo para tener unos pocos minutos para mí.

—Creo que está bien. Feliz pero abrumada. ¿Tiene sentido?

—Tiene todo el sentido del mundo. Si escribiera un diccionario, tal vez esa sería la definición que pondría bajo la palabra «maternidad». —Me echo a reír. Ya me siento mejor, y solo por haber hablado con mi madre—. Theo, cariño, la pregunta que cualquier buen padre se haría ahora es: ¿qué vas a hacer para que se sienta menos abrumada?

# Catorce

## *Winter*

**Sloane**: ¿Quieres que lo eche? Si tú me lo pides, lo pongo de patitas en la calle.

**Winter**: No, está bien.

**Sloane**: ¿Quieres que vuelva de mis vacaciones y le pegue una paliza?

**Winter**: Pagaría una buena cantidad de dinero para verte darle a alguien una paliza.

**Sloane**: ¿Eso es un sí o un no?

**Winter**: No se lo digas a nadie y ya está. Es una historia que le corresponde contar a él.

**Sloane**: ¿Qué historia? No sé ni de qué me estás hablando.

**Sloane**: Me meo. ¿Lo has pillado?

**Winter**: ¿Es que Jasper te ha consumido todas las neuronas a base de follarte con su enorme polla?

**Sloane**: Me amas.

**Winter**: Pues sí.

Theo Silva está en la puerta de mi casa a las diez de la mañana. En punto. Lo veo en la pantalla de mi móvil, moviendo el peso de un pie a otro, incómodo, con un café para llevar en cada mano.

Estaba preparada para esto. Para él. Ayer me dio la sensación de que no saldría por patas después de haberse enterado de lo de Vivi, y me pasé la noche entera dándole vueltas al tema.

En su fuero interno, debe de odiarme. ¿Cómo podría no hacerlo? Pero quiero que tenga una relación con su hija. No quiero que ella viva envuelta en una tensión tan insoportable como la que tuve que soportar yo durante mi infancia. Soy una mujer adulta. ¡Soy médica! Sé que no soy simpática ni cariñosa, pero sí soy madura.

Más o menos.

Tengo mis momentos, y este ha de ser uno de ellos. Por Vivi. No me voy a preocupar de si a Theo le caigo bien o no, y no voy a hacer ningún caso a lo dolorosamente atractivo que es; pensaré en él como en un extraordinario espécimen y punto.

Algún día, Vivienne me dará las gracias por esos genes.

Tiro del dobladillo de mi camiseta *vintage* de una serie de dibujos para ver qué tal me queda. La he combinado con un par de vaqueros anchos porque ya no me cabe ninguno de los que me ponía antes.

Algo en lo que intento no pensar demasiado.

Al menos se me han puesto unas tetas estupendas.

Aunque tampoco importa. Porque Theo es… el padre de mi hija. Somos como socios. Sí. Me gusta como suena eso. Suena ordenado y poco amenazante. Como si fuéramos un equipo, pero cada uno pudiera seguir su camino al final del día.

Asiento con seguridad, me guardo el móvil en el bolsillo y abro la puerta.

—¿Me estaba esperando, doctora Hamilton? —Me guiña un ojo y mi compostura se evapora como si nunca hubiera estado ahí. Vuelvo

de golpe a esa noche en la gasolinera. A sus botas con los cordones desatados y su sonrisa chulesca.

A mí, mirándolo embobada como una idiota.

Al subidón de adrenalina que se adueñó de mí cuando me deslizó el vestido por los muslos como si estuviera desenvolviendo un regalo. A cuando me metió los dedos en las bragas sin dudarlo un segundo.

Me aclaro la garganta.

—Por lo que veía en la cámara, parece más bien que tú me estabas esperando a mí.

Levanta la vista y mueve las pupilas hasta que aterrizan sobre el cuadradito con una lente que hay en una esquina.

—Bien. Me alegro de que tengas un sistema de seguridad. Me iba a ofrecer a instalarte uno.

Me muerdo el labio y aparto la vista parpadeando. ¿Por qué es tan… amable?

Me saca de quicio. La gente nunca es tan amable, a no ser que quieran conseguir algo. No es normal.

—¿Por qué no has llamado o has tocado el timbre?

Se encoge de hombros.

—No quería despertarla otra vez.

—Puedo darte mi número.

—Ya lo tengo.

—¿Cómo es posible que ya lo tengas?

Se aclara la garganta y confiesa:

—Me lo guardé en la agenda aquella noche.

Parpadeo.

—¿Aquella noche?

—Aquella noche, sí. —La palabra está cargada de insinuaciones. Solo se puede estar refiriendo a una noche, no hay margen de error posible.

—¿Te apuntaste mi número sin pedirme permiso?

Se le ponen las puntas de las orejas rosas, y tiene el sentido común de mostrarse un poco avergonzado.

—Supuse que algún día lo necesitaría.

No sé qué hacer con esta revelación y, la verdad, tampoco me siento capacitada para lidiar con ella. Así pues, opto por pasar página, y dejar toda esa mierda para otro rato, porque es demasiado complicada.

—Entonces… Pensabas esperar aquí fuera hasta que yo… ¿Qué? ¿Saliera a mirar el buzón?

Una profunda carcajada resuena en su pecho. Sonríe. Joder, tiene una sonrisa cegadora.

—No lo sé, Winter. No tenía ningún plan maestro. He ido a comprarte un café y he decidido partir de ahí. —Me tiende uno de los vasos. El vapor sale a través del agujerito de la tapa—. Lo he comprado en el pueblo. Pensé que quizá lo necesitarías tanto como yo. —Se le arrugan las comisuras de los ojos, y entonces reparo en su aspecto cansado. Su piel dorada tiene sendas manchas moradas bajo los ojos oscuros y la barba incipiente está un poco más larga de lo habitual. Suele llevarla más recortada—. Solo es un americano. —Me hace un gesto con el vaso y yo lo cojo, consciente de que lo estoy observando fijamente mientras me pregunto por qué me trae café—. No sabía qué te gusta. —Me quedo mirando la tapa. Estoy a punto de romper a llorar solo porque esté aquí. A pesar de la bomba que le solté anoche, me ha traído un café—. Además del tequila y la postura del perrito… Mierda. —Se pasa una mano por el pelo perfectamente alborotado—. Lo siento. ¿Puedes decir algo para que deje de hacer chistes incómodos solo para llenar el silencio?

Le miro con los ojos encogidos.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Frunce el ceño en una expresión genuinamente confundida. Me resulta extraño que lleve siempre el corazón en la mano, que cualquier emoción y pensamiento se le impriman de ese modo en el rostro.

—Winter, creo que ya hemos tenido esta conversación. No haces más que buscar segundas intenciones en mis actos, y no las hay. ¿Puedo pasar? Me gustaría ver a… —Hace una pausa y carraspea,

como si todavía le costara pronunciar las palabras—. A Vivi. Me gustaría pasar un poco de tiempo con ella y hablar contigo un poco más.

Asiento, doy un paso al lado y le hago un gesto para que entre.

Para una reunión normal de negocios.

Una reunión entre socios.



Ver a Theo coger a Vivienne en brazos por primera vez me provoca muchas cosas. En primer lugar, ganas de vomitar, igual que le pasó a él anoche. Me resulta profundamente abrumador ver cómo la mira a los ojos mientras ella le rodea un dedo con su manita.

—Hola, pequeña —murmura—. Es un placer conocerte.

La bebé le contesta con un dulce arrullo, como si ya estuviera obnubilada con él, y me entran ganas de llorar. Y yo no lloro nunca. No es lo mío. No sirve de nada y después me siento cansada y abandonada, y no mejor.

Pero cuando veo lo mucho que él se emociona solo con mirarla, cómo la coge en brazos con tanta naturalidad, la emoción me embarga de repente, de un modo que jamás habría esperado. Se pone de pie y la mece con suavidad mientras se dirige al ventanal que da a la calle.

Luego se vuelve hacia su patio.

—Ahí es donde vivo yo. Justo al lado. Así que, si a tu madre le parece bien, puedo venir de visita de vez en cuando.

Me siento en un taburete en la isla de la cocina e intento recordar la última vez que disfruté tranquilamente de un café que todavía estaba caliente. No caliente por acabar de sacarlo del microondas, sino recién hecho. Me siento inmersa en una especie de ciclo constante en el que no tengo nada concreto que hacer en todo el día y, a pesar de eso, se me pasa demasiado rápido. Cocinar, limpiar, dormir, entretener, mimar, cuidar, socializar. Debería ser fácil, ¿no?

Me gano la vida trabajando en mitad del caos, pero esto es mucho más duro.

Y por eso soy incapaz, por mucho que lo intente, de comprender cómo mi cuerpo reacciona ante lo que tengo delante. Ya me parecía antes que Theo estaba buenísimo, pero con un bebé en brazos lo está todavía más. Si sale a la calle con Vivienne, se le van a tirar a los pies más mujeres todavía.

Y, no sé por qué, pero eso me genera unos celos irracionales.

—Pero ¡qué guapa eres! —El sol ilumina los rostros de Theo y Vivienne pintándolos con el mismo resplandor dorado y cálido—. Eres igual que tu madre.

Vivienne lo mira y se ríe. Alarga las manitas para acariciarle la barba de pocos días y chilla alegremente cuando le raspa las palmas de las manos.

—Joder —mascullo, parpadeando a más velocidad que las alas de un colibrí. Intento quemarme la lengua con el café solo para darme una razón menos sentimentaloide y demencial para llorar.

He visto a Rhett cogerla en brazos un millón de veces y nunca me había sentido así. No, Theo tiene la culpa de todo.

—¿Has dormido bien? —me pregunta volviéndose hacia mí.

Vivienne se ríe y sigue acariciándole la cara. Y, uf…, no se lo puedo reprochar.

—Sí —miento—. ¿Y tú?

—No mucho. —Su rostro adopta una expresión más solemne cuando vuelve a mirar a la pequeña—. ¿Por qué elegiste el nombre de Vivienne?

Doy un buen trago de café caliente. Sí, más café. «¿Por qué estoy tan sentimental?». Tengo que controlar esta mierda antes de volver al trabajo dentro de unos meses. Si lloro mientras doy malas noticias a la gente será mejor que me retire.

—Hum… —Miro a mi alrededor porque siento que si no los miro tal vez sea más fuerte—. Significa «viva» y… Bueno… Ella hizo que volviera a sentirme viva. Y porque nació, mientras que mi bebé

anterior no llegó a hacerlo. Y me pareció un buen nombre adulto, ¿sabes? Como si pudiera ser primera ministra con un nombre así.

Theo canturrea alegremente y le sonríe a Vivienne.

—¿Primera ministra? Bien hecho, pequeña. No veo la hora de contarle a la gente que mi hija es la primera ministra.

«Respira, Winter».

Me echo a reír para esconder las emociones que se me están acumulando en la garganta. ¿Cómo se atreve a ser tan…? ¿Tan él?

—Aunque, claro, no se me ocurrió que estar viva también sería agotador. O que no desearía nada tanto como pasar, aunque solo fuera una hora, sin que nadie me tocara. O que nunca volvería a bañarme sola. —Una carcajada estridente se me escapa de los labios, un triste intento de enmascarar las emociones que me embargan la voz.

Theo clava en mí sus ojos oscuros.

—Ve a darte un baño, Winter.

—¿Qué?

—Coge tu café y ve a llenarte la bañera. Cierra la puerta. Ponte un poco de música. O porno. Ve a disfrutar de un momento para t…

Suelto una carcajada.

—No es posible que me hayas dicho eso. Y delante de una mente joven y fácilmente impresionable, nada menos.

Me contesta con una sonrisa cómplice. Sabe perfectamente lo que provoca en mí; estoy segura. La prueba está en la forma en que contempla mi cuerpo. No creo que sea yo la única que recuerda vívidamente aquella noche.

—Venga ya, Campanilla. Quizá no te conozca tan bien, pero tengo la sospecha de que la primera palabra de la futura primera ministra será «joder». —Me muerdo el labio para esconder una sonrisa. Ser madre sorpresa me ha convertido en un puto camionero. No lo puedo negar—. Ve. Ya la vigilo yo. Nosotros nos quedamos aquí esperándote… —Lo fulmino con la mirada—. Hasta que termines.

Será cabrón… Le dirijo una mirada aún más asesina, pero la parte más abrumada y exhausta de mí me dice: «¡Hazlo! ¡Ve a darte el

baño!».

—¿Sabes qué? Que sí, coño, lo voy a hacer. No me he bañado sola en nueve meses.

—Me alegro. Que lo disfrutes.

—Si llora…

—Todo irá bien. Mis primos tienen un montón de bebés. Antes siempre hacía de niñero.

—Le acabo de dar de mamar, así que sí, todo debería ir bien. —Él me dedica una sonrisa empalagosa. Está babeando con su hija—. Mira… Nunca la he dejado sola con nadie, salvo con Harvey y la madre de Sloane, Cordelia.

—¿Ni siquiera con tus padres?

Aparto la vista.

—No. Es un tema complicado.

—Escucha, si no te sientes cómoda me puedo ir. No quiero irrumpir aquí y exigir un tiempo que no estás preparada para darme. Debe de ser un poco raro para ti.

«Para mí». Es la gota que colma el vaso. Las lágrimas se acumulan de una forma imposible de detener.

En toda mi vida, ni una sola persona ha priorizado jamás cómo deben de ser las cosas «para mí». Y aquí está este hombre que apenas conozco… priorizándome.

Me obligo a esbozar una sonrisa débil.

—Ahora mismo no se me ocurre nadie mejor para vigilarla.

Él asiente y me mira con atención. Demasiada atención.

Así que me voy al cuarto de baño, a llorar en mi bañera.

Y quizá a ver algo de porno.

# Quince
## *Winter*

**Winter**: Está aquí. Lo sabe.

**Sloane**: ¿Cómo se lo ha tomado? ¿Por eso nos colamos en el gimnasio aquella noche? ¿Para buscar su número de teléfono?

**Winter**: Sí. Solo que su teléfono lo tenía otra persona para gestionarle las redes sociales y nunca se lo dijo.

**Sloane**: Mierda. ¿Estás bien?

**Winter**: Me estoy dando un baño caliente. Bebiéndome un café caliente. Estoy en shock. Y en el paraíso.

**Sloane**: Te lo mereces.

**Winter**: ¿De verdad?

**Sloane**: Sí. Tanto el baño caliente como el papá buenorro. Te mereces el mundo entero.

**Winter**: Está muy bueno, la verdad.

**Sloane**: Seguro que está aún más bueno con la bebé en brazos.

**Winter**: No te lo puedes ni imaginar.

Recorro el pasillo esperando encontrarme el caos. Lágrimas y frustración. Una súplica desesperada porque todo esto le ha venido grande. Me he quedado en la bañera con los auriculares con cancelación de ruido hasta que se ha enfriado el agua, y aun entonces me ha parecido un lujo.

Así que debe de haberse desencadenado el desastre.

Pero no.

Theo está tumbado en el sofá, con el brazo bueno detrás de la cabeza, una postura que hace que se le marque el bíceps de una forma que llama toda mi atención. Vivi está despatarrada en su pecho, como un koala que está trepando un árbol demasiado grande para él. Su boquita roja en forma de corazón está entreabierta y él tiene el brazo que debería llevar en cabestrillo doblado a su lado y una manaza sobre la espalda de ella.

En la tele hay una carrera de automovilismo, pero Theo la está mirando a ella.

No sé qué tiene este momento, pero me parece profundamente especial. Se ha perdido muchos momentos, muchas primeras veces. Y esta es la primera siesta de Vivi encima de él.

Saco el móvil del bolsillo de atrás de mis vaqueros y les hago una foto. La luz cálida le confiere un efecto *vintage,* granulado. Parecen tan tranquilos…

—Hola —susurro mientras me acerco a ellos. —Theo me mira y se sorprende—. ¿Qué pasa?

—Es solo que… —Aprieta los labios—. Estás muy gua… distinta.

Casi se me escapa una sonrisa. «Guadistinta».

—Bueno, me he maquillado un poco. ¿Cómo está Vivi?

Él la mira fascinado.

—Perfecta.

Me siento un poco rara de pie a su lado, así que me apoyo en la mesita de café y le tiendo el teléfono para enseñarle la foto.

—Si me das tu número, te la mando.

Le acaricia la espalda a Vivi con el pulgar en un gesto tranquilizador.

—Me gustaría mucho. Me siento…

Me quedo mirando el móvil.

—Lo sé. Debes de odiarme. Y lo entiendo. Creo que, en el fondo, no te culpo. Quizá debería haberme vuelto loca y habérselo contado a todo el mundo. Estar más despechada, ¿sabes? Intenté que me importase un pito, y me ha salido el tiro por la culata de una forma bastante espectacular.

—Winter, no te odio. —Habla con suavidad, pero con seguridad en sí mismo, y yo sigo sin ser capaz de mirarlo—. Ya hiciste mucho. Hiciste más que suficiente.

—Tienes que decir eso porque soy la madre de tu hija.

—Yo…

Levanto la mano para acallarlo.

—Sé que no querías ser padre. Pero yo… yo lo deseaba tanto… Quizá no de la forma que ocurrió, o sea… Un condón roto, menudo cliché. Pero tener un bebé… Theo… —Se me rompe la voz—. No sabes cuánto deseaba tener un bebé. No me arrepiento de nada.

—¿Qué te hace pensar que yo no quiero esto?

Me permito observar al hombre guapísimo que está tumbado en el sofá, con nuestra pequeña estirada sobre su corazón.

—No en este momento de tu vida. Y tampoco conmigo. Nunca me convencerás de lo contrario.

Se le endurece el rostro; un brillo acerado refulge en su mirada.

—¿Qué te hace pensar que no querría esto contigo?

Resoplo y me seco otra lágrima que se me ha escapado.

«Qué asco de vida y de llorera».

—Lo siento. Yo nunca lloro.

Una sonrisa le acaricia los labios.

—Ya veo.

—Cállate. —Me seco otra lágrima y me vuelvo para mirar por la ventana.

—Siento que me he perdido muchas primeras veces, Winter. Eso es lo que iba a decir. Me siento como un intruso, pero me gustaría no sentirme así. Ojalá hubiera estado aquí para verla crecer. Para verte crecer a ti. Para acompañarte en el parto.

Me sorbo la nariz.

—Willa grabó un vídeo muy gráfico. Te lo puedo enseñar.

—Me encantaría.

—No es nada sexy. —Lo miro de reojo y veo que frunce el ceño—. Te estropeará los espléndidos recuerdos de mi vagina si es que los tienes.

—Qué va. Eso es imposible. Esos recuerdos son la razón por la que mi antebrazo derecho es más grande que el izquierdo.

Pongo los ojos en blanco y contengo una carcajada.

—Es imposible desalentarte.

Sonríe.

—Pues sí.

—Me alegro de tenerte cerca, Theo. Nunca, jamás, te mantendría alejado de ella. Después de haberme criado como me crie, lo único que quiero es que esté rodeada de amor. Cuanto más, mejor. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto. En eso estamos de acuerdo. —Su voz, sus palabras… Son como un fuerte abrazo. Me siento mejor al instante.

Vivi empieza a moverse, llamando nuestra atención, y durante unos segundos nos limitamos a… a contemplarla.

—Tendremos que contárselo a los demás.

—Sí —contesta con voz ronca—. A mi madre ya se lo he contado. Espero que no te parezca mal.

—¿Qué te dijo? —El pánico empieza a despertarse. Dios, ¿qué pensará de mí esa mujer?

—Que tengo mucho trabajo por delante. Y que no ve la hora de conocerte.

—¿A Vivi, quieres decir? Sí, será bonito.

Levanta la vista y me mira.

—No, Winter. A ti. No ve la hora de conocerte a ti. —Se ha vuelto a poner serio. Su mirada es tan intensa que me entran ganas de esconderme.

—Qué interesante va a ser eso. —Me río—. Espero no decepcionarla demasiado.

Pero Theo no me sigue el rollo. En lugar de eso, me mira con el ceño fruncido y dice:

—Podría meter a dos metros bajo tierra a quienquiera que te haya hecho creer que eres tan imposible de amar como piensas, joder.

Me pongo de pie y me paso la mano por los vaqueros para alisar arrugas invisibles.

—Ya, bueno, llevo años sintiéndome así, así que no creo que ayude que metas a nadie bajo tierra.

—Ya lo veremos —masculla, y la vibración de su pecho hace que Vivi abra los ojos.

—¿Qué tal esa siesta, Vivi? —pregunto con un tono de voz más dulce.

Ella bosteza y tensa el cuerpo, estirándose como un gato feliz al sol. Theo tiene el don de hacer sentir así de bien a cualquier chica solo prestándole atención.

Yo lo sé muy bien. Lo recuerdo.

Ella ladea la cabeza y mira a Theo.

—Hola, pequeña.

Esa manera de decir «pequeña» con esa voz tan grave acabará conmigo. Estoy segura.

Vivi sonríe casi con timidez y alarga los bracitos hacia mí. Y Theo se anota un punto porque no vacila: me la da enseguida, y yo suspiro al abrazarla contra mi pecho.

Lo de tomarme un respiro ha estado muy bien, pero el alivio que siento al tenerla de nuevo entre mis brazos es inexplicable.

Theo se incorpora y nuestras rodillas chocan cuando empieza a moverse para recolocarse la camiseta.

—Deberías ponerte el cabestrillo.

Pone los ojos en blanco en un gesto juguetón y luego nos mira otra vez.

—Ya lo sé, pero es una mierda. Prefiero coger a Vivi en brazos. Mándame esa foto, ¿vale?

—Vale. Déjame tu número antes de irte.

—Ah, sí… Ya te escribo primero yo.

Se levanta, poniéndome la entrepierna a la altura de la cara. Me arden las mejillas, porque sé muy bien lo que hay al otro lado de la cremallera. Y también sé lo que sabe hacer con ella.

Me he puesto porno en el baño, pero la verdad es que no hay nada que pueda compararse con aquella noche. Es la fantasía a la que vuelvo siempre.

—¿Por qué te apuntaste mi número? —Lo miro mientras Vivi se agarra del cuello de mi camiseta de la forma menos delicada posible.

Theo me sonríe.

—Te dije que volvería a que me dieras otra oportunidad, e iba en serio.

En ese momento un pensamiento me golpea, robándome todo el aire de los pulmones. Es irracional. Y son celos. Y soy lo bastante insegura como para soltárselo así, sin más.

—Dios mío. ¿Tienes otros hijos con otras mujeres? Estás siempre de viaje. Y parece que los bebés se te dan bien. Podrías tener mamis por todas partes.

Abre los grandes ojos castaños de par en par, pero luego suelta una carcajada incrédula y me alza el rostro hacia el suyo, tal y como hizo en el ascensor aquella noche. Se inclina hacia mí y me susurra contra la piel:

—No, Winter. Eres la única mami para mí.

Y entonces sale de casa contoneándose, como si decirme algo así fuese lo más normal del mundo.

Necesito aclararme las ideas, así que saco a pasear a Vivi en el carrito. Cuando llegamos al parque, la subo en los columpios y, una vez se ha cansado, seguimos paseado por la calle principal.

Estoy tan ensimismada que termino pasando por delante de Hamilton Athletics, donde quizá, solo quizá, echo un vistazo a Theo mientras entrena a través de los ventanales. Lleva el cabestrillo, pero no parece menos hábil por eso. Puede trabajar el tren inferior y hacer los ejercicios manteniendo el equilibrio con una mano detrás de la espalda.

No hay línea de sus brazos que no resplandezca de sudor. Tiene el cuerpo firme, tenso… Es como una máquina.

¿Quién me iba a decir a mí que los jinetes de toros tuvieran que estar tan en forma?

Pero no estoy babeando, ¿eh? Solo me estoy aclarando las ideas después del impacto emocional de los últimos dos días, y esa es también la razón de que me ponga como un tomate cuando me pilla in fraganti, plantada en mitad de la acera de la calle Rosewood.

Bebiendo café y mirándolo embobada, como una niñata sin cerebro.

Sacudo la cabeza y me vuelvo para seguir andando. Fingiré que esto no ha ocurrido nunca. Es solo mi cerebro de madre primeriza. Me quedo empanada continuamente.

No tiene nada que ver con Theo Silva.

Y mucho menos con aquella noche.

Y ahora estoy irracionalmente molesta con él. Porque cuando por fin me atrevo a mirar atrás para ver si he conseguido disimular, me lo encuentro ahí plantado con una sonrisilla.

¡Y entonces me guiña el ojo!

Pero ¡qué descaro el de este hombre! Se atreve a volver a mi vida como si nada y guiñarme el ojo. Como si no hubiera pasado el tiempo desde la última vez que nos vimos. Como si no fuera una locura tontear conmigo abiertamente, como si yo fuera alguien especial para él.

Vuelvo a casa indignada, acalorada por su sola presencia. Me molesta que, además de ser buenísimo en la cama, tontee conmigo sin vergüenza y sin parar.

Sin miedo.

Pero me paro en seco al ver a una mujer delante de su puerta con una bolsa de regalo en la mano. La observo llamar al timbre y mirarse los dientes en el reflejo de la ventana de la puerta por si se los ha manchado de pintalabios.

«Vaya tela».

Mientras espera, se cambia la bolsa de mano. Lleva unos vaqueros ceñidos como una segunda piel y se la ve un poco nerviosa. Se pone un mechón de pelo castaño claro peinado a la perfección detrás de la oreja.

Llama otra vez y espera. Al ver que nadie contesta, intenta mirar por la ventana, como si pensara que él se está escondiendo de ella.

Ni siquiera le ladra el perro.

Entonces la mujer se da la vuelta y mira a la calle. No se fija en mí, pero yo sí me fijo en ella. Es la chica del rodeo, la que tenía el rostro bañado en lágrimas y estuvo a punto de derrumbarse al ver a Theo tirado en el suelo.

Es guapa. Muy guapa. Está en forma, no tiene aspecto de ser un desastre y estar agotada, como yo. Theo y yo todavía no hemos hablado de este tema, pero no me sorprende que esté con alguien.

Es que, joder, no hay más que verlo. Pues claro que está con alguien.

Pero me ha guiñado un ojo. Y me sonríe todo el rato, como si estuviese recordando el momento en el que me lamió tequila de…

—Perdona, ¿sabes si Theo Silva vive aquí? —me pregunta la chica.

—Sí —respondo con una sonrisa forzada. Mira que me he esforzado en ser una persona más amable y menos dada a juzgar a los demás, pero me ha bastado mirar a esta chica una vez para odiarla.

—¿Está en casa?

—No parece. —Intento ser simpática, aunque ha sido una estupidez de pregunta.

Abro la verja blanca de mi casa. Es evidente que no está. O que no quiere verla. Esas son las dos posibilidades que existen, pero, aun así, ha decidido preguntarle a una desconocida.

Y las preguntas tontas obtienen respuestas tontas.

—¡Winter, espera! —me llama Theo, que viene por la acera desde el mismo sitio de donde vengo yo. Cuando deja atrás el seto que lo ocultaba de la tía buena que lo está esperando en la puerta, a ella se le ilumina la cara.

—¡Theo! ¡Hola! —Baja corriendo los escalones y va hacia él.

Theo se detiene y parpadea.

—Cindy. Hola.

Ella se sonroja y le dedica una sonrisa de oreja a oreja. Me mira de reojo fugazmente y luego corre hacia él y le da un abrazo.

Con toda la confianza del mundo.

Cuando se aparta, descansa una mano sobre su mejilla.

—¿Cómo te encuentras? Siento no haber vuelto a visitarte al hospital. Tenía mucho trabajo en la ciudad.

Él da un paso atrás y ella baja la mano.

—Me encuentro bastante bien. Y no pasa nada. Estuvo bien ponerme al día con una vieja amiga.

Ella hace una mueca y… Vale, ahora me sabe mal por ella. Me parece que lo que buscaba no era ser una «vieja amiga».

—Bueno… —Se pone recta y pone una voz todavía más animada —. Es que no conseguía contactar contigo en el número que tengo. Pero Rhett me dijo que te habías instalado aquí durante un tiempo, así que he pensado que… —Se encoge de hombros y esboza una sonrisa que le realza los pómulos—. ¿Y si nos divertimos un poco? — Levanta la bolsa—. ¡Te traigo un regalo para inaugurar la casa! — Saca una botella de tequila que parece cara y unos vasos de chupito —. Podríamos montarnos una fiesta, como hacíamos antes.

Theo se ríe de forma educada y mira el regalo y a la mujer que espera ante él.

Y, una vez más, me descubro mirando a Theo fijamente.

Solo que esta vez lo que tengo no es vergüenza, sino ganas de cargarme algo.

Preferiblemente, esos vasos de chupito. Porque el tequila es cosa nuestra.

Me vuelvo y dejo que la verja se cierre con un golpetazo arrogante antes de dirigirme a la puerta de mi casa.

Vivi está dormida, lo que significa que moverla sería una idiotez. Normalmente, cogería un libro, me sentaría en el porche bajo los rayos del sol y disfrutaría de la paz y el silencio. Pero Theo el buenorro está aquí con su follamiga la buenorra, y preferiría beberme un vaso entero de chinchetas antes que verlos interactuar.

Justo cuando estoy a punto de arriesgarme a mover a Vivi, oigo la voz grave de Theo.

—Es muy amable de tu parte, Cindy. Muchas gracias. Pero ahora estoy en otro momento de mi vida. Montarme una fiesta como las de antes no está en mis planes.

Amable, pero directo.

Me quedo quieta donde estoy, agachada a la sombra del carrito, para escuchar la conversación. Ella se echa a reír, pero conozco esa risa. Yo misma la uso para esconder mi decepción.

—Me parece bien. Hace ya un par de años que no voy mucho por los rodeos. ¿Qué te parece si en lugar de eso vamos a cenar?

Aprieto los dientes y me preparo para oírlo decir que sí. ¿Por qué no habría de decir que sí?

Sin embargo, se pasa la mano por el pelo y da un paso atrás.

—Es que tengo algo por ahí, y creo que la cosa pinta bastante bien… Así que tengo que decirte que no.

Siento que me arde el estómago, como si se estuviera derritiendo sobre sí mismo.

Esta vez, la carcajada con la que responde es más estridente, y su tono de voz, menos dulce.

—Ay, perdona. No sabía que estuvieras con alguien.

Él desvía la mirada poco a poco hacia la mía. Me ha pillado. Otra vez.

—No estoy con nadie. Todavía.

# Dieciséis

## *Theo*

**Theo**: Te recojo a las cuatro.

**Winter**: ¿Para qué?

**Theo**: Para la cena en el rancho. Podemos ir juntos.

**Winter**: ¿No te parece que será demasiado evidente?

**Theo**: Vamos a esa cena para contarles a todos que el padre soy yo. No va a tardar nada en ser muy evidente.

**Winter**: Vale.

**Theo**: ¿Qué ropa llevas?

**Winter**: No lo sé. Probablemente un vestido de verano o algo así. ¿Por qué? ¿Piensas ponerte algo que combine, como si fuéramos al baile de fin de curso?

**Theo**: No, me refiero a qué ropa llevas AHORA MISMO ;)

**Winter**: ¿En serio?

**Theo**: Manda fotos.

**Theo**: Vale. No pasa nada. Seguiré recurriendo a mi imaginación.

—Qué rabia me da que se te dé tan bien hacer de papá.

Vivi balbucea en el asiento de atrás mientras da trompazos a un libro de tela que hace ruidos como de papel arrugado. Vamos camino del rancho para soltar la bomba. O, mejor dicho, para soltar al padre.

—¿A qué te refieres? —Miro a Winter con una ceja enarcada desde el asiento del conductor de mi camioneta. Parece una Barbie enfadada, con los brazos cruzados a la altura de las costillas, lo que no hace sino realzarle las tetas. Y ya me tenían bastante distraído antes, así que esto no me ayuda.

—Sí. Ahora mismo, por ejemplo. Poner la sillita en el coche. Pan comido para ti. ¿Darle de comer? Ningún problema. ¿Cambiarle el pañal? Inmediatamente más rápido que yo. ¿Bañarla? Como si lo hubieras hecho un millón de veces. ¿Meterla en el portabebés? Ni un juramento mientras te peleabas con una correa. Me saca de quicio.

—Madre mía, Winter. No sabía que estuviéramos compitiendo. ¿Tienes un trofeo especial para mí? —No me molesto en ocultar lo mucho que me ha gustado oír eso. Durante la última semana, cada mañana me he presentado en su casa con un café caliente en la mano. A pesar de que lo mucho que me ha descolocado la noticia, me he propuesto no perder la sonrisa y poner todo de mi parte por aprender todo lo necesario.

La miro y espero, convencido de que me soltará alguna otra pullita. Lo está toqueteando todo para que no se le note que está nerviosa, pero yo solo puedo fijarme en cómo ese vestido azul oscuro con un estampado de flores diminutas se le desliza por la piel, lo que provoca que la raja de la falda se le abra todavía más, revelándome un pedacito de su suave muslo.

Mi mirada se detiene ahí, y recuerdo cómo era acariciarle la piel con las palmas de las manos. Me pregunto distraídamente si ella también pensará en esa noche. Tiene que ser así. Esa noche estuve a la altura. Lo sé.

—Cindy parece maja.

Ah. Ahí está. Está estresada, y así es como lo gestiona: volviendo a esa versión de sí misma que parece la reina del hielo.

—Sí —contesto con voz inexpresiva mientras salgo marcha atrás del camino de entrada a su casa. Ha llegado la hora de ir al rancho Pozo de los Deseos para la cena familiar.

Aparta la vista, pero veo que arruga la punta de la nariz.

—Tendrías que haber salido con ella.

Aprieto los labios.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Hacéis buena pareja. Es guapa.

—No me había dado cuenta.

Ella resopla. Con fuerza.

—No seas ridículo. Seguro que ya te has acostado con ella, así que has tenido que darte cuenta.

—Sí, hace años. Solía ir de rodeo en rodeo, viajaba con nosotros.

Cuando la miro, veo que se le ha puesto la piel rosa y llena de manchas. Parece a punto de estallar de ira.

—No me digas esas cosas —contesta en voz baja.

—¿Por? No te voy a mentir. No tengo nada que esconder. Daba por hecho que sabías que la noche que estuvimos juntos no perdí mi virginidad contigo… —Resopla, mira por la ventanilla y empieza a morderse las uñas—. ¿Por qué te molesta, Winter?

—¡Porque no puedes tener mujeres entrando y saliendo de tu casa como si tal cosa si vas a tener a Vivi!

—A ver, tampoco es que estén viniendo a cientos.

—Más te vale. Ahora eres padre, joder. Tendrás que llevarte los rollos de una noche a otra parte.

—¿Al hotel Rosewood, por ejemplo? —salto. Sigo siendo incapaz de no encenderla. Todavía me pone verla pasar de la frialdad y la indiferencia a esto.

—Eres un maleducado.

—Creo recordar que esa noche disfrutaste bastante de mi mala educación.

Se vuelve hacia mí con violencia, fulminándome con la mirada.

—Para. Hay una criatura en el vehículo.

Contesto con un murmullo, pensativo, fingiendo que estoy reflexionando sobre lo que acaba de decir, cuando en realidad no es así.

—Entonces ¿el problema es Vivi?

—Pues claro. ¿Quién iba a ser si no?

—Querrás decir qué otra cosa iba a ser si no, ¿no?

Aprieta los labios, que estaban haciendo un mohín, y se hace un silencio entre los dos hasta que por fin encuentra otra razón por la que enfadarse.

—Y vives en la casa de al lado. No hacía falta que vinieras en coche a buscarnos.

Me cuesta no echarme a reír. Esta faceta de ella no debería provocarme ternura, pero me la provoca.

—Pensaba que así sería más fácil cambiar la sillita de tu coche al mío.

Ella resopla rápidamente, subiendo y bajando los hombros.

—Eres demasiado caballero. Me saca de quicio.

—Vaya. Parece que, en lo que a mí respecta, la única constante es que soy molesto y maleducado.

Veo por el rabillo del ojo que su expresión se suaviza. La capa de frialdad desaparece y relaja un poco la postura rígida.

—Lo siento. Estoy muy nerviosa.

—Ya lo sé. —Sonrío al pasar junto a la gasolinera en la que la vi por primera vez.

—Me estoy portando como una zorra.

—No es verdad. Solo lo gestionas del modo que has aprendido.

—¿De dónde sacas esa mierda? ¿De algún *coach* famoso? Porque los odio. Solo un tío podría ser así de gilipollas y aun así ganar millones de dólares dando los consejos más básicos del mundo.

Suelto una carcajada.

—Es verdad que son gilipollas, ¿eh?

Se le escapa una sonrisa, pero mira por la ventanilla para disimular.

—Sí.

—Vale. No soy ningún *coach* famoso, pero ¿sabes qué hago yo cuando estoy nervioso?

Se vuelve de nuevo hacia mí con los ojos azules muy abiertos y apoya el codo en la consola central, como si esperase una respuesta útil y profunda. Se está burlando de mí, pero no pasa nada.

Pongo el codo al lado del suyo, regodeándome en su cercanía al ver que no lo aparta.

Joder. Me muero de ganas de tocarla. Más que solo esta casta caricia en el codo o lo que coño sea que estoy haciendo ahora mismo.

Quiero agarrarla del pelo. Doblarla hacia delante. Abrirle las…

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas. Se me está poniendo dura dentro de los vaqueros, y no es ni el momento ni el lugar.

Me aclaro la garganta y continúo:

—Cuando estoy muy nervioso, intento ser lo más útil posible. Me entretengo. Limpio, organizo… Me convierto en un experto cambiando pañales.

Se hunde en su asiento.

—Joder. Lo siento. Lo siento de ver…

—Winter, no termines esa frase. En lugar de eso, prométeme que cuando conozcas a mi madre le contarás que soy tan caballero que te saco de quicio. Se sentirá orgullosa.

Ella se ríe por la nariz.

—Vale. Eso haré.

—No creo que pueda contenerla mucho más tiempo. Está como loca por conocer a Vivi. Las fotos ya no le bastan —admito mientras entramos en el rancho.

Winter se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Por qué la estás conteniendo?

Da un brinco cuando paro de golpe al lado de la casa principal, construida con piedras de río y troncos, con un tejado de hojalata y

un espacioso porche que rodea toda la casa.

—No lo sé. Solo quiero que tú y yo tengamos un tiempo para manejar todo esto.

—Tú y yo… —Niega con la cabeza y suelta un resoplido.

Esto no puede quedar así, así que salto de la camioneta y la rodeo. Por cómo rebusca en el bolso que tiene en las piernas, doy por hecho que cree que voy a sacar a Vivi de la sillita. Sin embargo, abro la puerta de golpe y me acerco lo bastante para que mis rodillas choquen con la camioneta.

—¿Qué haces? —pregunta con tono alarmado al tiempo que da un brinco y me mira a la cara.

—¿Por qué te hace tanta gracia lo de «tú y yo»?

Hace un gesto de incredulidad con las manos.

—¿En serio?

—En serio.

—Pues que… Pues que… No tienes por qué sentirte obligado a que haya algo entre nosotros cuando no lo hay. Puedes querer que Vivi forme parte de tu vida sin fingir que a mí también me quieres en ella. No te sientas obligado a hacer como si te sintieras atraído por mí solo porque soy su madre. —Le brillan tanto los ojos, tiene la barbilla testaruda tan alta… Joder. Me muero por besar esos labios —. No cuando tienes posibilidades con chicas como Cindy.

La interrumpo. Me inclino hacia ella para desabrocharle el cinturón y la vuelvo hacia mí, como hice esa noche en el bar. Nuestros ojos colisionan. Los suyos, azules y profundos, están llenos de preguntas.

Apoyo una mano en el techo de la camioneta y me acerco a ella. Dejando los labios suspendidos sobre los suyos, susurro:

—Una valoración fascinante, Winter, pero no estoy fingiendo absolutamente nada. Porque hace ya un puto año y medio que solo tengo que acordarme de esa noche para pasarme el día entero así.

Y entonces es cuando me paso de la raya.

La agarro de la muñeca y tiro de su mano para frotarme con ella la polla dura como una piedra.

No se aparta. Lo único que se le mueve son las pupilas, que recorren mi rostro. Mantiene cuidadosamente el rostro inexpresivo.

Pero entonces flexiona los dedos sobre mi polla.

Exhala poco a poco y se lame los labios al tiempo que yo giro y agacho la cabeza. La rendija de espacio que nos separa crepita en cuanto ella mueve un dedo, acariciando la tela vaquera que nos separa. Es una caricia deliberada y dolorosamente lenta.

—¡Ah, qué bien! ¡Ya estáis aquí! —La alegre voz y los pasos de Summer por las escaleras me apartan de Winter de golpe. Ambos nos miramos a los ojos, jadeando—. ¡Qué bien que hayáis venido juntos! —Summer me da unas palmaditas en el hombro—. Estás hecho todo un caballero, Theo. ¡Mira que abrirle la puerta del coche!

Summer no se entera de nada.

Pero creo que Winter ha empezado a enterarse.

# Diecisiete

## *Winter*

**Summer**: ¿A todo el mundo le va bien cenar en el rancho esta noche?

**Sloane**: ¡Sí! Acabamos de llegar.

**Willa**: Yo llevo las mimosas. Cocina Cade.

**Winter**: Sí.

**Summer**: Me han dicho que vienes con Theo, ¿es verdad?

**Willa**: Me cae mucho mejor que el doctor Gilipollas.

**Winter**: No estamos juntos.

**Willa**: Pero si lo estuvierais, habrías salido ganando.

**Summer**: Y mucho.

**Willa**: Muchísimo.

**Sloane**: Chicas, dejadla en paz.

—¿Cómo va el fisio? —pregunta Rhett cuando la conversación se apaga.

—La verdad es que bien. Me ha dado luz verde para quitarme el cabestrillo. Aunque la verdad es que tampoco me lo ponía —contesta Theo con una risita.

El mismo Theo que se ha negado a sentarse en cualquier sitio que no fuera al lado de Vivi. No puedo reprochárselo, pero… No se me pasan por alto las miraditas que le están echando. Nos están echando, mejor dicho.

—Bueno, ¿cuándo viene tu madre? Summer y yo deberíamos invitarla a cenar. Todavía no ha visto la casa nueva. Ahora que lo pienso, hace bastante que no la veo. —Rhett se apoya en el respaldo de la silla y mira a Theo con atención.

Todo resulta muy obvio, sobre todo porque Theo me guiña un ojo cada vez que carraspeo por culpa de los nervios. Es como si estuviera a punto de decir algo y luego me viera arrastrada por la conversación.

—Por supuesto, le encantaría. Creo que vendrá un poco antes. Se quedará en mi casa.

Todos siguen comiendo la pasta con limón y gambas que ha preparado Cade. En mitad de la mesa, hay un cuenco enorme de ensalada de sandía y menta. Es una cena de verano perfecta para que la disfrute toda la familia.

Willa, cuyos ojos astutos saltan entre Theo y yo. Cade, que está ocupándose de sus hijos, Emma y Luke, que no hace más que llenarse la boca de pasta sin levantar la cabeza de la mesa, como si no lo hubieran alimentado en días. Luego están Sloane y Jasper, tan cerca el uno del otro que ella bien podría estar cenando sentada en las piernas de él. Y Beau, que está haciendo todo lo que está en su mano para robarme la corona de imbécil, está en la cabeza de la mesa, enfrente de Harvey, dando vueltas a una botella de cerveza y pelándole la etiqueta. Sin mediar palabra.

Hasta la madre de Sloane, Cordelia, está aquí. Todavía. Se mudó al rancho porque necesitaba un lugar seguro en el que alojarse cuando dejó al hijo de puta de su marido. De eso hace más de un año… Y todavía no se ha ido.

Y su forma de decir: «Harvey, tienes que comer también un poco de ensalada. No vas a conservar la salud si no comes más que carne y carbohidratos» y luego secarse la boca con la servilleta delicadamente y apartar la vista… Es adorable.

Harvey pone los ojos en blanco y se sirve un poco de fruta.

No me cabe en la puta cabeza que todo el mundo nos mire a Theo y a mí con tanta desconfianza y que nadie sospeche lo que está pasando entre Harvey y Cordelia.

—Qué bien. Yo también tengo ganas de conocerla —interviene la voz grave de Harvey, que está mirando la fruta que tiene en el plato como si fuera su mayor enemigo. Y, de repente, suelta algo que no debería sorprenderme…, pero que me sorprende—. Supongo que querrá pasar un poco más de tiempo aquí para conocer a su nueva nieta.

La mesa se queda en completo silencio, salvo por el repiqueteo del tenedor de Summer al caer al plato.

Siento que el tiempo se estira, y la sensación se acentúa con el estruendo de los latidos de mi corazón, que reverberan en mis oídos. Tenía pensado contar la noticia, pero todavía no había encontrado el momento adecuado. Estaba aunando coraje poco a poco, intentando abrirme paso en la conversación para no soltarlo sin más, con una completa falta de tacto.

—¿Qué? —añade Harvey con la boca llena de sandía—. Llevamos aquí ya un par de horas. ¿Vamos a seguir aquí sentados fingiendo que Theo no es el padre de Vivi? Pero, vamos a ver, ¡si no hay más que verlos!

Aprieto los labios. Me arden las mejillas.

«Puto Harvey».

Theo acude a mi rescate, como siempre.

—En fin. Winter y yo hemos pasado mucho tiempo hablando sobre cómo contároslo, pero tendría que haberme imaginado que era mejor dejártelo a ti, Harv.

Sloane está sentada enfrente de mí con una mano en el pecho, fingiendo sorpresa. Que Dios la bendiga.

—Gracias —le digo solo moviendo los labios.

Ella niega con la cabeza y hace un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Un momento. —Jasper, el pobre, parece confundido de verdad. Le debo a Sloane una caja entera de cerveza Buddyz Best por haberme guardado el secreto durante tanto tiempo—. Lo único que recuerdo de vosotros dos es aquella pelea tan entretenida que tuvisteis en la entrada de la casa.

—¡Síííí! —exclama Willa con la voz llena de energía al tiempo que señala a Jasper con el dedo. Se le ha iluminado la cara—. ¡Aquella fue buena! —A juzgar por lo memorable que aquel altercado parece ser para todos, debí de quedar como una auténtica idiota.

Harvey resopla con desdén.

—Vamos, vamos, niños. ¿Es que no sabéis nada? ¿Nunca habéis visto a un gato montés peleando con una hembra? —Willa se pone tensa, apenas es capaz de contener una carcajada. Cade gruñe y se frota la barba—. Empiezan arañándose y gritándose…

—Papá, por favor, para. —Cade apoya los antebrazos en el borde de la mesa y se queda con la mirada fija en el plato.

—Y cuando quieres darte cuenta… —continúa Harvey. No hay quien lo pare.

—¡Papá! —Ahora es Rhett quien está intentando detenerle.

—Cuando quieres darte cuenta, ¿qué, Harv? —Es Jasper quien le da al viejo el empujón final que necesitaba, ignorando el cachete que Sloane le da en el pecho.

Harvey se encoge de hombros como si nada.

—Antes de que te des cuenta, se están reproduciendo. Gatitos por doquier. Eso que se dice sobre los gatos en celo es por algo.

Un coro de gemidos resuena por la mesa.

—Que el Señor nos ayude —murmura Beau. Sin embargo, por muy triste que esté últimamente, ni siquiera él puede evitar sonreír ante las payasadas de su padre.

Echo un vistazo a Theo, que está al otro lado de la trona de Vivi. Se está tapando los ojos con las manos y se ríe en silencio, con unas

carcajadas que le sacuden todo el cuerpo.

—¿En serio, Theo? —le reprocho entre dientes. Intento sonar amenazadora, pero se me escapa la risa en la voz.

—Lo siento. Solo necesito un minuto. —Levanta la vista para mirarme y se seca las lágrimas de los ojos, que han hecho que se le peguen las gruesas pestañas, y niega con la cabeza como si no pudiera creerse lo que acaba de pasar.

Yo echo los hombros hacia atrás y miro fijamente los ojos avellana brillantes de Harvey, que está sentado en el extremo de la mesa.

—Gracias por esa explicación, Harvey. Cuando Vivienne sea mayor y nos pregunte cómo nos conocimos, vendré aquí a dejarla contigo.

—No —interviene Cade—. No le des ideas. Lo último que necesita una mente joven e impresionable es que Harvey le enseñe de dónde vienen los niños.

—Creo que cuando el abuelo me lo explicó, utilizó conejos como ejemplo —añade Luke inocentemente.

—Sí. —Harvey se echa a reír—. Sobre los conejos también se dicen muchas cosas. —Veo que se sobresalta y que mira a Cordelia, que es evidente que le ha dado una patada por debajo de la mesa —. Pero… —Mira a su alrededor, a las caras de la gente que lo mira con distintos grados de diversión en sus rostros—. No es una conversación adecuada para la mesa.

Luke, con sus siete añitos, resopla y dice:

—Sí, papá se pondrá como loco si vuelves a decir «follando como conejos» delante de mí. —Luego pone unos ojos como platos y se tapa la boca con la mano, como si así pudiera tragarse las palabras que acaba de decir.

Cade aparta la silla con un chirrido y se pone de pie de golpe.

—Lucas Eaton, ven conmigo ahora mismo. —Luke baja la vista, pero le dedica a Willa una sonrisilla traviesa, protegido por el flequillo de su nuevo corte de pelo, que ahora lleva más largo—. Y tú también, Harvey.

Willa se inclina sobre la mesa y susurra en voz alta:

—Mira lo que has hecho, Harv. Has enfadado a papaíto.

Harvey aprieta los labios para reprimir una sonrisa y sale para que su hijo le dé una «charla».

—Te he oído, pelirroja —le advierte Cade al salir por la puerta trasera sin mirar atrás.

Willa se abanica y saca a Emma de la trona.

—Bueno, ha sido una cena familiar interesante, por llamarlo de algún modo.

—Y que lo digas —contesta Rhett, que está mirando a Theo fijamente, como si no pudiera creerse lo que acaba de ocurrir—. ¿Cuándo te enteraste de esto?

—Hará una semana —responde Theo.

Rhett se vuelve hacia mí.

—¿No se lo contaste? ¿A nadie? ¿Lo has sabido todo este tiempo y no dijiste nada?

Su voz está cargada de incredulidad, pero también de reproches. Piensa lo peor de mí, por supuesto. Por mucho que esté sentada a la mesa con su familia, tengo claro que no soy una de ellos. Haga lo que haga, siempre me mirarán con una pizca de desconfianza.

Theo chasquea los dedos sobre la mesa para recuperar la atención de su mentor. Ha pasado de estar divirtiéndose con la situación a tener ganas de cargarse a alguien.

—Mide tus putas palabras cuando te dirijas a la madre de mi hija.

Rhett hace crujir la mandíbula y se cruza de brazos. Parece impactado ante el tono cortante de Theo.

Sloane se encarga de aligerar la tensión:

—No nos debéis ninguna explicación. Si vosotros sois felices, yo también. Vivi tiene mucha gente que la quiere y es la niña más afortunada del mundo ahora que tiene tanto un padre como una madre estupendos.

Me relajo en mi asiento y Sloane me mira y asiente para tranquilizarme.

Y, como si se tratase de una reacción física a la subida de tensión que se ha producido en la mesa, unos lloriqueos empiezan a sonar

bajitos a mi lado. Vivi tiene los ojos llenos de lágrimas.

Pero Theo alarga los brazos para cogerla antes de que me dé tiempo a reaccionar.

—Eh, pequeña… No pasa nada —la arrulla mientras la estrecha contra su ancho pecho.

Y es como un disparo en el corazón.

¿Cómo se las arregla para ser tan guapo y tan bueno? Ha pasado de saltar a defenderme a consolarla.

No me lo merezco, y una parte de mí sigue sintiendo que le he cargado con una responsabilidad que no puede querer de ningún modo.

Sin embargo, hay otra pequeña parte de mí que se siente más atraída por él con cada momento que pasa en su compañía. Sentí lo mismo aquella noche, me embargó una sensación de bienestar que nunca antes había sentido. Y esa sensación se acrecienta con cada segundo que paso a su lado.

Cada vez que lo veo con Vivi.

Cada vez que se planta en mi puerta con un café.

Cada vez que me guiña un ojo y recorre mi cuerpo con la mirada como si estuviese reproduciendo aquella noche en su mente.

Pero, aquí sentada, al verlo consolar a nuestra hija haciendo gala de lo dulce que es, rodeado de sus amigos y su familia… Me siento una intrusa. Como si este no fuera mi sitio. Estaré atada a él durante el resto de mi vida, así que es muy posible que me vea obligada a verlo salir con otras mujeres. A casarse con otra mujer. A tener hijos con otra mujer. Y Vivi también formará parte de esa familia.

Y yo seguiré siendo una forastera. Porque ponérsela dura no basta para que una relación se sostenga.

—Bueno, y… ¿cómo va todo? —pregunta Summer con cautela.

Pero yo no puedo hablar. Me lo impide el nudo de ansiedad que se ha formado en mi pecho cuando me he enfrentado a la realidad de mi futuro, a estos celos que me consumen y que no parecen míos.

—Muy bien. Todavía nos estamos adaptando. —Theo me mira mientras frota con la palma de la mano la espalda de su hija, que está acurrucada contra su cuello, como si, de algún modo, hasta ella supiera que es suyo. Que le pertenece de una forma que a mí nunca me pertenecerá—. La verdad es que ser vecinos nos ayuda bastante —añade con amabilidad y me guiña un ojo.

Y ese gesto hace que mi corazón grite: «¡Peligro!», igual que la primera vez que me lo dedicó.

—Sí —apunto mientras manoseo la servilleta que tengo sobre las piernas—. Es perfecto. Es como si fuéramos socios. —Summer asiente despacio, con la mirada llena de confusión—. O sea, tenemos un mismo objetivo, pero aun así podemos mantener lo demás al margen. Como si fuera algo profesional. —Lo digo para poner todas las cartas sobre la mesa, para instalar una tela de malla a mi alrededor que mantenga a salvo mi corazón magullado y desconfiado. A salvo de un hombre como Theo, del que sería demasiado fácil enamorarse.

Theo se pone tenso y comprendo de inmediato que este ha sido un golpe doloroso para él.

Y, cuando me atrevo a mirarlo, me resulta evidente que él está evitando mirarme a mí. Me resulta evidente que la sonrisa de orgullo en su bello rostro se ha desvanecido, que tiene los ojos entrecerrados y tensos y apretuja a Vivi contra él, como si yo se la fuera a quitar.

Y por mucho que sintiera la necesidad de trazar esa línea para protegerme…

Me arrepiento totalmente de haberlo dicho.

# Dieciocho

## *Theo*

**Mamá**: ¿Se lo vais a contar a todos esta noche?

**Theo**: Sí. Vamos a soltar la bomba.

**Julia**: La verdad es que me sorprende un poco que esta sea la primera vez que te pasa esto.

**Theo**: Jules, ¿no tienes deberes u otra cosa que hacer?

**Julia**: Me da la sensación de que podrías ser el típico tío al que le salen hijos de debajo de las piedras si se te ocurre hacer uno de esos test genéticos del ADN.

**Theo**: Yo no tengo la culpa de ser tan fértil que no haya barrera que pueda detenerme.

**Julia**: Qué asco. Eres mi hermano. Te has pasado de la raya.

**Mamá**: Si juegas a un juego estúpido, ganas un premio estúpido, Julia.

El sol ya ha empezado a ponerse tras el enorme patio trasero del rancho cuando veo a Rhett por el rabillo del ojo. Señala la casa con

la cabeza, indicándome en silencio que lo siga.

Miro a Winter, que está al otro lado de la mesa. Está sentada con la espalda recta, junto a un enorme radiador. Sloane está sentada a su otro lado y Willa y Summer les están hablando sobre algo.

Como si sintiera el peso de mi mirada sobre ella, Winter se vuelve hacia mí a velocidad de tortuga, como si estuviera resistiéndose contra una fuerza que acaba por superarla. Nuestras miradas se encuentran.

Vivi está dormida en mis brazos, pero a quien Winter presta atención es a mí. No acabo de interpretar su expresión, y hago todo lo posible por mantener un semblante neutral. Intento pintarme una sonrisa y no revelarle a un animado grupo de gente feliz que me han dado ganas de volcar la mesa solo porque me haya dicho que soy como su «socio».

Me pongo de pie al mismo tiempo que Rhett y le digo a Winter moviendo los labios: «Ahora vuelvo».

Asiente con fuerza a modo de respuesta y me tiende los brazos para coger a Vivi, pero niego con la cabeza. No pienso renunciar ni a un solo momento con esta pequeña dormida en mis brazos.

Tras seguir a Rhett, me apoyo contra la isla de la cocina y él contra el enorme sofá de cuero que está colocado de cara al salón. Es como si los dos estuviéramos jugando a comportarnos como si no pasara nada cuando ambos sabemos que esta conversación será cualquier cosa menos desenfadada.

Tiene algunas cosas que aclarar conmigo.

Y, francamente, yo también con él. Winter puede llamarme socio todas las veces que quiera, pero no pienso permitir que nadie la acuse de las cosas que Rhett la ha acusado hace un rato. Ni de coña.

—¿Cómo estás? —Tiene los brazos cruzados y mira la carita dormida de Vivi y luego a mí.

—Bien —contesto con brusquedad.

—Esto habrá sido toda una sorpresa.

—Ya te digo.

—¿Cómo te sientes?

Me encojo de hombros con rigidez.

—Bien.

—No, Theo, en serio. No es posible que quisieras esto. Vivi es maravillosa, por supuesto, pero tú no diste tu conformidad y ambos lo sabemos. No me lancé delante de un toro por ti para que ahora lo tires todo por la borda.

—Rhett, voy a pararte aquí. Hace mucho tiempo que eres mi amigo. Y aún hace más que eres mi mentor. Mi padre te quería, y yo también. Pero, te lo juro, si sigues refiriéndote a mi situación actual como si fuera una carga, me resultará muy difícil conservar mi amistad contigo.

Hace una mueca y abre mucho los ojos.

—Vaya. De acuerdo. Es solo que Winter es un poco…

—¿Qué? —lo interrumpo—. ¿Fuerte? ¿Inteligente? ¿Una madre de la hostia? Porque si estabas pensando en algún adjetivo que no sea cien por cien positivo, que sepas que estás a punto de cruzar una línea.

Rhett se ríe.

—Nunca había visto esta faceta tuya.

—¿Qué faceta? —murmuro mientras contemplo el rostro sereno de Vivi y estudio cómo sus pestañas oscuras se extienden delicadamente sobre sus mejillas redondas y sonrosadas.

—Este… este… —Me señala moviendo la mano arriba y abajo cuando lo miro—. Este lado en plan papá oso. Pero sabes perfectamente que no significa que Winter tenga que gustarte. Es una mujer complicada. A ver, es parte de la familia, pero no siempre es fácil de…

—Winter siempre me ha gustado. Ya me gustaba cuando me contabas historias de ella, antes de conocerla. Me gustó la primera vez que la vi en esa gasolinera de mierda en la esquina de la calle principal y la calle Rosewood. Me gustó cuando me gritó que debía de tenerla pequeña. —El rostro de Rhett refleja una mezcla de confusión e incredulidad—. Y me gusta especialmente ahora. Lo de

Vivi no me entristece. Lo único que me entristece es no haber estado antes al lado de Winter, pero con eso me toca cargar a mí. Así que, si estás buscando a alguien con quien congraciarte sobre lo horrible que es Winter, tendrás que buscarte a otro.

Y, dicho esto, me aparto de la encimera, abro la puerta de atrás y le hago un gesto a la única mujer que he conocido que ha logrado captar toda mi atención. Mi nueva «socia».

Interrumpo el suave murmullo de la conversación. Ya he tenido suficiente por hoy.

—Campanilla, vámonos a casa.

Ella parpadea un par de veces y luego da las gracias con educación y se despide. Cuando llega hasta Vivienne y hasta mí, me coge del bíceps y deja que la guíe hasta el exterior.



Conducimos hasta casa inmersos en un silencio tenso. Me digo que es porque Vivi está dormida en el asiento trasero, pero es mentira.

Lo sé. Y me da la sensación de que Winter también lo sabe.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —comenta con un tono demasiado alegre para su personalidad.

—¿Qué esperabas? —pregunto en voz baja y tranquila, agarrando con fuerza el volante.

La oscuridad nos rodea y el suave zumbido de las ruedas sobre el camino llena el silencio que me deja su falta de respuesta. Intento mantener la vista al frente, pero se queda en silencio tanto rato que no puedo evitar mirarla. Está recta, pero se está retorciendo las manos en el regazo, revelando así lo nerviosa que está.

—No esperaba que me defendieras.

Niego con la cabeza, molesto porque dudara de que la defendiera.

—Yo siempre te defenderé, Winter.

Mi afirmación debe de sorprenderla, a juzgar por la rapidez con la que se vuelve para mirarme. Tras varios segundos, se aclara la

garganta y se relaja, apoyándose en el respaldo del asiento.

—No me sorprende la interpretación de Rhett porque eso sí que me lo esperaba. No puedo culparlo por verme como la villana. Entiendo por qué me percibe de ese modo.

—¿Por qué?

—Porque mi relación con Summer es reciente. Y porque es más rencoroso que ella, supongo.

—Es un idiota.

—No. —Suspira con fuerza y mira por la ventanilla—. He sido muy cruel con Summer durante casi toda mi vida.

—¿Por qué? ¿Te hizo algo?

Winter resopla, ya que ambos sabemos que no sería nada propio de Summer hacer algo malintencionado.

—Parece una estupidez cuando lo digo en voz alta.

—Yo digo muchas estupideces.

Ahora se concentra en mí.

—Bueno, eso es verdad. Creo que una vez incluso me ladraste.

Se me escapa una sonrisa, pero me limito a negar con la cabeza.

—Continúa.

—Creo que ya desde muy pequeña me di cuenta de que, si imitaba la forma en que Marina trataba a Summer y a mi padre, ella… los dejaba en paz, por decirlo de algún modo. O sea, si pensaba que yo estaba de su lado, le importaba menos lo que hacían porque podía dedicar toda su atención a mí. En prepararme a mí para convertirme en una minicirujana, una versión perfecta de sí misma. Yo la ayudé a empatar. Al alejarme de ellos, sintió que había ganado y, a cambio, no maltrataba a mi hermana pequeña.

—¿Se lo has contado a Summer?

Exhala un largo suspiro que hace que el pecho le suba y le baje.

—No. Acabamos de empezar de cero. Hablar de esto solo le haría daño, y no quiero hacerle más daño del que ya le he hecho.

—Deberías contárselo.

—¿Por qué?

—Te haría sentir mejor.

—Y a ella peor. Sentirá que tiene que arreglarme. Ella es así.

—Tú no necesitas que nadie te arregle, Winter. —Trago saliva, a pesar del nudo que tengo en la garganta. Lo que me ha contado me parece muy duro de asimilar para una niña, y también de soportar—. Pero ¿qué pasa contigo?

Ella hace un gesto como quitándole importancia.

—Sobreviviré.

—¿Y qué pasa con la niña que fuiste?

Se lame los labios, intentando disimular la ansiedad que siente.

—No me pasó nada. Me daban de comer, de beber, me vestían con ropa de marca e hice todas las actividades extraescolares que quise. —Se encoge de hombros—. No me faltó de nada.

—¿Y qué hay del amor?

Se vuelve para mirar a Vivi.

—¿Qué hay del amor? —repite, y esta vez su voz suena más gruesa.

—¿Tuviste amor?

La veo tragar saliva, sin apartar la vista de nuestra hija, que sigue dormida.

—No. No creo que haya tenido nunca amor hasta que llegó ella. —Me llevo una mano al pecho sin pensar, intentando aliviar mi dolor. Ojalá estuviera aquí mi madre. Ella sabría qué hacer, o qué decir—. Es gracioso —prosigue Winter, como si estuviera en trance—. Como médica, hice un juramento. Mi trabajo es salvar vidas. Y, de algún modo, eso no me resulta pesado ni opresivo. Es más bien un desafío para el que he de estar a la altura. Pero con ella… Dios. Me consume. A veces, el amor que siento por ella me consume tanto que ni siquiera puedo dormir. Utilizaría a un desconocido inocente como escudo en un tiroteo. Empujaría a los demás al fuego para sacarla de un edificio en llamas. Nadaría en agua hirviendo por ella. Y haría todo eso sin ni siquiera pensármelo, Theo.

—O sea, que la quieres. Es normal. Bueno, tus descripciones son un poco… oscuras. Pero te entiendo —contesto mientras paro frente a su casa.

—¿Es normal? —Vuelve su mirada azul y cristalina hacia mí. Sus ojos centellean en la oscura cabina de la camioneta, reflejando cada mota de luz que nos rodea—. Nunca había querido a nadie así, ni nadie me había querido como Vivi. Me resulta tan extraño…

Santo Dios. ¿Qué hago con esta mujer?

Ansío tocarla y consolarla, así que alargo una mano y le acaricio la cabeza, peinándole el pelo con los dedos, como hice en el ascensor. Me inclino sobre la consola y ella me aguanta la mirada.

—Sí, Winter. —Sus iris descienden hacia mis labios—. Es normal. Y no deberías conformarte con nada que no sea eso.

Suspira y su aliento me acaricia la mejilla. Qué poco me costaría apretar los dedos en un puño para agarrarla del pelo y besarla. Enseñarle en qué consiste eso de no conformarse con menos. Pero se aparta antes de que me dé tiempo y, con una mano, me da un platónico apretón en el antebrazo.

A veces no sé si esta atracción es unilateral. No sé si me masturbo cada día en la ducha pensando en una mujer que no piensa en mí en ningún momento. Es casi imposible saber lo que piensa Winter.

Y esta noche no es una excepción.

Me dedica una sonrisa falsa antes de que nuestros caminos se separen; no intercambiamos ni una palabra más. La observo entrar con Vivi, todavía en su sillita, en la casa oscura antes de maniobrar para aparcar frente a la mía.

Cuando entro, siento que estoy en la casa equivocada.

# Diecinueve

## *Theo*

**Winter**: Gracias por esta noche.

**Theo**: No he hecho nada especial.

**Winter**: Sí, sí lo has hecho.

**Theo**: ¿Quieres que me acerque a hacer algo especial de verdad que hará que te deshagas en agradecimientos?

**Winter**: ¿Siempre estás así de cachondo?

**Theo**: Me iba a ofrecer a limpiarte la casa. Tiene usted una mente muy sucia, doctora Hamilton.

—Vamos, Peter. —Si las miradas matasen, ya estaría muerto. Mi perro me está fulminando con la mirada. Ha arqueado la espalda y levantado una de las patitas traseras, y le tiembla todo el cuerpecito. Hay quien pensaría que tiene frío, pero yo lo conozco mejor. Es su forma de mostrar la rabia—. Lo sé, lo sé. Qué osadía la mía, hacerte levantar del sofá para ir a hacer pis. —Tiembla de nuevo—. Es oficial: soy la peor persona del mundo. —El perro aplana las orejas y

entorna los ojos, que normalmente son muy saltones. Suspiro. Ha sido una de las noches más extrañas de mi vida, joder, y estoy cansado. Me agacho para cogerlo en brazos—. Vamos, cabroncete. No pienso permitir que me despiertes en mitad de la noche.

Salimos por la parte de atrás mientras Peter suelta varios gruñidos de contrariedad. Lo coloco en la hierba y me siento en el escalón del porche trasero. Se vuelve y me mira por encima del hombro, cabreado.

—¿Así me pagas por haberte rescatado? Ni siquiera me gustan los perros pequeños. Eres una excepción.

Camina sobre la hierba con cuidado, como si su mera existencia fuese una afronta personal contra sus sensibles patitas. Decido que mañana la cortaré un poco más. Y me encargaré también del césped de Winter.

Es entonces cuando los oigo.

Los gritos de furia de Vivi se filtran en la noche desde la casa de al lado. Estos edificios viejos tienen mucho encanto, pero están muy mal insonorizados.

No sé qué hacer. Estoy dividido. Odio que Winter tenga que hacerlo todo sola.

No puedo creer que acabe de quejarme de que mi perro me despierte por la noche cuando Winter lleva meses lidiando con esto.

Sola.

Peter olisquea y se da la vuelta, como si fuese a mear, pero, por alguna razón, decide que esa zona de césped de la esquina es una mierda que no merece su regalo, así que vuelve a ponerse a olfatear hasta encontrar el sitio perfecto.

Vivi chilla, y cuanto más oigo sus gritos, más inquieto me siento. Me pongo de pie y veo que el perro mira a su alrededor, como si estuviese buscando la ubicación ideal para construir la casa de sus sueños en lugar de para mear.

—Vamos, Peter. Te recuerdo que vivías en la calle. No seas tan pijo. Elige un sitio. —Chasqueo los dedos y luego los muevo en círculos, como diciéndole que se dé prisa. Porque no puedo

quedarme aquí sentado ni meterme en la cama a dormir sabiendo que a pocos metros de distancia lo están pasando mal.

Así que, cuando Peter hace por fin sus necesidades, cruzo el césped y lo cojo en brazos, acompañado por sus gruñidos de contrariedad. Recorro el camino estrecho que comunica las dos casas, paso por encima de la valla y cruzo el césped vecino en dirección a la puerta principal. A juzgar por los llantos que se oyen en el interior, no voy a despertar a nadie, así que llamo tres veces. Con fuerza.

Tarda un rato, pero, al final, la puerta se abre. Winter sigue con el vestido puesto y se ha lavado la cara, pero solo un lado.

—Lo siento. Intentaré bajar el volumen.

Me la quedo mirando. No tiene ni idea de cómo pedir ayuda.

Y entonces comprendo por qué, y la realidad me cae encima como una losa. Nunca ha tenido a quién pedírsela.

—Pensaba que podía pasarla de la sillita del coche a la cuna sin despertarla. —Se le escapa un suspiro que podría igualmente ser un sollozo, y se le llenan los ojos de lágrimas—. Pero se ha despertado con esa estúpida bisagra que chirría y que quiero arreglar y no arreglo, y está enfadadísima. He intentado acunarla, pero no quiere mamar. Y no soporto escucharla llorar, pero tampoco quiero irme a dormir maquillada o sin lavarme los dientes. Así que solo necesito un minuto y luego bajaré el vol…

Le pongo una mano en el hombro y la empujo suavemente hacia el interior de la casa. Luego cierro la puerta con el pie y le tiendo a Peter.

—Toma. Coge a mi perro y vete a la cama.

Lo coge, aunque mira su cuerpecito delgado como si fuera portador de enfermedades. Casi sonrío al darme cuenta de que Peter y Winter tienen mucho en común. Ariscos por fuera, un poco rotos por dentro y una necesidad desesperada de que alguien los abrace.

—No necesito tu ayuda, Theo.

Esta es la parte en la que me ataca, pero no me coge desprevenido. Me lo esperaba. Es muy feroz con su independencia.

Le dedico una sonrisa dulce, mientras ella y mi perro siguen fulminándome con la mirada.

—Ya sé que no la necesitas, Winter, pero quiero ayudarte de todos modos. Deja que te eche una mano esta noche, ¿vale?

Pone unos ojos como platos. Está tan acostumbrada a que la gente se vaya cuando se pone borde que le desconcierta que yo no lo haga. Así que le pongo una mano en la parte baja de la espalda y la conduzco por el pasillo.

—¿Se supone que tengo que dejar que tu perro duerma en mi cama?

—Sí.

—Pero…

—Te vendrá bien. Le gusta acurrucarse contra ti y duerme como un tronco. Ve a terminar de desmaquillarte y cepillarte los dientes.

La empujo hacia el baño con suavidad y luego me doy la vuelta y entro en el cuarto de Vivi, donde resuenan sus gritos de furia.

—¿Qué es este alboroto, pequeña? —le pregunto con dulzura mientras alarga los bracitos hacia mí—. No puedes seguir de fiesta; es muy tarde. Tu pobre mami necesita descansar. —La cojo en brazos y me frota la mejilla húmeda contra el cuello. Se agarra de mi camiseta con los puñitos y… llora aún más fuerte—. Vale, estás muy muy enfadada. Parece que esta noche todo el mundo lo está, así que es poco original por tu parte. —La acuno arriba y abajo, voy a la cocina y saco todo lo que necesito para calentarle un poco de leche del congelador—. ¿Sabes cuándo me pongo yo así de enfurruñado? Cuando tengo hambre. Lo has sacado de mí. Me da en la nariz que es un rasgo propio de los Silva.

Cuando el biberón está preparado, el llanto de Vivi se ha calmado un poco, así que volvemos a su habitación. Pienso sentarme en la mecedora con mi hija y ver cómo se queda dormida.

Levanto la cabeza al oír el chirrido de las bisagras. Winter está en la puerta de su cuarto, justo enfrente del de Vivi, con aspecto cansado y alerta a la vez. Como si no supiera qué hacer o qué decir cuando alguien acude en su ayuda.

Se muerde el labio al ver que me acerco; mis ojos descienden para perderse en ese fino camisón de algodón. Me pregunto si llevará algo debajo. En mi mente afloran imágenes en las que se lo levanto y la hago mía.

—Vete a la cama, Winter.

—¿Seguro? ¿Qué vas a hacer?

Pongo a Vivi en la cuna y dejo el biberón entre sus manitas regordetas antes de volverme hacia la mujer que ha ocupado hasta el último rincón de mi cerebro desde el momento en el que la vi por primera vez. Diría que incluso antes de eso.

Cada vez que Rhett sacaba a colación lo ocurrido entre Summer y ella, no podía evitar pensar que faltaba una parte de la historia. Que nadie es cruel sin tener una razón. Que dos hermanas no deberían llevarse tan mal, y que unos padres no deberían joder a sus hijas hasta los niveles que él describía. Mi infancia no fue perfecta, pero nunca dudé de lo mucho que me querían mis padres.

Es cierto que entonces todavía no conocía a Winter, pero ocupaba mis pensamientos de todos modos. Me intrigaba.

—Voy a cuidar de nuestra hija para que tú puedas descansar todo el tiempo que necesites.

—No hace falta. No necesito tu ayud…

Alargo una mano, cojo la suya con brusquedad y la hago entrar en su habitación. Es igual que la mía, con molduras en el techo y suelo de parqué abrillantado, pero la suya tiene un toque femenino y una cama preciosa de latón, de estilo antiguo. Es elegante y pulido, y seguro que está frío al tacto. Igual que ella.

Pero si tocas ese metal lo suficiente, se calentará. Tomará la temperatura de su alrededor.

Winter solo necesita un poquito de calor para calentarse ella también.

Peter ya se ha hecho un ovillo en las sábanas de un blanco impoluto; parece estar conforme con la extravagante habitación.

—Métete en la cama, Winter, o te meteré yo mismo.

Tiene el cuerpo tan cerca del mío que, cuando se vuelve para mirarme, las puntas de sus pezones me rozan el pecho.

—Joder, ¿qué parte de «no necesito tu ayuda» no has entendido?

Echa los hombros hacia atrás, pero lo único que consigue es presionar aún más los senos contra mi pecho.

Vivi está más feliz que una perdiz en su cuna, con su biberón, y Winter ha sacado las garras. Como a mí me gusta.

A este juego pueden jugar dos.

Los tiempos cambian.

—Ninguna, Winter. —Recorro un lado de su cuerpo con la palma de la mano, silueteando sus caderas. No he notado las costuras de ningunas bragas. Gimo justo cuando ella coge aire de golpe; y ambos bajamos la vista para contemplar mi mano, abierta sobre ella en un gesto posesivo. Ella, tan menuda bajo mi palma.

Me asaltan los recuerdos en los que le di la vuelta y le levanté las caderas justo hasta donde yo quería. Recuerdo cuando arqueaba la espalda para acercar el culo hacia mí, con las piernas bien abiertas, como una ofrenda, mientras yo alargaba una mano para acariciarle el clítoris. Gimoteó mi nombre y se corrió en mi polla, a pesar de haber jurado que nunca llegaba al orgasmo.

Bajo la boca hacia su oído, sin que se me pase por alto que se estremece.

—Vas a aceptar mi ayuda. Y te va a gustar. Puede que incluso me des las gracias. —Le mordisqueo el lóbulo de la oreja y bajo la voz para añadir—. Como hiciste la última vez que te eché una mano.

Doy unos pasos al frente con suavidad, empujándola hacia la cama hasta que sus piernas se dan contra el borde. Basta un suave toquecito en su cadera para que su cuerpo cansado se doble y se siente en el colchón mientras yo la miro desde arriba.

La cojo de la mandíbula con suavidad y me inclino para que estemos cara a cara. Sus iris azul pálido recorren mi rostro, como si estuviera intentando adivinar cuál será mi siguiente paso. En ella ya no queda resistencia, solo curiosidad. Quizá, a juzgar por cómo se le

marcan los pezones duros en el camisón, la hayan asaltado algunos de los mismos recuerdos que me obsesionan a mí.

—Somos un equipo, Winter.

Su aliento me acaricia los labios húmedos una y otra vez, en cortos jadeos. Me mira fijamente.

—Un equipo —repite.

Asiento.

—Sí. Un equipo. Así que a veces tendremos que trabajar juntos. No puedes luchar conmigo cada vez.

Veo que traga saliva; sube y baja por la columna de su cuello. Me aparto; necesito un poco de espacio. Necesito alejarme de ella antes de joder este pedacito de su confianza que tanto me he esforzado por ganarme.

—Sí. —Su voz es un susurro tembloroso—. Somos socios.

«Socios».

Esa palabra hace que me entren ganas de cargarme algo.

No somos socios.

La vuelvo a agarrar de la barbilla, esta vez con un poco más de firmeza, e inclino su rostro hacia el mío.

—Winter —le digo con voz ronca—. Tengo patrocinadores. Y representantes. Médicos y entrenadores. Esas son mis relaciones de negocios. Tú y yo somos muchas cosas, pero «socios» no es una de ellas.

Se lame los labios. ¡Se lame los putos labios! Su mirada va de uno de mis ojos al otro, y se agarra del borde del colchón.

—¿Por qué no? Podríamos serlo.

Esta mujer no se rinde nunca. Me saca de quicio, joder. Y me encanta. Me encanta eso de ella.

—Porque las cosas que sueño con hacerte son muy poco profesionales.

Tiro toda mi contención a la maldita basura y me adueño de su boca. Lo hago con dureza, implacable, con una mano en su barbilla y la otra enredada en su pelo… Y ella no pierde el tiempo. Abre los labios y acepta el beso de buena gana, agarrándose de mi camiseta.

Como un metal precioso, se calienta.

Sus labios suaves y sus gemidos ávidos me devuelven a aquella noche en el ascensor tenuemente iluminado. Al pasillo en el que la estampé contra la pared.

Le meto la lengua en la boca, besándola con más pasión. Ella me atrae hacia sí, poniéndome encima de ella, hasta que está tumbada en el colchón y yo luchando por no caer de boca en la cama con una mujer que no parece comprender lo tentadora que me resulta.

Sus besos son frenéticos, salvajes; rozan la desesperación. Le mordisqueo el labio inferior y ella me clava las uñas en la espalda. La polla me presiona contra los pantalones, pero me obligo a contenerme.

Winter me enrolla una pierna en las caderas y me empuja hacia ella. Colocándonos en línea.

Y me froto contra ella, sabiendo que no debería.

Sabiendo lo fácil que sería quitarme estos vaqueros.

Sabiendo cuánto tiempo ha pasado.

Sabiendo que mañana por la mañana se arrepentirá de esto. O, aún peor, me lo reprochará y pensará que me lancé a por ella en un momento de debilidad, en un momento en el que no podía estar segura.

Y quiero que esté tan segura como yo.

Me aparto y nos miramos a los ojos unos segundos. Creo que, tal y como ocurrió hace dieciocho meses, ambos nos damos cuenta de que entre nosotros hay un fervor que ninguno puede explicar, al que ninguno puede resistirse.

Una atracción. Una conexión. Un anhelo.

O tal vez solo sea cosa mía. Al fin y al cabo, esta noche ha anunciado ante nuestro círculo más íntimo de amigos y familia que soy el padre de su hija… y su socio.

—Lo siento, yo… Necesitas descansar.

Mientras me aparto, tensa las manos un instante, como si tal vez fuera a hacerme una señal para que me quedara. Una señal que me dijera que me desea tanto como yo a ella.

Pero no la hace.

Cuando me pongo de pie y la miro, la encuentro deliciosamente desaliñada. Labios hinchados, ojos caóticos… Y se le ha subido el camisón, dejándola desnuda ante mí. Con el coño abierto, tan rosa, mojado y apetecible…

A menudo sueño despierto con pasar largas horas con la cabeza perezosamente escondida entre esos muslos.

Apartar la vista es casi imposible, pero seguir mirándola sin una respuesta suya se me antoja invasivo.

Me paso una mano por la barba de pocos días y me obligo a apartar la vista, buscando el control en cualquier rincón en el que pueda encontrar trazas de él. Luego, con un gemido de dolor, alargo una mano y bajo con suavidad la fina tela de algodón para taparla, con su mirada fija en la mía.

El rubor se le extiende por el cuello y por el pecho, pero no hace ademán de detenerme. Su pecho sube y baja con fuerza mientras me observa con esos brillantes ojos azules, con esas mejillas sonrosadas.

—Buenas noches, Winter —susurro, aferrándome a ese resquicio de control que no parece suficiente para arrastrarme lejos de ella.

La máscara de frialdad vuelve a cubrir sus rasgos delicados.

—Buenas noches, Theo —responde. Hay amargura en su voz. Blande mi nombre como un látigo, y siento su azote.

—Duerme. —Mi voz suena rasposa e insegura—. No salgas de la cama hasta que no haya luz.

Peter abre un ojo para despedirse antes de que me vaya, antes de que obligue a mis piernas a que me lleven hacia el pasillo.

Y cuando cierro la puerta tras de mí, las bisagras chirrían y los gritos de Vivi resurgen en todo su esplendor.

Pero esta noche estoy encantado de ocuparme yo. Quiero pasar tiempo de calidad con Vivi.

Por eso estoy aquí.

Pero, joder… No puedo seguir fingiendo.

También quiero pasar tiempo de calidad con Winter.

# Veinte

## *Winter*

**Summer**: ¿Estás bien después de lo de anoche? Siento que fuese tan incómodo.

**Winter**: Tengo una habilidad especial para hacer que las cosas se pongan incómodas. Rhett también la tiene.

**Summer**: Tú no. Creo que Rhett estaba siendo protector, a su manera.

**Winter**: Vaya, qué suerte la mía. El hermano machomán que nunca quise.

**Summer**: Jaja. Pues no te vas a poder librar de él… Y parece que de Theo tampoco. Menuda noticia.

**Winter**: Ya. Lo siento.

**Summer**: No tienes nada que sentir. ¿Te gusta?

**Winter**: Está bien. Solo que acabo de soñar que se casaba con una conejita de rodeo insoportable que estaba buenísima y que tenía una voz muy aguda, como de actriz porno. Y me tocaba pasar todos los días señalados con ella para poder estar también con Vivi.

**Winter**: Y les iba mucho lo de mostrar afecto en público. En plan sentarse en sus piernas y enrollarse.

**Summer**: Por cómo hablas, parece que le estuviera bailando medio desnuda en la cena de Nochebuena.

**Winter**: ¡Es que era así! Un horror. Me ha despertado y ahora estoy irracionalmente enfadada con él por haber invitado a una persona ficticia a una cena ficticia en el futuro lejano.

**Summer**: Entonces ¿el sueño te ha puesto celosa?

**Winter**: No. No estoy celosa. Solo ha sido un sueño.

**Summer**: Solo hay una forma de asegurarse de que una conejita de rodeo despampanante y con la voz muy aguda no se adueñe de todos tus días señalados.

**Winter**: ¿Cuál?

**Summer**: Cásate tú con Theo.

**Winter**: Ja. Espera sentada.



Abro los ojos y veo que la luz gris se filtra en la habitación. No tengo ni idea de qué hora es, y hay una parte de mí a la que le da igual. Aunque, técnicamente, ya hay luz, así que he hecho lo que Theo me pidió.

El insoportable de Theo y su insoportable mujer de pesadilla.

Aparto el recuerdo porque no pienso permitir que el Theo de mis sueños estropee mi primera noche de descanso ininterrumpido en quién sabe cuánto tiempo. Por primera vez en mis recuerdos más recientes, no me he despertado reventada. Esbozo una sonrisa, me estiro un poco y mis piernas desnudas tocan… pelo. Tardo unos instantes en comprender que Peter, el perro, se ha acurrucado entre mis tobillos, debajo de las sábanas.

Y ni siquiera me molesta.

Cuando era pequeña nunca tuvimos mascota. A Marina no le gustaban los animales y no creo que fuese una batalla que Kip quisiese librar. Ahora me pregunto si me habría gustado tener

mascota. ¿Un gato? ¿Un hámster? Levanto las sábanas y miro a Peter. Él alza la cabecita poco a poco, pero no se vuelve para mirarme: lo único que gira hacia mí son sus ojos, como si lo hubiera molestado.

Suelto una risita cuando aplasta las orejas contra la cabecita redonda.

Me cae bien. Diría que yo también he mirado así a la gente alguna vez. Es fácil identificarse con Peter, así que decido obviar que me está llenando las sábanas limpias de pelitos de chihuahua.

Cuando suelto el edredón y me vuelvo a tumbar, él baja la carita, satisfecho porque haya dejado de perturbar su paz. Está contento por poder calentarse con mis piernas, pero no se muestra especialmente agradecido.

Y eso me hace pensar en Theo. Otra vez.

Anoche me hizo experimentar un sinfín de emociones. Desde una inesperada cercanía durante la cena a la desesperación.

«Porque las cosas que sueño con hacerte son muy poco profesionales».

Con esa frase, derribó cada una de las barreras que tanto me he esforzado por construir. Y cuando se apartó… Cuando se quedó mirando mi cuerpo y se detuvo…

Me mostré vulnerable un segundo y él me destrozó sin ni siquiera proponérselo. Como si no le gustara lo que veía. Y de ahí la esposa de pesadilla.

Odio ser tan insegura. Pero lo cierto es que mi cuerpo ha cambiado desde que tuve a Vivi. Sí, he fabricado un ser humano. Es maravilloso. Bla, bla, bla.

Pero me resulta muy difícil no pensar en que malgasté mis mejores años con Rob Valentine. Entrenaba. Salía a correr. Me encargué de tener el culo lo bastante duro como para partir nueces. Pasaba horas en la peluquería. Y todo para poder mantener aquella fachada en la que él y yo éramos una pareja de cuento a la que todo el mundo miraba con envidia.

Fue la época en la que más guapa estuve y en la que peor me sentí.

No puedo reprocharle a Theo que se haya echado atrás después de haberme mirado con atención. Quizá no haya sido por los cambios en mi cuerpo, sino por quién soy yo en realidad. Un poco cruel. Un poco amargada. Muy cerrada.

¿Dónde está el atractivo?

Resoplo y ruedo en la cama para incorporarme. Si Theo está aquí es por su hija, que es justo lo que he querido para ella desde el principio. Así que he de mantener la cabeza fría y pintarme una sonrisa en la cara.

Anoche, mientras ella lloraba, yo escuchaba la grave vibración de su voz mientras le hablaba. Oí los crujidos del suelo mientras la acunaba. Permanecí tumbada en la cama, debatiéndome entre quedarme allí o ir a por ella, no endilgársela en ese momento, en el que estaba cansada y con el dolor de la dentición y probablemente me quería a mí. Pero mi cuerpo me falló. Estaba tan cansada que no podía moverme.

Y mi orgullo no me permitía enfrentarme a él después de que me besara y luego se disculpara, como si hubiera sido un error. Así que me quedé dormida escuchando el llanto suave de Vivi y las palabras pacientes de Theo.

El bultito que hay entre mis pies se desplaza hacia arriba, hasta que los ojos saltones asoman bajo las sábanas. Se sacude la tela de encima meneando las orejas, se sienta y me mira.

—No te hagas pis en mi cama —le pido. Se limita a parpadear—. ¿Te tengo que sacar? —Parpadea—. Estudié medicina, pero no me enseñaron a hablar perro. —Una mirada inexpresiva—. ¿Tienes hambre?

Peter se levanta de repente, meneando la cola como los limpiaparabrisas en un día lluvioso. Se le han puesto los ojos todavía más saltones.

—¿Tú no eras sordo? —le pregunto mientras me froto los ojos y me incorporo. Me pongo la bata y, cuando me doy la vuelta otra vez,

me lo encuentro en el borde de mi cama, mirándome expectante. Bajo la vista al suelo antes de mirar de nuevo al perrito beige—. Supongo que para ti sería como dar un salto mortal, ¿no? —Doy un par de pasos hacia él, lo cojo y salgo al pasillo mascullando—: No me puedo creer que esté hablando con un puto perro.

Después de dejar a Peter en el escalón de atrás para que haga sus cosas, entro en casa, esperando encontrar a Theo dormido en el sofá después de su primera noche haciendo de padre en soledad. El hombre tendrá un límite. No es posible que la paternidad le resulte siempre tan natural.

Pero no está en el sofá ni en la silla. El corazón se me acelera al instante; mi mente desciende en una espiral de pánico. Apenas conozco a ese hombre y ¡he dejado a mi bebé con él! No hemos hablado de la custodia. ¿Y si ha…?

Me pongo una mano en el pecho y me obligo a respirar. En ese momento, veo sus zapatos junto a la puerta principal y me relajo un poco.

Quizá ya estén despiertos. Eso me digo mientras me dirijo al cuarto de Vivi, obligándome a mantener la calma, a caminar despacio. El pánico nunca es la solución. Nunca me siento mejor ni pienso con más claridad cuando estoy aterrorizada.

Me trago el miedo, cojo el pomo de la puerta y echo un vistazo al interior del cuarto, sin dejar de repetirme que todo está bien.

Y así es. Salvo por el hecho de que, una vez más, me he quedado sin respiración.

Porque al parecer Theo llegó a su límite en lo que a hacer de padre se refiere. Pero, por supuesto, tenía que hacerlo de la forma más preciosa posible del mundo mundial, creando una imagen de las que hacen que te explote el corazón y te estallen los ovarios.

«Dios. Odio a muerte a Theo Silva».

Entro en la habitación para mirarlos mejor y no logro reprimir una sonrisa.

Theo está dormido dentro de la cuna. ¡Dentro! Su cuerpo musculoso está hecho un ovillo alrededor de la pequeña, que está

acurrucada bajo su brazo con una expresión complacida y serena en el rostro.

Y ¿quién podría reprochárselo? No hace más que un par de semanas que conoce a su padre y ya lo tiene comiendo de su mano. Tanto que se ha arriesgado a poner a prueba el peso que aguanta la cuna. Está para comérselo.

Ojalá no sintiera esta atracción tan poderosa por Theo, pero me lo pone muy muy difícil. Con ese pelo oscuro y alborotado y esas pestañas tan largas —igual que las de Vivi—, con esa mano que descansa sobre la espalda de ella en un gesto protector.

Y es tan bueno… Tiene un gran corazón. He pasado el tiempo suficiente con hombres de mierda como para reconocer la valía del que tengo delante.

Algún día, alguna mujer de pesadilla será muy afortunada cuando le eche el lazo. Mi trabajo me ha enseñado a renunciar a la gente, pero tengo la sospecha de que renunciar a Theo me dolerá mucho más de lo que imagino.

Me escuecen los ojos al mirarlo, así que parpadeo a toda prisa. Tengo que dejar de llorar, joder.

Pero esta imagen…

Despierta a la «mamarazzi» que hay en mí, así que me saco el móvil del bolsillo y me acerco un poco más para documentar este momento.

Por Theo. Querrá tener esta foto.

Y por Vivi. Imagino que, algún día, ella también la querrá.

Saco la foto y me marcho. Mientras miro la imagen, me froto el pecho. Creo que me entra acidez solo por mirarlos.

Pero conozco el funcionamiento interno del organismo, así que debería tener más sentido común.

Esto no es acidez. Lo que pasa es que me estoy descongelando por el hombre que está acostado en la cuna de mi hija.

# Veintiuno

## *Winter*

—¿Qué haces? —pregunta mi hermana con el ceño fruncido.

—No tengo correa.

Peter da otro bocado de la magdalena de arándanos que tengo en la mano.

—Pero ¿por qué tienes al perro subido en mi mostrador?

—Es muy pequeño. No quiero que lo pisen. Y tampoco tengo ningún cuenco para él. No voy a hacerle comer del suelo; eso es una asquerosidad. Estamos en un gimnasio. —Señalo la parte principal del centro de *fitness* de Summer—. Hay tipos asquerosos y sudados por todas partes.

—Ya. Pero es un perro. Estoy segura de que en algún momento de su vida habrá comido hasta mierda, literalmente. ¿Por qué le das una magdalena de arándanos?

Miro a Peter comerse delicadamente un arándano horneado y sonrío.

—Por favor, Sum, no me estropees esta nueva amistad canina. Anoche lo dejé dormir en mi cama.

—¿A Theo?

Doy un brinco.

—¿Qué? No. Al perro.

—Ah, vale. En la mía también ha dormido.

No puedo evitar reírme.

—Muy típico de nosotras.

Summer pone unos ojos como platos y yo me arrepiento de inmediato del chiste.

—Era una broma —le digo a toda prisa mientras me regaño para mis adentros, porque si he venido aquí ha sido para dar un paso más en arreglar mi relación con ella y resulta que la he ofendido sin pretenderlo—. Te juro que lo decía de broma. Dios. Mierda. —Me froto la cara con la mano—. Lo siento mucho. Todavía no sé muy bien cómo comportarme contigo.

Todavía tengo los ojos tapados con las manos cuando oigo una risita.

—Me parece que hacer chistes maleducados sobre Rob es dar un paso más en nuestra relación, si te soy sincera.

Echo un vistazo a Summer por entre mis dedos.

—¿En serio?

Ella aprieta los labios y asiente.

—Sí.

Me pongo recta, envalentonada por su dulzura. A veces, sigo sin poder creer que no me odie.

Y, con ese pensamiento, le suelto lo que he venido a decirle esta mañana:

—Siempre te he querido y quiero que lo sepas. Hasta cuando no lo parecía. Sé que me dijiste que no necesitabas que te diera explicaciones, pero yo sí que necesito dártelas.

Mi inesperada confesión la pilla desprevenida, así que doy un trago de café para concederle unos instantes.

—Por supuesto. ¿Quieres que vayamos…? —Mira a su alrededor. Estamos en un gimnasio—. ¿A un sitio donde tengamos más intimidad?

Es temprano, así que está tranquilo, salvo por el repiqueteo de las placas de metal y los bajos de la música que suena por los

altavoces. Un tipo que parece estar ofreciendo su mejor imitación de Drax gruñe como una bestia al levantar unas pesas enormes. Qué ridículo.

—No. Aquí está bien. Si vamos a un sitio donde tengamos más intimidad, lloraré.

Summer frunce el ceño.

—Pero si tú nunca lloras.

—Buf… Pues parece que últimamente me ha dado por ahí. Debe de ser algún trastorno médico desconocido.

Sigo mirando al hombre de los bíceps del tamaño de mi cabeza. Se le marcan las venas y tiene el rostro apuesto rojo como un tomate del esfuerzo.

«Theo está mucho más bueno».

Me aclaro la garganta y me vuelvo hacia mi hermana, preparada para ponerla al día a mi estilo, en plan «soy doctora y traigo malas noticas».

—No me acuerdo muy bien del día en que naciste. Tenía tres años y recuerdo estar emocionada. Quería que fueses una niña para que jugásemos juntas, sobre todo con mi casa de muñecas. Me encantaba aquella casa de muñecas. —A Summer le brillan los ojos. Cruza los brazos sobre el torso, desviando mi atención hacia la cicatriz que le recorre el pecho—. Pero lo que pasó en la realidad fue muy diferente de lo que yo me había imaginado. Marina me mantuvo alejada de ti antes incluso de que pudiera entender por qué, y, encima, Kip estaba siempre ocupado cuidándote solo, así que dejó de tener tiempo para mí. A veces me sentía como si te hubiese preferido a ti antes que a mí, aunque ahora creo que ya lo comprendo un poco mejor. —Hago un gesto con la mano, como diciéndole que ahora no me apetece hablar de nuestro padre—. Una vez, tuvo que salir corriendo a su oficina mientras tú te echabas la siesta… Pero te despertaste y te pusiste a llorar. Y madre mía… —Me paso una mano por el pelo en un gesto de frustración porque en mi cabeza todo esto sonaba de otra manera—. Yo debía de tener unos cuatro años, pero no soportaba oírte llorar, y Marina no pensaba

hacer nada al respecto. Dijo que estabas en la cuna y que no te iba a pasar nada, pero yo… —Miro por la ventana y me anoto mentalmente que tengo que buscar a qué coño se debe esto de llorar sin tener razones para ello. Si no llevara una vida de celibato, me preocuparía por si vuelvo a estar embarazada—. Por cómo llorabas, no me parecía que no te pudiera pasar nada. No tenías consuelo. Así que cuando Marina se fue a hablar por teléfono y me dejó sola, me colé en tu habitación. No sabía qué hacer, así que me metí en la cuna contigo y te abracé. No dejaste de llorar, pero al menos sentí que estaba a tu lado.

Summer se ha echado a llorar, aquí delante, en su gimnasio. Y, mientras las gruesas lágrimas se deslizan en silencio por sus mejillas, ella me mira a los ojos, escuchándome con toda su atención. No aparta la vista, por mucho que le duela.

Respiro hondo y sigo adelante.

—Cuando pa… Kip llegó a casa y nos encontró así… Fue el desencadenante de una discusión horrible entre Marina y él. —Me sorbo la nariz y me vuelvo para darle más magdalena a Peter—. No recuerdo todos los detalles. Solo que Marina me quitó la casa de muñecas como castigo y que nunca la recuperé porque la hice… —levanto los dedos y trazo unas comillas en el aire— «quedar mal».

—Winter, no tienes por qué revivir todo esto. No pasa nada. —Summer da un paso al frente, me pone una mano sobre el brazo y me lo aprieta con suavidad.

—Sí, sí que tengo por qué. Porque ese día aprendí que acercarme a ti no tendría un buen final para mí. Y que, cuando fueras lo bastante mayor, tampoco lo tendría para ti. O sea, no creo que en ese entonces llegara a esa conclusión, pero aprendí la lección de todos modos. Aprendí que, si no me acercaba a ti, las dos pasaríamos más desapercibidas. Que Marina te prestaría menos atención si la hacía quedar bien. —No puedo evitar poner los ojos en blanco—. Creo que, a mi manera, siempre te protegí. Me acostumbré a mi papel de hermanastra malvada y sentía que no merecía la pena cambiarlo.

Summer asiente. Tiene la punta de la nariz rosa de tanto llorar.

—No eres malvada. Ojalá dejaras de pensar eso de ti misma. —Se le rompe la voz y a mí se me hace un nudo en la garganta y me empiezan a picar otra vez los estúpidos ojos. Se me han llenado de lágrimas.

—Joder. Ven aquí, Sum. —Tiro el resto de la magdalena delante de Peter y rodeo a mi hermana pequeña con los brazos—. Lo siento tanto… No sé cómo podré pagarte lo mucho que nos has apoyado a Vivi y a mí. No sé si me merezco tu ayuda, pero la he aceptado de todos modos. Y no me has atosigado ni me has hecho preguntas.

—La familia no consiste en eso, Winter —me susurra al oído, llorosa—. Además, Willa me contó que durante aquellos años te pilló más de una vez colándote en mi habitación de hospital mientras estaba dormida para leer mi historial y comprobar que estaba bien.

Me sorbo la nariz.

—Willa tiene la lengua muy larga. Pero sí, lo hacía todo el rato. —Retrocedo para mirar a mi hermana a los ojos—. Te quiero, Sum.

Las lágrimas siguen rodando por sus mejillas. Yo miro al techo, como si pudiera valerme de la gravedad para hacer que las mías volvieran a entrar a mis ojos.

—Yo también te quiero, Win. Aunque esto de que llores tanto te lo tendrías que hacer mirar.

Se me escapa una carcajada que hace que se me salgan todas las lágrimas.

—Qué asco de vida. Me he convertido en una blanda. ¿Qué me ha pasado?

Summer se ríe, pero entonces se le suma otra carcajada. Una carcajada que conozco muy bien. Me doy la vuelta y veo aparecer a Sloane, que va vestida con unos *leggings* y unas zapatillas de ballet. No me había dado cuenta de que estaba aquí, pero debería habérmelo imaginado. Aunque Jasper y ella ya se han mudado a su nueva casa en el rancho, sigue viniendo a bailar en el estudio del fondo. Siempre están por ahí de minivacaciones y viajes por

carretera. Últimamente tengo la sensación de que no la veo casi nunca.

—Estás feliz. —Sonríe—. ¿Es por Theo? ¿Te hace feliz?

Summer sonríe sin dejar de abrazarme.

—Tú no le preguntes sobre el Theo de sus sueños. Ese es lo peor.

—Me estoy derritiendo. —Me seco las mejillas—. Soy como Frosty el muñeco de nieve.

Summer vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro.

—Gracias por haber venido a verme —me dice.

Se oye el tintineo de la puerta y entra Willa, con su feroz melena brillante bajo el sol de la mañana.

—¿Por qué coño estáis todas llorando? Los lunes tampoco son tan malos.

—Sloane no está llorando —repongo, pero cuando me vuelvo hacia mi amiga reparo en que, efectivamente, una lágrima le rueda por la mejilla—. Dios. Creo que lo mío es contagioso. —Sigo secándome la cara—. Parad todas de una vez.

—Sí, de verdad. —Willa nos mira de una en una—. Se supone que este gimnasio es para que hagas llorar a hombres adultos, y no para que celebres una especie de festival sororo del llanto en la puerta principal. Y ¿por qué hay un perro en el mostrador?

Quién sino Willa para levantar los ánimos sin ni siquiera intentarlo.

—Es el perro de Theo, Peter.

Se acerca al mostrador y le rasca detrás de las orejas. Él se lame los labios y se sienta, con la barriguita redonda y bien llena.

—¿Como Peter North, el actor porno? Estupendo.

—Willa. No, por favor. —Summer se tapa la cara.

—¿Qué? Es que, por la forma en la que está sentado y para el tamaño de su cuerpo, veo que tiene una buena…

—Actitud —la interrumpo con una suave carcajada—. Tiene una buena actitud.

Mi hermana me mira, todavía apretujada contra mí.

—Gracias por intervenir.

—Willa, ¿qué haces aquí? —pregunta Sloane, intentando redirigir la conversación.

—Cade me ha dicho que me tome la mañana para mí, así que aquí estoy, preparada para entrenar.

—¿Entrenar? —la cuestiono enarcando una ceja.

—Sí —contesta Summer—. Willa ha decidido que quiere que sea su entrenadora.

Esta me señala con la barbilla.

—Deberías apuntarte, Winter. Summer es despiadada. Pero estoy preparada para sufrir bajo su yugo a cambio de que se me ponga un culo para cascar nueces.

Sonrío con educación, pero no sé si estoy preparada para añadir esa dinámica a la relación que tengo con Summer. No sé si es lo que necesitamos.

Y ella debe de estar de acuerdo, porque añade:

—Te puedo asignar a otro entrenador. Podría irte bien. Yo puedo cuidar de Vivi mientras tanto, así te tomas un respiro. Y, si decides hacer la sesión al final del día, hasta puedo acostarla yo.

Me anega una oleada de alivio, porque lo cierto es que es una idea atractiva. Tal vez pudiera encontrar el tiempo necesario.

—Sí, podría estar bien. También puedo pedirle a Theo que cuide de ella —contesto. Me aparto de Summer para mirarla con agradecimiento. Es muy intuitiva. Lo sabe.

—Hablando de Vivi, ¿dónde está? —pregunta Sloane, y yo suspiro. Parezco una adolescente enamorada.

—Está con Theo. Anoche hicimos un intercambio. Mirad… —Saco el móvil y les enseño la foto de Theo y Vivi en la cuna de esta última.

Cogen aire colectivamente antes de exclamar a coro:

—¡Oooooh!

—Está claro —dice Willa—. Deberías tirártelo otra vez.

Summer me coge la mano que tengo libre, me la estrecha y me mira, aunque yo no le devuelvo la mirada.

Sí, lo cierto es que ver a Theo en la cuna esta mañana me ha hecho recordar.

Sí, fue la conversación que mantuvimos anoche lo que ha hecho que hoy quisiera hablar con ella.

Y sí. Theo y Vivi hacen que quiera ser mejor persona.



Me paso por Le Pamplemousse, mi cafetería preferida de Chestnut Springs, para comprarle a Theo un café. Él me ha traído a mí uno con una sonrisa en la cara cada mañana, así que qué menos que devolverle el favor.

Sin embargo, cuando estoy llegando a nuestras casitas gemelas, una bandada de mariposas echa a volar en mi estómago. Anoche nos besamos. Lo atraje hacia mí de golpe. Me miró todo lo que quiso y luego se marchó.

«No pasa nada. Todo es completamente normal». Me repito frases positivas. Intento creérmelas.

—Theo es un hombre maduro. Todo está bien. Vamos a estar bien. Solo es un coño. Ha visto montones de coños.

Eso último no me hace sentir mejor, así que me muerdo la lengua para callarme. Peter tiembla bajo mi brazo, como si hasta él supiera que ni yo misma me creo lo que digo.

—Cállate, Peter —mascullo mientras abro la puerta que da a mi patio delantero. Desde aquí se oye la música que suena en la casa. Reconozco la canción a medida que me acerco: «Mistify», de INXS, suena a todo volumen, y estoy bastante segura de que se oye la voz grave de Theo cantándola.

Niego con la cabeza, dejo a Peter en el suelo y abro la puerta principal. Al entrar, me quedo de piedra.

Theo lleva la misma ropa de anoche y a Vivi, que está sonriendo, sujeta al pecho con el portabebés con estampado de flores que compré.

Le está cantando a nuestra hija. Y bailando. ¡Y limpiando!

Con una mano le acaricia la cabecita, como si fuera una especie de bola de cristal, y con la otra va limpiando los armarios blancos de la cocina, cuyo estilo recuerda al de una casita de campo.

La casa huele a detergente de limón. Ha abierto las ventanas para que la suave brisa de la mañana se cuele en el interior. Y yo estaba por ahí tomándome un café y leyendo el periódico y luego me he ido a visitar a mis amigas. En parte, me siento culpable por no haber estado aquí para ayudar.

Vivi lo mira como si se tratase del hombre más maravilloso del mundo. Y… puede que tenga razón, joder.

Y yo… yo estoy boquiabierta.

Paralizada.

Pero Peter no.

Entra trotando en la cocina y empieza a ladrar a los pies de Theo, sobresaltándolo justo cuando canta otro:

—*Mistifyyyy*…

Se da la vuelta y nos ve, al tiempo que se saca el móvil del bolsillo de atrás para bajar el volumen.

—Madre mía, Peter. Qué susto.

—¿Qué haces? —Mi voz rebosa incredulidad. Miro a mi alrededor: está todo como una patena.

Theo pone los ojos en blanco.

—Limpiar.

—¿Por qué?

Sonríe, me guiña un ojo y bendice una de mis nalgas con una palmada juguetona.

—Me apetecía. ¿Es para mí ese café, Campanilla?

Miro el vaso que tengo en la mano.

—Sí… Pensé que después de anoche te haría falta. —No puedo evitar fijarme en que me recorre el cuerpo entero con la mirada descaradamente, de arriba abajo.

Me arden las mejillas, y me pregunto si estará pensando que no estoy igual que la última vez que me vio desnuda, pero aparto esos

pensamientos enseguida. Nada de eso importa. Solo somos… Socios no, al parecer.

¿Compañeros de equipo? ¿Copadres?

Copadres no está mal.

—Toma. —Le tiendo el café con brusquedad. De cerca está aún más bueno. Le ha crecido un poco la barba y ya no la lleva recortada a la perfección como siempre, pero le queda bien. Y aunque tenga algo de ojeras, de algún modo se le ve más… tosco. Más masculino.

Qué rabia me da estar hecha un asco cuando estoy cansada y que él esté así de guapo. Encima, que tenga a nuestra hija sujeta al pecho multiplica su atractivo por un millón. Pero, en fin, que Theo esté guapo no tiene ninguna importancia. Podría verlo con Vivi en brazos, cantando una canción o limpiando mi maldita casa y ni me fijaría en si está guapo o no. Simplemente, vería un hombre tan digno de confianza que querría arrancarme la ropa y chupársela a modo de agradecimiento. Es un fallo biológico, lo juro. Porque, por mucho que lo intente, soy incapaz de guardarle rencor a Theo, ya que lo único que ha hecho ha sido estar a mi lado, aunque yo haya hecho de todo por alejarlo de mí.

Una vez acepta el café, intento apartarme, pero tiene la mano demasiado grande. Demasiado decidida. Envuelve la mía con los dedos y me atrae hacia sí con gentileza.

—Vivi, ¿has visto qué dulce es tu madre? Me ha traído un café.

Miro a mi hija y de repente siento que la he echado muchísimo de menos. Nunca había pasado una noche separada de ella y, de repente, lo único que quiero es sacarla del portabebés, abrazarla con fuerza y frotarme contra su cuello, donde todavía quedan resquicios de olor a bebé.

Apoyo la frente contra la suya.

—Buenos días, bollito —la saludo, y la beso en la mejilla suave y regordeta.

Levanto la vista y Theo señala un montón de sobres que conozco bien.

—¿Son de tu ex? No estaba cotilleando, ¿eh? Los he encontrado debajo de un montón de revistas.

Trago saliva. No sé cómo voy a gestionar esto. No sé por qué, pero no quiero que Theo y Rob se crucen. Rob no es bienvenido en esta casa; no quiero que mancille esta burbuja de felicidad. Sin embargo, si miro a mi alrededor, no puedo evitar sentir que Theo se ha metido en un lío de dimensiones colosales. No quiero, encima, cargarlo con todo el drama de mi ex.

—Sí. No te preocupes. No hace más que mandarme facturas por cosas como nuestra boda, o la casa, como si le debiera algo, cuando no es así. —Hago un gesto con la mano, como si no me molestara en absoluto. Pero sí me molesta. Rob se comportó igual con Summer. No era capaz de dejarla tranquila. El desinterés de mi hermana se convirtió en una especie de afrenta hacia él, y ahora está haciendo lo mismo conmigo.

No me deja en paz, a pesar de que decidí no llevarme nada en el divorcio a propósito para librarme de él. No obstante, parece que no fue suficiente.

—Pero no tienen sello… ¿Las deja aquí directamente? ¿Por eso tienes cámaras de seguridad?

Sí, es por eso, pero no es porque crea que me va a hacer nada violento, es solo porque si veo que quien está en la puerta es él, no contesto.

—Mama.

Y esa palabra acaba con la conversación al instante.

Me quedo paralizada, mirando a mi hija de hito en hito. Luego miro a Theo.

—¿Acaba de decir…?

—¿Mama? —Theo enarca una ceja y desliza la palma de la mano por el centro de mi espalda. Se detiene al llegar a la cintura de mis mallas de yoga y… deja la mano ahí. Deja su manaza cálida en la parte baja de mi espalda. Segura, firme. Un apoyo.

—Es su primera palabra. —Sigo mirándola maravillada.

—Pues claro que lo es. ¿Qué otra palabra iba a ser? Lleva toda la mañana repitiéndolo. —Se vuelve hacia Vivi—. ¿A que sí, pequeña? No paras de hablar de tu mamá. Y ¿quién te lo podría reprochar? Mírala. —Ambos vuelven sus enormes ojos castaños hacia mí, y de repente tomo consciencia de lo cerca que estamos. Yo tengo una mano sobre Vivi, Vivi sobre Theo. Y Theo sobre mí.

Estamos conectados.

Siempre estaremos conectados.

—Mamá es preciosa, ¿verdad? —prosigue Theo, que, por suerte para él, ignora la tempestad que acaba de despertarse en mi interior —. Igual que tú. Imagina lo guapa que estará cuando vuelva de hacerse la manicura.

—¿Qué? —Frunzo el ceño y me vuelvo bruscamente hacia Theo.

Él quita la mano de mi espalda para mirarse el reloj.

—Sí. Te he reservado una manicura a las diez.

—Pero has estado toda la noche con Vivi. Y toda la mañana.

Se encoge de hombros, dibujando una sonrisa sobre sus rasgos demasiado hermosos.

—No necesito ganar ninguna medalla al mejor padre. Me encanta, Winter. No te preocupes. Ve a disfrutar de tu manicura mientras todavía puedas hacértela.

Vuelve a poner la mano sobre mi espalda y me empuja hacia la puerta.

—Pero yo…

—No hay peros. Vete. Yo estaré aquí. Yo me encargo.

Me vuelvo y lo miro con severidad con un dedo levantado.

—Volveré antes de la hora de comer.

Él se ríe y me guiña un ojo.

—Me temo que no, porque te he reservado un masaje justo después de la manicura. Sloane se encontrará contigo allí y luego iréis a comer. Nos vemos después, mamá.

Se inclina hacia delante, rodeando la mano que tengo sobre Vivi, para darme un beso suave y amistoso al lado de la boca. Me saca de

casa antes de que me dé tiempo a mediar palabra y sube la música antes incluso de que me haya bajado del primer escalón.



Y, en el salón, mis uñas disfrutan por fin del tan esperado día. He elegido un rosa muy bonito, y Sloane un violeta chillón. Después de los masajes, nos ponemos las botas en nuestro restaurante preferido del pueblo, charlamos y reímos hasta que nos duelen las mejillas. Es el día de chicas perfecto.

Me siento más yo misma de lo que me he sentido en meses. Más relajada que en años.

Y por la tarde, cuando vuelvo a casa, descansada, cuerda y consentida, me encuentro un hogar limpio como una patena y a una niña feliz que juega en la alfombra con unos bloques de madera. Theo construye una torre con ellos y ella la tira abajo y se parte de risa cuando él se hace el ofendido. Un aroma delicioso aflora de una gran olla que hay sobre los fogones. Theo lo llama «stroganoff brasileño» y me dice que es un plato que su padre le preparaba siempre a su madre.

Y esa noche, cuando me voy a la cama, las bisagras de la puerta no chirrían.

# Veintidós

## *Theo*

**Winter**: Esta noche voy a ir a entrenar. Summer se ha ofrecido a cuidar de Vivi, pero si tú no trabajas, puedes quedártela tú.

**Theo**: Por desgracia, esta noche trabajo. Me toca cerrar el gimnasio. ¿Vas a entrenar sola? Puedo echarte una mano.

**Winter**: No, no hace falta. Summer me ha programado una sesión con otro entrenador. Max, creo.

**Theo**: Podrías habérmelo pedido a mí.

**Winter**: No quiero entrenar contigo.

**Theo**: ¿Es porque te vas a poner unas mallas ajustadas y sabes que me la pondrás dura?

**Winter**: Este trabajo debe de resultarte muy difícil con esas erecciones incontrolables.

**Theo**: En el gimnasio no tengo problema. Lo difícil es vivir a tu lado.

—No. —Winter cruza los brazos por debajo de sus pechos, subiéndoselos de una forma de lo más tentadora.

He pasado las últimas veinticuatro horas pensando en sus nuevas uñas rosas y en lo bonitas que se verían alrededor de mi polla. Y ahora va y forma una especie de estantería debajo de sus tetas y me las pone delante como en un muestrario.

Voy a tener que limpiar la casa a fondo para mantener las hormonas a raya. Mi madre siempre me chinchaba diciendo que el Virgo que había en mí limpiaría para gestionar el estrés. Yo me lo tomaba a risa, pero cuanto mayor me hago más me pregunto si tal vez no andaba desencaminada.

¿Lo de limpiar por estar cachondo será también cosa de los Virgo? Porque ahora mismo me veo en esas. Podría limpiar este puto gimnasio de arriba abajo y seguiría sin estar satisfecho.

—Sí —le contesto con voz inexpresiva mientras Summer se mueve, nerviosa, con Vivi en brazos. La pequeña no para de balbucear, feliz.

—La sesión que tenía programada era con un tal Max.

Resoplo y pongo los ojos en blanco. Ni de coña iba a permitirlo.

Summer me mira y yo le devuelvo la mirada con mi mejor expresión de corderito degollado.

—No sé qué ha pasado, pero el horario ha cambiado —dice—. No pasa nada. Theo sabe lo que hace.

—No pienso pagar para que me entrene él. Ni siquiera está certificado.

Reprimo una carcajada. Campanilla está cabreadísima.

—Pues resulta que sí. Hice el curso cuando terminó la temporada. Pero no hace falta que me pagues, por ti lo hago gratis.

Summer nos mira a uno y luego al otro. A juzgar por su expresión, está nerviosa, aunque la situación le divierte. Sigue moviéndose y cambiando el peso de un pie a otro; es evidente que no sabe muy bien qué hacer.

—Theo insistió en que fuese él…

—Summer —la interrumpo—. Tú ya te puedes ir. Ya se lo explico yo a Winter.

—No le digas lo que tiene que hacer. Este es *su* gimnasio. Yo soy *su* hermana. Y se supone que este es *mi* puto tiempo libre.

—¡Vale! Dicho esto, Vivi y yo tenemos una cita con la bañera y sus patitos de goma —anuncia Summer con un tono demasiado alegre y una sonrisa demasiado forzada.

Winter se vuelve hacia ella.

—¿Te vas a poner de su parte?

Summer ladea la cabeza y recorre el rostro de Winter con la mirada.

—No, Win. Me pongo de la tuya. Esto te vendrá bien. Ve a cuidar un poco de ti misma; yo me encargo de la pequeña.

Nos mira a los dos al decir «la pequeña» y nos saluda tanto a Winter como a mí haciendo grandes aspavientos. Luego se da media vuelta y sale del gimnasio.

—No quiero entrenar contigo —insiste Winter sin mirarme.

—¿Hay alguna otra cosa que prefieras hacer?

Winter pone los ojos en blanco, como si yo la hastiara, pero contesta sin malicia:

—Te odio.

Una carcajada me vibra en el fondo de la garganta; una sonrisa cómplice me acaricia los labios. No me odiaba la otra noche, cuando tiró de mí para que me pusiera encima de ella.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que eso no me disuade en absoluto? —Ella resopla y se da la vuelta para echar un vistazo al gimnasio. Hay varias máquinas y pesas desperdigadas en una especie de caos organizado, pero, en un pueblo como este, a esta hora de la noche reina el silencio. Las clases en grupo ya han terminado y no quedan más que unos pocos rezagados—. Podría llevarte otra vez a tomar tequila…

Se pone rígida.

—Claro. Porque terminó muy bien la última vez.

Doy un paso hacia ella, admirando su cuello esbelto y elegante. Va siempre con la cabeza bien alta, algo que admiro en ella. No tiene vergüenza, como si las opiniones de quienes la rodean le resbalaran, aunque sé que en el fondo no es así. Es fuerte. Fuerte de verdad.

—Pues yo creo que terminó bastante bien. —Recorro con el dedo la hendidura que recorre el centro de su espalda, justo por encima de la espina dorsal. Se estremece, pero no hace ademán de apartarse. Me acerco más a ella y le susurro al oído—: Todavía me acuerdo de cuando te estampé contra aquella ventana. De cómo temblabas cuando…

—No me refería a eso. —Traga saliva, con la mirada llena de orgullo. Veo que la punta de su lengua asoma fugazmente entre sus labios.

—¿Te referías a Vivi? Porque yo pensaba que nada podría ser más sexy que aquella noche… Hasta que te vi con ella.

Se le escapa un suave jadeo y da un paso al frente, alejándose de mí.

—Sí, claro. Hasta que decidas que quieres cambiarme por otra y te juntes con una Barbie conejita de rodeo con voz de actriz porno. Una nueva madrastra para Vivi.

—¿Qué? —pregunto con el ceño fruncido. Se vuelve hacia mí por fin y echa un vistazo a su alrededor, para ver si alguien nos está mirando.

Luego resopla.

—Lo he soñado. Estaba muy buena. O sea, bien por ti. Pero hizo que me diera cuenta de lo mucho que pueden complicarse las cosas. Tendré que compartir la mañana de Navidad…

—¿Conmigo y mi esposa la Barbie? —Aprieto los labios para contener una carcajada.

—Pues sí. —Gesticula con las manos; está tan irritada que casi le irradia por los poros de la piel.

—¿Me puedes enseñar una muestra de su voz de actriz porno?

Winter cambia la expresión de su rostro y empieza a pestañear tan rápido que parece que se le haya metido algo en el ojo.

—Oh, Theo, no quedan sillas. ¿Puedo pasarme la Navidad restregándote el culo en las piernas? —se burla, y ya no me molesto en seguir conteniendo la risa.

—¿Eso decía?

—Más o menos. Y luego empezaba a frotarse contra ti como si no hubiera un mañana.

—Pues como regalo de Navidad no está nada mal.

Hace una mueca. Esta conversación es ridícula y lo sabe.

—Eres lo puto peor —me espeta.

—Eres tú la que está enfadada conmigo por algo que he hecho en un sueño.

—No estoy enfadada contigo. —Se cruza de brazos—. Estoy enfadada con el futuro.

—No lo estés. Te prometo que eso no es lo que el futuro te tiene reservado.

—Vale, pues estoy enfadada contigo por haberme saboteado una sesión de entrenamiento con alguien que no habría intentado ligar conmigo todo el rato. ¿Por qué lo has hecho?

Niego con la cabeza mientras paso por su lado. Cruzo el molinete de metal y entro en la zona de entrenamiento. Mejor será que sea claro con ella, para que no tenga dudas sobre lo que quiero.

—Porque el único que te va a poner las manos encima con esas putas mallas ajustadas soy yo, Campanilla.



Winter está tumbada en un banco frente a una pared de espejos cuya parte inferior está llena de anaqueles de mancuernas. Tiene las rodillas flexionadas y las zapatillas apoyadas en el borde del asiento de cuero sintético gris y mira el techo tapándose la frente con las manos.

Me preocuparía haber sido demasiado duro con ella, pero el ejercicio ha sido bastante suave. Le he enseñado las máquinas que puede usar en su tiempo libre, para que vaya acostumbrándose poco a poco a ellas. La cosa se ha torcido cuando hemos llegado a la pista.

La he hecho empezar con una plancha, le he puesto un deslizador debajo de cada pie y le he dicho que utilizara los abdominales para llevar los pies hacia delante y se pusiera en posición de «V». Luego tenía que caminar con las manos y vuelta a empezar.

Al principio, se mostraba un poco inestable. El ejercicio le costaba. Pero Winter no es de las que se rinden; además, yo la sostenía de vez en cuando. Una mano en la cadera, otra en la espalda, cuando el top se le ha subido… Por eso me metí en el ordenador y cambié su sesión para que la tuviera conmigo. Ni de coña iba a estar yo en casa como un pasmarote mientras un orangután hasta el culo de esteroides la manoseaba con el pretexto de ayudarla a entrenar.

En ese momento, cuando he cogido la tela del top para bajársela, ha saltado como un resorte. Se ha puesto de rodillas de inmediato y luego se ha levantado.

—Pues sí. Después del embarazo, mis abdominales son un asco. No hace falta que me lo restriegues por la cara. Ya he terminado. Voy a estirar.

Y, sin decir otra palabra, se ha largado sin mirar atrás. Si se hubiese molestado en hacerlo, me habría pillado mirándole el culo.

He decidido no insistirle y he empezado a ordenar el gimnasio para cerrar. He colocado en su sitio las pesas que la gente se ha dejado tiradas, he limpiado de sudor los puntos de apoyo, me he despedido de los socios que se iban…

Y, durante todo ese tiempo, Winter ha seguido tirada en el banco sin moverse. Y sin estirar, evidentemente.

Decido esperar a que se le pase, concederle el momento a solas que necesita. Cuando me pongo detrás del mostrador y bajo la

música, el último cliente que queda sale del vestuario. Mira a Winter y vacila un instante antes de dirigirse hacia ella.

Se sube la mochila en el hombro musculoso y baja la cabeza hacia ella. No me gusta cómo la mira. Y odio cómo le dice «hola» con una sonrisilla tímida y estúpida, como si no se hubiera pasado la tarde comiéndosela con los ojos.

—¿Estás bien?

—No —contesta Winter. Se me cae el alma a los pies.

Se agacha a su lado, como si lo acabara de invitar a seguir hablando con ella.

—Ayer te vi por aquí.

Mis pies se mueven antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo. Lo único que sé es que no lo quiero ahí delante mientras ella está así tumbada. No quiero sus ojos sobre su cuerpo. Ni hoy, ni ayer. Quiero que se largue.

—Había pensado que tal vez podríamos…

Winter ni siquiera se vuelve para mirarlo.

—Joder —lo interrumpe—. Ojalá tuviera yo esa seguridad en mí misma. Mi vida sería muy distinta.

Me paro en seco a varios metros de él. Miro la camiseta tirante sobre los enormes músculos.

—¿Disculpa?

—Te acabo de decir que no estoy bien ¿y tú me invitas a salir? Si no quisiera tan desesperadamente que me dejaras en paz, te preguntaría qué clase de lógica te ha hecho llegar a la conclusión de que ese era el camino a seguir.

Él se pone de pie. Se le han puesto las orejas sonrosadas, como si ella lo hubiera avergonzado.

—Yo… Pensaba que…

—Eh, colega. Hemos cerrado. Es hora de irse. —Quizá se merezca la oportunidad de defenderse. Winter puede ser un poco borde, pero siento una felicidad irracional por haber sido testigo de su fracaso.

Él no es capaz de enfrentarse a sus garras.

No como yo.

Arruga las gruesas cejas en su pronunciada frente.

—Creo que le pasa algo. —Señala a Winter, que sigue sin moverse. Parece preocupado, se lo tengo que reconocer.

—Sí. —Aprieto los labios al ver que Winter me fulmina con la mirada por haberle dado la razón—. Sé que le pasa algo. Es lo que me gusta de ella.

El tipo pone unos ojos como platos. Lo ha entendido.

—Lo siento, tío. Hasta mañana.

Asiento a modo de despedida y pongo los brazos en jarras sin dejar de mirar a Winter, que ahora evita mi mirada a propósito. Me lo indica lo tensa que tiene la mandíbula, la vena que le palpita en el cuello.

Cuando la puerta se cierra, se estremece y un suave rubor rosado le mancha los pómulos marcados.

—Winter. Mírame.

—No, gracias. —Aprieta los dientes. Qué testaruda. Me recuerda a Vivi la otra noche, cuando intenté que se fuera a dormir. Debe de haberlo sacado de su madre.

—¿Quieres que apague las luces y te deje sola?

—Bueno, lo de dejarme sola te sale muy bien. ¿Por qué ibas a parar ahora?

Me bastan dos pasos para ponerme detrás de ella, de cuclillas en la cabeza del banco. La cojo del cuello con suavidad y la miro a los ojos.

—Es como si te hubieras olvidado de que me gusta que me hables mal, Winter. —Sus ojos azules se clavan en los míos—. Dime qué estás haciendo.

—Estoy tumbada. —Dispara las palabras como proyectiles.

—¿Por qué? —Le aprieto un poco, cogiéndola de la barbilla con los dedos para echarle la cabeza hacia atrás y obligarla a mirarme.

—Por la gravedad.

—¿La gravedad?

—Porque si me siento, me caerán lágrimas. Y yo no lloro nunca. —Entonces reparo en ella: una capa brillante en los ojos, que se le

inundan mientras la observo. Se me encoge el pecho. Su rostro es como una ventana que da a todos sus sentimientos—. No estoy en mi mejor momento, Theo. Estoy de mal humor. Estoy enfadada y ni siquiera tiene sentido que lo esté. Deberías dejarme en paz.

—¿Sabes lo que creo, Winter? —Le acaricio con el pulgar el punto donde le palpita el pulso.

—No, pero me lo vas a decir de todos modos.

—Creo que la gente piensa, erróneamente, que estás de mal humor cuando solo estás abrumada. Creo que necesitas quedarte aquí tumbada unos minutos sin que nadie te necesite. Creo que tienes demasiados estímulos, y que cualquiera, por bueno que sea, necesita a veces un ratito para recomponerse.

Asiente y aprieta los labios. Una lágrima solitaria se le escapa mejilla abajo, pero se la seco al instante con el pulgar.

—Yo no…

—Lo sé. —Asiento con solemnidad—. Seguro que hay goteras.

Se ríe por la nariz y niega con la cabeza, tapándose los ojos con las manos.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Ya lo hemos hablado. Es porque me gustas.

—Eso fue hace un año y medio. —Me pone una mano en el brazo, pero no me aparta. Las deja ahí.

—¿Qué puedo decir? Eres difícil de olvidar. Y ahora me gustas todavía más.

—¿Por eso no haces más que ponerme ropa?

Me quedo quieto.

—¿Qué?

—La otra noche me miraste y me bajaste el camisón. Hoy me has vuelto a tapar. Parece que no te guste lo que ves.

Suelto un gruñido, la levanto y paso una pierna sobre el banco para sentarme tras ella. Le pongo una mano sobre las costillas para pegarla contra mí, y veo su expresión de sorpresa en el reflejo del espejo.

—¿Que no me gusta lo que veo? —Tiene la espalda pegada a mi pecho, noto los latidos de su pulso contra la piel—. Winter, no tienes ni puta idea de lo que veo. Ni puta idea de lo mucho que me esfuerzo para no ser uno más de los que necesitan algo de ti. Lo que pasa es que en las últimas semanas he estado tratando de priorizar lo que la vida nos ha puesto delante. Tratando de darte lo que tú necesitas. Pero si crees que no me gusta lo que veo, no soy yo el que tiene que hacérselo mirar. —Le pongo la cola de caballo a un lado del cuello y la beso en el hombro esbelto—. Porque tu bienestar se ha convertido en mi prioridad número uno.

—¿Por qué? —Su respiración entrecortada reverbera en el gimnasio silencioso.

—Porque te adoro, joder. ¿Es que no estás prestando atención?

Se estremece. Observo cómo se le ponen de punta los pelos de la nuca cuando respiro contra su piel.

—¿Por qué?

—¿Que por qué te adoro?

—Sí. Y si me contestas que es porque mi cuerpo obró el milagro de gestar y parir un bebé o alguna mierda por el estilo, te juro que me levanto y me voy.

Sonrío ante la imagen del espejo. Nosotros; ella, feroz y ruborizada, pero relajándose contra mí. Una pequeña señal de confianza de una mujer que no confía fácilmente.

Una señal que no pienso desperdiciar.

Deslizo un dedo por su cuello esbelto.

—Por esto. Caminas como si pertenecieses a la realeza. Hay algo sobre esta curva, los pelitos de aquí… —Tiro suavemente de ellos y ella responde ahogando un grito—. A veces, por la mañana, cuando hace sol, la luz de la ventana del salón alumbra todos estos pelitos sueltos y acaban pareciendo un halo. —Me mira a los ojos a través del espejo—. ¿Puedo seguir tocándote? —Froto la barba contra su hombro y le doy un beso en el bultito donde empieza la clavícula. Ella asiente tragando saliva; responde con un «sí» que no es más que un susurro—. Me gustan tus clavículas. —La cojo de la cadera

con la mano derecha; paso la izquierda bajo su brazo y la subo a su pecho, para trazar con los dedos los huesos que lo enmarcan—. Las mías ahora estarán un poco torcidas, pero si ese es el precio a pagar por llamar tu atención…, me rompería la otra yo mismo.

—Un poco raro. Pero vale.

Levanto la mano y le presiono el dedo índice contra la boca carnosa, al tiempo que la cojo con suavidad de la barbilla.

—Me encantan tus labios. Esa boca, con esa lengua viperina. Me encanta el veneno que sueltas, joder. Y ¿sabes qué es lo que más me gusta de tu boca? El aspecto que tenía cuando estaba alrededor de mi polla. —Suelta un gemido—. A ti también te gustaba, ¿eh? —Se le tensa el cuerpo. Le aprieto un muslo y luego recorro con las puntas de los dedos la costura interior de sus *leggings*—. Sé que te gustaba.

—Yo…

Le tapo la boca con la mano que tengo libre.

—No te molestes en discutir conmigo. Me la pone dura, y no te pienses que soy demasiado digno para darte la vuelta y follarte aquí mismo. —Me froto contra la parte baja de la espalda; ya tengo la polla como una piedra, luchando por escapar de los pantalones cortos.

Observo el cambio que se produce en sus ojos a través del espejo. Ya no están llenos de lágrimas sino de fuego. De anhelo.

Todavía con una mano sobre su boca, deslizo la otra por debajo del top ancho que lleva puesto. No hace ningún esfuerzo por escapar de mí. El sujetador deportivo le queda ajustado, pero no me detiene.

—Me encantan tus pechos. —Acaricio uno y luego el otro; le pellizco un pezón—. Se te ponen los pezones duros enseguida. Son muy sensibles. —Pellizco de nuevo y cierra los ojos—. Ya sé que esa basura con la que te casaste no sabía llevarte al orgasmo, pero yo sí sé. Y apuesto a que soy capaz de hacerlo solo jugando con estas dos.

Echa la cabeza hacia atrás y la apoya en mi hombro, arqueando la espalda y presionando el pecho contra mi mano. Es como si pudiera sentir cómo vuelve a la vida. Por mí.

Le suelto el pezón y deslizo la mano por su barriga hasta meterla por dentro de las mallas elásticas. Voy directo a su epicentro, donde acaricio la carne empapada con un dedo antes de metérselo. Ella lo aprieta con fuerza e intenta gritar, pero mi mano amortigua el sonido.

—Y con esto. —La penetro un par de veces—. Y tú… Me encanta verte empalada por mi polla. Abre los ojos. Mírate en el espejo. —Añado un segundo dedo y lo clavo en su caliente humedad mientras observo cómo sus pestañas aletean y sus ojos se encuentran con los míos—. Míranos. ¿Cómo no voy a adorar esto, joder? Me encanta la cara que pones cuando te desmoronas por mí. ¿Sigo siendo yo el único hombre que ha sido capaz de follarte como es debido, Winter? —Asiente ligeramente, con movimientos superficiales, y abre más las piernas para que mis dedos entren mejor—. Seguro que podría hacer que te corrieras en mi mano solo describiendo lo preciosa que estás ahora. Lo perfecta que eres, joder. —Le rasco la oreja con la barba y bajo la voz—. Pero eso sería una pena, teniendo en cuenta que tienes un coño precioso que puedo comerme, ¿no te parece?

Jadea; su pecho sonrosado sube y baja con violencia. E, igual que sucedió en otra ocasión, su exterior gélido se derrite para revelarme a esta mujer, esta mujer maravillosa y segura de sí misma que lleva ya bastante más de un año alojada en mi cerebro y en mi cuerpo.

Le quito la mano de la boca y nos miramos a los ojos a través del espejo unos instantes. Los míos parecen casi negros; los suyos, más claros de lo normal. Más brillantes. Más llenos de vida.

—No tienes por…

—No me estás escuchando. —Me pongo de pie, rodeo el banco y me arrodillo a sus pies con una sonrisa cómplice. Winter mira a su alrededor, aturullada—. Me gusta todo lo que veo. Te deseo.

Traga saliva y baja la vista. Sé que en su interior hay una voz cruel que le llena la cabeza de mierda que no es cierta.

—¿Y si entra alguien?

—Mientras el que tenga la cabeza entre tus piernas sea yo, me da igual quién nos vea.

Abre la boca, sorprendida.

—No sé qué clase de cosas raras haces tú en los rodeos, pero…

—¿Qué clase de cosas raras? —Enarco una ceja—. La única cosa rara que he hecho es abstenerme de tocar a nadie. Y tú, aquí sentada con esa puta ropa ajustada… —Cojo la cintura de las mallas y tiro de ella—, mirándome con esos ojos torturados que gritan «fóllame», estás acabando con mi autocontrol. Es como si me estuvieras rogando que estuviera dentro de ti.

Las mallas y la ropa interior llegan al punto en el que ella tendría que levantar las caderas para que yo siguiera bajándolos, pero deja el culo plantado en el banco, con las manos apoyadas tras ella.

—¿Qué quieres decir con abstenerte de tocar a nadie?

En fin, supongo que se ha descubierto el pastel. Será mejor que sea sincero.

—Quiero decir que senté la cabeza.

—¿Por qué?

Exhalo con fuerza y la miro a los ojos. Quiero que escuche con atención lo que le voy a decir.

—Porque quería ser la clase de hombre que puede conseguirte para más de una noche.

Me recorre el rostro con la mirada.

—¿Te refieres a alguien como yo?

—No, Winter. Me refiero a ti. Por eso me deshice de mi viejo teléfono. Por eso tengo tu número grabado en el nuevo. Tenía intención de llamarte. Tú necesitabas tiempo para reconstruirte y yo para convertirme en alguien que te mereciera. Estaba esperando el momento adecuado. Siendo paciente.

Se le acelera la respiración, se le torna más fuerte, más entrecortada, y no deja de mirarme. Es como si pudiera ver cómo van encajando las piezas del puzle, cómo trabajan los engranajes de su cerebro. Y por eso la cojo de las caderas y tiro de ella hacia mí,

bajándole las mallas en el proceso. Me pone las manos en los hombros cuando levanto la vista hacia ella y sonrío, tirando con fuerza de las mallas elásticas que ya no son más que una tela endeble que se interpone en mi camino.

—Pero lo de ser paciente se ha acabado, Campanilla. He venido a por lo que quiero. Y lo quiero ahora.

# Veintitrés

*Winter*

Pienso a menudo en la noche que pasé con Theo. Bueno, vale, estoy obsesionada con esa noche. Y me había convencido de que lo mucho que había disfrutado comiéndome era un producto de mi imaginación. Al principio me sentí culpable.

—Tranquilo, no hace falta —le dije cogiéndolo del pelo e intentando subirlo de nuevo hacia mí.

Él se rio y noté la vibración de su risa en la entrepierna. Levantó la vista y me miró sin apartar la cabeza de entre mis piernas. Le brillaban los ojos.

—Ya sé que no hace falta. Pero me muero de ganas.

Nunca me había sentido tan desnuda como en ese momento, con su mirada fija en mi parte más íntima.

No había estado con muchos hombres. Siempre he estado muy ocupada, primero con la universidad y luego con el trabajo.

Y, por descontado, no había estado con ningún hombre que me comiera el coño con una sonrisa. Que fue lo que hizo él.

Tuve mi primer orgasmo aquella noche, mientras la barba cuidadosamente recortada de Theo Silva me arañaba la cara interna

de los muslos. Debería entristecerme haber tardado veintiocho años en llegar a ese momento, pero no fue así.

Encontré en ello una cierta poesía. Fue inolvidable. Y, de repente, siento que he vuelto a ese preciso instante, porque Theo me arranca los *leggings* del cuerpo como si no pudiera esperar ni un segundo más.

—Acabo de entrenar —protesto en susurros antes de regañarme a mí misma para mis adentros, por intentar sabotear ese momento aun sabiendo lo bien que me haría sentir. Lo mucho que lo deseo.

La respuesta que recibo es otra risita ronca de Theo. Me abre las piernas y me mira. Las brillantes luces halógenas me dejan expuesta, sin ningún lugar donde esconderme.

—Casi no has sudado. Lo que significa que no te he hecho entrenar lo bastante duro. Pero le voy a poner remedio ahora mismo.

Me acaricia el interior de los muslos con las yemas de los dedos, dejándome la piel de gallina a su paso.

—Podría entrar alguien —insisto.

Me odio. ¿Por qué no soy capaz de cerrar el pico y disfrutar de lo bueno?

Él asiente y se inclina hacia delante para arrastrar la lengua por todo el largo de mi coño. Suelta un profundo gemido de satisfacción.

—Espero que sí, Winter. Espero tener público, para que vean lo fuerte que hago que te corras, joder.

Me late el corazón tan rápido que juraría que puedo sentir cómo me vibra el esternón. ¿Por qué me suena eso tan bien? ¿Por qué es este hombre tan salvaje, y de tantas formas distintas? ¿Y a la vez tan dulce? No logro seguirle el ritmo.

Me levanta las piernas y se pone mis pies en los hombros, uno en cada uno, y lo hace sin pedir permiso, sin miramientos ni delicadeza.

—Solo hay una forma de que no te coma el coño ahora mismo, Winter, y es que me pidas que pare.

Me lo quedo mirando. Con el pulso desbocado. Con el pecho jadeante y los labios entreabiertos.

Y no medio palabra.

Solo asiento.

E, igual que hace tantos meses, sonríe con la boca pegada a mi carne y luego empieza, entregado, como si me necesitara más que el aire que respira. No se contiene, no me tantea, acariciándome de forma vacilante con la lengua, no: me devora. Hace que se me nuble la vista. Levanto las manos y me agarro al banco para sostenerme.

Pero a Theo no le preocupa eso. Sus manos me recorren todo el cuerpo, me acarician, me pellizcan. No se contiene conmigo. No me trata como si fuera frágil, ni como si necesitara domarme.

Me trata como si fuese perfecta. Irresistible. Merecedora de sus atenciones.

Me sujeta el muslo tembloroso con una mano y acerca la otra a mi entrepierna para penetrarme con dos dedos con una lentitud insoportable. Mientras tanto, me lame el clítoris sin prisa, como si no tuviera ningún otro sitio donde estar. Como si su mente no estuviese en mil lugares diferentes. Y yo espero, expectante, el momento en el que mi piel se estire lentamente para acomodarlo, en el que sienta esa plenitud que me hace perder la cabeza. Espero los besos pacientes que me da en los muslos y en la barriga.

—Joder, Theo…

—¿Te gusta esto, Winter?

Respondo con un gimoteo y clavo los dedos en el asiento pegajoso. Me sujeto como si me fuera la vida en ello, como si estuviera frente a un precipicio que me aterroriza. Tengo el cerebro demasiado abarrotado; el corazón demasiado confundido. Me siento enredada entre tantas sensaciones; me nublan, me deshacen, hasta convertirme en algo con lo que Theo puede jugar a su antojo.

Saca los dedos y me unta mi propia humedad sobre los labios.

—¿No mucho? —murmura—. En fin, tendré que esforzarme más.

Arqueo la espalda y grito cuando retoma lo que había dejado a medias con tres dedos, o cuatro, quizá, ya ni siquiera lo sé, y tampoco voy a mirar. Lo único que sé es que es muy intenso.

—¿Y ahora te gusta?

—Mucho, joder. —Las palabras abandonan mis labios a toda prisa —. No pares.

Oigo que gime, satisfecho, pero yo no despego la mirada de las vigas del techo y las lámparas industriales que cuelgan de él. Creo que ahora mismo, si lo mirase a los ojos, combustionaría.

—¿Cómo voy a parar, con lo que me encanta verte con mis dedos dentro?

Me arden las mejillas; sacudo las caderas contra él. Sin querer. O, al menos, esa es la historia que me cuento.

Mi cerebro ha abandonado el edificio. Lo único que queda es mi cuerpo. Y mi cuerpo desea a Theo Silva. Me rindo; suelto el banco y alargo las manos hacia él. Enredo los dedos en su grueso pelo.

Y, de nuevo, mi cuerpo se enciende para él. Me froto contra su boca y él responde a mis embestidas con el mismo fervor. Me atraviesa con la lengua y me folla con los dedos; de vez en cuando, cuando siento que estoy a punto de alcanzar el límite, me muerde la carne hipersensible. Mi cuerpo ruge cada vez que chupa con firmeza mi clítoris a la vez que me mete los dedos con brusquedad.

—Theo… —Le tiro del pelo—. Theo, me voy a correr.

Se aparta unos segundos y por fin lo miro a los ojos oscuros, colmados de lujuria.

—Qué va… Si tú no puedes correrte, ¿no te acuerdas?

Qué satisfecho consigo mismo parece.

—Sigue —insisto, sin hacer caso de la pulla. Gimo e intento empujarle la cabeza, desesperada. Y es así como me siento.

—Admítelo. —Empieza a mover los dedos otra vez.

Apoyo la cabeza en el banco.

—¿Que admita q… qué? —tartamudeo cuando enrosca los dedos en mi interior y alcanza un punto que me hace perder el sentido.

—Que solo te corres conmigo. Y que te encanta. Todas las malas caras, los ceños fruncidos, la puta indiferencia con la que te miras las uñas… Todo eso desaparece cuando tienes mi cara entre las piernas. Puedo hacerte feliz a base de polvos, ¿o no, Winter?

—Te odio. —Lo fulmino con la mirada, pero no hay verdadero rencor en mis palabras. ¿Cómo iba a haberlo? Tiene razón.

Mete los dedos y los retuerce y mi cuerpo se arquea contra él, el muy traidor y descarado.

—Admítelo. Y dejaré que te corras. Dime lo que necesito oír.

¿Lo que necesita oír? Estoy jadeando; tengo el cuerpo entero tenso como un arco. Estoy rozando el límite, a punto de estallar.

Así que lo admito, tanto ante él como ante mí misma.

—Joder, Theo, solo me corro contigo y…

No me deja terminar. Empieza de nuevo a devorarme, y, al cabo de unos segundos, estallo. Tal y como había predicho.

Me anega una oleada de calor y me abandono a ella. Me retuerzo mientras me atraviesa, y me permito disfrutar de la sensación de estar con un hombre al que le gusta llevarme al orgasmo, al que le gusta verme derrumbarme de placer ante él.

No sobrepasa los límites. No se queda corto. Esto se le da de maravilla.

Se porta conmigo de maravilla.

No solo me corro. Me deshago. Siento que podría romperme para siempre, una y otra vez, bajo las manos veneradoras de Theo Silva.

Lo que es una posibilidad aterradora, porque no sería la primera vez que me rompo.

Y nadie me ha ayudado nunca a recoger los pedacitos.



Esperaba que después del sexo oral pasara algo más. Sin embargo, ha recogido las mallas y me las ha puesto con cuidado alrededor de los tobillos, como quien viste a un niño. Mientras tanto, yo observaba sus manos hábiles, sus antebrazos con las venas marcadas —uno de los cuales todavía debería llevar en cabestrillo— y la expresión de concentración y satisfacción de su rostro.

—¿No quieres que…? —Me interrumpo y giro la muñeca para explicar lo que estaba pensando. Me doy cuenta de que me siento

algo tímida. De que estoy sin palabras. Un poco fuera de mi zona de confort.

Las cosas que me hace, las que me dice… no deberían resultarme tan trascendentales, pero así es. Y eso me aterra. Ya no es solo un rollo de una noche. Es el padre de nuestra pequeña. Estaré unida a él durante el resto de mi vida, lo quiera o no.

Me quiera o no.

Esto podría serlo todo. O podría ser el peor desastre de mi vida.

Así que cuando esboza una sonrisilla, cuando me devora con los ojos mientras me arreglo la coleta y me dice que no, que está bien así, siento que voy a perder el juicio.

Me coge de la barbilla y me besa con fuerza en la boca antes de darse la vuelta y seguir cerrando el gimnasio. Noto mi propio sabor en su lengua, pero solo puedo pensar en esas tres palabras que ahora reverberan en mi mente.

«Estoy bien así».

¿Quería decir que él también está satisfecho?

¿O lo que quería decir es «puaj, no, gracias»?

Se ha pasado incontables minutos enumerando todas las cosas que le gustan de mí. Sería raro que no quisiera hacer nada más. Y, sin embargo, mi cerebro está entrenado para llegar a esa conclusión.

Mi padre eligió a otra persona.

Mi marido eligió a otra persona. A mi hermana.

Y no estoy resentida con ella por eso. Estoy resentida conmigo misma, porque ¿qué tengo yo que sea tan profundamente imposible de amar? Me siento como si viviera inmersa en una eterna misión por descubrirlo. No me ofende. Solo necesito saber qué es para arreglarlo.

—¿Estás lista? —La voz de Theo me sobresalta. Levanto la cabeza para mirarlo desde donde estoy, sentada en el banco, perdida en mis pensamientos. Me recorre de arriba abajo con la mirada y mi cuerpo traidor se estremece como respuesta.

Asiento a modo de respuesta, y entonces aparece ese maldito hoyuelo en su mejilla. Aunque está intentando reprimir una sonrisa,

me guiña un ojo.

Se me encoge el estómago. Siempre que hace eso, me acuerdo de la noche que lo conocí, cuando le estaba echando gasolina a su camioneta. Entonces ya estaba bueno, pero ahora que tiene un par de años más, ha cambiado. Ahora, a los veintiocho años, es más hombre que chico. Su espalda parece más ancha, es más anguloso, más definido, más… abrumador. Y hay una cierta madurez en él, un punto de sabiduría que me resulta reconfortante. Es travieso, pero no caprichoso. Es divertido, pero se puede confiar en él.

Si tenía que follarme a un desconocido y quedarme preñada, lo cierto es que elegí bien. Como mínimo, Vivienne tendrá un padre maravilloso.

—¿Te he matado muchas neuronas, doctora Hamilton?

Caigo en la cuenta de que estoy de pie en el gimnasio, ahora con las luces apagadas, mirando a Theo fijamente, como si ese fuera mi estado por defecto.

Theo me tiende la mano y yo se la cojo. Mi cuerpo se dirige hacia él sin que yo ni siquiera tenga que ordenárselo. Y no me admito a mí misma que eso es justo lo que quiero.

La palma de su mano es cálida y callosa, una prueba de los años que ha pasado agarrado a un pretal cada fin de semana y levantando pesas de lunes a viernes. Me acaricia el dorso de la mía con el pulgar mientras activa el sistema de alarma del gimnasio y luego me guía hacia la cálida noche estival.

Ahora, acompañados solo por los crujidos de la gravilla bajo nuestro peso, por fin me atrevo a decir lo que estoy pensando.

—Me siento como si te debiera algo.

—¿Cómo si me debieras qué? —Esta noche, su voz es suave y aterciopelada; es como una caricia sobre la piel. Me calma.

—Sexo, o algo así.

—¿O algo así? Esa parte me interesa. ¿Qué sería el «algo así»? —Suelta la broma sin darse cuenta de cómo podría tomársela mi mente, sin saber que soy capaz de darle la vuelta, retorcerla hasta

convertirla en algo que a él ni se le había ocurrido. En la certeza de que no quiere acostarse conmigo.

—Qué gracioso. —Bajo la vista hacia nuestras manos cuando entrelaza sus dedos con los míos.

—Oye… —Su tono de voz es ahora menos juguetón. No me siento capaz de mirarlo a los ojos—. No agaches así la cabeza. Deja de pensar lo que sea que estás pensando, porque te garantizo que te equivocas. —Se detiene y tira de mí para ponerme frente a él. Luego me levanta la barbilla con uno de sus nudillos—. Winter.

Tiene los ojos y el pelo negros como el azabache y la piel dorada. La oscuridad de la noche le confiere un atractivo especial.

Me lamo los labios.

—Theo…

—Dime, Campanilla.

—No entiendo qué está pasando. Ni lo que dices ni lo que haces. No entiendo nada de lo que ha ocurrido. No tiene sentido. No se lo encuentro.

Ladea la cabeza, como si estuviese intentando verme desde una perspectiva diferente.

—Lo que está pasando es que doña Independiente ha conocido al chico que está dispuesto a tratarla como a una princesa y está cagada de miedo.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso es ridículo.

—Si crees que me debes algo es solo porque te has pasado demasiado tiempo saliendo con gilipollas que follan fatal. Siéntate y disfruta del viaje. Deja de darle vueltas. Además, el viaje lo vas a hacer montada en mi cara. —Esboza una sonrisilla e imito el gesto.

—Estás loco. —Me aparto e intento esconder una carcajada, pero no le suelto la mano. Llegamos al final de la manzana, en dirección a nuestras casas.

—Pero la cara no está nada mal, ¿no? Puestos a montarte en una…

En lo más profundo de mi pecho nace una pequeña carcajada. Burbujea en su interior; se me atora en la garganta. Por fin, sale al exterior, como si fuera una canción que no puedo resistirme a cantar. Me suena desconocida, ligera, musical.

Dios. Me estoy riendo como una boba.

Me aprieta la mano y luego tira de mí y me besa. Inclina su boca sobre la mía y devora mi risa, como si deseara quedársela solo para él.

La ha provocado él, así que supongo que lo justo es que se la devuelva. Nuestros dedos siguen entrelazados, y me acaricia con suavidad la cara con la otra mano, con dedos trémulos.

Labios suaves. Pelo suave. Suspiros suaves. No es un beso largo, pero está lleno de sentimiento. De naturalidad, como si no pudiera contenerse.

Y entonces, y no por primera vez esta noche, me siento deseada.

Cuando se aparta, dejo los ojos cerrados un segundo más y me permito sentir el calor que me provoca esa sensación. Porque es fugaz, pero quiero recordarla.

Todavía tengo los ojos cerrados cuando se acerca a mí y me murmura al oído:

—La próxima vez que te montes en mi cara, me lo vas a pedir tú. Me lo vas a rogar. Hasta voy a hacer que tengas que esforzarte para conseguirlo. Me dirás lo que quieres palabra por palabra y yo te lo daré. Pero no volverá a pasar hasta entonces. Hasta que sepas lo que quieres. Porque yo quiero estar contigo, Winter. Y no solo durante una noche.

Y así, sin más, tras dejarme sin aliento, tira de mí y sigue caminando por la calle llena de árboles. Y, de repente, mi cerebro pasa de obsesionarse con Theo a obsesionarse con la mujer que hay sentada en la puerta de su casa.

Sé que no debería.

Dice que yo he sido siempre parte de su plan. Pero me aterra creérmelo.

# Veinticuatro

## *Theo*

**Theo**: Necesito pedirte un favor.

**Summer**: ¡Claro!

**Theo**: Pero nada de preguntas.

**Summer**: Sospechoso. Pero vale.

**Theo**: Necesito borrar una parte de las grabaciones de seguridad del gimnasio. ¿Me puedes enseñar cómo se hace?

**Summer**: Uuuuh… Vale. ¿Quieres que lo haga yo?

**Theo**: No.

**Summer**: ¿Se ha cometido algún crimen?

**Theo**: No.

**Summer**: ¿Quiero siquiera saberlo?

**Theo**: He dicho que nada de preguntas y ya me has hecho tres.

Winter pasa de estar tierna y dulce a cerrarse en banda. Cuando bajo la vista, veo que aprieta los dientes y entorna los ojos. Y

entonces sigo su mirada y veo a una mujer sentada en el escalón de la puerta principal, mirando su móvil.

Una mujer que reconocería en cualquier parte.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

Winter da un respingo y aparta la mano como si fuéramos dos adolescentes a los que han pillado haciendo lo que no debían, en lugar de dos adultos que tienen una hija juntos. Su rechazo podría dolerme, pero no me lo permito. Simplemente, no está acostumbrada a que las personas que solo la conocen de oídas la reciban con los brazos abiertos.

A juzgar por lo que ha pasado esta noche, no está acostumbrada a caer bien a los demás simplemente por cómo es. Y eso hace que me entren ganas de quemar el mundo hasta sus cimientos, para compensar por los desplantes que le han hecho a lo largo de los años.

Pero, en lugar de convertirme en un pirómano, opto por demostrarle lo buena que puede ser la vida. Por demostrarle que se lo merece todo.

—He venido a visitarte. Te dije que vendría pronto.

—Ya, pero no me dijiste que sería hoy. Ni me diste una fecha concreta. —Presentarse sin avisar tampoco es nada raro en mi madre. A veces, si consigue hacerse un hueco en la agenda, se presenta de repente en alguno de mis rodeos y grita más fuerte que nadie desde las gradas.

—Me reservo el derecho de ser pesada. Eres mi único hijo.

—¿Esto también se lo haces a Julia?

—No, pero su vida es mucho menos interesante. Ni siquiera me ha contado que ha conocido a alguien en el crucero, aunque me enteré de todos modos porque la pillé saliendo a hurtadillas por la noche. —Mi madre me guiña un ojo y esboza una ancha sonrisa que le redondea las mejillas.

—¿Es ese el truco para librarme de ti? ¿No contarte nada? —Estoy bromeando, y ambos lo sabemos. Por eso se ríe y mira a mi alrededor.

—Primero me ha molestado no encontrar la llave en ninguno de los sitios más obvios. Debajo del felpudo, por ejemplo, que es donde la dejaría una persona normal. Pero luego he pensado que te he educado para ser más listo de lo que pensaba, porque he buscado la llave por todas partes y no la he encontrado.

Sonrío a mi madre con un gesto avergonzado y pongo una mano en la espalda de la perpleja Winter para que cruce la puerta y siga caminando.

—Bueno, mamá, la verdad es que no tengo ninguna llave de repuesto escondida en ningún sitio.

Echa la cabeza hacia atrás y el pelo negro como la tinta se desliza por su espalda.

—Lo que me temía. He criado a un tonto.

—Igual es hereditario. —Me acerco a mi madre con una sonrisa y la cojo de la mano para ayudarla a levantarse.

—Mira que eres descarado. —Me coge de la barbilla y me estruja la cara con la fuerza suficiente para que se me ponga boca de pez y luego se vuelve hacia Winter—. ¿Contigo también es así? Siempre ha sido rebelde y desobediente, pero cuesta echárselo en cara con ese corazón de oro que tiene. —Mi madre me da un abrazo. Winter no contesta—. ¡Mi niño! Te he echado de menos.

—¿Eso significan todos esos insultos? ¿Que me has echado de menos?

Mira por encima de mi hombro para dirigirse de nuevo a Winter.

—También es muy demandante. Hay que rascarle mucho el lomo. Creo que cuando era pequeño le dije demasiadas veces lo guapo que era.

Oigo una risita tras de mí.

—Justo ahora me estaba diciendo lo bonita que tiene la cara.

—Vale, ya está bien. —Suelto a mi madre y doy un paso atrás para que Winter y ella puedan verse bien—. No os he presentado todavía y ya os estáis burlando de mí.

—Tú debes de ser Winter. He oído hablar mucho de ti. —Mi madre de un paso al frente. Cuando sonríe, se le forman unas arruguitas en

las comisuras de los ojos, lo único que delata la edad que tiene. Dice que sonríe tanto que no hay forma de evitar que le salgan, así que ha decidido aceptarlas de buen grado—. Ya me caes bien.

Winter parpadea ante el comentario de mi madre, que llega en el momento perfecto.

—Lo mismo digo. Es un placer conocerla.

Le tiende la mano para estrechársela, pero mi madre se la rechaza con un gesto y dice:

—Ni que fuéramos socias. A mí me gustan los abrazos.

Mamá rodea con los brazos a una perpleja Winter, que deja los suyos colgando de los lados. No puedo reprimir una sonrisa. «Socias». Winter no se va a poder olvidar de esa puta palabra en la vida.

Me busca con la mirada, como hace siempre. Yo abro mucho los ojos, como diciéndole: «No seas capulla con mi madre; ¡dale un abrazo!».

Me pone los ojos en blanco, pero, con una sonrisilla de suficiencia, levanta los brazos y le devuelve el gesto a mi madre. Me estremezco al verlo. Me pregunto cuántos abrazos le habrán dado a Winter a lo largo de los años. Cuando era niña. Mi madre siempre me abrazaba, incluso los días en los que pensaba que era un idiota.

Winter casi nunca nombra a su madre. Sé que no tienen muy buena relación, y con su padre tampoco. Y, tan repentinamente como si me hubiera caído un rayo, y de una forma igual de irracional, los odio a los dos.

Mi madre se acaba de enterar de la existencia de Vivi
y vive en otra provincia, pero aquí está. Los padres de Winter viven a poco más de una hora de aquí y no se les ha visto el pelo todavía.

He estado tan centrado en lanzarme de lleno a esta nueva situación que no me he preocupado de dar un paso atrás y ver con perspectiva todo lo que nos rodea a Winter, a Vivi y a mí. Y no me gusta lo que veo. Me siento protector de una manera distinta. Nueva. Estoy ansioso por mejorar la situación de Winter. Quiero que alguien pague por cómo la han tratado.

Winter ladea la cabeza al separarse de mi madre, como si fuese capaz de ver en mi rostro la tormenta que se está gestando en mi interior.

—Bueno, Theo me ha contado que eres una madre fantástica, y muy lista —dice mi madre mientras coge a Winter de los hombros y da un paso atrás para evaluarla—. Lo que no me dijo fue que jugabas en otra liga.

—Dios, mamá, cállate —protesto rascándome la barbilla y negando con la cabeza. Esto es muy típico de ella. Meterse conmigo le da la vida.

—Estaba borracha —replica Winter. La única pista de que está de broma es la chispa de sus ojos—. Lo veía más guapo con un poco de tequila en la sangre.

Suelto una carcajada. No me importa que me pinchen, si eso significa que se va a sentir así de cómoda con mi madre. Además, he sido testigo de cómo se me come con los ojos sin una sola gota de tequila en su organismo.

Sé que me desea. Solo estoy esperando a que deje de tener miedo y se dé cuenta.

—Redactaste un contrato en un posavasos, así que tan borracha no estarías.

«A este juego podemos jugar los dos, Campanilla».

Poco a poco, curva los labios en una sonrisa taimada. Por un segundo, sueño con ver cómo se abren para acomodarme a mí en su interior. Lo único que pienso cada vez que los mueve, aunque sea para gruñirme, es en follármela.

—Demuéstralo. —Se cruza de brazos.

Mi madre da un paso atrás y nos mira al uno y luego al otro, como si estuviera en un partido de tenis.

Parece complacida.

Me encojo de hombros.

—Muy bien, pues eso haré. Vamos, mamá, que tienes que instalarte. Mañana por la mañana conocerás a Vivi. —Subo los escalones, abro la puerta y meto su maleta en el recibidor. Porque

conozco a mi madre, y sé que es muy capaz de ir a la casa vecina ahora mismo para ver a su nieta. Estoy poniendo límites de entrada, para que no se piense que tiene derecho a hacer lo que quiera.

—Winter, tengo muchísimas ganas de conocerte mejor. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedírmelo. Estaré encantada de ayudar. He hecho esto dos veces, y aunque el producto final no sea perfecto, podría haberme salido peor. Yo me lo tomo como una victoria.

Winter tiene los enormes ojos azules clavados en mi madre. Si no la conociera mejor, pensaría que hay cierta confusión en ellos.

—Yo también me alegro de conocerte, Loretta. Aunque no puedo estar de acuerdo contigo. El producto final es estupendo. —Desliza la mirada hacia mí—. Caballeroso hasta la médula, por lo que he visto.

Mi madre contesta con un ruidito y mira a Winter con curiosidad.

—Buenas noches, chicos —se despide y entra en casa.

Señalo a Winter.

—Tú. Espera aquí.

—¿Quién te crees que soy? ¿Peter? —Me mira con una ceja enarcada en una expresión mordaz.

Me río.

—En realidad, os parecéis bastante. Ninguno de los dos me hace caso y los dos me miráis mal.

Juraría que la oigo reírse cuando me vuelvo para entrar en casa. Le enseño a mi madre la habitación de invitados y luego cojo mi mochila y meto la mano en el bolsillo pequeño. Acaricio el suave cartón con los dedos y vuelvo a la entrada.

Cuando llego al porche, veo a Winter al final de las escaleras, mirándose las uñas. Al menos ahora, cuando se hace la aburrida, tiene unas bonitas uñas que admirar, del color del algodón de azúcar.

Es un gesto muy característico de ella, un mecanismo de defensa al que recurre cuando se siente vulnerable. Y si he aprendido algo sobre Winter en estas últimas semanas es que odia sentirse

vulnerable. Así que, para mí, eso se ha convertido en el premio definitivo.

No quiero cambiarla. Quiero ganarme esa faceta suya.

—Tu madre parece maja. —No levanta la vista.

—Ah, ¿sí? —la chincho—. Creo que estar con las dos juntas será como comprarme una entrada a un espectáculo centrado en los insultos hacia mi persona.

Suelta una carcajada y sonríe mirándose las uñas.

—¿Estás pensando en lo bonitas que quedarán cuando me estés agarrando la polla? —añado de repente—. Porque yo no puedo pensar en otra cosa cuando las miro.

Esta vez sí que me mira a los ojos.

—¿En serio?

—Sí. Solo te falta un pintalabios a juego para que pueda imaginarme tu boca cuando…

Corre hacia mí y me pone un dedo en los labios para acallarme. Se queda con la mirada fija ahí; y creo ver una llama de deseo en sus pupilas. Winter no ha dado nunca el primer paso para que pase nada entre nosotros, y me pregunto si acabará de darse cuenta de esto.

De que ha corrido a tocarme como si nada.

Mueve el dedo, pero no lo aparta. En lugar de eso, añade los otros cuatro y me acaricia la barba con suavidad. No me mira a los ojos, se limita a contemplar cómo las puntas de sus dedos se deslizan sobre mi piel. Por el contorno de mi oreja, por la línea que dibuja mi mandíbula. Por mi nuez.

Me toca casi con veneración, y no me avergüenza reconocer que lo disfruto. Que se me ponen los pelos de punta. Que el corazón se me acelera y martillea contra mis costillas, como si quisiera llegar hasta ella.

Winter me consume y me confunde. Su efecto sobre mí es demoledor.

Baja la vista a mi entrepierna. La tela elástica no ayuda a disimular lo dura que se me pone cuando me toca.

—¿Piensas en mí cuando te masturbas?

Viniendo de ella, esa pregunta me coge por sorpresa. No suele ser tan directa; normalmente, opta por un modo más sutil de expresarse.

La cojo de la mano y aparto sus dedos del lugar donde estaban jugando con el cuello de mi camiseta. Le doy un beso en la palma de la mano y confieso:

—Pienso en ti constantemente. —Se le entrecorta la respiración cuando empiezo a explorar su piel con la lengua. Me aparto y la miro a los ojos—. Pero sobre todo cuando me masturbo.

Se ríe a modo de respuesta, pero sigue sin aliento.

Levanto la otra mano y presiono el viejo posavasos contra su palma. Cuando lo ve, se pone rígida.

—¿Es eso…?

Le sonrío como si nada y me inclino hacia ella para susurrarle al oído:

—Te dije que volvería a rogarte que me dieras otra oportunidad.

La beso en la mejilla, haciendo eso que tanto le gusta con la lengua. Ella se vuelve y se acurruca contra mí.

Así que la abrazo.

Ella dobla los brazos contra su pecho mientras la estrecho contra mí, aplastando el posavasos de nuestro contrato.

Y sigo abrazándola.

Esta mujer necesita muchísimo que la abracen. Y yo soy el afortunado que puede hacerlo.

Encaja el rostro justo en el nacimiento de mi cuello y me besa con suavidad.

—Buenas noches, Theo.

No dice nada más, y por muchas ganas que tengo de meterme en su cabeza y ordenar todos esos pensamientos que corren por ahí sin control alguno, me conformo con un abrazo y un buenas noches.

—Que duermas bien, Winter.

Curva ligeramente los labios al darse la vuelta, evitando mi mirada. Es como si nuestra interacción la avergonzara. Como si

fuéramos dos adolescentes encandilados despidiéndose después de una primera cita.

Ser amada le resulta incómodo, y, Dios, cómo me gustaría cambiar eso… Pero ha de ser ella quien me diga cuándo es el momento adecuado. Creo que, después de haberse pasado la vida comportándose como más convenía a todos los que la rodeaban, puede que tarde un poco en descubrir qué le conviene a ella.

Se aleja y lucho contra el impulso de seguirla. Recorre en silencio el camino de entrada y luego gira hacia la acera y después hacia su casa. Me cobijo en el porche para que no vea que la observo.

Se acerca a la casa con la mirada gacha. Pero no entra.

Se sienta en los escalones y contempla el posavasos. Lo acaricia con los dedos, igual que hace apenas segundos me acariciaba a mí.

Tiene los rasgos dulces; ahora mismo parece más joven. Tiene la mirada relajada; sus labios no dibujan un mohín. Es el mismo aspecto que tiene cuando está con Vivi.

Feliz.

Tras un par de minutos, se pone de pie y entra en casa. La luz cálida salpica el porche unos instantes y los murmullos ininteligibles de Summer se propagan en el aire nocturno. Veo que se abrazan a través de la ventana principal.

Tres abrazos en una sola noche. No está mal.

Entro en casa con una sonrisa de oreja a oreja. Mi madre, que está sentada en el sofá con un episodio de *Anatomía de Grey* preparado en la televisión, me pilla in fraganti.

—Eres consciente de que estás enamorado de esa chica, ¿no?

Me dejo caer a su lado y le rodeo los hombros con un brazo, dispuesto a entretenerme con el mejor drama médico que existe junto a una de mis mujeres preferidas en el mundo entero.

—Sí, mamá. Soy consciente de ello.

# Veinticinco

## *Winter*

**Theo**: ¿Y si me quedase aquí a vivir?

**Winter**: ¿En Chestnut Springs?

**Theo**: Sí.

**Winter**: ¿En tu casa?

**Theo**: Puedo montar una tienda en tu patio trasero si lo prefieres. E invitarte a beber tequila junto al fuego ;)

**Winter**: No me acaba de gustar la idea. Podría mudarse alguien horrible a la casa de al lado y entonces terminaría con un vecino aún peor que tú.

**Theo**: Ya, y a saber si te cortaría el césped tan bien como yo. Fingir que te ocupas de las plantas sería un aburrimiento absurdo si no me tuvieras a mí ahí para mirarme.

**Winter**: No te miro.

**Theo**: Solo te ocupas de las plantas justo cuando yo estoy cortando el césped.

**Winter**: ¿Cómo lo sabes?

**Theo**: Porque yo también te miro a ti.

Un chillido estridente me atraviesa los oídos mientras Peter se desliza por el suelo de parqué como si fuera Tom Cruise en *Risky Business*. La verdad es que Vivi tiene una fuerza alarmante en el brazo. Está sentada en el suelo, apretujando el pollo de goma y lanzándolo para que Peter lo cace.

Cuando el perro le coloca el escandaloso juguete en los pies, ella aplaude con las manitas regordetas y se ríe. A Peter le cuelga la lengua por el lado de la boca del que le extirparon unos dientes. Está tan emocionado que parece que se le vayan a salir los ojos de las órbitas.

—Es verdaderamente espantoso si lo miras mucho rato —murmura Loretta antes de dar un trago de café—. Theo lo encontró en la calle durante unas vacaciones en México. Le dio un poco de carne de su taco y el resto es historia. Se negó a irse del país sin él. Hasta se pospuso el vuelo y todo.

Me río por la nariz. Este hombre tiene fijación con perritos abandonados de todo tipo.

Desde donde estoy, sentada en el suelo del salón, veo a Theo, que lo cruza con unos andares que deberían ser ilegales. Se ha puesto unos vaqueros desteñidos y una camiseta blanca y lleva en la mano un plato de galletas de avena. Galletas que ha horneado él mismo, por supuesto.

No podría haber elegido un atuendo más sencillo, pero soy incapaz de apartar la vista de él. Retrocedo a los días en los que se presentaba en casa para cortarme el césped sin camiseta. Mientras me provocaba con sus músculos, yo fingía ocuparme de las plantas, pero en realidad no le quitaba el ojo de encima desde detrás de las gafas de sol.

Ha pasado ya una semana desde que me tumbó en el banquito del gimnasio y me devoró como si fuese su plato preferido. Desde ese encuentro, cada vez que he entrenado lo he hecho sola, aunque siempre se pasa hacia el final de la sesión, cuando estoy estirando.

Se agacha a mi lado y susurra:

—Disculpe, señora… ¿Ha desinfectado ese banquito que tiene ahí detrás? —Y señala el banco en cuestión.

Yo frunzo el ceño.

Él me guiña un ojo.

Y cada uno sigue su camino.

Nuestra rutina ha adoptado un ritmo estable, aunque no hayamos hablado de lo que pasó esa noche. Tenemos muchas cosas entre manos. Su madre está aquí. Él trabaja en el gimnasio mientras hace rehabilitación. Yo me dirijo inexorablemente hacia la boda de mi hermana, en la que no soy solo una dama de honor, soy la puta madrina.

No hago más que intentar endilgarle el cargo a Willa, pero la muy zorra se limita a reírse de mí.

Así que Theo y yo seguimos moviéndonos en círculos alrededor del otro. Hemos forjado una especie de vínculo. Su casa, la mía. Vamos a una o a la otra, y Vivi también. Y su madre, que se ha propuesto ser el ser humano más amable y solícito que he conocido nunca. No me cabe duda de que Theo ha heredado esa clase infalible de bondad de ella, igual que las sonrisas generosas y las caricias amables.

Entonces ¿por qué sigo conteniéndome?

Porque me dijo que, desde aquella noche, no ha estado con nadie más. Por ese puto posavasos que tengo en la mesita de noche. A veces lo saco solo para mirarlo.

Es una prueba física de que ya entonces le gustaba. Una prueba de que no me está mintiendo, como han hecho los demás hombres que han pasado por mi vida. De que piensa en mí desde aquella noche. De que Vivi y yo no somos para él la carga que yo pienso que somos.

¿Quién me iba a decir que un posavasos sucio y hecho mierda con nuestras firmas podría servir para que yo derribase mis barreras?

Ya no sé muy bien cómo comportarme con él.

Lo deseo de una forma casi obsesiva. Y las cosas entre nosotros ahora mismo están muy bien, pero me aterra que todo esto me acabe explotando en la cara. Fui el peón entre dos padres que se odiaban, y la posibilidad de poner a mi hija en la misma situación es algo que me quita el sueño.

Sea como sea, no puedo evitar que se me vayan los ojos hacia él. Que mi cuerpo gravite hacia él. Que mi mano se deslice entre mis piernas cuando estoy en la bañera y pienso en él. Aunque lo que siento por él no es solo deseo.

Vivi lanza el pollo otra vez y Peter corretea como una bala geriátrica, evitando por los pelos tanto la pared como los pies de Theo. Cuando caza el juguete, hace su mejor imitación de un león matando a una gacela: tiene los ojos desorbitados y mueve la cabeza con violencia a un lado y otro. Vivi chilla de alegría, ya que este se ha convertido en el juego preferido de los dos.

—Peter, tranquilízate y llévaselo. —Recurro a mi voz de «esta unidad de urgencias se está yendo a la mierda» y obtengo por unos segundos la atención del perro, que me fulmina con la mirada y devuelve el juguete a regañadientes a los pies de Vivi—. Este perro no está sordo, Theo. Lo que pasa es que no te hace caso —le comento mientras él deja el plato de galletas en la mesa de café, delante de mí, y me acaricia el hombro.

—¿Cómo lo sabes? —Le lleva una galleta a su madre, que está arrellanada en el sillón.

—Porque a mí sí que me hace caso. Y porque soy médica.

Me da otra galleta a mí y luego coge una para él y se sienta en el sofá, justo detrás de mí. Noto uno de sus pies descalzos tras una de mis nalgas.

Me sonrojo.

Está pegado a mí y su madre está al lado. Además, el otro día me comió entera y ni siquiera hemos hablado del tema todavía.

Cuando estoy con él me siento como una jodida adolescente.

—Ya, pero ¿eres veterinaria? —pregunta mientras mastica la galleta.

—No, pero…

—Vale. Para esto confío más en un veterinario.

—¿Te ha confirmado algún veterinario que esté sordo?

—No.

—O sea que la única prueba que tienes es que no te hace caso.

—Exacto. Igual que tú.

—¿Qué significa eso?

Me golpea la espalda con las rodillas con aire juguetón y, mientras tanto, Vivi se vuelve y gatea hacia su abuela con sus enormes ojos castaños y brillantes.

Los ojos de su padre.

—Que os tengo que llevar a los dos al veterinario —contesta Theo.

Loretta se ríe por la nariz mientras alarga los brazos para coger a su nieta. La atrae hacia sí y empieza a hacerle arrumacos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Igual no te hacen caso porque no tienes nada interesante que decir. ¿Has contemplado esa posibilidad, Theo Dale Silva?

Me vuelvo bruscamente hacia Theo y, solo moviendo los labios, le digo: «¿Dale?».

Tiene un nombre supersexy y luego… ¿Dale?

Me da otro golpe con las rodillas, pero, esta vez, mete también una mano por debajo de mi pelo para rodearme la nuca con firmeza, un gesto que me revoluciona todo el cuerpo. Acerca la cabeza a la mía y, rascándome la oreja con la barba de pocos días, susurra:

—Deja de ser tan mala conmigo. Tu lengua viperina me la pone dura. Me hace pensar en las cosas que podría darle para que se entretuviera. Y ahora mismo no me viene bien tener una erección.

Me arden las mejillas. Me suelta y vuelve a arrellanarse en el sofá, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Quizá, después de esa excitante advertencia, lo más conveniente sería que me alejase de él, pero mi cuerpo decide seguirlo. Me apoyo en sus piernas y me regodeo en su calor y su firmeza.

Su madre y él empiezan a hablar de *Anatomía de Grey* y, aunque podría participar en la conversación, mi mente prefiere concentrarse en lo bien que me hace sentir estar apoyada en alguien. Confiar en alguien.

Y entonces lo comprendo.

Theo Dale Silva se ha abierto paso hasta mi corazón, e impedírselo estaba fuera de mis posibilidades.



—¿Puedo pasar? —pregunta Loretta tras llamar suavemente a la puerta de mi habitación, a pesar de que está abierta.

—Claro. —Me estoy peleando con el cierre de uno de los pendientes con la cabeza inclinada frente al espejo. La veo entrar con Vivi en brazos a través del reflejo—. Muchas gracias por cuidarla mientras me arreglaba. Me has salvado la vida.

—Eres la madrina, necesitabas un poco de tiempo para arreglarte. Yo solo soy una invitada más. Además, pasar tiempo con mi nieta no me cuesta nada.

Asiento. No sé muy bien qué decir, ya que mis padres no hacen ningún esfuerzo por pasar tiempo con ella. Ni conmigo, ya puestos. Y hoy tengo el corazón en un puño. Hoy veremos a mucha gente. Y la identidad del padre de Vivi ya no es un secreto.

Y, hablando de mis padres…, todavía no les he contado lo de Theo.

—¿Tus padres vienen mucho por aquí? —Se sienta en el borde de la cama para ponerse cómoda y me veo venir un pequeño pero amable interrogatorio. No se lo puedo reprochar. Yo haría lo mismo si mi hijo estuviera metido en semejante lío con otra persona.

Exhalo un fuerte suspiro y me vuelvo hacia la mujer. Tiene el pelo oscuro y brillante, a juego con sus ojos. Es evidente a qué parte de la familia ha salido Vivi, y, aunque a veces me moleste admitirlo, me alivia que no se parezca a mi madre.

—No. Cuando anuncié mi embarazo se armó un lío tremendo. —Loretta enarca una ceja de forma interrogante y no puedo evitar echarme a reír—. Mi vida es como una telenovela.

—Me encantan las telenovelas —contesta con una sonrisa traviesa.

Como no quiero arrugar el vestido de seda rosa, apoyo suavemente el trasero contra el alféizar que está frente a la cama y me preparo para explicarle algunas cosas.

—¿Qué te ha contado Theo?

—Bueno, cuando le pregunté, me dijo que no podía contarme la historia porque no era suya, y que había muchas cosas que todavía no sabía, pero que no quería presionarte para que se las contaras. Yo no soy tan considerada.

Me sonríe, y yo le devuelvo la sonrisa. Estoy convencida de que si cualquier otra persona tratara de meterse en mis asuntos me cabrearía, pero no sé qué tiene Loretta. Simplemente, no me molesta en absoluto.

—La versión corta es que hace unos veintiséis años, más o menos, mi padre dejó preñada a la niñera. Ella dejó al bebé con él y aquello desencadenó una nueva Guerra Fría en nuestro hogar. Mi padre empezó a dedicar todo su tiempo a proteger a mi hermana de la amargada de mi madre. No me preguntes por qué no se separaron porque no tengo ni puta ide…, perdón, ni la menor idea. En lugar de eso, siguieron juntos e hicieron infelices a todo el que hubiera a su alrededor. Así que crecí teniendo una mala relación con mi padre y mi hermana porque cuando se eligieron los equipos acabé en el de mi madre.

—Uf —se limita a decir.

—Sí, uf. Pero soy una superviviente, así que agaché las orejas, aprobé mis estudios y fui a la Facultad de Medicina, como mi madre siempre había querido. En el hospital, conocí a un médico, el mismo que trató a mi hermana cuando tuvo problemas de salud de adolescente. Me parecía guapo y con una carrera impresionante y no me podía creer que yo le interesara. Después de tantos años sin

tener nada para mí sola, sentía que era mío. Mi madre estaba encantada con que estuviera con todo un señor médico, porque eso la hacía quedar bien. Era como si me fuera mejor que a mi hermana, que parecía seguir soltera a perpetuidad y «solo» había estudiado Derecho.

—Ya. —Loretta asiente y mira a Vivi, que, después de la rigurosa sesión de juegos a la que la ha sometido su abuela, se está quedando traspuesta con el sonido de nuestras voces—. Derecho, donde terminan todos los fracasados.

La señalo, como diciéndole: «Lo has pillado», y prosigo.

—Solo que resultó que mi doctor Macizo resultó ser más bien el doctor Gilipollas. Un depredador asqueroso que había seducido a mi hermana adolescente y que había empezado a enrollarse con ella en cuanto cumplió la mayoría de edad. Sin embargo, mi relación con ella era tan frágil que nunca me lo contó, ni siquiera cuando me casé con él, porque no quería ser la causa de otro temblor en nuestra ya turbulenta familia. No quería hacerme daño.

—Entonces, será mejor que no lo comparemos con el verdadero doctor Macizo.

Dios, qué obsesión tienen Theo y su madre con el doctor Macizo.

Suelto una carcajada y continúo, orgullosa de poder hablar de todo este asunto con sentido del humor.

—Rhett se enteró por Summer y un día, en el hospital, el doctor Gilipollas se pasó de la raya con su condescendencia habitual y Rhett estalló y soltó la bomba delante de toda mi familia y buena parte de mis compañeros de trabajo. No estaban todos, pero los que sí estaban se dedicaron a contárselo a los demás. En resumen, una mierda.

—Una mierda, sin duda. Suena al tipo de historia que debería aparecer en *Anatomía de Grey*.

—¿Verdad? Encima, cuando pasó todo eso estaba embarazada. Después de haberlo intentado durante muchísimo tiempo. Visitas a especialistas, tratamientos de fertilidad… Creo que yo sola estaba sosteniendo la industria de los tests de embarazo. Así que podría

decirse que aquello me destrozó. Ese día, el rinconcito que yo me estaba construyendo en el mundo se derrumbó de forma espectacular.

Loretta se ha quedado callada.

Es evidente que no se esperaba que la conversación fuera por aquí, pero me resulta fácil hablar con ella. Siento que me apoya y que a la vez no me juzga. Me la puedo imaginar perfectamente conmigo en la sala de partos. Nunca la he visto en su trabajo, pero estoy segura de que es una comadrona maravillosa.

Estudio mis uñas; esta vez, son de un color rosa perla a juego con mi vestido de dama de honor.

—Luego tuve un aborto espontáneo y empecé a contemplar mis opciones. Cuando estalló toda aquella mierda nadie se preocupó por mí, y aquello fue toda una llamada de atención. Sin aquel bebé, no tenía nada. Absolutamente nada. Un marido que estaba más preocupado porque informase al colegio de médicos sobre sus infracciones éticas que por mi bienestar. Una madre a la que le importaban más las apariencias que cómo estaba su hija. Y un padre que se limitaba a quedarse de brazos cruzados, incómodo, demasiado cobarde como para decirme nada.

—Ay, Winter… —Se le han llenado los ojos de lágrimas, pero me niego a que me pase lo mismo. Contar todo esto es catártico. Y no me entristece en absoluto. Es liberador. Quizá por fin haya superado el trauma. Me siento como si quisiera seguir echando sal en la herida, para ver si se ha curado de verdad.

—La única persona que se preocupó por mí y por cómo estaba fue mi hermana pequeña. La que yo había tratado como una mierda durante décadas. No paró de mandarme mensajes. Jamás dejó de intentarlo, aunque yo sentía que no merecía nada de su parte. Nada. Y, no sé por qué, pero aquello fue la gota que colmó el vaso. Me entraron ganas de prenderle fuego a todo. A mi vida, a mi trabajo, a mi casa, a mi matrimonio… Solo quería que quedasen intactas dos cosas: Summer y yo. Así que eso fue lo que hice. Solo que, en ese proceso, me acosté una noche con tu hijo y resultó que es cierto que

los condones solo son efectivos en un noventa y ocho por ciento de los casos. Así que aquí estoy. O debería decir… Aquí estamos.

Me enderezo y sonrío. Porque, por fin, esta historia ya no me hace sentir débil ni triste. Me siento más fuerte por haberla contado. Orgullosa de lo lejos que he llegado.

—Creo recordar que en su versión de la historia incluyó un comentario inapropiado sobre que no hay barrera que pueda con su fertilidad.

Se me escapa una carcajada.

—Sí, eso me suena mucho a Theo.

—Gracias por haber compartido tu historia conmigo, Winter. Ya entiendo por qué has hechizado a mi hijo.

Le dedico una sonrisa irónica.

—No es una historia digna de un cuento de hadas.

—No, pero tú sí. Eres encantadora. Tu capacidad para reflexionar demuestra un tipo de fuerza y de madurez que no poseen todos los adultos.

Hago un gesto con la mano como quitándole importancia y bajo la vista. No me siento cómoda con tantos halagos, aunque no puedo evitar pensar en mis padres. En Rob. «Reflexivo» no es un adjetivo que relacionaría con ellos.

—Te he traído esto —añade Loretta—. Lo metí en la maleta porque sabía que querría dártelo, aunque no sabía cuándo sería el mejor momento. Creo que hoy lo es. —Bajo la vista hacia sus manos al tiempo que ella abre el puño. En la palma de su mano descansa una delgada cadena de delicadas perlas desiguales con un cierre de oro—. Era de mi madre; ella me lo dio a mí. Son perlas de agua dulce, por eso son un poco asimétricas y sus colores un poco distintos. Cuando te he visto con ese vestido he pensado que te quedarían perfectas.

Alargo una mano y acaricio los bordes desiguales con los dedos. Blancos suaves, cremas y rosas pálidos parecen danzar sobre las piedrecitas de aspecto sedoso. Es precioso, pero no estoy segura de poder aceptarlo.

—¿Y tu hija? ¿No sería mejor que se quedara en la familia?

Loretta ladea la cabeza y me mira con atención.

—Winter, cariño, tú eres de la familia. Pase lo que pase contigo y con Theo, esta pequeña… —acaricia la naricita de Vivi con un dedo— es un regalo. Es parte de todos nosotros. Por lo que a mí respecta, Vivi y tú venís en el mismo pack. He visto la conexión que tienes con ella, cómo le das todo de ti y… Me recuerdas a mí en aquellos primeros días de maternidad.

Llevaba semanas sin llorar. Gracias a toda la gente que ha acudido a ayudarme, a todo el apoyo, las lágrimas han dejado de brotar de forma repentina. El impulso de abalanzarme sobre Theo como una fiera ha sustituido a las ganas de llorar.

Eso es lo que me quita el sueño por las noches, en lugar de los errores que he cometido a lo largo de mi vida.

Si su madre no estuviera viviendo con él, a estas alturas ya habría irrumpido en su casa en mitad de la noche para suplicarle que me follara.

—Creo que…

Loretta no me deja terminar la frase.

—Creo que deberías quedártelo y dárselo a Vivi en algún momento de su vida que sea tan importante como este.

Se me llenan los ojos de lágrimas, e intento parpadear para librarme de ellas.

—Quizá haya dicho que no demasiado pronto —reconozco, aceptando por fin el collar. Es corto, me quedará como una gargantilla. Es delicado, pero también sexy y único—. Me encanta. Aunque no sé si podemos considerar este como un momento importante de mi vida.

Ella me dedica una sonrisa amable y sabia, como si supiera algo que yo no sé.

—Estaba pensando que podría traerme a Vivi a casa y acostarla cuando llegue la hora. Y así vosotros esta noche os podéis divertir un poco. Podrías soltarte un poco la melena. Puede que eso sea importante para ti en estos momentos.

—Podría, sí. —Sigo acariciando las perlas—. Aunque eso de soltarme la melena no se me da muy bien.

Se ríe en voz baja.

—Si pasas un poco más de tiempo con Theo, él te enseñará.

—Eso es lo que me preocupa —susurro, confesando una de las cosas de Theo Silva que más me angustian—. Él… Me cuesta confiar en la gente. —Me río por la nariz y la miro—. Soy un cliché, la típica niña con problemas con papá. Y por mucho que intente que mi mente no vaya por esos derroteros…, no puedo evitarlo.

Loretta asiente y curva los labios en una sonrisa.

—Soy la persona que más tiempo hace que lo conoce, así que voy a contarte algunas cosas que sé sobre él.

—De acuerdo.

—A Theo no le cuesta nada querer a los demás. Es su naturaleza. Pero no suele querer sin reservas. Esa parte, la que también ha sufrido, se la suele guardar para sí mismo. La guarda a buen recaudo, donde nadie pueda hacerle daño. Pero a ti… A ti te quiere sin reservas.

Parpadeo, intentando asimilar lo que acaba de decirme.

—¿Entendido? —añade, poniéndose de pie.

—Entendido —repito.

Cuando ya casi ha llegado a la puerta, con Vivi dormida en sus brazos, se vuelve hacia mí riéndose con suavidad.

—Me acabo de acordar de que me llamó la mañana después de la noche que pasasteis juntos. ¿Sabes lo que me dijo?

Niego con la cabeza. Soy incapaz de hablar.

—Me dijo: «Mamá, acabo de conocerla». Y yo le pregunté: «¿A quién?». —Loretta sonríe de nuevo; su mirada parece perderse en la distancia—. Y contestó: «A la mujer con la que me voy a casar».

Me quedo paralizada. ¿Cómo podía saber eso? ¿Cómo pudo pensarlo? ¿Por qué tendría más importancia un rollo de una noche conmigo que con una de las chorrocientas mujeres con las que estoy segura que se ha acostado a lo largo de los años?

—Y yo le pregunté si ella estaba enterada —prosigue Loretta— y él se echó a reír y me contestó: «Todavía no».

# Veintiséis

## *Theo*

**Theo**: Ese vestido debería ser ilegal, joder.

**Winter**: ¿Por eso me estás fulminando con la mirada desde el otro lado del salón? Es una boda. Tienes que estar feliz.

**Theo**: Te estoy desnudando con la mirada.

**Winter**: Qué cursi.

**Theo**: Vale. Pues estoy intentando decidir si te arranco los tirantes del vestido o si te lo dejo puesto directamente.

**Winter**: ¿Quién coño te ha dicho a ti que vas a poder quitarme el vestido?

**Theo**: Todavía no me lo has dicho, pero me lo vas a decir.

**Winter**: Qué grosero.

**Theo**: Grosero es que te diga que si querías un collar de perlas te lo podría haber regalado yo.

**Winter**: Supergrosero.

**Theo**: Dejaré de ser grosero cuando dejes de sonrojarte así.

En el viejo granero, todas las miradas están sobre Summer mientras Rhett y ella pronuncian sus votos en el altar.

Salvo la mía.

Mis ojos no se apartan de Winter. No soy capaz de dejar de mirarla.

En parte, es culpa de su vestido ajustado y sedoso, que se sostiene sobre sus hombros con unos finos tirantes. Es una prenda delicada; podría levantarla o romperla con facilidad por cualquier parte. Y luego se ha puesto una especie de collar o gargantilla de perlas y no puedo evitar pensar si lo ha hecho a propósito para poner a prueba mi control y mi madurez. No veo la hora de susurrarle alguna guarrada al oído y ver cómo se estremece.

Pero, sobre todo, si mis ojos están clavados en ella es porque cada vez que su mirada se encuentra con la mía se le tiñe la piel de un rosa parecido al de los tulipanes, y se comporta como si acabara de encontrar algo muy interesante entre las hileras de gente que ha asistido a la ceremonia. Aprieta los labios, hace aletear las pestañas y luego vuelve a buscarme con la mirada.

No debería estar follándomela con los ojos tan descaradamente en mitad de la boda de su hermana, pero estoy así desde que todos nos hemos encontrado en la sala de atrás. Soy un cliché: el padrino babeando por la madrina de la boda. Sobre todo porque si soy el padrino es solo porque Rhett no quería escoger entre sus hermanos.

Cuando me quiero dar cuenta, el juez de paz anuncia que los novios ya pueden besarse y todo el mundo estalla en vítores. Me vuelvo al oír un fuerte silbido y veo a Kip, el padre de Summer y Winter. Debería enternecerme que esté aquí, apoyando a su hija con tanto entusiasmo, pero, cuando la llevaba hacia el altar, he visto el dolor en el rostro de Winter.

La miro de nuevo y descubro que ella también me está mirando a mí. Esta vez le guiño un ojo y ella aparta la vista con las mejillas encendidas y los labios apretados, tratando de contener una sonrisa.

El resto del día pasa en un abrir y cerrar de ojos. Es más de lo mismo: miradas robadas. Posados. Una mano en su espalda, un

poco más abajo de la cuenta. Discursos de los familiares. Mi pie pegado al de ella por debajo de la mesa. El primer baile. Yo, limpiándole la crema de la tarta del labio.

Entre nosotros hay tanta tensión que podría cortarse con un cuchillo.

Sin embargo, cuando empieza la fiesta, mi burbujita de felicidad se revienta de golpe y tengo mi primer encuentro con una emoción que no había conocido hasta ahora.

Los celos.

Beau Eaton coge a Winter para un animado *two-step* y lo único que puedo ver es su mano en la parte baja de su espalda. Sus dedos apoyados donde deberían estar los míos. Y lo odio.

Cuando la canción da paso a una lenta y no la suelta, me siento cada vez más intranquilo. Cambio de postura. Ella me busca con la mirada y, cuando me encuentra, me sonríe. Me apoyo en la barra con un botellín de cerveza en la mano y fulmino con la mirada a un tío que por lo general me cae bien, y solo porque se ha atrevido a bailar con la mujer de la que estoy enamorado mientras espero a que ella decida si es posible que también lo esté de mí.

Un codazo me advierte que Harvey Eaton se acaba de poner a mi lado.

—Voy a decirte lo mismo que le dije a Rhett hace un par de años, cuando Beau estaba tirándole los trastos a Summer delante de sus narices.

Me río por la nariz.

—Un valiente.

Harvey se ríe y da un trago de cerveza mientras los mira.

—No importa mucho con quién esté bailando si te está mirando a ti.

—Ya. —Me rasco la barba con la esperanza de liberar un poco de tensión de la mandíbula.

—Además, no es lo que parece. Le he dicho a Beau que deje de ser un capullo malhumorado y que le pida disculpas a Winter. ¿No ves lo incómodos que están? Yo estaba bastante entretenido

mirándolos. Parecen dos adolescentes virginales en su primer baile, cogidos de los hombros con los brazos rectos. No como vosotros, que parecéis dos gatos monteses en celo.

—Perdona, ¿en celo?

—Como todos os reísteis de mí por la analogía, lo busqué en Google, y tenía razón. Tú eres el macho, y ella, la hembra. Primero montáis un escándalo, como los americanos en el 4 de julio, y luego empieza la temporada de cría.

—Esta analogía no termina nunca.

—No me equivoco. A nuestros vecinos sureños les encanta celebrar su independencia volándose los dedos con demasiados petardos. Lo dicen las estadísticas.

—En Google, supongo.

Resopla.

—Pues claro.

—Eres un tesoro nacional, Harvey Eaton. —Me río y doy un trago de cerveza, aunque no aparto la mirada de la pista de baile. Ahora que me lo ha dicho…, sí que se mueven con bastante torpeza—. ¿Qué le hizo?

Harvey niega con la cabeza. Se le está agriando el humor.

—Bah… Ser un malencarado cuando intentó ayudarle. Seguro que ella no derrochó simpatía cuando habló con él, pero aun así… Por desgracia, esta es la nueva normalidad de Beau.

Beau lleva una mala racha. No lo conozco muy bien, pero sé que no es el que era. No puede ser el mismo después de haber pasado tantos días escondido en territorio enemigo con el rehén que había rescatado, un periodista canadiense que llevaba mucho tiempo secuestrado. Salió en todas las noticias. El héroe que caminó sobre el fuego a sabiendas de que perdería el transporte de salida para salvar a un compatriota canadiense.

La única persona que no parece impresionada con Beau es…, en fin, Beau.

Harvey se aclara la garganta.

—Pero está mejorando. Es normal que tarde un poco en adaptarse a la vida de civil, ¿sabes? Ah… —Señala la pista de baile con la cerveza—. ¿Ves? Sigue siendo un chico con buen corazón.

Y, efectivamente, cuando acaba la siguiente canción, suelta a Winter y baja la vista. Lo veo mover los labios. No entiendo qué le dice, pero Winter asiente. Ahora mismo, tiene más de la doctora profesional que de la mujer que no hace más que burlarse de mi segundo nombre.

Se dan un apretón de manos y cada uno se va por un lado. Winter da media vuelta y viene hacia mí, con la seda rosa acariciándole la curva de las caderas. Beau cruza al otro lado de la pista de baile y se apoya en la barra, donde una morena muy guapa está sirviendo las bebidas. Casi ni lo mira, pero le tiende un refresco antes de que él pronuncie ni una sola palabra.

—Vaya, vaya. La hembra buscando a su macho. Debe de ser temporada de cría. —Harvey suelta una carcajada y luego se mezcla entre la gente, supongo que para gastarle bromas que rozan lo inapropiado a otra persona.

Cuando Winter por fin llega hasta mí estoy sonriendo como un bobo.

—Hola. —Ella también me sonríe. Se ha ruborizado de inmediato.

—Hola. ¿Quieres beber algo? —Señalo la barra con la cabeza.

—Por qué no. Champán.

Winter se pone a mi lado mientras me vuelvo para pedirle una copa. Cuando tiene la bebida en la mano, nos volvemos hacia la multitud. El sol ha empezado a ponerse, pero aquí dentro parece que todo acabe de empezar. Han celebrado el convite en otro edificio de la misma granja que está destinado a celebrar eventos, con una gran pista de baile, mesas grandes en un lado, dos barras y una cabina para el DJ. En resumen, todo lo que se puede necesitar para celebrar una boda rústica.

—¿De qué hablabais Harvey y tú? —Miro a Winter, que apoya los labios en el borde de la copa para beber un traguito de champán.

Cuando se la aparta de la boca, me fijo en la mancha rosa del pintalabios sobre el cristal.

—Sobre el celo y la temporada de cría.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—No quieres saberlo. ¿De qué hablabais Beau y tú?

Arruga un poco la nariz y veo que está sopesando sus palabras.

—Bueno, resulta que hace un tiempo me arrinconó en una cena familiar y me pidió que le hiciera una receta. Me negué. Me contestó mal, le dije que tuviera cuidado con el tono con el que me hablaba y ahora me trata como si fuese el Grinch y le hubiese robado las pastillas para dormir. Supongo que, ahora que ha tenido unos meses para enfriarse, ha decidido pedirme disculpas, aunque me parece a mí que su padre le ha dicho que…

—Creo que este es un buen momento para llevarse a esta pequeñina a casa. —Mi madre se nos acerca empujando el carrito, donde Vivi está dormida como un tronco—. Diría que ya ha sido bastante fiesta para una bebé de diez meses. Antes le he ofrecido a Winter hacer de abuela esta noche para que vosotros os podáis quedar un rato más. Me pondré a ver reposiciones de *Anatomía de Grey* en tu casa hasta que volváis.

¡¿Diez meses?! Madre mía. Cuando la conocí tenía nueve. Me parece imposible que ya haya pasado un mes. En parte, me apetece decirle que no y llevarla a casa yo. Quiero ver cómo se queda dormida y estar a su lado cuando se despierte.

Pero Winter coge la oportunidad al vuelo.

—Gracias, Loretta. Sería fantástico.

Se agacha y le da un beso a Vivi en la mejilla y decido que, a la mierda, yo también lo voy a hacer. Así que dejo la cerveza en la barra y, con una mano en la espalda de Winter, me agacho y le doy a mi hija un beso de buenas noches en la mejilla suave y regordeta.

En cuanto me incorporo, reparo en que Kip me está mirando fijamente desde el otro lado de la pista de baile. Me clava la mirada y entorna los ojos.

Yo lo fulmino con la mirada también a él, presionando con firmeza la mano en la espalda de la hija que tiene olvidada. Acaricio la suave tela rosa con el pulgar. Este vestido se parece demasiado a una especie de camisón sexy. Debería ser ilegal.

—Adiós, mamá —me despido con aire distraído.

Estoy seguro de que salta a la vista que estamos inmersos en un cruce de miradas, pero me importa una mierda. Por mucho que Kip sea su padre, por mucho que hasta sea un tío bastante majo, le ha hecho daño a Winter y no ha movido un dedo por apoyarla.

Lo que, por lo que a mí me respecta, lo mete directamente en el saco de los gilipollas.

—Vaya, este champán está buenísimo. —Winter se me acerca y se vuelve hacia mí mientras alza la boca para evaluarlo—. No está muy fuerte, ¿sabes a qué me refiero?

Estoy seguro de que se ha dado cuenta de a quién estoy mirando, pero me pregunto si comprenderá lo territorial que me estoy poniendo.

—Me alegro. ¿Estás bien?

Asiente y se muerde el labio inferior. Por fin, sus ojos se detienen sobre mí varios segundos seguidos, por primera vez en todo el día.

—Sí.

Se muerde el labio otra vez, como si estuviese intentando contenerse para no decirme algo. Se lo rozo suavemente con un dedo y siento una sacudida de lujuria en la entrepierna.

—Si quieres que te muerdan, te puedo echar una mano.

Pone los ojos como platos, pero disimula a toda prisa dando un trago de champán.

Y entonces me hace la pregunta.

—¿Por qué te guardaste el posavasos? ¿Y mi número de teléfono?

—Porque sabía que volvería a por ti. Tú estabas hecha una mierda, sin acritud, y yo estaba fuera de control. Los dos necesitábamos tiempo.

Suelta una suave risita.

—Sigo siendo un desastre.

Extiendo los dedos sobre su espalda y los deslizo hasta rozar la costura de su ropa interior. Mientras tanto, oteo la pista de baile abarrotada.

—Puede que me dé igual. Puede que quiera ser un desastre contigo para siempre.

Da un brinco y sonrío antes de dar un trago de cerveza. Me da la sensación de que tarda varios minutos en hablar.

Y no dice lo que quiero escuchar.

—Este champán es soberbio, en serio. No es demasiado dulce ni demasiado seco… Tengo que preguntarle a Summer el nombre para comprar una botella.

—Te compraré cajas enteras si dejas de intentar esquivar esta conversación.

Ella suspira y sigue mi mirada hacia la pista de baile, donde Rhett hace girar a Summer una y otra vez. Su largo vestido gira tras ella, formando un círculo casi tan ancho como la sonrisa de su rostro. Jasper tiene a Sloane apretujada contra él, como si la gente que lo rodea estuviese tratando de arrebatársela, y Willa está bailando con Luke. Ejecutan unos movimientos a cuál más absurdo hasta que los dos empiezan a partirse de risa.

—No sé cómo reaccionar cuando me dices esas cosas, Theo —confiesa Winter en voz baja—. O sea… ¿Qué fue, entonces? ¿Amor a primera vista? No sé… Eso me incomoda. Es como de película, no de la vida real.

—Cuando viste a Vivi por primera vez, ¿supiste que la querías? ¿Necesitaste tiempo y espacio para acostumbrarte a la idea? ¿O te bastó con mirarla una sola vez para saberlo?

Exhala un suspiro.

—Lo supe, sin más.

La atraigo hacia mí y le presiono el vientre contra mis caderas y los pechos contra mis costillas, y extiendo los dedos sobre su culo.

—Cuando te vi a ti… No sé. No quiero llamarlo amor a primera vista. ¿Quizá anhelo a primera vista? ¿Deseo a primera vista? Sentí

una conexión. Sentí que sabía que nunca me cansaría de ver cómo tus ojos vagaban por mi cuerpo con esa expresión feroz.

—Deberías probar el champán. Creo que te gustaría.

—Winter, en serio, ¿otra vez con el champán?

Su cuerpo se derrite contra el mío, aunque, a juzgar por sus palabras, sigue dividida.

—Es que… Es una locura. No tiene sentido.

Suelto una carcajada.

—Me gano la vida montando toros, así que no es la primera vez que me llaman loco. Supongo que estoy lo bastante loco como para querer también mis ocho segundos en la hermana fría como el hielo.

Winter se queda rígida varios segundos y entonces se aparta de mí con una violencia que contrasta fuertemente con la paz que nos envolvía hace apenas unos instantes.

—¿Te estás quedando conmigo? —me espeta entre dientes. Se le han puesto los ojos vidriosos.

—Winter…

Era una broma.

Una broma sin ninguna gracia.

—Eres la única persona en mi vida que nunca se ha referido a mí en esos términos. No, mejor dicho, lo eras. —Abre la boca y me doy cuenta del daño que le he hecho. Lo lleva escrito en la cara.

Se transforma. Pasa de estar furiosa a destrozada ante mis ojos. Deja la copa sobre la barra con una mano temblorosa y trata de formar una débil sonrisa. Con voz débil, logra decir:

—Gracias por el champán.

Y entonces se va, casi corriendo con los zapatos de tacón y la falda agarrada para que no se le enrede en las piernas. Y yo estoy demasiado perplejo para moverme.

Estábamos charlando, riéndonos. Íbamos en la dirección correcta. ¿Y ahora piensa huir de mí? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

No. Ni hablar, Campanilla.

Voy tras ella.

Alterado.
Frustrado.
Estoy hasta los cojones de que Winter Hamilton huya de mí.

# Veintisiete

## *Theo*

Siento el peso de las miradas de la gente mientras persigo a Winter por el salón. No tardo en ganarle terreno, ya que yo corro a grandes zancadas y ella tiene que dar pasos más pequeños.

Dobla a un pasillo estrecho con revestimientos de madera. Aquí hay menos ruido, a pesar del estruendo de los latidos de mi corazón y de sus tacones contra el suelo.

Cuando llega al final del pasillo, dobla a la izquierda, agarra la manija de una puerta y gira la cabeza para mirarme a los ojos.

—Vete, Theo. Quiero estar sola. —Una lágrima le rueda por la mejilla.

Sé lo mucho que odia llorar. Odia los sentimientos intensos y las conversaciones importantes. Odia sentirse débil o fuera de control.

Pero…

—Pues lo siento mucho, pero hoy me importa un pito lo que quieras —gruño mientras abro más la puerta para poder pasar yo también—. Entra. —Pongo una mano en sus omoplatos y la empujo con suavidad al interior del aseo. Es grande, con un tocador de madera y un lavabo redondo.

—¡No te quiero aquí! —insiste entre dientes mientras se seca la cara, furiosa. Me da la espalda y se queda frente al enorme espejo, que llega hasta el techo—. ¡Dios libre al feliz y encantador Theo Silva de que la reina del hielo congele su polla legendaria!

—Winter, era una broma. —Echo el pestillo. Ella, mientras tanto, nos mira a ambos a través del espejo. Tiene rubor en las mejillas, los ojos muy abiertos y una mano sobre el pecho, que le sube y le baja con violencia—. Solo ha sido una broma estúpida.

—No ha tenido gracia.

—No me digas —contesto alzando la voz y echando los brazos al cielo—. He cometido un error. Un pequeño error, después de todo lo que ha pasado, ¡y tú me tratas como si no fuera más que otro imbécil y luego te largas!

—¡No ha sido un error! ¡Es vernos a Summer y a mí como nos ve todo el mundo! ¡Como Summer es la hermana dulce y simpática, yo siempre seré la zorra fría y sin corazón! Y, por supuesto, tú piensas de mí lo mismo que los demás. ¿Por qué iba a ser diferente?

Me ha dejado perplejo. El calor de mis mejillas me baja garganta abajo, imitando a la perfección el camino que siguen sus lágrimas, que ruedan por sus pómulos. En ambos casos, una señal de frustración.

—¿Sabes qué, Winter? —Una furia desconocida me vibra en la voz, a pesar de que ya no esté gritando—. Estoy harto. Estoy harto de que no veas lo que veo yo. Harto de que hables de ti de esa manera, joder. Harto de que no veas lo que tienes aquí —me golpeo el pecho con fuerza con la palma de la mano—, delante de tus narices. ¿Qué más tengo que hacer para que confíes en mí de una puta vez? ¿Para que me des el beneficio de la duda? ¡Aunque solo sea una vez!

Ella ni se inmuta tras mi estallido. Las lágrimas mudas siguen fluyendo libremente por su rostro, estropeándole el maquillaje.

No dice nada, así que continúo. Me acerco a ella lo suficiente para acariciarle la línea de la mandíbula con los dedos.

—Yo no soy tu padre. No soy tu ex. Estoy haciendo las cosas contigo lo mejor que puedo, y me da la sensación de que cuanto más te doy, menos recibo. ¿Por qué pasa eso?

Está temblando. Abre la boca como si fuera a responder, pero entonces se cierra en banda. Cierra la boca y aparta la vista.

Exhalo, frustrado, bajo la mano de su mejilla y me vuelvo para irme. Sin embargo, en cuanto mis caricias la abandonan, ella se gira para encararse conmigo.

—¡Porque quiero estar contigo! —grita, haciendo que me detenga en seco—. ¡Y quiero esto! —Nos señala primero a mí y luego a ella con vehemencia—. ¡Quiero que estemos juntos! ¡Y me aterroriza! Porque ¿qué pasará si no funciona y Vivi acaba con dos padres que se odian? Sé lo que es eso, ¡y es una puta mierda! Ahora nos llevamos bien. Por fin soy feliz. Así me siento segura. No podré soportar que me odie otra persona.

Sigue llorando, y no hace nada por detener las lágrimas. Se limita a mirarme a los ojos después de ese arrebato de una honestidad brutal y cruda. Y aún tiene la cabeza bien alta, la barbilla alzada y desafiante, por muy vulnerable que se haya mostrado.

—Eso es todo lo que tienes que decir.

Parpadea, pero no me ofrece más reacción que esa.

Sin embargo, yo ya no soporto seguir alejado de ella. No aguanto la distancia que nos separa. En solo dos pasos, llego hasta ella. Doy otro más para empujarla contra la puerta cerrada. Y entonces estampo los labios contra los suyos.

Ella no vacila. Arquea la espalda, me rodea el cuello con los brazos y gime con la boca pegada a la mía.

Aferrándose a mí como si le fuera la vida en ello.

—Nunca podría odiarte, te lo prometo —murmuro contra su boca mientras le acaricio la mandíbula.

Ella me mira a los ojos.

—No me hagas promesas que no puedas cumplir.

Nos besamos de nuevo. Con frenesí. Como si ella todavía estuviera tratando de sobrevivir a esta conversación. Me acaricia el

torso y me coge de las solapas de la chaqueta para luego tirar de ellas con fuerza.

—Te prometo que no te odiaré nunca. —Le acaricio la mejilla con los labios y le mordisqueo la mandíbula.

—Eso no puedes saberlo —susurra.

Le doy la vuelta para ponernos hacia el espejo, para obligarla a que contemple nuestro reflejo, y ella coge aire de golpe. Recorro la seda con las manos, trazando el contorno de cada curva, y mis pulgares se desvían hacia el huequecito que tiene bajo las caderas.

—Sí puedo. Estaré demasiado ocupado amándote.

Ella se limita a respirar y observarnos. A contemplar cómo mis manos se adueñan de cada rincón de su cuerpo, cómo cubren todo el terreno que tan desesperadamente deseo conquistar.

Y entonces descansa las manos sobre las mías, moviéndolas como yo las muevo. Con el asombro reflejado en los ojos, sigue fascinada con el camino ardiente que mis caricias dejan sobre su cuerpo. Por las caderas, el vientre, los pechos, la cara interna de los muslos…

La tengo dura como una piedra. Pegada a la curva de su trasero.

Ella se frota contra mí, arrancándome un gemido.

—Dime qué quieres, Campanilla.

Entreabre los labios y me doy cuenta de que se lo está pensando, de que está tratando de decidir qué palabras decirme.

—No quiero más orgasmos por pena, como el que me regalaste en el gimnasio.

—¿Orgasmos por pena?

—Sí. Me da la sensación de que me hiciste llegar solo porque estabas tratando de hacerme sentir mejor. Porque te daba lástima.

No me esperaba que dijera esto.

—No lo hice porque…

—Lo que quiero es que me folles como aquella noche en el hotel. Como si no soportaras dejar de tocarme. Como si… —Se interrumpe y se muerde el labio inferior—. Es como si ahora me respetases demasiado. Lo único que recibo son palabras bonitas y orgasmos por

pena. Quiero ser más que eso. Quiero… —Miro con atención cómo intenta explicarse. No está acostumbrada a pedir lo que quiere—. Quiero que pierdas el control conmigo. Que… que me faltes el respeto un poco. Solo un rato.

Aquella noche…

Arrastro los labios por su oreja y ella se estremece.

—¿Quieres que te trate como a una guarra?

Le muerdo el lóbulo de la oreja. Las palabras reverberan a nuestro alrededor. Al ver que no responde, la miro con una ceja enarcada.

Ella alza la barbilla, como si se negara a sentir vergüenza alguna por lo que ha pedido.

—Sí.

Siento que ardo de pies a cabeza, y me digo que me voy a obligar a ir despacio. Me importa una mierda dónde estemos. Pienso saborear a esta mujer hasta hartarme.

—Estás hecha una calientapollas, paseándote todo el día con este vestido. Creo que ha llegado la hora de que me lo cobre, ¿no te parece?

Le deslizo uno de los tirantes por los hombros y ella se lame los labios carnosos. No hay cosa que haga que no me vuelva loco. Solo con estar tan cerca de ella, inhalando el olor a vainilla de su crema hidratante, se me pone durísima.

Asiente.

Le doy la vuelta y la empujo hacia abajo por los hombros para que se arrodille en el suelo de madera.

—Bien. Ahora arrodíllate y chúpamela como si te fueses a llenar la boca del champán ese del que tanto hablas.

Cuando sus rodillas dan contra el suelo, me mira un segundo con esos ojitos azules y luego se lanza sobre mis pantalones y mi cinturón con fervor y desesperación. Es demasiado impaciente para quitármelos; me los baja lo justo para llegar a lo que busca. Gimo cuando por fin me la saca y le rozo los labios con la punta. Me

agarra de la base y me mira a los ojos mientras se coloca de rodillas para luego frotarse el grueso capullo por la boca carnosa.

Me pone a mil que me provoque, así que la agarro del pelo y la embisto.

Abre la boca, mueve la lengua y ahueca las mejillas para chuparme con ganas. Yo no le quito las manos de la cabeza, pero no hago fuerza. No hace falta que empuje ni que tire de ella; le sobra el entusiasmo.

Está excitada. Mojada. Hambrienta.

Tal y como me gusta.

—¿Es esto lo que necesitabas, Winter? —Le pregunto acariciándole el pelo.

Ella responde con un ruido sin sacarse mi erección de la boca. Una de sus manos me rodea el tronco con firmeza y con la otra me aprieta suavemente los huevos.

—Ah, joder. —Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos al tiempo que muevo las caderas para follarme esa boquita ansiosa—. Winter… Es increíble. Eres increíble.

Redobla sus esfuerzos; se la mete tan hasta el fondo que noto que golpeo el fondo de su garganta con la punta. Cuando hace ese ruidito asfixiado mientras intenta metérsela entera, siento que voy a estallar.

—Winter, si no paras me voy a… —Me interrumpo al mirarla. Tiene el pelo alborotado. El collar de perlas alrededor del cuello esbelto. Los ojos clavados en mí—. Ah… Es lo que quieres, ¿no? Pues claro… —Esbozo una sonrisilla y le guiño un ojo. Y entonces la agarro de la cabeza, se la inmovilizo y le follo la boca.

Ella sigue mirándome, aferrada a mis cuádriceps como si le fuera la vida en ello. Y, tras embestirla varias veces con ganas, dejo de aguantarme y me derramo en su boca.

No aparta la vista. No se mueve.

—Piensas lamer hasta la última gota, ¿verdad? —le pregunto mientras ella me aguanta donde estoy y se lo traga todo antes de deslizar la lengua por el tronco una última vez.

Estoy jadeando, todavía con las manos enredadas en su pelo, cuando levanta la vista y me mira.

—El champán estaba mejor —me suelta con una sonrisa coqueta mientras se lame los labios. La muy mentirosa.

Me tomo unos segundos para recuperar el resuello tras la mejor mamada de toda mi vida. Luego me arreglo los pantalones y la miro negando con la cabeza.

—Luego te pido más, pero antes me toca a mí —contesto, cogiéndola de la mano para ayudarla a incorporarse.

Y entonces la beso. Porque puedo. Porque ella quiere que la bese.

Le doy un beso pasional y fervoroso en los labios y, con un ágil movimiento, la aparto y le doy la vuelta para que quedemos de nuevo de cara al espejo.

Hacemos una pareja increíble. Ella, con los ojos luminosos y brillantes, con los labios hinchados y recién follados. De todos modos, no me entretengo mucho rato a mirar.

—No me gustaría que te quedases sin lo tuyo. —Bajo la mano y le levanto el vestido. Mi polla reacciona en cuanto empiezo a exponer su piel suave centímetro a centímetro.

—El otro día no te pareció importante que tuviéramos cada uno lo nuestro.

—Es distinto.

Enarca una ceja justo cuando la tela de seda llega a su cintura, revelando el tanga rosa pálido que lleva debajo. Gimo al verlo.

—Distinto ¿cómo?

Doy un paso atrás para mirarle el culo y le doy un golpecito en el codo para pedirle que levante los brazos. Al cabo de unos segundos, el vestido ha desaparecido. Como no soy un animal, y sé que en algún momento tendremos que salir de aquí, lo dejo con cuidado en el colgador que hay en la puerta.

—Porque comerte el coño es una de mis cosas preferidas.

Le desabrocho el sujetador y contemplo cómo ese desperdicio de tela cae al suelo. Mis manos van directas a sus tetas, para cubrir la piel desnuda con las palmas de las manos.

Ella ladea la cabeza.

—¿Y quién te ha dicho a ti que chuparte la polla no es una de mis cosas preferidas?

Recorro con la boca la curva de su cuello, dándole un beso tras otro, hasta que decido morderla en el hombro. Ella ahoga un grito.

—Repite eso —murmuro, empujándola con suavidad por la mitad de la espalda para doblarla hacia delante y poner sus manos sobre la encimera.

—¿Que repita qué? —pregunta, jadeando, mientras me contempla a través del espejo.

La muerdo en la nalga izquierda mientras me arrodillo, bajándole el tanga al mismo tiempo. Contemplo las piernas suaves y tonificadas, preparadas para mí sobre los tacones de diez centímetros.

—Que nada te gusta más que chuparme la polla.

—Dios… —gime con voz ronca cuando recorro su epicentro con los dedos, descubriendo que la tengo a punto.

Le meto dos dedos, disfrutando de la imagen de su cuerpo, doblado hacia delante para mí. Disfrutando de su entusiasmo. De lo sincera que ha sido.

—Nada me gusta más que chuparte la polla —repite por fin, sin aliento.

Deslizo los dedos dentro y fuera, totalmente cubiertos de su humedad.

—Salta a la vista. Estás empapada.

Los vuelvo a meter y luego acerco los labios. La lamo, la chupo, y sigo penetrándola hasta que empieza a frotarse contra mí.

—Theo… —jadea. Le tiemblan las piernas, pero no paro. Mantengo el ritmo, deslizando la lengua por su clítoris tal y como le gusta—. Theo… —Muevo los dedos más rápido y su cuerpo se mueve al compás, tambaleándose sobre los tacones—. ¡Theo! Si no me follas ya voy a gritar —me pide, con tono exigente y desesperado al mismo tiempo.

Con una sonrisa, le saco los dedos y me pongo de pie a su lado. Está desatada. Igual que la noche que pasamos juntos.

Y me encanta.

Meto el zapato entre los tacones y los empujo para separarlos.

—Ábrete de piernas, Winter. Y levanta bien el culo para que pueda faltarte al respeto como me has pedido.

Gime a modo de respuesta. Y yo me desabrocho otra vez los pantalones. Me los bajo lo justo. Ya me tomaré mi tiempo con ella más tarde.

—Vas a gritar, ¿verdad? —pregunto, acariciándole los pliegues húmedos con la punta de la polla.

Ella asiente y apoya los codos en la encimera, clavando las uñas en la madera. Arquea la espalda, alzando el coño como una ofrenda.

—Sí. Fuerte.

—Mírate. Suplicando como una guarra. —La azoto con firmeza en una de las nalgas y ella exhala con fuerza, y su aliento resuena en el baño silencioso—. Como he dicho que harías. —Y entonces la embisto. Se la clavo hasta el fondo, sin reprimirme lo más mínimo—. ¡Joder! —Bajo la vista para verme enterrado en ella, para admirar cómo se estira para acomodarme entero—. Cómo me gusta… —murmuro, metiéndosela y sacándosela despacio—. Me encanta, joder… —Levanto la vista y veo que me está mirando a través del espejo—. ¿Te gusta lo que ves?

—No es la primera vez que me lo preguntas.

Acaricio su espina dorsal con una mano, recorriendo con los dedos la curva de su espalda.

—Aquella noche, cuando me enseñaste cómo te tocabas y yo… reaccioné. —Le tiro del pelo y la miro a los ojos a través del espejo —. ¿Vas a mirarme a los ojos y decirme que no puedes correrte otra vez?

—No, Theo. —Se desliza la lengua por los labios para humedecérselos—. Los dos sabemos que solo me corro contigo.

Me inclino sobre ella y tiro de su pelo para acercar su rostro hacia mí, y entonces mi boca colisiona contra la suya. Nuestras lenguas se

enredan; nos lamemos y mordisqueamos. Por unos segundos, me permito concentrarme en adueñarme de su boca, pero entonces ella mueve el culo, rogándome desesperada que le dé más fuerte.

Así que le doy más fuerte.

Mis caderas chocan contra ella, que se echa hacia atrás para recibir cada embestida.

—¿Esto es lo que querías?

—Sí —contesta sin aliento, con la voz entrecortada, agarrada al grifo del lavabo. Alargo una mano y juego con su clítoris—. Sí, joder. —Cierra los ojos, los nudillos se le ponen blancos.

Acelero. A ella le fallan las piernas; se apoya por completo en el tocador, ya que se le han resbalado los tacones y ya no puede apoyarse en ellos.

Pero no paro. No cuando está coreando mi nombre, retorciéndose como si fuese a desmoronarse de un momento a otro.

—Estás perfecta así, Winter. Desatada. Con el coño lleno. Desnuda salvo por estos zapatos de tacón rosa tan bonitos.

—Theo…

Muevo los dedos más rápido, trazando círculos con brusquedad entre sus piernas. Con la otra mano la agarro del hombro, del pelo. Se le han soltado algunos mechones que se le pegan al sudor de la nuca.

La follo duro.

—Aguanta, Winter. Córrete en mi polla.

—¡Theo! —grita. Espero que alguien nos oiga—. Me voy a…

No puede acabar la frase antes de estallar. Lo siento en todas partes. Su cuerpo entero palpita. Baja la cabeza y uno de los tacones de aguja se eleva por fin del suelo, porque ella se ha derrumbado sobre la encimera como si por fin se hubiera rendido. Y el rubor empieza a descender por su espalda ante mis ojos.

Suavizo mis movimientos. Presiono con los dedos en lugar de frotar, me prodigo en caricias largas y regulares más lentas, hasta que su cuerpo se ha ablandado por completo y he sacado hasta el último quejido de su pecho.

Está preciosa. Agotada. Y no necesito más que cuatro bruscas embestidas para llegar al mismo punto que ella.

Se la saco, me la agarro con el puño y me derramo en su espalda. Disparo una y otra vez sobre su piel suave, marcándola.

Me satisface más de lo que me conviene.

Pasan varios instantes en los que recuperamos el aliento, y entonces ella se ríe, soltando una carcajada con la que le tiembla todo el cuerpo. Es como si ahora mismo fuésemos dos personas totalmente distintas de las que éramos hace unos instantes. Dos animales apasionados, ávidos el uno del otro. Y, mientras nos recuperamos, la tensión va desapareciendo del ambiente.

—Guau.

—Guau ¿qué? —contesto, apoyando un mano en la pared para recomponerme.

—Creo que ya no puedo andar. Y sospecho que toda mi educación posterior a la secundaria ha desaparecido de mi cerebro.

Deslizo un dedo por la suciedad de su espalda y contemplo cómo se estremece.

—Quédate así. Puedo volver a empezar.

Se vuelve para mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—¿Qué? Te queda bien el cinturón de perlas. —La señalo con la barbilla—. Hace juego con tu collar.

Agacha la cabeza y se echa a reír. Qué bien le sienta la risa. Ligera, despreocupada.

—No me puedo creer que me acabe de follar a un jinete de toros en la boda de mi hermana.

Con una sonrisa, me subo los pantalones y cojo un puñado de papel para limpiarla.

—No seas grosera. Te has follado al padre de tu hija en la boda de tu hermana, y sabes perfectamente que lo volverías a hacer.

Se ríe con ganas otra vez mientras la limpio. Tiro el papel sucio y cojo más, pero alargo una mano sobre su cuerpo inclinado para humedecerlo con agua caliente. Lo estrujo con suavidad y veo caer

las gotitas de agua sobre su espalda, pequeños puntitos que caen y ruedan por la elegante curva de su cuerpo.

—Y ahora me baña con una esponja.

—Sí, pero esta es la versión para guarras. No hay bañera, ni jabón del bueno ni es una esponja de verdad. Papel del váter y agua del grifo en un baño público.

Se esconde la cara entre las manos y se echa a reír con más ganas todavía.

—Para, Theo.

Sonrío mientras froto el papel con suavidad por su espalda. No quiero dejarme ni un solo rincón. Estoy borracho del sonido de la risa de esta mujer que ha pasado demasiado tiempo triste.

Me tomo mi tiempo, regodeándome en el placer de poder tocarla tan libremente.

—¿Has terminado?

Suspiro.

—Supongo. Quiero hacerlo otra vez. Pero entonces te bañaré como a una princesa.

Me mira a través del espejo.

—Sí. Vale.

—Vale. —Le guiño un ojo y todavía se sonroja.

Tiro el papel y ella se pone recta y se vuelve hacia mí. Y con eso basta para que vuelva a perderme en ella. Le recorro todo el cuerpo con la mirada.

—Podría sentarte en esa encimera y follarte otra vez. Esta vez, mientras me rodeas la cintura con las piernas.

—O podríamos irnos y hacerlo en otra parte.

—Ya. —Me lamo los labios. Me imagino todas las formas en las que podría hacerla mía—. Pero la verdad es que me gusta hacerlo donde nos pueden pillar.

—Bueno, eso también podemos volver a hacerlo. —Se encoge de hombros. Por un instante, parece inocente—. Algún día. En alguna parte.

Sonrío y ladeo la cabeza.

—¿Cualquier día y en cualquier parte?

Niega con la cabeza y parpadea, apretando los labios para esconder una sonrisa.

—Eres una máquina.

Alargo los brazos y la atraigo hacia mi pecho. Desnuda y con tacones. Pensaba que no ver todo su cuerpo me ayudaría con la erección, pero notarla apretujada contra mí aún empeora más las cosas. Huele a canela y no puedo despegar la boca de su piel. Le beso el pelo, la mejilla, el cuello. Deslizo las manos para agarrarle el culo.

—¿De verdad no has estado con nadie más desde aquella noche?

La pregunta me coge desprevenido.

—Es solo que me parece muy poco probable —explica—. Eso es todo. Casi me parece que no es normal. No me importa, solo prefiero que las cartas estén sobre la mesa. Lo que me mata son los secretos.

—¿Me estás llamando raro, Campanilla? —La abrazo con más fuerza y la beso en la frente. Ella levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

—No lo sé. ¿Te estoy llamando raro?

Cojo su sujetador y se lo pongo, aunque me cuesta abrochar el cierre, como si fuera un idiota.

—Pues sí.

—¿Ni siquiera una mamada?

Alargo una mano por detrás de ella y cojo ese retazo al que llama vestido. Lo coloco cuidadosamente sobre su cabeza y se lo deslizo por el cuerpo.

—Pues no. La calidad de las tuyas me las estropeó. Nadie más se traga mi corrida como si fuera Dom Perignon.

Pone los ojos en blanco mientras le coloco los tirantes.

—¿Ni un beso?

—Nadie tiene la lengua viperina que tienes tú. Tengo mucho menos interés en besarlas.

El vestido cae como una cascada por su cuerpo.

—¿Y el tanga?

—Ah, sí… Ya no lo necesitas. —Lo recojo del suelo y lo tiro a la basura, con todo el papel sucio de antes.

Nos miramos a los ojos unos instantes. Siempre que hago o digo algo travieso, tiene la misma mirada de asombro. Me encanta y me cabrea al mismo tiempo. Es como si nadie hubiera intentado siquiera hacerla reír.

—¿No me vas a preguntar tú a mí si no he estado con nadie más?

—No.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

La cojo de la mano y tiro de ella hacia la puerta.

—Porque me da igual.

—Vale, bueno. Pues no he estado con nadie.

Quito el pestillo y le dedico una sonrisilla de suficiencia.

—Ya lo sé.

Da un pisotón, fingiendo estar enfadada.

—¿Cómo lo sabes? Igual me he acostado con un montón de gente.

—Qué va —le contesto mientras salimos al pasillo oscuro. Oigo los acordes de «Cadillac Ranch» desde el salón—. No serviría de nada porque solo te corres conmigo.

# Veintiocho

## *Winter*

**Winter**: Eres la novia más guapa y radiante que he visto en la vida. Te quiero, Summer. Felicidades.

**Summer**: ¿Es esta tu forma de explicarme por qué te he visto irte a escondidas de la mano con cierto vaquero?

**Winter**: Necesitaba un respiro. ¡Ahora vuelvo!

**Summer**: ¿Estás loca? No vuelvas. Coge a Theo y ve a ser feliz. Haced más bebés adorables. Rhett dice que le dará una paliza si no se porta bien contigo.

La mano de Theo es fuerte y cálida. Cubre la mía por completo. No me coge con mucha fuerza, pero siento las durezas de la palma. Siento su dedo pulgar, acariciando la mía.

Si tenemos en cuenta que hace poco que arreglé mi relación con mi hermana, que me vaya a escondidas de su boda para follar más suena bastante mal, pero… ¿tan malo es?

Al final del pasillo, la atisbo dar vueltas en la pista de baile y me da la sensación de que, si me fuera, no me echaría de menos. Y marcharme con Theo y pasarme toda la noche disfrutando de sus manos me parece un sueño. Igual que despertarme a su lado.

Pero mis sueños tienden a derrumbarse, y eso es justo lo que ocurre cuando llegamos al final del pasillo.

Nos encontramos con mi padre.

Se planta en la entrada del pasillo de brazos cruzados. Con los ojos entornados.

Y se me cae el alma a los pies. Soy una mujer adulta, joder. Y su opinión debería importarme un cuerno después de que haya estado tan ausente en mi vida.

Pero me importa.

Porque he visto la clase de padre que es con Summer, y me duele. Porque yo también soy su hija. Siempre he estado aquí, y él finge que no es así.

—¿No te parece que me debes una explicación, Silva? —pregunta con tono frío y acusador.

Pero Theo le responde con la frialdad más absoluta. Con un tono que nunca, jamás, lo había visto emplear con nadie.

—A ti no.

—¿Te estás quedando conmigo, muchacho? Has tenido a mi hija ahí metida demasiado rato como para venir ahora con esa actitud. ¿Y la bebé qué? Es evidente que tienes varias cosas que decirme.

Theo se pone recto y da un paso para ponerse ante mí, protegiéndome con su cuerpo. Se ríe, pero no de esa forma cálida que hace que el estómago se me llene de mariposas.

Esta risa parece casi un gruñido.

—Pues la verdad es que sí que tengo varias cosas que decirte, Kip. En primer lugar, si vuelves a referirte a mi hija como «la bebé», como si no tuviera nombre, te tumbo de una hostia. En segundo lugar, el lunes por la mañana nos vemos en tu despacho. Que venga Geoff. No quiero despedirte en la boda de tu hija; sería de mal gusto. Y, por último, si crees que tienes algún derecho sobre esta

mujer porque sea tu hija, te vendría bien hacer un poco de introspección. ¿Ves esa chica que está bailando en el salón? —Señala tras él, adonde está Summer, que ahora nos está mirando—. Esa es tu hija. Pero esta mujer es la doctora Hamilton, al menos hasta que vengas a pedirle disculpas con ese rabo de reptil entre las piernas.

Por primera vez en mi vida, mi padre parece haberse quedado sin palabras.

Por primera vez en mi vida, alguien ha acudido en mi defensa.

—Y ahora quítate de en medio, Kip. Quiero irme a casa y estar con mis chicas.

A casa. Mis chicas.

Mi corazón da un brinco. Hace un salto mortal, vuela, se baña en un abanico de sensaciones cálidas y agradables que nunca antes había sentido.

Me gustaría saber qué decirle a mi padre, pero no lo sé. Y, por una vez, decido que tal vez esté bien dejar que otra persona cuide de mí.

Cuando paso junto a él, lo fulmino con la mirada con toda la frialdad de la que soy capaz.

Y es otra primera vez para mí, porque mi exterior gélido no refleja cómo me siento por dentro. Siento lo mismo que con Vivi. Amor. Pero es demasiado pronto; demasiado rápido. Todavía estoy herida. Así que aparto ese pensamiento aterrador de mi mente y me lo dejo para más adelante, para cuando pueda pensar con claridad. Para cuando ya no me tiemblen las piernas por cómo acabo de desmoronarme enroscada en él.

—Así que la doctora Hamilton, ¿eh? —murmuro cuando salimos y entramos en el aparcamiento.

Theo me atrae hacia sí y me rodea los hombros con un brazo de camino hacia su camioneta. Fanfarrón y seguro de sí mismo. Protector y leal. Acerca la boca a mi oído y susurra:

—La doctora Hamilton en el hospital y una guarra entre las sábanas.

Y me echo a reír.

Nadie sabe hacerme reír tanto como Theo Dale Silva.



—Estás muy callada. ¿Me he pasado? Es difícil enfadarme, pero cuando me enfado…, me pongo hecho una furia.

El trayecto hasta nuestras casas es corto, pero tiene razón. Estoy muy callada. Lo único que se oye en el interior de la camioneta es la música *country* bajita que suena por la radio. Porque estaba pensando.

Pensando demasiado.

—No te has pasado. Tú… —Niego con la cabeza mientras miro las calles oscuras de Chestnut Springs a través de la ventana—. Has sido lo que siempre he necesitado y nunca he tenido.

Lo miro. Parece pensativo. Ha arrugado las cejas en un gesto de concentración, como si estuviese reflexionando sobre lo que le acabo de decir.

Y, mientras lo hace, le suelto la otra cosa sobre la que he estado pensando.

—No quiero que sigas viviendo en la casa de al lado.

—¿Qué? —Me mira desolado.

—No. —Levanto una mano para que espere—. Me he pasado los últimos diez minutos buscando el mejor modo de expresarlo. Para no sonar demasiado directa, pero tampoco indiferente, y mientras tanto, preocupándome por parecer demasiado desesperada. Lo que quiero decir es que quiero que vivas con nosotras.

—¿De verdad?

Me pongo recta y echo los hombros hacia atrás. Respiro hondo para tranquilizarme. Es importante que sea tan sincera con Theo como él lo es conmigo.

—Sí. Con el paso de los días, he acabado odiando que vivas en la casa de al lado, porque lo que de verdad quiero es que estés a mi lado. Deberíamos intentarlo.

—Winter… —La sonrisa descarada que he aprendido a amar le ilumina el precioso rostro. Es la misma sonrisa que le sale siempre que está a punto de hacer un comentario mordaz. La que me hace sonreír a mí antes de que diga nada—. ¿Te gusto?

Suelto una carcajada que resuena en el silencio y luego me miro las manos mientras me retuerzo los dedos, nerviosa.

—Creo que más que eso.

—¿Porque soy el padre de tu hija?

—No. —Se para en el último semáforo en rojo antes de llegar a casa y lo miro a los ojos—. Porque haces que yo misma me guste… y eres el único que me ha hecho sentir así. —Aparto la vista porque mirarlo a los ojos es demasiado para mí. Demasiado intenso.

El estómago se me llena de mariposas. Me pone nerviosa cómo va a responder a mi vulnerabilidad. Pero, como siempre, Theo me ofrece la respuesta justa en el momento justo.

Me coge de la mano y traza círculos con el pulgar sobre mi piel hasta que llegamos a la puerta de casa. Cuando baja de la camioneta, yo me quedo sentada. No me ha dicho si quiere vivir conmigo.

Quizá, como su madre está aquí, prefiera ser más discreto.

Ha dicho que quería ser un desastre conmigo, pero es posible que haya olvidado la magnitud del desastre que soy en realidad.

Pero entonces me abre la puerta y dice:

—Vamos, Campanilla.

Y entonces me doy cuenta de que la única razón por la que no me ha contestado es porque no hacía falta. Porque ya debería saber la respuesta. Me lo ha dicho muchas veces.

Me da la sensación de que me lo daría todo si se lo pidiera. Solo necesito que esa vocecilla nerviosa que hay dentro de mi cabeza se calle de una vez. Me sabotea.

Y no quiero sabotear esta relación.

Cuando Theo me saca de la camioneta como si fuera una princesa y me lleva hasta la puerta de la casa donde duerme nuestra hija, me doy cuenta de lo mucho que deseo esto. No me trata como

a una niña ni intenta contenerme. No me viene con jueguecitos mentales pasivo-agresivos ni me hace luz de gas para que esté de acuerdo con él, como Rob hacía siempre.

Me ha dejado luchar sola contra mis demonios para que descubriera yo misma qué es lo que quiero, y mientras tanto ha estado a mi lado. Para echarme una mano. Para ayudarme cuando estaba demasiado cansada para luchar contra ellos yo sola.

Theo no se ha sobrepasado ni tampoco ha intentado controlarme. Se ha integrado en mis caóticas dinámicas sin quejarse ni una sola vez. No sé si lo ha hecho a propósito o si ha ocurrido de forma natural, como ha pasado siempre entre nosotros.

No deja de acariciarme con el pulgar, ni siquiera cuando entramos en casa. Ni cuando nos encontramos a su madre, que está sentada en el sofá viendo *Anatomía de Grey*.

—¿Queréis ver un episodio conmigo?

No hace grandes aspavientos para comunicárselo. Se lo dice con naturalidad.

—Gracias, mamá, pero creo que nos vamos a ir a la cama. ¿Quieres que te acompañe a casa?

Loretta nos sonríe como una loca y se queda mirando nuestros dedos entrelazados.

—Qué va. —Se da una palmada en los muslos y se pone de pie—. Creo que puedo encontrar el camino yo sola, teniendo en cuenta que está aquí al lado.

Tras un par de abrazos rápidos, para los que Theo no me suelta la mano, se marcha.

Y entonces casi me arrastra por el pasillo. Vamos directos a mi habitación, donde me estampa contra la puerta al cerrarla y me besa. Tiene una habilidad increíble para pasar de bromear a dejarme sin aliento.

Le rodeo el cuello con los brazos y lo beso con la misma pasión. Cuando desliza las manos hasta mis nalgas, sonrío con la boca pegada a sus labios.

Pero solo un instante. Porque los dos nos quedamos muy quietos al oírlo.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gemido.

—¿Por qué es tan tranquila durante el día y tan susceptible por la noche?

Theo me da un beso rápido y me sonríe.

—Lo hace a propósito para que no tengas paz, estoy seguro.

—Cuando sea mayor se lo pienso devolver.

Él se ríe.

—Qué rencorosa. Me gusta. Voy a por ella; ya voy yo a sacar un poco de leche del congelador. Tú prepárate para acostarte.

—¿Me preparo sexy o me preparo normal? —le pregunto mientras él abre la puerta.

—Ni vestida con hábito de monja me detendrías —replica antes de entrar en la habitación a oscuras de Vivi.

Me quedo muy quieta, como si me hubiese enraizado al suelo. Oigo los suaves murmullos de Theo por debajo del llanto de Vivi, que poco a poco se va a calmando hasta que, mientras su padre le habla, se apaga.

¿Es así como tiene que ser?

¿Besos y bromas?

¿Otro par de manos?

El momento me impacta porque es mundano. Es… normal. Ni siquiera sería digno de una película.

—Sí, ahí está. Tu mamá. —Posa los labios sobre el pelo oscuro de nuestra hija mientras entra en nuestra habitación con ella en brazos.

—Mama —farfulla ella, pero la entiendo de todos modos. Me dispongo a cogerla de inmediato, al tiempo que ella alarga los bracitos hacia mí.

—Hola, Vivi, bebé… —Froto la nariz contra la suya varias veces mientras la acuno contra mi pecho, disfrutando de ese olor a bebé que sé que no durará mucho.

—Dale unos mimos a mamá. Yo voy a preparar un biberón.

Cojo a Theo de la muñeca antes de que se marche.

—No hace falta. Le doy de mamar y ya está. Todos estamos cansados.

Cuando nos sentamos juntos en el borde de la cama, pienso en que nunca le he dado el pecho a Vivi delante de Theo. Ni tampoco me he sacado leche. Siempre lo he sentido como algo muy íntimo, algo que debería ocultarle, aunque Loretta entró el otro día mientras lo hacía y ni siquiera se paró a mirarme dos veces antes de preguntar: «Cariño, ¿tienes herramientas de jardinería? Hoy pensaba ocuparme de los parterres delanteros de las dos casas, pero necesito una de esas palas pequeñas y no la encuentro».

Le dije que mirase en el cobertizo y ella me contestó que de acuerdo con un gesto y salió.

El cuerpo humano no me incomoda, y, en general, tampoco soy tímida respecto al mío. Es solo que… desde el día en que nació, darle el pecho a Vivi ha sido algo solo nuestro, de nosotras dos. Algo que hacíamos en mitad del silencio de la noche o en un rincón de un aparcamiento cualquiera si no dejaba de llorar. A veces hasta con ella en el portabebés, mientras yo intentaba prepararme algo de comer para que mi leche materna fuese nutritiva en lugar de un líquido sin sustancia.

Me bajo el tirante del vestido y echo un vistazo a Theo, pero él no está contemplando mi cuerpo con descaro. En lugar de eso, me mira a los ojos.

—¿Cómo fue cuando era recién nacida? ¿Empezó a mamar enseguida?

Se me encoge el corazón, y me lo tomo como una señal. Como si fuese mi turno de acariciarle la muñeca con el pulgar, en la zona donde le palpita el pulso.

—Sí, desde el primer día. Y al principio dolía de cojones. La primera vez que mamó, lloré.

—Pero si tú no lloras. —Me guiña un ojo y pongo los ojos en blanco. Dos gestos que, llegados a este punto, ya son como un código secreto entre los dos.

—¿Qué más?

—Hum… Los días se me mezclaban. Estaba muy cansada, pero no podía dormir. Me despertaba todo el tiempo mientras ella dormía para comprobar que siguiese respirando. Y mi pecho izquierdo producía tanta leche que una vez le salpicó en el ojo.

Se ríe en voz baja.

—¿En serio?

Ambos la miramos. Está sentada a horcajadas sobre mí, mamando agarrada a mi pecho como si fuese un biberón.

—Creo que podría haber alimentado a un pueblo entero de bebés solo con la teta izquierda. La puta ama.

—¿Por eso tienes el congelador lleno de leche materna?

Me río por la nariz.

—Sí, y eso que he donado más o menos la mitad al hospital.

—¿En serio?

Asiento. Las gruesas pestañas de Vivi empiezan a cerrarse, y parpadea cada vez más despacio, más perezosa.

—Ojalá hubiese estado ahí —añade.

Dios. Mi corazón se derrumba dejando un agujero con la forma de Theo.

—Siento que he perdido muchos momentos que jamás podré recuperar —se lamenta.

Le doy un apretón con la mano.

—No, no los puedes recuperar. Pero habrá otros.

—Estoy intentando no pasarme, no ser demasiado intrusivo. Se nota que ya tenéis vuestra rutina, que sois como un dúo establecido. Un equipo.

—Hasta… socias, se podría decir.

Theo se ríe y me da un golpecito con el hombro.

—Tú y tus condenados socios. —Le acaricia la rodilla, pero enseguida se vuelve a poner pensativo—. No, es solo que no quiero interponerme entre vosotras dos. Me siento como un intruso en este pequeño mundo privado que habéis construido. Pero, de todos modos…, podría pasarme la vida mirándola, ¿sabes? Al final del día

vuelvo a mi casa, pero no consigo librarme de la sensación de que estoy en la casa equivocada.

Cuando vuelvo a mirar a Vivi, descubro que se ha quedado dormida mamando. Las manitas se le han quedado fláccidas, con los dedos blandos.

—Yo siento lo mismo —susurro—. Toma. —La levanto con cuidado y la pongo en los brazos de Theo—. Tengo una idea.

Ladea la cabeza, pero no discute. En lugar de eso, se queda sentado en el borde de mi cama, con nuestra hija en brazos y el traje puesto, tan guapo que duele mirarlo. Literalmente me duele: en el fondo de la garganta, en el pecho, en el estómago.

Voy al baño adyacente de la habitación, donde me lavo la cara y los dientes, saco un cepillo para Theo y me pongo un par de pantalones cortos grises de Calvin Klein con una camiseta ancha a juego.

Cuando vuelvo al dormitorio, siento que me vibra el cuerpo entero al ver a Theo. Me subo en la cama, me arrodillo detrás de él y le pongo las manos en los hombros para mirar la carita de muñeca de Vivi.

Por un lado, siento que apenas sé cómo es Theo. Por el otro, con él estoy cómoda. Siento que lo conozco. No lo puedo explicar. Lo único que sé es que nunca había experimentado esto. Tal vez sea porque hemos creado un ser humano juntos, pero creo que hay algo más.

Creo que habríamos terminado reencontrándonos incluso si no existiera Vivi.

Creo que él se habría encargado de que así fuera.

Y, cuando lo pienso, una sensación cálida se me extiende desde los dedos de los pies hasta que termina con un cosquilleo en las puntas de las orejas. Theo Silva casi no me conocía, pero no se olvidó de mí. No se rindió. Tenía pensado volver a buscarme, con una fijación que no logro comprender.

Y tal vez no haga falta que la comprenda.

Tal vez ahora me toque a mí abrirle la puerta.

—¿Es perfecta, verdad? —le digo, apoyando la barbilla en su hombro.

—Perfecta. —Con un dedo, le acaricia la naricita, la mejilla regordeta y la oreja.

—Te he dejado un cepillo de dientes en el baño.

—Vale —responde en voz baja, pero no hace ademán de moverse de la cama.

No sé cuánto tiempo nos quedamos mirándola. Luego, lo contemplo mientras se levanta y le da un dulce beso en la frente.

Y se me seca la boca, porque hace una hora me ha puesto en la encimera del baño y me ha hecho sonrojarme más que nunca. Y ahora mima y besa a nuestra hija mientras la acuna con esos fuertes músculos.

Y la combinación no podría ser más embriagadora.

Se vuelve para que la coja yo, sin olvidarse de darme a mí también un beso en la frente. Y luego se marcha en silencio. Introspectivo.

Triste y contento a la vez.

No hago más que pensar que todo esto debe de haber sido muy abrumador para él, pero no me ha dado muestra alguna de que sea así. Simplemente, está a mi lado todos los días, guiñándome el ojo con una sonrisa. Cada día, sin excepción.

Con cuidado, me vuelvo y dejo a Vivi en el centro de la cama antes de apoyar la cabeza en la almohada y exhalar un fuerte suspiro.

Hoy… Hoy han pasado muchas cosas.

En cuanto estoy en posición horizontal, empiezo a sentir que me pesan los párpados, pero, cuando Theo apaga la luz del baño, el ruido del interruptor me despierta de nuevo.

Está ahí plantado, con la camisa a medio desabrochar, el ceño fruncido, la mandíbula marcada. Nos mira como si no tuviera ni idea de qué hacer.

—Theo, vente a la cama.

—¿De verdad? ¿Con las dos? —pregunta, con una sombra de inseguridad en el rostro.

—Sí. —Doy unos golpecitos en la almohada—. Se va a pasar la noche dándote patadas. No es tan adorable como te piensas.

Asiente, se acaba de quitar el traje y, cuando lo veo en calzoncillos, intento no comérmelo con los ojos porque se supone que este es un dulce momento en familia.

Pero fracaso.

—Me estás mirando igual que la noche que nos conocimos en la gasolinera.

—No, ahora es peor. Esa noche estaba tratando de imaginar cómo eras desnudo. Ahora lo sé.

Sonríe mientras se acerca a la cama. La luz de la mesita de noche acaricia todas las líneas de su cuerpo esculpido. Está más en forma de lo que recordaba. Contemplo los abdominales, la línea de su cuádriceps que baja por la parte delantera del muslo cuando apoya la rodilla en la cama… Las largas horas que ha pasado en Hamilton Athletics lo han hecho, si era posible, todavía más apetecible. Apoya los puños en el colchón mientras se inclina sobre Vivi y se le marcan los fuertes músculos de los antebrazos.

Con una expresión dulce en el rostro, clava en mí sus ojos, oscuros y profundos como el chocolate negro.

—Gracias, Winter.

Una parte de mí quiere preguntarle si me las da por dejarle dormir aquí, pero me estaría haciendo la tonta. Sé que me las da por muchas más cosas. Lo sé por cómo me martillea el corazón bajo el peso de su mirada.

Y decirle «no hay de qué» tampoco me parece lo más adecuado, así que decido responderle lo que llevo pensando desde que apareció con el firme propósito de hacerme la vida mejor.

—Gracias a ti, Theo. —Me lamo los labios, perdida en su mirada —. Y ahora métete en la cama y pásate la noche entera mirando a tu pequeña, si es lo que quieres.

Me giro para apagar la luz antes de que me conteste. Ahora solo entra un resplandor entre azul y plateado a través de la ventana y, poco a poco, se me acostumbran los ojos a la oscuridad. Theo está acostado de lado, con la mejilla apoyada en las manos juntas.

Y me doy cuenta de que no solo está mirando a Vivi. Me está mirando a mí también. Sus chicas.

—Oye, Theo… —susurro, alargando una mano para acariciarle el pelo.

—Dime.

—No eres ningún intruso. Eres su padre.



Cuando me despierto, la luz del sol ya se cuela por la ventana. Theo está boca arriba, dormido como un tronco, con la cantidad justa de barba en la mandíbula cuadrada. Duerme tranquilo, con los labios ligeramente entreabiertos y las pestañas oscuras casi arrojan su sombra sobre la piel dorada de su rostro.

Recorro con la mirada su cuello, su nuez y su pecho tonificado, donde nuestra pequeña está repantingada cómodamente. Él le cubre el tórax diminuto con las manazas y ella tiene la cabeza apoyada donde sé que debe de oír los latidos de su corazón.

Yo también apoyé ahí la cabeza, hace casi dos años. Recuerdo que trataba de recuperar el resuello, que estaba intentando comprender cómo era posible que alguien a quien apenas conocía me hiciera sentir tan bien. Tan relajada.

Pero ahora es distinto.

Ahora es mejor.

Así que me quedo tumbada, feliz en mi burbujita de sol, y dejo que mi cabeza y mi corazón se acostumbren a esto.

Me siento bien.

Me siento en casa.

# Veintinueve

## *Theo*

**Winter**: Por favor, no hagas nada que te haga terminar en la cárcel.

**Theo**: No prometo nada.

**Winter**: Por favor, por favor. Pagaré la fianza de todos modos, pero me enfadaré contigo.

**Theo**: Que te enfades conmigo me la pone dura. El sexo con rabia es divertido. Esa no es forma de disuadirme.

**Winter**: Pues igual no pago tu fianza.

**Theo**: No te creo. Echarías demasiado de menos a mi polla.

**Winter**: No. Te echaría de menos a ti.

—El móvil. —Pongo una mano sobre la mesa de la sala de reuniones. Kip y Geoff están sentados enfrente de mí. Kip está impertérrito, y su empleado, nervioso, como debe ser. Este me pone el móvil en la palma de la mano—. ¿Qué te dije que hicieras con mi móvil, Geoff? —pregunto en tono cortante mientras desbloqueo el aparato y busco los mensajes sin ni siquiera mirarlo a la cara.

Busco la «C» y ahí están. Campanilla. Los leo en diagonal, pero se me hace difícil de todos modos. Me parten el corazón. Ahora que conozco bien a Winter, no puedo evitar pensar en lo mucho que debió hacerla sufrir todo esto.

Ayer nos pasamos el día en la cama y nos sumergimos de lleno en aquellos primeros días. Charlamos sobre sus padres y su infancia. Cociné. Nos reímos. Vivi y ella se echaron una siesta y yo me tumbé junto a ellas para contemplarlas mientras dormían.

Por un día, vivimos encerrados en una burbuja perfecta.

Pero ahora es momento de pedir cuentas.

—Eh… ¿Responder a tus mensajes? ¿Publicar alguna foto en tus redes sociales?

—¿Y qué te dije que hicieras con los mensajes personales o importantes que me llegaran?

—Que te los reenviara. —Asiente con entusiasmo, como si estuviese orgulloso de su trabajo.

Deslizo el móvil hacia el otro lado de la mesa y me acomodo en la silla, poniéndome las manos detrás de la cabeza y apoyando la bota en una rodilla, mientras espero a que lean lo que aparece en pantalla.

Es una imagen fascinante. A medida que van bajando por la ventana, el color que se va esfumando del rostro de Geoff parece transferirse al de Kip por osmosis. Mientras uno se queda blanco como el papel, el otro se pone como un tomate.

—Esos mensajes parecen lo bastante importantes como para que me los reenviaras, ¿no crees, Geoff?

—Pensé que…

—¿Pensaste que era mejor que respondieras haciéndote pasar por mí? ¿A una mujer que acababa de decirme que estaba embarazada de mí? ¿Y esto es lo que contestaste?

—Pensé que…

—No. —Me inclino hacia delante con brusquedad, golpeando la mesa con los codos tan fuerte que lo sobresalto—. Lo que pasó fue que no pensaste.

—¡Te hice un favor! Querías limpiar tu imagen. Recibes todo tipo de mensajes vulgares en ese móvil. Mujeres que te piden que les hagas cosas, que te envían cosas que preferiría no ver… Esto es lo mismo.

—¡Esto era mi hija! —le espeto entre dientes, arrancando el móvil de sus manos inútiles—. Y me perdí su nacimiento y los primeros nueve meses de su vida porque tú eres un cabrón prejuicioso que se pasó de la raya.

Geoff traga saliva y agacha la cabeza.

—¿No lo sabías? —pregunta Kip con voz apagada. Nos mira a Geoff y a mí con la mandíbula tensa.

—Pues claro que no lo sabía. ¿Por qué clase de cabrón me tomas?

—Winter no me lo dijo.

—¡No se lo dijo a nadie porque todo el mundo la trata como a una mierda! —Pego un puñetazo a la mesa con tanta fuerza que la hago temblar. Que se enteren bien—. Su madre, tú… El mierda de su ex, que sigue acosándola, por cierto. Está convencida de que tiene que hacerlo todo sola porque eso es lo que tú le has demostrado durante toda su vida. Que nadie acudirá en su ayuda. Que todo el mundo la abandona.

Se hace un silencio en la sala de reuniones. Yo respiro por la nariz, intentando tranquilizarme.

—Menos yo. Yo voy a estar a su lado. Todos los putos días. Así que, Kip, estás despedido. Me caías bien, pero te he perdido el respeto. Y, Geoff, si pudiera despedirte dos veces, lo haría. Eres lo puto peor.

Como golpe final ha sido un poco inmaduro, pero, joder… Geoff es lo puto peor.

Cuando me pongo de pie, Kip me imita de inmediato. Viene hacia la puerta y me da un apretón de manos. Con firmeza.

—Puede que me hayas perdido el respeto, Theo, pero yo sí que te respeto a ti, y te deseo lo mejor. Y… pienso arreglar las cosas.

No creo que esté intentando hacerme sentir mal, pero lo hace. Me sabe mal por él. En el fondo, no creo que Kip sea una mala

persona, pero tiene sus defectos. Todos los tenemos. Y tendría que haber hecho mejor las cosas. Quizá intentó ser un buen padre para las dos, no puedo asegurar que no fuera así, pero lo que sí sé es que fracasó. Fracasó estrepitosamente.

Y creo que acaba de comprenderlo. Tiene la desolación escrita en la cara.

—Gracias —me limito a contestar antes de darme la vuelta para marcharme.

Y, mientras me alejo, oigo:

—Geoff, recoge tus cosas y lárgate de mis oficinas. No te quiero volver a ver.

De camino hacia el ascensor, sonrío para mis adentros, porque, al final, a Geoff lo han despedido dos veces. Y eso me hace feliz.



Cuando aparco frente a casa de Winter, veo un coche de lujo en la calle, justo delante de la verja. Lo observo por el retrovisor, sin salir de la camioneta. Atisbo movimientos en su interior, pero como tiene los cristales tintados no puedo distinguir los detalles.

Aunque no necesito mucho más para adivinar de quién se trata. Winter no me ha contado gran cosa sobre su ex, más allá de comentarme que nunca le hacía sexo oral, aunque con ese detalle me basta para saber que es un inútil, diga lo que diga el pedazo de papel que tiene en su consulta, colgado en la pared con un marco dorado.

Ya estoy envalentonado después de la reunión con Kip, así que decido aprovechar la energía. Cojo mi vaso de café vacío y bajo de la camioneta. Voy directo hacia el coche.

Anuncio mi presencia llamando con fuerza en la ventanilla. Cuando por fin la baja, me encuentro con un hombre que parece una imitación del niño pijo imbécil de *Una rubia muy legal,* el exnovio.

Seguro que este tipo se cree tan importante que seguro que hace que todo el mundo le llame doctor.

—Hola, tío. ¿Te has perdido? ¿Necesitas que te ayude en algo?

Me dedica una sonrisa forzada y empalagosa. No es nada sincera.

—Sí, amigo. —Y encima es condescendiente, aunque tampoco es ninguna sorpresa—. Solo he venido a ver a mi mujer.

«Mi mujer». Me entran ganas de romper algo.

Apoyo un brazo encima de su coche y me quito las gafas de sol para mirarlo a los ojos.

—Aquí no vive ninguna mujer casada. Pero si has venido a acosar a tu exmujer entregándole en mano facturas que no pagará nunca, ya cojo yo ese sobre que tienes en el asiento del copiloto, y así te ahorro el viaje hasta el buzón. Porque te prometo una cosa… —me inclino más hacia él y bajo la voz—: si sigues presentándote aquí, puto acosador, lo único que vas a conseguir es una orden de alejamiento.

Me fulmina con la mirada y los dientes apretados. Es demasiado cobarde para replicar, así que le doy donde más le duele.

—Puedo consultar con mi amiga abogada. Conoces a Summer Hamilton, ¿verdad?

—¿Quién coño te crees que eres? —me espeta, apretando con fuerza el volante.

Esbozo una sonrisa de satisfacción.

—Nadie, solo alguien que sabe que, si alguien pidiera una orden de alejamiento contra ti, el colegio de médicos tendría algunas preguntas.

Resopla con desdén y me mira de arriba abajo exagerando el gesto, con una chulería falsa que casi me impresiona.

—Ya lo pillo. Que disfrutes de mis sobras. —Tira el sobre por la ventana y aterriza detrás de mí.

No hago ademán de cogerlo. Estoy demasiado ocupado sonriéndole al doctor Robert Valentine.

—Ella no es las sobras de nadie, y la estoy disfrutando desde antes de que vieras los papeles del divorcio, *amigo.*

No debería habérselo dicho, pero hoy me queda poca paciencia para gilipollas.

Su única respuesta es revolucionar el motor aunque siga aparcado, como si fuésemos a hacer una carrera o algo así. Pero no le sirve de nada, porque ya le he ganado la partida.

Winter no es lo que a él le sobra. Es una gema, una joya demasiado preciosa para él.

—Conduce con cuidado —le aconsejo por encima del ruido del motor mientras le doy unos golpecitos en el techo del coche.

Y, mientras sale del aparcamiento, le tiro el vaso vacío encima por la ventanilla abierta, solo por joderlo. Luego me quedo ahí de brazos cruzados, observando cómo se va a toda velocidad hasta el final de la calle. Se salta el *stop,* como si las normas de tráfico no se hubieran hecho para él. En su matrícula pone «DRHEART». Doctor Corazón. Hago una mueca al verlo.

Qué tío más ridículo.

—¿Le has tirado basura en el coche? —me pregunta Winter desde el porche. Se está partiendo de risa.

—¡Solo la he tirado a la papelera, Campanilla! —Me vuelvo, cojo el sobre del césped y le sonrío. Tiene a Vivi apoyada sobre la cadera y el pelo rubio recogido en una trenza despeinada, de la que se escapan pequeños mechones que le enmarcan el rostro.

Ese rostro que me paso una cantidad de tiempo obscena observando, porque no me canso nunca de él.

—Bueno, pues ya conoces a Rob —comenta.

—Sí. Ha sido un placer.

La verdad es que lo odio más de lo que se merece. Lo que me gustaría es que me resultara indiferente, pero todavía no estoy en ese punto.

Lo odio porque estuvo a punto de conseguir todo esto en mi lugar, y las circunstancias que me han traído hasta aquí todavía se me antojan demasiado frágiles, demasiado complicadas. No soy una persona insegura, pero de vez en cuando aflora cierto pensamiento. Un pensamiento parecido a…

«Si no existiera Vivi, ¿estaría Winter interesada en mí?».

«Las cosas me van bien, pero no conduzco un McLaren ni tengo una mansión, y tampoco fui a la universidad».

Pero intento apartar esas ideas de mi mente. Esto es nuevo para mí, así que esos sentimientos son normales. Además, soy yo el que está caminando ahora mismo hacia la mujer que lleva casi dos años metida en mi cabeza.

—No me puedo creer que te casaras con un tipo que tenía una matrícula personalizada. Creo que eso es lo peor de todo.

—A él le parecía muy ingenioso.

—Se me ocurren muchos adjetivos para él, pero después de esa conversación, «ingenioso» no es uno de ellos.

—Lo siento. —Winter se muerde el labio inferior. Yo subo los escalones de dos en dos para llegar junto a ella.

—Winter, si vuelves a disculparte en su nombre te voy a tumbar en mis rodillas y te voy a dar unos azotes.

Pone unos ojos como platos y yo alargo los brazos para coger a Vivi. Después de las últimas horas, necesito un abrazo, y cuando quien te lo da es una bebé adorable la sensación es completamente distinta. Me encanta que me toque la barba con las manitas, su olor, cómo me mira y balbucea como si yo fuese capaz de entender su idioma feliz y sin sentido.

—Pensaba que a estas alturas ya se habría dado por vencido. A Summer le hizo lo mismo.

Le pongo una mano en la cabeza y le doy un fuerte beso en la frente. Luego la atraigo hacia mí y le acaricio la sien con la barba.

Y nos abrazamos los tres.

Porque puedo.

—Bueno, ¿y qué pasó con la denuncia por todo lo que pasó? Summer era su paciente. Y menor de edad.

Ella se queda muy quieta.

—No lo denuncié.

Me aparto de ella de golpe.

—¿Qué?

Winter suspira con pesadez. Se la ve exhausta.

—Iba a hacerlo, pero me puso en una tesitura que me impide hacerlo, y lo sabe.

—¿Por qué no lo puedes denunciar?

Vivi empieza a moverse, inquieta. Está harta de estar en brazos. Quiere gatear, explorar, trepar y dar rienda suelta al pequeño demonio que hay en su interior, así que empiezo a dar botecitos, con la esperanza de que se entretenga.

—Porque si lo denuncio arrastraré a Summer. Eso es lo que siempre me ha disuadido. Ahora por fin es feliz. Por fin ha dejado atrás toda esa mierda. No quiero hacerle eso, y él lo sabe. Es la única razón por la que se sigue atreviendo a presentarse aquí.

Aprieto los dientes. Odio esta situación, sobre todo por Winter, pero también por mí, porque no soporto los sentimientos que me genera. Celos, ansiedad e inseguridad.

Rob Valentine no me gusta un pelo. Y, sobre todo, no me fío de él.

—Bueno, pues hoy le he dicho que está haciendo méritos para que le pongamos una orden de alejamiento. —Winter asiente y aprieta los labios—. ¿Qué pasa?

—No sé, es solo que es tan… orgulloso. Tenía la esperanza de que acabara aburriéndose de esto y me dejase en paz de una puta vez. He pensado en las cosas que puedo hacer, las acciones que puedo emprender… Pero la verdad es que lo único que quiero es ser tan irrelevante para él como para que se canse y pase página.

Alargo la mano hacia la puerta y la abro para que entre.

—No creo que eso vaya a pasar.

—No, yo tampoco —admite mientras entra en casa—. Pero ya me encargo yo. No quiero que te preocupes.

Resoplo y cierro la puerta.

¿Cómo no me voy a preocupar si en esta casa viven dos de las personas más importantes de mi vida y en solo unas semanas tendré que volver a la carretera?

—¿Cómo ha ido con mi padre?

—Ha sido muy gratificante. Estoy oficialmente sin representante, y Geoff, sin trabajo —contesto mientras me quito las botas—. ¿Cómo ha ido por aquí?

Winter está en mitad del salón. Lleva unos pantalones cortos vaqueros con rotos y una camiseta ancha de Hamilton Athletics. Está morena y radiante, y se la ve diminuta en mitad de la casa.

Se encoge de hombros y aparta la vista, incapaz de mirarme a los ojos.

—La verdad es que te hemos echado de menos.

—¿Hemos? —Me acerco a ella enarcando una ceja—. ¿Te lo ha dicho Vivi?

—No —contesta, poniendo los ojos en blanco.

—Entonces ¿cómo lo sabes? —Ahora estoy frente a ella, esperando a que por fin levante la vista hacia mí. Estoy tratando de no hacerme ilusiones con recibir hoy algún gesto por su parte.

Porque hoy lo necesito.

Levanta la barbilla y me mira con los ojos azules y cristalinos y una suave capa de brillo en los labios.

—Vale. Tú ganas. Yo te he echado de menos —confiesa.

Y entonces me abraza.

# Treinta

## *Winter*

**Summer**: ¿Qué coño es esto? ¿Es un regalo de boda?

**Winter**: Jajaja. Por eso me enfadé cuando vi que no ibas a abrir los regalos delante de todos. Quería verte la cara.

**Summer**: ¿De dónde lo has sacado?

**Winter**: Lo encontré metido en una caja hace mucho tiempo y me lo llevé.

**Summer**: ¿ES LA PÁGINA ORIGINAL?

**Winter**: No. Es el mismo anuncio que tenías colgado en la pared, pero ampliado e impreso en un lienzo. El original está en un sobre pegado en el dorso junto con un cupón para un viaje.

**Summer**: ¡No podemos parar de reírnos! ¡Es enorme! No sé dónde lo vamos a poner. ¡Es el mejor regalo del mundo!

**Winter**: Jajaja. Me alegro de que os guste. Yo te sugeriría que encima de vuestra cama. Por los viejos tiempos.

**Summer**: Estoy tiesa. Muerta. Eres la mejor.

**Summer**: *foto de Rhett de pie al lado del lienzo con una sonrisa y el pulgar hacia arriba*

—Muy bien, Vivi. Di «papa».

Vivi, que está sentada en su trona, va cogiendo pedacitos de plátano y metiéndoselos en la boca. Me observa, pero no habla. Últimamente, cuando Theo no está en casa, estoy intentando que diga «papá». Theo se ha perdido momentos importantes que tuvieron lugar durante los meses que no sabía de su existencia, y sé que le duele. Que lo pone melancólico. Sin embargo, no se lo permite. Él siempre tiene que estar feliz, y algún día eso le explotará en la cara.

No es normal.

—Pa. Pa —insisto.

Ella sonríe y me señala.

—Mama.

Sonrío de inmediato. «Mama». A veces me da la sensación de que necesito pellizcarme para comprobar que esto es real. Lo deseé durante tanto tiempo que apenas me lo parece.

—¿Dónde está papá? —Me vuelvo y miro a mi alrededor, lo que hace que Vivi responda de igual manera. Se coge a la bandeja de la trona con las manitas y gira el cuerpo sentada en la silla.

Dice varias palabras, pero no significan nada. Hasta yo he formado frases más coherentes después de demasiados chupitos de tequila.

—Ah, ¿sí?

Contesta con sus felices balbuceos.

—Sí, está en el trabajo, justo en la calle de detrás, en el gimnasio de la tía Summer.

Contesta con un ruidito.

—¿Lo echas de menos? La verdad es que yo también. Es raro. Y desconcertante.

Canturrea.

—Bueno, pues porque es tan guapo que cuando lo tengo cerca mi cerebro deja de funcionar. Y tan dulce que mi corazón se olvida de

que en el pasado se rompió en mil pedazos.

Lanza un trozo de plátano al suelo y el golpe húmedo hace que Peter salga corriendo de dondequiera que estuviera durmiendo para zampárselo.

«Sordo, mis narices», pienso.

—¡Ga!

Me vuelvo corriendo hacia Vivi, pero está señalando a Peter.

Decido que nunca, jamás, le contaré a Theo que creo que ha dicho «guau» antes que «papá».

—¿Papa? ¿Quieres que vayamos a verlo? Vivi, ¡es una idea excelente!

Así que eso hacemos. Cojo mi mochila del gimnasio, a nuestro bebé, mi cerebro roto y mi corazón, que ya no lo está, y salgo por la puerta de atrás para ir a ver a Theo.



—¿Por qué ahora?

—Porque necesito entrenar. —Ajusto las correas del portabebés en los hombros de Summer.

—Pero… ¿ahora mismo?

—Sí, ahora mismo.

Esta mañana, no mentía cuando decía que echaba de menos a Theo. Y luego las cosas se han puesto raras con lo de Rob y lo de mi padre y casi no hemos hablado. Y, francamente, cuando se trata de Theo Dale Silva, me pongo un poco sensible.

—Pero ahora estoy en mitad de una sesión de entrenamiento. —Señala a Rhett y a Jasper, que están charlando delante de un montón de cajas apilables en las que les hace saltar.

—Bah. —Ajusto el cierre del portabebés—. Ellos no cuentan. Además, Vivi me ha dicho que quería estar un rato con su tita.

Summer mira a su sobrina y sonríe. Y luego pone esa vocecilla dulce que emplea solo con Vivienne.

—Ah, bueno, ¿por qué no me lo ha dicho antes? ¡Si es mi personita preferida!

Vivi sonríe y suelta una risita burbujeante, enseñando los dos dientecitos de abajo, que la hacen parecer una calabaza de Halloween.

—Pero hasta Theo está ocupado. Desde esta hora más o menos hasta la cena todo suele estar ocupado. Si…

Dejo de escucharla y miro a mi alrededor buscando a Theo. Sé que viene a trabajar por las tardes. Nunca le había dado mucha importancia, pero hoy, cuando ha salido de mi casa, parecía nervioso. No me ha besado. Se ha limitado a decir que tenía clientes y que volvería a tiempo de hacernos la cena. Me ha guiñado un ojo, sí, pero luego se ha ido sin más. Y mi mente ha hecho esa cosa tan suya de imaginarse todos los sitios a los que podría ir, y con quién podría estar, y ¿qué pasará si conoce a una chica menos complicada e insegura que yo?

¿Quién podría reprocharle que quisiera algo así?

Así que he decidido que el mejor modo de tranquilizarme era venir a ver con mis propios ojos que, en efecto, estaba en el gimnasio. Trabajando. Y no follándose a una veinteañera con las tetas simétricas.

—¿Estás buscando a Theo?

—Sí.

—Está allí. —Mi hermana señala con la cabeza el otro extremo de la zona con césped artificial, donde Theo se está mirando el reloj mientras una veinteañera que está buenísima y tiene unas tetas enormes y muy simétricas está empujando un trineo metálico con pesas por el suelo.

—¿Es que también entrenáis a conejitas de *Playboy?*

Summer se ríe por la nariz.

—No, pero, como ahora vienen a entrenar muchos deportistas, te mentiría si te dijera que la clientela femenina no ha cambiado un poco. Antes las únicas que se los comían con los ojos eran las

señoras de la clase de zumba; ahora, tengo chicas que vienen desde la ciudad varias veces por semana a entrenar aquí.

—Pues vaya. —Me miro las uñas e intento decidir cuál será el próximo color con el que me las pinte. Puede que verde, para que haga juego con cómo me siento ahora mismo—. Seguro que es muy bueno para el negocio.

—Winter… —La voz de mi hermana desprende cierta amabilidad —. ¿Estás…?

—¿Celosa? —la interrumpo, medio susurrando medio gritando—. Irracionalmente. ¿Es que todas sus clientas están así de buenas?

Summer se ríe. Se ríe de mí y de mi arrebato en mi cara.

—Win, nunca te había visto tan alterada por… Por nada. Es adorable.

—Cállate. —Aprieto los labios.

—¡Es que me hace muy feliz!

—Summer, vete a ponerte sentimental a otra parte. Me incomoda.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada todavía más alta. No la he ofendido en absoluto. Y luego se vuelve a torturar a su nuevo marido y al amigo de la familia con su sobrina en brazos.

¿Y yo? Pues me pongo a hacer la rutina de ejercicios que me preparó Theo. Tal vez hoy no se note, pero cada vez que vengo al gimnasio me siento un poco mejor. Un poco más tranquila. Más segura de mí misma. Siento que tengo algo más de control sobre mi vida.

Lo miro desde la prensa de piernas y me pregunto si debería haber ido a saludar. Decido que eso me haría parecer aún más desquiciada.

Cuando termino otro set, me arriesgo a echar otro vistazo por encima de la plataforma donde tengo los pies. No se ha dado cuenta de que estoy aquí, lo que está bien. Parece concentrado. Muy profesional. Me tomo un respiro de mis labores como espía cuando pone las manos sobre el hombro de la mujer para corregirle la postura.

Y así se sucede mi entrenamiento. Música rap a todo volumen en mis auriculares, miraditas constantes a Theo Silva y arrepentimiento por no haber dejado los ojos quietecitos.

Al final, me canso de mi operación clandestina y renuncio a la discreción. Estoy tumbada en El Banco haciendo mi última serie de abdominales cuando por fin se acerca.

Se agacha a mi lado y me pone una mano sobre la rodilla. Yo mantengo la mirada fija en el techo, incluso cuando su aliento caliente me hace cosquillas en la oreja.

—Disculpe, señora, pero me veo en la obligación de recordarle que luego tiene que desinfectar este banco. La última vez que lo utilizó… —baja la voz—, se corrió tanto que me dejó la cara empapada.

Me sonrojo.

—Esa bromita tiene cada día menos gracia.

—No es verdad. —Me roza la oreja con la barba.

—¿Qué haces? ¿No estabas trabajando?

—Sí, pero entonces te he visto. No sabía que estabas aquí. Y no iba a seguir a lo mío sin venir a saludar a mi chica.

Me vuelvo hacia él por fin y lo miro a los ojos.

—¿Eso soy?

—¿El qué?

—Tu chica.

—Es lo que intento decirte todo el rato. Tienes que ir a revisarte el oído. Ya os llevaré a Peter y a ti al veterinario para que os mire la sordera de una vez.

—Es que no sabía si… si éramos algo de verdad. O sea, en público y todo eso. —Muevo la mano nerviosa, pasando olímpicamente de su broma.

—Ah. Hum… —Se inclina un poco hacia atrás y mira a su alrededor. Yo aparto la vista mientras esa vocecilla malvada de mi mente me dice: «¿Lo ves? Te lo había dicho».

Me coge de la barbilla con los dedos firmes para que vuelva a mirarlo a los ojos.

—Winter, claro que somos algo —me asegura—. Lo somos todo.

Y entonces me besa. En mitad del gimnasio. Cuando debería estar haciendo caso a la chica de las tetas simétricas.

Me encuentra.

Me besa.

Me pertenece a mí.

Una vez creí tener todo eso, y no era así.

Pero el hombre que me besa ahora… Aquí, en público, durante una cantidad de tiempo inapropiada…

No es el mismo hombre.

Es un hombre mejor.

Me desliza la lengua por la boca una última vez antes de apartarse, con esos ojos de ónice brillante concentrados en mí, y solo en mí.

—Termino a las siete. Y entonces saldremos.

—¿Saldremos?

—Sí. A cenar. A tomar algo. Lo que sea. Es una cita.

—¿Una cita?

Sonríe y se pone de pie.

—Sí. Todavía no hemos tenido ninguna, ¿verdad? Ponte un vestido provocativo para mí.

—¿Vamos a beber tequila otra vez?

Se da la vuelta mientras suelta una profunda carcajada.

—Por qué no, Campanilla. Te lo lameré de la piel cuando lleguemos a casa —contesta.

Tan alto que todo el mundo se nos queda mirando. Y me da exactamente igual.



—Un baile.

¿Cómo he permitido que me traiga aquí después de esa cena maravillosa? El Andén es un pub de *country* que hay en el pueblo.

Ha sofisticado su rollo a lo *western* con cálidos acabados de madera y detalles industriales. Y está abarrotado de gente.

—Theo…

Me ha dicho que quería presumir de mí. Por eso lo he permitido. Tocada y hundida.

—Winter…

—Es un pub de *country*. Yo no sé cómo… —Señalo la pista de baile—. Cómo se hace lo que sea que es esto. ¿Tú sabes?

—¿El *two-step?*

—Sí. Ni siquiera me pareces tan *country*.

Arruga el rostro.

—Crecí en un rancho. Me gano la vida montando toros. ¿Qué más quieres de mí?

—No sé. Siempre vas con botas militares y una camiseta ajustada. Y una camisa de cuadros o lo que sea. ¿Y los vaqueros Wrangler? ¿Y el sombrero de *cowboy?*

—Ese es mi uniforme de trabajo. Es parte del deporte que practico. No tengo que vestirme así todo el tiempo. ¿Quieres que empiece a hablar también con acento tejano y a llevar una brizna de paja entre los dientes? ¿Debería aprender a tocar el banjo?

Me estremezco.

—No, por favor. El niño de *Defensa* me lo estropeó para siempre.

Me tiende la mano.

—Vamos.

Ya está tirando de mí hacia donde está la gente. Sé que nuestros amigos también están ahí porque «daba la casualidad» de que ya estaban en el bar cuando hemos llegado nosotros, después de cenar. Summer, Willa, Sloane… Todos los chicos. Resulta que los lunes son los nuevos viernes.

—Vale, está bien. Solo un baile. Pero solo porque no me has dejado invitarte a cenar.

Resopla y me vuelve hacia él. Me pone una mano en la cintura y con la otra me coge de los dedos con suavidad. Le sale natural. Me calma.

—No te equivoques. Te he invitado para que luego te acostaras conmigo.

Es tan ridículo que me hace reír.

Tan jodidamente encantador que nos quedamos en la pista durante más de un baile. Nos quedamos hasta que estoy sin aliento, y no hago más que reírme atolondrada, y tengo el pelo mojado en la zona de la nuca.

Me ha hecho girar y danzar. Me ha besado. Ha presumido de mí.

Nunca me había sentido tan adorada por nadie como por él, en mitad de una pista de baile abarrotada y rodeada por un montón de gente que no conozco, con las manos de Theo sobre mi cuerpo.

Y tampoco me había sentido nunca tan excitada, porque Theo baila genial. Sus habilidades en la pista son tan impresionantes que parece que yo también sepa bailar.

—¿Dónde aprendiste a bailar así?

Sonríe con una chispa de nostalgia en la mirada.

—Mis padres. Siempre estaban bailando. Mi padre era un bailarín excelente.

—¿Sí? No hablas mucho de él.

Me atrae hacia él.

—Murió montando un toro. Sigo decidido a ganar un campeonato, igual que hizo él. Es mi objetivo. Pero me da la sensación de que, si me permito hablar mucho de él, empezaré a preguntarme qué cojones hago subiéndome a un toro que quiere matarme decenas de veces al año.

Sospecho que hay algo más. Sospecho que Theo, como yo, también tiene sus traumas relacionados con su padre, que tiene objetivos que cumplir para sentirse merecedor de su legado. Porque, a juzgar por todo lo que investigué en internet cuando descubrí que estaba embarazada, su padre fue uno de los mejores. Una leyenda. Uno de los primeros jinetes brasileños que dejaron huella en el circuito norteamericano.

—¿Es él la razón por la que decidiste dedicarte a la monta de toros?

—Sí. Era como su sombra. Siempre quería hacer todo lo que él hacía.

—¿Cuánto te falta para llegar a las finales de este año? Después de este tiempo sin montar, ¿estás muy atrasado en la clasificación?

Ladea la cabeza y estudia la expresión de mi rostro.

—Campanilla, ¿por qué me da la sensación de que sabes alguna que otra cosa sobre la FMMT?

Sonrío con la cara pegada a su pecho.

—Puede que te haya buscado alguna que otra vez en Google.

Siento la profunda vibración de su risa.

—Así que me buscaste como loca en internet, ¿eh?

—Una investigación objetiva.

—Claro. Eso suena mucho más académico y mucho menos perturbador.

—No soy ninguna perturbada.

—¿Por eso hoy me estabas espiando desde detrás de la prensa de piernas?

«Ay, Dios. Tierra, trágame».

—Cállate, Theo.

—Me ha parecido atisbar una melena rubia y unos ojos azules entre todas esas máquinas de metal. Ha sido adorable. ¿Eso también era una investigación objetiva? —Gimo contra su pecho—. Guapa y lista, pero no muy discreta.

Me pongo recta.

—Nueva regla: solo puedes entrenar a gente que sea menos guapa que yo.

Pone los ojos en blanco en un gesto teatral.

—O sea, a todo el mundo, Campanilla. Me tienes a tus pies, ¿no te das cuenta? Solo te veo a ti. Tienes toda mi atención. Hasta la última gota.

—¿Yo?

—Sí, tú y tus comentarios mordaces. Tú por las mañanas, cuando estás malhumorada hasta que te llevo un café. Tú cuando pones esa voz bobalicona para hablar con Vivi. Tú, por lo dulce que eres bajo

toda esa indiferencia y profesionalidad. Me gusta hasta que me espíes. Me hace sentir especial. —Me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco e intento reprimir una sonrisa.

—No soy dulce.

—Sí que lo eres. Te he probado. Y ahora quiero probarte otra vez. Vámonos de aquí.

# Treinta y uno

## *Winter*

**Summer**: ¡MÁS BEBÉS!

**Willa**: ¿Lo dices porque Theo se acaba de llevar a Winter a rastras como un hombre de las cavernas en celo?

**Summer**: Mierda, no quería ponerlo en el grupo.

**Willa**: Ooooh. ¿Tenéis un chat de hermanas?

**Summer**: 🫵

**Sloane**: ¿Qué significa ese emoji? A mí me parece que lleva una polla en la frente.

**Willa**: ¿Perdona?

**Sloane**: O que es Pinocho de perfil.

**Summer**: Sloane… Es una mano. Un saludo militar. En plan: ¡SÍ, SEÑOR!

**Sloane**: ¿En serio? Voy a fijarme más… 🫵

**Willa**: ¿Una polla en la puta cara? ¿Pinocho? Si hay dibujados unos bultitos para marcar los dedos. Que alguien le quite la cerveza.

**Sloane**: Sea como sea, espero que Winter tenga una polla en la cara en estos momentos.

**Willa**: Vaya manera de cambiar de tema.

**Sloane**: 👈



Theo abre el asiento del copiloto de su camioneta, pero, en lugar de dejarme pasar, es él quien entra en la camioneta.

—¿Qué ha…?

Antes de que pueda terminar la pregunta, me levanta como si no pesara nada, me sienta a horcajadas sobre él y cierra la puerta.

—¿Qué ha…? —intento preguntar de nuevo, aunque ya le estoy acariciando la nuca, haciéndole cosquillas en el pelo corto. Sin embargo, me interrumpe con un beso, robándome cualquier palabra o pensamiento coherente directo de la boca.

—No voy a poder llegar a casa sin antes estar dentro de ti. Voy toda la noche empalmado por culpa de este vestido.

—Me has pedido que me pusiera algo provocativo —me río contra sus labios cuando voy a por más—. Pero esto está lleno de coches.

—¿Y? —Me arrastra los labios por un lado del cuello, hacia mi mandíbula, mientras mete las manos por debajo del vestido *babydoll* que he elegido para esta noche, ancho y con detalles de encaje. Los tirantes se atan a los hombros con un lazo.

Queda muy mono con mis botas de *cowboy*.

—Podrían vernos…

Me aparta las bragas con una mano y empieza a acariciarme. Ya estoy mojada.

—Mejor. ¿Todavía no te has dado cuenta de que eso me pone? Adelante. Grita. —Me besa por la clavícula—. Espero que alguien te vea montada encima de mi polla y gritando mi nombre. Espero que se lo cuenten a todo el mundo. Que lo publiquen en el periodicucho del pueblo, sea cual sea. Que lo pongan en un cartel al lado de la carretera.

—Qué grosero. —Me río de nuevo mientras él me baja un tirante y se mete el pezón en la boca. Lo lame y lo chupa, y, cuando

muerde la punta sensible, antes de bajarme el otro tirante para ofrecerle al otro las mismas atenciones, yo balanceo las caderas contra él.

Retrocede un poco para contemplarme, jadeante, con los pechos expuestos.

—Qué guapa, joder.

Y cuando él me mira me siento hermosa. No deseo que haya menos luz. No deseo que se apresure y desvíe la mirada hacia otra parte. Podría tumbarme desnuda ante él y deleitarme viendo cómo aprecia mi cuerpo.

De repente, me abruma la necesidad de sentirlo dentro de mí. Mis manos van hacia sus vaqueros, hacia su cinturón. Él levanta las caderas y se los bajo. Se la agarra con una mano y frota el grueso capullo por mi hendidura mojada.

Pero soy impaciente. Apoyo las manos en sus hombros y me hundo un poco en él. Cuando lo tengo dentro, echo la cabeza hacia atrás, aliviada.

—Sí… —jadeo.

—Qué estrecha estás, joder. —Gime aunque no se esté moviendo.

Me hundo un poco más y él me agarra del culo. Noto que le tiemblan las manos mientras me acaricia.

—¿Estás intentando matarme, Campanilla?

No respondo. Decido llevar los labios a su cuello, besarlo igual que él me besa a mí.

En la base del cuello.

En la cicatriz de la clavícula.

En la oreja, donde le mordisqueo y susurro:

—Nunca nadie me había hecho sentir tan bien. Como si no necesitara cambiar, como si no estuviera rota. Como si no necesitara que me salvaran. A veces es todo tan rápido con nosotros que… necesito saborearte unos instantes.

Lo beso en la mandíbula; al lado de la boca. No reacciona, pero tampoco le doy la oportunidad, porque entonces sigo bajando sobre su erección y le estampo un beso pasional en la boca. Le acaricio los

pectorales y los hombros mientras sus manos corren por mi espalda, sin olvidarse de volver a mis nalgas.

Cuando por fin me la meto entera, gime dentro de mi boca. Noto como se hincha en mi interior, como llena hasta el último milímetro de mí. Como si estuviera hecho para mí.

—Theo… —gimo acurrucada en su cuello. Roto las caderas y arqueo la espalda, empujando el culo contra sus manos.

—¿Has aprendido a correrte sola desde aquella noche?

—Sí.

«Una y otra vez, mientras pensaba en ti, en cómo me hiciste ascender al cielo».

—Enséñamelo. —Coge la falda del vestido y la sube, arrugándola a la altura de mis caderas—. Recuéstate hacia atrás. Juega con tu coño y córrete con mi polla dentro. Quiero volver a verte.

Me arde el cuerpo entero. No vacilo.

La guantera no está muy lejos de mí, así que me recuesto hasta que noto el material frío contra mi espalda. Theo se desliza un poco por el asiento para acomodarse en mi interior, y aún lo siento más grande, siento que me llena, que me estira hasta el límite. Siento el flujo de humedad que brota de mi interior. Bajo la mano y lo extiendo sobre los dos.

Recorro con un dedo el punto en el que mi piel se encuentra con la suya. Blando y duro. Mueve las caderas y lo siento. Me siento a mí.

Siento lo bien que encajamos.

—Dios, Winter. No tienes ni idea de lo que haces conmigo. —Me mira con ojos brillantes que dejan una chispa de fuego a su paso.

Muevo los dedos en la base de su miembro mientras él me folla lento y suave. Es excitante. Sin prisa. Siento que tengo permiso para explorarlo. Para explorarnos a los dos.

Siento que tengo todo el tiempo del mundo porque sospecho que estamos haciendo algo más que intentarlo.

Me da la sensación de que lo nuestro es permanente. El sexo es nuevo, pero llevo todo el verano aprendiendo a necesitarlo a él.

Deslizo los dedos hacia mi clítoris y empiezo a ejercer presión, bajando la barbilla, mientras Theo mueve las caderas para entrar y salir de mí. No puedo apartar la vista. Es… Me pone muchísimo ver cómo me penetra.

Sin atisbo de vergüenza, me froto el clítoris dibujando círculos con firmeza, con un dedo y luego con dos. Y luego los muevo arriba y abajo, más rápido.

—¿Te gusta verte con una polla dentro, Winter?

Ni siquiera lo miro a los ojos; sigo fascinada con su grueso miembro embistiéndome a un ritmo lento y constante, fascinada con las venas marcadas. Me froto el clítoris de forma aún más frenética.

—Me gusta verme con tu polla dentro.

Acomete con las caderas y me la clava hasta el fondo, estampándome contra el salpicadero. Me pone una mano en la cara interna del muslo para abrirme más de piernas, mientras me sujeta de las caderas con la otra.

—Me alegro. Porque es la única polla que vas a tener dentro.

Y entonces ambos perdemos el control. Somos una maraña de brazos y piernas, de maldiciones y gemidos, de nombres susurrados y movimientos bruscos. Y todo me parece una sinfonía perfecta. El *crescendo* perfecto.

Dulce y sucio a la vez.

Lento y duro a la vez.

Estampa la boca contra la mía y susurra:

—Espero que esta vez estés tomando la píldora, porque vas a ir goteando mi corrida todo el trayecto a casa.

Y no necesito nada más. Sus palabras, su polla, mis dedos. Combustionamos a la vez. Un estallido de luz, una llamarada de calor. Temblamos, sudados, respirando con dificultad.

Siento que mi cuerpo lo estrecha con todas sus fuerzas; siento que palpita en mi interior. El cuerpo me vibra hasta en las partes en las que nunca había reparado.

Lo siento todo. Todo.

Y, cuando me atrae contra su pecho, me siento amada.

Me abraza, mientras ambos respiramos con dificultad, y entonces él cubre delicadamente el punto en el que estamos unidos con la falda de mi vestido, justo cuando oigo…

Voces.

—Theo…

—No hagas caso, Winter. Cállate y bésame. Conmigo estás a salvo.

Se pone recto, me peina el pelo con los dedos en el lado más cercano a la ventana y se adueña de mi boca con una pasión desgarradora. Oigo a la gente pasar, pero no los miro. Toda mi atención está con Theo; mi cuerpo, en perfecta armonía con el suyo.

Oigo unas risitas.

—¡Esos dos se están enrollando!

Y sonrío mientras lo beso.

No saben que estamos haciendo mucho más que enrollarnos.

Ni que siento que lo que ha pasado entre nosotros esta noche es mucho más que sexo.

# Treinta y dos

## *Theo*

**Theo**: ¿Qué tal el baño?

**Winter**: Bien.

**Theo**: ¿Solo bien?

**Winter**: Era tranquilo hasta que me has escrito.

**Theo**: ¿Qué estás haciendo?

**Winter**: Disfrutarme. Déjame tranquila.

**Theo**: Mándame un foto y te dejo en paz.

**Winter**: ¿Qué vas a hacer con ella?

**Theo**: Enmarcarla.

Winter está apoyada en la encimera de la cocina. Le doy su café de la mañana y la beso con dulzura en la boca carnosa. Siento su sonrisa, a pesar de que ambos sabemos que hoy vuelvo a la carretera.

—¿Qué tal tu baño?

Peter se sienta a sus pies y la mira como si el enamorado fuese él. No sé cómo ha pasado de mirarlo como si fuese un foco de enfermedades a llevárselo con ella a todas partes y darle de comer todo lo que un perro no debe comer. Durante las últimas semanas, en las que hemos estado viviendo juntos de verdad, Winter y él se han hecho inseparables.

Tiene la piel sonrosada después del rato que ha pasado en el agua caliente, así que no sé si se ha ruborizado o no. Pero, a juzgar por cómo baja la vista a la taza de café que tiene en las manos y le da un buen trago para evitar responderme, su baño ha estado muy muy bien.

Además, tengo una foto que lo demuestra.

—Si me hubieras avisado con un poco de antelación, podría haberle dejado a Vivi a mi madre y venir a ver el espectáculo —añado.

—Theo… —Mira a nuestra hija, que se sujeta de mi rodilla con una mano mientras se aleja de mí a pasitos diminutos, buscando los límites de lo que es capaz de hacer—. Cuidado con lo que dices delante de ella. Y ya viste tu espectáculo anoche.

—Winter… —contesto, imitando su tono de voz. Me río cuando pone los ojos en blanco—. No he dicho nada. Y los dos sabemos que la única culpable de hablar como un camionero delante de ella eres tú. Y hoy es un nuevo día; ese espectáculo fue ayer. Uno tiene sus necesidades.

—Eres un gua… —Se interrumpe de repente y se queda con la mirada fija en el suelo.

Y, cuando sigo su mirada, yo también me quedo paralizado.

¡Vivi está caminando! Se dirige hacia las piernas de su madre con los brazos extendidos y parece una personita borracha. Hace ya semanas que se aventura a ir de la silla al sofá y del sofá a la mesa, aferrándose a la pared. A veces la animo a que dé un pasito sin sujetarme el dedo, pero todavía no había llegado a ese punto.

Parece casi que se esté cayendo encima de Winter, pero llega hasta ella y levanta la carita para mirarnos. Tiene los ojos oscuros

muy abiertos, y abre también la boca, formando una «o» graciosísima, como si ni ella misma se lo pudiera creer.

—¡Lo has conseguido! —chilla Winter mientras deja el café sobre la encimera.

La pequeña chilla y aplaude feliz. Parece orgullosísima de sí misma.

Me agacho a su lado y levanto la mano.

—¡Choca esos cinco, pequeña! ¡Lo siguiente, montarte en un toro!

Me golpea la mano y se ríe todavía con más ganas. Siento la necesidad imperiosa de cogerla en brazos, pero me da la sensación de que no es la forma más adecuada de celebrar su nuevo logro; sería como cortarle las alas en cuanto ha aprendido a volar. Así pues, me arrodillo y le doy un abrazo enorme sin levantarla del suelo. Le hago una pedorreta en el cuello y ella se retuerce y se ríe.

—Dios mío. —Winter está contemplando a su hija con una mezcla de orgullo y horror en el rostro.

—¿Qué pasa?

—Estaba tan emocionada porque aprendiera a caminar que… no me he dado cuenta de lo jodida que voy a estar cuando sepa. O sea… ¿cómo se controla a un ser humano que no tiene ningún instinto de supervivencia y que puede andar? ¿Correr? ¡Ni hablemos de montarse en un toro!

No puedo evitarlo: me echo a reír:

—¡No tiene gracia, Theo! Ya tiene ese gen pirado de los Silva. ¿No la viste el otro día? ¡Me di la vuelta diez segundos de nada y trepó por una silla para subirse a la encimera!

—Ya lo sé. Yo la estaba vigilando; estaba intentando encontrar la manera de subirse para coger una galleta. No le pasó nada. La verdad es que, si lo piensas, fue impresionante. Es tan lista como su mamá.

—Lo que va a ser impresionante va a ser tratar de mantenerla con vida mientras tú estés fuera. Desde que te tengo aquí, me he

ablandado. Tendré que impedir que haga parkour y prepararme mi propio café al mismo tiempo. Es una putada, si lo piensas bien.

Está bromeando, pero hay algo de verdad en sus palabras. Desde que le dejé claro a Winter que estábamos juntos, hemos vivido en una burbuja de felicidad.

No tuvimos grandes conversaciones al respecto. Simplemente, nos adaptamos a esta nueva y acogedora normalidad. Mi madre seguirá viviendo en la casa de al lado un par de semanas más, hasta que tenga que volver a Emerald Lake, lo que es a la vez una bendición y una maldición. Y yo, sin prisa pero sin pausa, he ido trasladando mis cosas a esta casa.

Winter es muy graciosa. De vez en cuando, vacía un cajón y lo deja abierto, como una invitación muda a que siga trayendo mis cosas. Es como si no fuese capaz de creerse del todo que lo que hay entre nosotros es real, de que esto es importante. Aunque sé, por cómo se pasa las noches abrazada a mí, que en el fondo lo sabe. Y por cómo se pasa por el gimnasio como si nada mientras trabajo solo para saludarme… y para fulminar con la mirada a mis clientas.

Pero hoy es el día en el que todo cambia.

—Igual puedo tomarme una semana más —anuncio mientras miro a mi hija a los ojos. Sigue ahí de pie, escuchándonos, mirándonos a uno y luego al otro como si estuviera participando de la conversación.

—Ni hablar.

Me sorprendo al oír el tono tajante de Winter.

—¿Disculpa?

Levanta un dedo para señalarme.

—De ningún modo. Escúchame, Theo Dale Silva. Y escúchame con atención. Vas a ir al pueblucho al que tengas que ir…

—No es un pueblucho, es Billings, en Montana, Campanilla.

—Lo único que conozco de Montana es *Yellowstone*.

—¿El parque nacional?

Resopla.

—No, la serie de televisión. Así que vas a ir al rancho Dutton o a donde coño tengas que ir, y vas a darle una paliza a todos esos paletos.

Me cruzo de brazos y me acerco para apoyar una cadera en la encimera y ponerme frente a ella.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. Porque tú eres capaz de comértelos con patatas. Y lo deseas con el fervor necesario para lograrlo. Y no quiero tener que decirle un día a Vivi que su padre renunció a sus sueños porque su madre se convirtió en una mujer dependiente.

Me río con suavidad.

—Tiene usted una manera muy extraña de decirme que no solo le gusto, doctora Hamilton. ¿No te da miedo que me haga daño?

Hace un gesto como quitándole importancia y da un trago de café.

—No. Eres demasiado terco. Repítetelo hasta que estés convencido, Theo. Quiero que ganes. Si te haces daño, yo misma te arreglaré. Y luego te ataré al toro si es necesario.

Aprieto los labios para contener una sonrisa.

—Eso me pone bastante, la verdad. Como una doctora sexy con las cuerdas para el bonda…

Señala a Vivi, que me está mirando con esos ojos marrones imposiblemente grandes y una expresión de asombro, como si yo convirtiera en oro todo lo que toco.

Y entonces lo comprendo. La verdad me cae encima como un puñetazo en el estómago.

No quiero dejar a Winter, pero esa no es la única razón por la que no me apetece marcharme.

Es porque quiero a esta pequeñina con todo mi corazón. De esta bebé cuya existencia hace dos meses ni siquiera conocía. Esta pequeña, que se ha convertido en todo mi mundo sin proponérselo.

La razón por la que no quiero marcharme es que no quiero perderme nada.

Ni sus primeros pasos.

Ni su primera palabra.

Ni su primera herida.

No quiero perderme ni una sola cosa porque ya me he perdido demasiadas.

—Theo… —Winter habla con dulzura ahora, y sus dedos suaves se deslizan entre los míos y me aprietan la mano con delicadeza—. Estaremos bien. Nos pondremos contentísimas cuando vuelvas, pero sobreviviremos sin ti. Tienes que hacerlo. Si no, te arrepentirás.

Parpadeo.

—¿Y si no gano este año? Entonces también tendré que marcharme el siguiente.

—Entonces, el siguiente también estaremos aquí, esperando a que vuelvas. A mí tampoco me gusta nada la idea de volver al trabajo, pero el mundo no se para. Los sueños no desaparecen sin más. Encontraremos la manera. —Traga saliva con dificultad. Sé que todavía no ha terminado, y que se está dando ánimos interiormente para conseguir pronunciar las palabras—. Porque somos una familia.

Otro puñetazo en el estómago. Winter es tan suya que a veces, cuando hace comentarios como este, me da la sensación de que por fin ha deshecho uno de los nudos de su mente. Que va asimilando las cosas sobre la marcha.

No puedo más que asentir.

—Pero, Theo… —Tira de mí y me desliza una mano por el pecho.

—Dime.

—Creo que el plan debería ser que ganes este año y también el que viene.

Winter no me ha dicho que me quiere, pero con ese comentario ya me lo dice todo. Que quiere que haga las cosas que son importantes para mí. Que estará a mi lado cuando las haga, que no está aquí para cortarme las alas. Que no solo necesita que esté aquí para ayudar con Vivi, que comprende que necesito sentirme realizado.

Vivi me tira de los vaqueros y balbucea algo ininteligible. Yo me agacho junto a ella de inmediato.

—¿De verdad? Yo también te voy a echar de menos. Muchísimo.

No importa que solo sean un par de semanas. Se me van a hacer larguísimas. Como si fueran una vida entera. Seguro que habrá crecido cuando vuelva. Que estará caminando por todas partes sin problema, que ya no se limitará a dar dos pasos para ir de su madre hasta mí.

Me acaricia una mejilla con la manita a modo de respuesta.

Estoy desbordado. Los últimos dos meses me han dejado emocionalmente exhausto, y no estoy seguro de haber asimilado todo lo ocurrido. Simplemente, me lancé al agua y empecé a nadar.

Así que acaricio las mejillas regordetas de mi hija y le digo lo que mi padre siempre me decía antes de irse. Lo último que me dijo en esta vida.

—*Te vivo,* pequeña.

Ella pestañea y me observa con atención. Sus labios en forma de corazón se curvan en una sonrisa que me resulta muy madura para sus años. O meses.

Y entonces me hace una pedorreta en la cara interna del brazo y el momento se desvanece. Encantada, se gira y le hace otra a Winter en la pierna desnuda. Y luego sigue practicando, como si acabara de aprender a tocar un nuevo instrumento.

Cuando levanto la cabeza para mirar a Winter, ella ladea la cabeza y pregunta:

—¿Qué quiere decir eso?

—¿El qué? —Le alboroto el pelo a Vivi y me pongo de pie.

—Lo que le acabas de decir.

*—¿Te vivo?* Es portugués. Mi padre nos lo decía siempre a mi hermana y a mí. Por desgracia, es lo único que sé decir en portugués. Significa más o menos eso, «te vivo».

—¿Y crees que era una manera de decir que os quería?

—Diría que es más que eso. —Me rasco la barba y miro a nuestra hija, que ahora está entretenida con su juego preferido, el que consiste en lanzarle a Peter el pollo de goma—. Más que te quiero,

es un «te veo en todas partes; estás en todo. Nuestra conexión es más que física».

—Hum… —Winter suspira mirando a nuestra hija—. Me encanta. Pero, oye… ¿Por qué nuestro idioma es el menos romántico del mundo? Dime más cosas en portugués.

—Ojalá supiera más. Mi padre se esforzó tanto en integrarse en la cultura norteamericana que no nos enseñó mucho de sus orígenes.

Winter frunce el ceño con suavidad.

—Es una pena. Quizá algún día podamos ir.

—¿Adónde?

—A Brasil. Para que Vivi aprenda cosas sobre su abuelo.

No, Winter no habrá pronunciado las palabras exactas, pero expresa su amor de otras maneras. Lo encarna con una naturalidad asombrosa.

Por la tarde, cuando hago las maletas para ir al aeropuerto, la estrecho entre mis brazos, la beso con pasión y le susurro al oído:

—*Te vivo,* Winter Hamilton.

Hago caso omiso de los instintos que intentan arrastrarme de nuevo al interior de la casa para estar con mis chicas y logro bajar los escalones de la entrada. Me dije que no miraría atrás. Ya sé que Winter tiene a Vivi en brazos, sobre su cadera. Ya sé que la pequeña está saludando con la manita diminuta y que Winter está apoyada en el umbral de la puerta, guapa hasta morir, con las piernas tonificadas al aire gracias a su vestido, que no es más que una camiseta larga.

Me dije que no miraría atrás.

Pero cuando oigo la voz de Winter, vehemente y áspera, decir: *«Te vivo,* Theo Dale Silva. Acaba con ellos», fracaso estrepitosamente.

No he sido capaz de apartar la vista de esta mujer desde el día que la conocí. No sé a quién pretendía engañar pensando que tendría la fortaleza necesaria para empezar ahora.

# Treinta y tres

## *Winter*

**Winter**: Buena suerte esta noche. Como dice la gente del teatro: ¡Rómpete una pierna!

**Theo**: Eso no es lo mejor que le puedes decir a un jinete, Campanilla.

**Winter**: Ni que te hubiera dicho «rómpete una clavícula».

**Theo**: Me parto.

**Winter**: Si ganas, la próxima vez que te vea te la chuparé en el coche.

**Theo**: Este tipo de motivación funciona a las mil maravillas conmigo.

**Winter**: Jajaja. Estupendo. Ah, Theo…

**Theo**: Dime.

**Winter**: Te echo de menos.

—Bien —digo cuando un hombre que no conozco sale disparado contra el suelo, como un dardo.

—Winter, me das miedo —contesta Sloane con una carcajada.

Theo se fue hace dos días y yo he estado haciéndome la indiferente. Pero, en realidad, su primer rodeo tras el parón me tiene hecha un manojo de nervios. Y mi capacidad de convertir cualquier cosa en una competición ha salido a relucir ahora que salgo con un deportista.

—Venga ya. No me digas que tú no maldices a cada tío que le quita el disco a Jasper.

—No te falta razón.

—¿No estás nerviosa? —pregunta Summer, que está sentada en el otro extremo del sofá.

—Sí. Deseo tanto que gane que no puedo estarme quieta.

—No, me refiero a nerviosa por si se hace daño —me aclara mi hermana—. Yo casi no podía ni ver cómo Rhett se subía en un toro sin que me entrasen ganas de vomitar. Que ahora se dedique a entrenar es perfecto. Quizá Theo también pueda hacerse entrenador.

—Ni de coña. —Si se dedica a entrenar a otras personas no podrá ganarlo todo.

—¿Por qué no?

—Porque todavía no es viejo ni está acabado. Déjalo vivir, Summer. No necesita otra madre —interviene Willa.

Está sentada en la alfombra con Vivi y Emma, que están jugando con un montón de muñecos de My Little Pony. Al parecer, Cade se los compra a Emma constantemente, lo que significa que hay una cantidad alarmante de ponis tirados por el suelo.

Una manada entera de arcoíris y destellos de colores.

Loretta se echa a reír. Está sentada en un sillón que ya es como si fuera suyo, con Peter hecho un ovillo en su regazo. Cuando pienso en que dentro de poco se irá, se me encoge el corazón. Sé que su vida está en Emerald Lake, pero las últimas semanas ha llenado un agujero que había en mi corazón.

Me siento como si fuera la madre que debería haber tenido.

He decidido aprovechar al máximo el tiempo que me queda con ella mientras Theo esté fuera. Me está ayudando a organizar el

primer cumpleaños de Vivi, aunque se marchará al día siguiente. Dice que será una forma muy divertida y festiva de despedirse.

Pero no sé si a mí me lo parecerá.

—Theo es muy capaz. Conoce bien su cuerpo. —Loretta me mira a los ojos—. Los últimos años ha madurado mucho. Creo que cuando esté subido en el toro tomará decisiones inteligentes; tiene muchas razones para volver a casa de una pieza.

Tengo un nudo en la garganta. Diría que su marido también tenía muchas razones para volver a casa sano y salvo.

Pero no lo hizo.

—¡Ahí está! —Sloane se inclina hacia delante y yo la imito de inmediato, con los ojos clavados en la gran pantalla de nuestro salón.

Veo a Theo subirse en las vallas de metal. Luce una camiseta de color crema que le queda que ni pintada en contraste con su piel morena y esos rasgos oscuros tan atractivos. Lleva puesto un sombrero negro de *cowboy,* pero va con un casco, también negro, en la mano.

Se lo cambia con la ayuda de Rhett, que está apoyado en la valla, a su lado. Veo que intercambian unas palabras, pero estoy demasiado obnubilada mirando a Theo como para intentar leerles los labios.

Está buenísimo. Parece una persona completamente diferente. Una experiencia radicalmente distinta a la que tengo en casa.

Los zahones de Theo son de color azul claro y están decorados con estrellas negras, y el chaleco protector también es negro, a juego con sus botas. En su rostro hay una expresión de pura concentración… con un destello de ferocidad.

Si tuviera delante a esta versión de él sería capaz de tirarme desnuda en la arena.

—Bueno, ahora me toca a mí alegrarme, porque Emmett se ha caído. —Summer desvía mi atención de Theo y Rhett hacia el fondo, donde un vaquero rubio está saliendo del ruedo enfurruñado.

—¿Por?

—Porque Emmett Bush es un gilipollas.

—¿El mismo Emmet al que casi le dejaste beberse un chupito de tus tetas? —pregunta Willa mientras coge una patata del cuenco que hay sobre la mesa y se la mete en la boca.

Summer se pone como un tomate.

—Esa noche estaba muy cabreada.

Todas nos echamos a reír, porque ya conocemos la historia. En realidad, lo que significa «cabreada» es que estaba tratando de poner celoso a Rhett. Y, a juzgar por cómo se ruboriza cada vez que sale a colación, voy a dar por hecho que funcionó.

Vuelvo a concentrarme en el televisor y termino arrodillada en el suelo, al lado de Vivi.

—¡Mira! —Señalo la pantalla—. ¡Es papi!

Se vuelve y juraría que se acerca un poco más a la tele.

Le acaricio los hombros solo para poder hacer algo con las manos mientras veo cómo meten en la manga a un toro blanco bastante feo, con el pellejo rosa alrededor de los ojos y manchas negras en el lomo. Tiene cara de malo.

Pero, cuanto más se corcovee el animal, más probable es que Theo reciba buenas puntuaciones, así que decido que eso es bueno.

Me sudan las manos. Y, cuando veo que Theo se pone el casco sobre su hermoso rostro, me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que me hago sangre. La jaula del casco oculta la mayoría de sus rasgos, pero atisbo sus ojos de ónice mirando a su alrededor hasta que cree que está mirando justo a cámara.

No puedo evitar preguntarme si me estará buscando. Quiero que sea así. Me habría gustado estar allí, pero dos semanas en la carretera, viviendo en hoteles con un bebé y comiendo fuera todo el tiempo… Simplemente, no podía ser. Él no habría podido encontrar la concentración que necesita, y no es nada que me ofenda. Si eso implica que él tenga éxito, estoy dispuesta a hacerlo. Así que aquí estoy, arrodillada en el suelo de nuestro salón mirando la retransmisión en directo mientras me retuerzo las manos.

Las personas que me rodean charlan y se ríen como si lo que está pasando ahora mismo no fuese importante, pero yo tengo el corazón en un puño.

Willa parlotea con Loretta. Le está contando cómo conoció a Cade, el día que se le cayeron las bragas en público.

—¡Shhh!

—Vale, mamá.

Hago caso omiso de la pulla. Ya le dará a la lengua cuando esto haya terminado. Ahora mismo, Theo se está montando en la ancha espalda del toro mientras frota el pretal con la mano enguantada de forma metódica al ritmo de los tambores que están tocando en el recinto.

O quizá ese estruendo sean los latidos de mi corazón.

Enrolla la mano en la cuerda; tira un par de veces de ella. Exhala con fuerza y los hombros le suben y le bajan.

Y luego asiente.

Las puertas se abren de golpe y el toro se abalanza al ruedo, moviéndose con violencia. El contador que hay en la parte superior de la pantalla empieza a contar los segundos. Solo tiene que mantenerse ahí durante ocho.

Pero ocho segundos nunca se me habían pasado tan despacio.

Me pongo de pie. Incluso Vivi, que sigue en el suelo, parece percibir la tensión que emana de mi cuerpo, porque está mirando la pantalla fascinada, a pesar de haberse pasado la última hora sin hacerle caso.

Me agarro las rodillas con las manos. No sé qué hacer conmigo. El toro gira, salta e intenta matar al hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida.

«Más le vale no morirse, joder».

Ese pensamiento me sacude de repente. Se me ha ocurrido como si nada. Con una naturalidad pasmosa. Como si estar con Theo fuese lo más obvio del mundo. En plan, por supuesto que vamos a seguir juntos. ¿Con quién sino podría estar yo?

¿Quién aguantaría mis cambios de humor?

¿Quién querría a Vivi más que él?

¿Quién me querría a mí más que él?

La respuesta es nadie. Ni una sola persona me querría más de lo que me quiere Theo ni me protegería como él me ha protegido. Lo sé porque he tardado treinta y un años en encontrar a una persona que lo haga.

¿Qué más pruebas necesito?

Lo que hace subido a lomos de ese toro es puro arte. No puedo apartar la mirada de ellos. Me tapo la boca con las manos; siguen contando los segundos.

Izquierda.

Giro.

Derecha.

Corcoveo.

Timbre.

—¡Sí! —grito dando un brinco con las manos en el aire. Me importa un bledo parecer una tonta enamorada.

Es lo que soy.

Loretta se ríe aliviada y aplaude. Willa y Sloane parecen interesadas, pero no están tan entusiasmadas. Que las follen. Amablemente, claro. Estoy demasiado emocionada. Nadie podría estropearme la noche.

—¡Menuda monta! —Summer me da el gusto y vitorea conmigo cuando Theo baja del toro de un salto y echa los puños al aire. No se quita el casco ni tampoco pierde al toro de vista. Se va directo a la valla y trepa de inmediato. Una vez está a salvo, Rhett le da unas palmaditas reconfortantes en la espalda.

Cuando su puntuación aparece en pantalla, sé que es buena gracias a todo lo que lo busqué por internet. 95,75 no es solo una buena puntuación: es una puntuación fantástica. La que necesitaba.

Y, joder, qué orgullosa estoy. No sé ni cómo reaccionar. Así que empiezo a pasearme de un lado a otro mientras lo observo y me muerdo la uña del pulgar.

Se quita el casco y mira a cámara de nuevo.

Y guiña un ojo.

Me sonrojo y pongo los ojos en blanco. Y mi estómago se llena de mariposas al tiempo que el corazón me da un brinco. Quizá le estuviera guiñando un ojo a los fans, pero a mí me da la sensación de que me lo dedicaba a mí.

Miro a Loretta. Ella también lo ha visto.

—Lo ha hecho bien —dice.

Asiento y le sonrío. Me siento ansiosa. Ahora mismo, podría irme a dar un paseo por el barrio o a entrenar.

—Lo ha hecho muy bien.

En ese momento, suena el timbre. Miro a la puerta. No tengo ni idea de quién podría ser un viernes por la noche.

Summer se inclina sobre el reposabrazos del sofá para mirar por la ventana.

—¡Me parece que son flores!

Se levanta para seguirme a la puerta. Es evidente que le encanta que mi vida esté llena de felicidad y corazoncitos.

—Hola —saludo sin aliento al abrir la puerta y ver a un hombre con un ramo de rosas y un sobre.

—¿Winter Hamilton?

—¡Sí! —contesto, radiante.

—Estupendo. —Me tiende las flores y, en cuanto rodeo el jarrón con la mano, añade—. Y esto es una notificación judicial.

Se me congela la sonrisa. Se me hiela la sangre.

—¿Qué? ¿Pero esto no pasa solo en las películas?

—Me temo que no. —El hombre hace una mueca—. Que tenga una buena noche. —Baja las escaleras corriendo y se mete en su coche.

—¿Qué cojones pasa? —Me quedo mirando las rosas rojas como la sangre, confundida. Anonadada.

—Dame esto. —Summer arranca el sobre, que está pegado al jarrón, y lo abre. Despliega los papeles y contemplo cómo sus iris de color chocolate se mueven de un lado a otro mientras lee su

contenido. Cuando vuelve a mirarme a mí, sus ojos están llenos de furia—. Rob quiere una prueba de paternidad.

# Treinta y cuatro

## *Theo*

**Winter**: ¡Felicidades! Estás buenísimo con esos zahones. Avísame cuando estés en el hotel para que pueda llamarte.

**Theo**: Puedes llamarme cuando quieras. Y también puedes mandarme fotos picantes cuando quieras.

Rhett entra en los vestuarios vacíos y me lanza una cerveza.

—¿Qué haces aquí? ¿Esconderte?

Abro la lata con un chasquido.

—Solo necesitaba unos minutos. Se me hace raro estar otra vez aquí.

—¿Sabes qué es lo que no se me hace raro? Ver cómo le das una paliza a Emmett. Vas a por él y lo sabe. Los últimos dos meses iba demasiado confiado, el puto asqueroso.

—¿Sigues cabreado con él porque le tirara los tejos a Summer?

Rhett asiente y da un trago de cerveza.

—Y así seguiré lo que me quede de vida.

En eso nos parecemos, aunque somos distintos en muchas cosas. Él lleva los vaqueros y el sombrero de *cowboy* como una segunda piel. Yo, en cambio, amo el deporte. Amo el subidón de adrenalina y amo competir. Pero la ropa es como un uniforme.

A Rhett le encanta estar en la carretera. No creo que eche de menos montar, pero le encanta entrenar. Sigue metido en esto.

Yo, en cambio…, no me veo en el circuito una vez haya conseguido llegar a lo más alto. No sé qué haré, pero no me veo el resto de mi vida en la FMMT.

Quiero estar en casa. Cerca de Winter y Vivi.

—¿Vas a salir esta noche?

—Qué va.

Rhett me señala, como si esa pregunta hubiera sido un examen para comprobar lo centrado que estoy.

—Buena respuesta.

—Voy a volver a mi habitación, a ver si Winter sigue despierta.

Como respuesta, Rhett mueve las cejas arriba y abajo.

—Que te den —le espeto.

—Has mejorado mucho, ¿sabes?

—Bueno, me han dicho que tengo un mentor excelente.

—No, me refiero como persona. Como hombre. Sé que he sido duro contigo, y puede que me pasara un poco de la raya con lo de Winter. Es solo que… a lo largo de los años, te he visto hacer muchas locuras. No estaba seguro de que pudieras ofrecerle lo que necesitaba.

Asiento. No me ha ofendido porque lo que ha dicho es cierto.

—Ya sé que tienes buenas intenciones, pero sigues siendo un capullo.

Me contesta con un resoplido, pero entonces me suena el teléfono, que tengo en el banco a mi lado. La pantalla se ilumina y en ella aparece una foto que hice de Winter y Vivi, acurrucadas en las sábanas blancas de la cama iluminada por el sol.

Me hace sonreír.

—Ahí está —digo. Deslizo el dedo por la pantalla para responder —. Hola, Campanilla —saludo y doy el primer trago de cerveza.

—Hola. ¡Felicidades! No lo has hecho nada mal, ¿no? Te hemos visto. —Habla con voz dulce, pero noto cierta tensión en ella. Se la oye contenida, como si se estuviera callando algo.

—Sí, me ha sentado bien volver a entrar en calor.

—¡Y ganar a Emmett! —grita Rhett, para que ella pueda oírlo.

—Summer ha dicho lo mismo. —Winter se ríe, pero suena forzado.

—¿Va todo bien? —pregunto. No quiero seguir fingiendo que no noto la preocupación en su voz. Y lo que obtengo como respuesta es un suspiro de cansancio—. ¿Qué ocurre? —pregunto. El pánico me embarga la voz.

—Nada, nada. Estoy bien. Vivi está bien. ¿Dónde estás? No sabía dónde estarías ahora. ¿Me puedes llamar cuando estés en el hotel?

—¿Por qué no me lo dices ahora, para que no acabe subiéndome por las paredes? Estoy solo con Rhett, tomándome una cerveza en los vestuarios. No vamos a hacer nada.

—Vale —susurra. El corazón me late desbocado. Echo un vistazo a Rhett, que me mira con el ceño fruncido, visiblemente tenso—. Vale, voy a decírtelo sin más, porque tienes que saberlo. Pero no quiero que te subas por las paredes. Lo tengo controlado. ¿Vale?

—No te puedo prometer que no me vaya a poner nervioso antes de que me lo digas.

No me responde a eso. Simplemente, sigue adelante.

—Esta noche, he recibido una notificación judicial de parte de mi ex en la que se me requiere que le haga una prueba de ADN a Vivi.

Siento que todos los sonidos del estadio se extinguen a la vez, reemplazados por un silbido de ruido blanco, reflejo de mi conmoción. De mi confusión.

—¿Qué?

—Rob está poniendo en duda que seas el padre.

—¿Por qué?

—No lo sé. El muy cobarde no ha sido capaz de decírmelo en persona, pero, si tengo que adivinar, diría que es solo para remover la mierda. Para meterse donde no pinta nada. —Oigo unos murmullos de fondo—. A Summer le hacía lo mismo. Aparecía de la nada. La llamaba, se presentaba donde ella estuviese… No paró hasta el día que Rhett soltó la bomba.

—¿Está Summer contigo?

—Sí, está revisando los documentos. Hemos tenido una conversación que deberíamos haber tenido hace mucho tiempo.

—¿Qué está pasando? —Rhett ha dado un paso al frente al oír el nombre de su mujer.

Le pido que espere con un gesto.

—Denúncialo. Lanza tú tu propia bomba.

Se hace un silencio unos instantes.

—Ya sabes que eso es complicado. Es que… no quiero arrastrar a todo el mundo. Han fijado el juicio para la semana que viene. Summer me va a poner en contacto con un buen abogado de familia.

—«Nos», Winter. Nos va a poner en contacto con un buen abogado de familia.

—No.

—Voy a volver…

—No, Theo. Tú te quedas donde estás. Vas a ganar esos putos puntos. Y no vas a arreglar otro desastre más en mi vida. Una de las cosas que más me gustan de ti es que no me tratas como si necesitase que me salven. Porque no lo necesito. La que se casó con él soy yo. La que se ha ido doblegando a sus tretas año tras año soy yo. Así que esto lo arreglaré yo. No te lo has buscado tú.

—No. No lo he buscado, pero lo he elegido.

Se queda en silencio un segundo. Y luego un segundo más. Y entonces aflora en mi mente un pensamiento que odio con todas mis fuerzas. Un pensamiento que debería haber tenido hace mucho tiempo. Que hice a un lado para arremangarme, ponerme manos a la obra y corregir los errores que había cometido.

Un pensamiento al que nunca le di voz.

—Yo… —Esto me ha pillado tan desprevenido, estoy tan enfadado con Rob, que algo se rompe en mi interior. Y le doy voz—. Es mi hija, Winter. ¿Verdad?

Si ahora se cayera una aguja, la oiría todo el mundo en diez kilómetros a la redonda. Tal es el silencio que se hace. Incluso Rhett se ha quedado inmóvil y me mira fijamente con una expresión de alarma.

Nos quedamos en silencio tanto rato que me aparto el móvil de la cara para comprobar que no se haya cortado la llamada. Los segundos van pasando; es como si mi móvil estuviera contando los segundos que pasan tras la bomba que acabo de soltar. Como si la desolación fuese mayor con cada uno que pasa.

—Bueno, supongo que ahora lo comprobaremos —replica con voz cortante. No parece la voz de la mujer que conozco.

Y entonces los segundos dejan de contar, y en la pantalla aparecen una serie de cuadraditos. Cubos de colores que no significan nada para mí, por mucho que los mire.

Siento que me ahogo. Siento furia, dolor. Todas las emociones de las últimas semanas se abalanzan sobre mí. Emociones que me he dedicado a apartar para ser maduro y responsable, emociones en las que no he pensado durante las semanas y semanas que he pasado cuidando de la gente que me rodeaba, pero sin cuidar de mí mismo.

Y lo he pagado con la persona equivocada, joder.

Quiero meterme en el móvil y arrancar mis últimas palabras una a una. Quiero deshacer el haberlas pronunciado. He pensado lo peor de una mujer que se ha pasado la vida sintiendo que todo el mundo piensa lo peor de ella.

Y le he escupido esas palabras en toda la cara.

—No deberías haber dicho eso, Theo. —La voz de Rhett llega a mis oídos. Me apoyo en las frías taquillas de metal que tengo en la espalda y cierro los ojos. Tengo el estómago revuelto. Náuseas.

—Ya lo sé.

**Mamá**: Theo, por favor, contesta al teléfono. Te he llamado un montón de veces.

**Rhett**: Escríbeme cuando hayas llegado.

**Summer**: Voy a arreglar esto.

—¿Qué?

Me dejo caer en una de las dos camas de matrimonio de mi triste y aburrida habitación de hotel con una toalla enrollada en la cintura y el móvil junto a la oreja.

—¿Ya estás en el hotel? —No sé dónde está Rhett, pero no hay ruido. Es evidente que él tampoco ha salido.

—Pues sí. —No sé muy bien para qué me llama. Estábamos juntos hasta hace nada y nos alojamos en el mismo hotel—. ¿Qué pasa?

—Solo quería ver cómo estabas.

—Ya he visto tu mensaje. ¿También vas a venir a acariciarme la espalda hasta que me duerma?

Lo oigo reírse.

—Si quieres voy.

—Qué va, estoy bien.

—¿Seguro?

—No. Pero lo estaré.

—Deberías llamarla.

Se me escapa un gemido.

—Ya lo sé.

—¿Lo harás?

—Mañana por la mañana. Necesito aclararme las ideas. El día que descubrí lo de Vivi, lo dejé todo, literalmente, y me lancé de lleno sin pensármelo dos veces. He estado viviendo en modo supervivencia y lo de hoy… Lo de hoy me ha dejado jodido.

—Tío, esa niña es tuya. Parece tu clon. No entiendo cómo ninguno de nosotros sumó dos más dos.

—Ya lo sé. ¡Lo sé! Pero hay una vocecilla que me reconcome, que me pregunta todo el tiempo: «¿Y si no lo es?». ¿Y si hubo algún error? La noche que nos liamos todavía no le había dado los papeles del divorcio, así que no es imposible. No la juzgaría si fuera así. Y tampoco cambiaría nada.

Rhett se queda en silencio unos segundos.

—Si Vivi no fuera tuya, ¿querrías estar con Winter de todos modos?

—¡Pues claro que querría estar con Winter! He querido estar con ella desde la noche que la vi por primera vez. Y también querría a Vivi. Pero me destrozaría. Por mucho que haya sido Winter la que había intentado quedarse embarazada durante tanto tiempo y yo el que se ha tenido que enfrentar a la paternidad por accidente, me encanta, Rhett. Las quiero a las dos.

—Entonces deberías llamarla y decírselo.

Tengo la sensación de que ya se lo he dicho, pero como está tan a la defensiva no vamos a ninguna parte, joder. No quiero agobiarla ni presionarla en exceso; no quiero tener que preguntarme si me aguanta solo para calmar lo que ella percibe como una inseguridad mía.

Pero eso no se lo cuento a Rhett. Me parece demasiado personal. Eso es algo que nos pertenece solo a Winter y a mí y no es necesario que nadie más conozca esa parte de nuestra relación.

—Sí, lo haré —le digo. Ya he decidido que esta noche me voy a dedicar a lamerme las heridas y a regodearme en la miseria. Porque antes, cuando me ha dicho que no quería que volviera por algo que

concierne a mi hija…, ha sido como si me diera una bofetada. Mi madre me dijo una vez que mi forma de demostrar el amor es ayudando. Que así es como demuestro que alguien me importa.

Y Winter no quiere eso de mí.

A veces me preocupa que nunca sea capaz de quererme tanto como yo la quiero a ella. O quizá solo esté siendo avaricioso. Tengo tantas ganas de oírselo decir que me duele.

—Descansa un poco, ¿vale? Mañana quiero verte en el podio mientras Emmett lloriquea en los vestuarios.

—Como usted diga, entrenador.

Cuelgo y me quedo ahí tumbado, mirando al techo.

Odiándome a mí mismo. Odiando lo que he dicho. Odiando estar aquí en lugar de allí, con ellas.

Llamo a Winter, pero no contesta. La llamo otra vez. Y otra. No hay respuesta. Así que me rindo y me sumerjo en la indolencia de la noche, dejando los ojos clavados en el ventilador del techo hasta que empiezo a marearme.

El teléfono empieza a vibrarme en la mano y doy un brinco, con la esperanza de que sea ella.

Pero es mi madre. Otra vez.

Presiono el botón lateral para colgar la llamada. Quiero a mi madre, y me encanta que se preocupe lo suficiente para llamar, pero necesito lidiar con esta mierda yo solo. Me da la sensación de que hacía mucho tiempo que no estaba solo.

Al cabo de unos minutos, vibra de nuevo. Esta vez es Summer. También le cuelgo.

A lo largo de los años, me he acostumbrado a sacarme las castañas del fuego yo solo. A no rendirle cuentas a nadie.

Ahora, es como si estuviera en la cuerda floja. Soy demasiadas cosas para demasiada gente. Mis objetivos y mis necesidades parecen estar en conflicto con esta nueva perspectiva sobre la vida, con estas nuevas personas que han entrado a formar parte de ella.

Me he pasado años sin desear nada que no fuera ser como mi padre. Ganar un campeonato de la FMMT para poder seguir sus

pasos. Ahora, lo que deseo por encima de ninguna otra cosa es ser el padre que él nunca pudo ser por no renunciar a su sueño. Por no tener nunca suficiente.

Todavía quiero ganar, pero también quiero otras cosas.

Me siento como Winter cuando necesitaba ese rato a solas en la bañera. Ese rato a solas para hacerse la manicura.

Ahora me toca a mí. Lo de esta noche me ha puesto enfermo. Tengo el corazón lleno de arrepentimiento, y, sin embargo, necesito unos momentos a solas para dejar que los pensamientos de mierda me consuman, para mañana despertarme preparado para volver a Chestnut Springs y cavar un agujero bien profundo para que Rob Valentine pase ahí el resto de su existencia.

Un agujero del que no pueda salir para atacar otra vez a mi familia.

Pero ahora, un viernes a medianoche, no hay mucho que pueda hacer. Así que apago el móvil, lo enchufo en la otra punta de la habitación y me abandono a un sueño inquieto en el que pienso en Winter, Vivi y lo mucho que las echo de menos.

Y entonces sueño con aquella noche.

# Treinta y cinco

## Winter

*Tres llamadas perdidas de Theo*

—Ma.

Me despierto en una habitación oscura con el dedo de Vivi metido en la nariz.

—Viv, ¿qué haces?

Me giro hacia ella con la esperanza de que vuelva a quedarse dormida, pero lucha contra mis abrazos como si yo fuera un agresor del que quiere escapar, así que la suelto.

Lo primero que hace es estrujarme las tetas, como si quisiera saber si hay leche y si eso es una opción para ella. Luego se mete debajo de las sábanas. Sé lo que está buscando.

A Peter.

Está hecho un ovillo entre mis pies, en mi cama, donde me quedé frita mientras dormía a Vivi. Desde que Theo se fue, no he intentado dormirla en su cuna. Me he acostumbrado a tener el calor de su

cuerpo firme a mi lado y estoy utilizando a Vivi como el cojín para cuerpo entero más diminuto del mundo.

Un cojín que me mete el dedo en la nariz y me agarra las tetas en mitad de la noche.

—¿Por qué te gusta tanto estar despierta? —protesto mientras me froto la cara y miro el móvil para ver qué hora es.

Medianoche.

Los recuerdos afloran a medida que voy recuperando la conciencia. El rodeo. La prueba de paternidad. Theo y su actitud de mierda.

Se va a enterar. No se va a ir de rositas después de haberme soltado eso.

—¿Hola? —La puerta se abre una rendija y atisbo la silueta menuda de Summer en el umbral—. ¿Estás despierta?

—Parece que sí —mascullo con la cara enterrada en las manos.

—Vale, bien. —Mi hermana está totalmente despierta.

Cuando el colchón se hunde un poco a mi lado, me aparto las manos de la cara. Summer se mete debajo de las sábanas sin preguntar, y no puedo hacer nada más que mirarla. Esto es algo que me hubiera gustado hacer cuando éramos niñas.

Se tumba y me mira, apoyando la cara en las manos, sobre la almohada. Vivi, que también está debajo de las sábanas, se ríe.

—Al menos ella está de buen humor. Ya es algo.

—Ella siempre está de buen humor. Ha salido a su padre.

Summer aprieta los labios y se me queda mirando.

—¿Crees que por eso ha…?

—¿Ha dicho lo que ha dicho?

Chivarme a su madre me parecía muy inmaduro, así que he estado enfurruñada hasta que se han ido todos menos Summer. Y entonces me he desahogado y le he contado lo que ha pasado.

—Sí. ¿Estás enfadada con él?

—Es posible. Pero no tanto como crees. También estoy aliviada, porque estaba esperando a que explotara. Tiene una paciencia y una capacidad de compromiso sobrehumanos. No era normal. Por

primera vez, lo he visto inseguro, como un ser humano normal, y puedo identificarme con él. Pero no sé cómo reaccionar. Esa persona tan feliz, amable y siempre de buen humor es encantadora, pero me da la sensación de que… es una fachada.

—¿Alguna vez te había preguntado eso?

—No desde la primera noche, cuando me preguntó varias veces si estaba segura. Pero nunca me había cuestionado directamente ni la paternidad ni los tiempos. Y eso que es lo primero que habría querido saber yo.

—Entonces, ¿estabas esperando a que esto saliera en algún momento?

Asiento.

—Sí, creo que sí. Me parece una progresión natural, por la forma como hemos gestionado la situación. Creo que la noticia de Rob ha sido una amenaza a esta nueva normalidad que hemos creado. Y él… Joder, Sum. Es que apareció de la nada. Un papi guapísimo al rescate, dispuesto a limpiar toda mi mierda. Es que se lanzó de lleno sin pestañear.

—Por favor, dime que no lo llamas papi.

Se me escapa una carcajada.

—Solo cuando hablo con Vivi. Estoy intentando que lo diga para darle una sorpresa. Hasta ahora, lo único que he conseguido es que señale a Peter y diga: «¡Ga!». Así que me temo que lo que dice es «guau». Por favor, llévate el secreto a la tumba. A Theo le dolió muchísimo haberse perdido los primeros meses con ella y estoy segura de que lo achacaría a eso.

—Bueno, tampoco es que Peter sí que estuviera.

Pongo los ojos en blanco. Noto las manitas de Vivi, que está trepando por mi cuerpo.

—Oye, Win… —añade—. Voy a contarte una cosa y no quiero que te cierres en banda.

Asiento. Me vuelvo hacia Summer, imitando su postura. La almohada me roza en la mejilla.

—Vale.

—He estado leyendo algunas cosas. He repasado la carta, he hecho un poco de introspección… Y creo que ha llegado la hora de denunciar a Rob al colegio de médicos por lo que pasó conmigo. Aunque no vaya a ninguna parte, nos dará a las dos la libertad que necesitamos para pasar página de una vez por todas.

Vivi está encima de mi barriga. La cojo y la abrazo, y esta vez no se resiste. Se acurruca contra mi cuello, como si supiera que lo necesito.

—No quería volver a arrastrarte de nuevo a su terreno. Es… es imposible escapar de él, y por fin lo habías conseguido. Yo también quiero hacerlo.

Se encoge de hombros con suavidad.

—Sí, pero ahora está yendo a por mi hermana, así que es él quien se ha metido en mi terreno. Déjame ayudarte a librarte de él.

Me escuecen los ojos.

—Lo siento tanto…

—No, no me pidas disculpas. Hagámoslo juntas. Como hermanas. ¿Vale?

—Sí. Como hermanas. —La luz del pasillo ilumina el cuarto con suavidad, y atisbo sus dientes blancos cuando esboza una sonrisa, complacida.

En ese momento, caigo en la cuenta de que no soy muy dada a colaborar. De que nunca le habría pedido que hiciera esto si ella no se hubiera ofrecido. Pero me hace sentir bien no estar sola.

Y, de repente, lo único que quiero es a Theo.

La voz de Theo. Los brazos de Theo. Esa forma chulesca de guiñarme un ojo. Quiero que vuelva a casa y nos abrace. Quiero que me acompañe al juicio.

No quiero hacer nada de esto sola. Y no necesito hacerlo sola porque, por primera vez en mi vida, puedo contar con gente que quiere estar a mi lado.

Todo ha cambiado a mi alrededor. Todos han cambiado.

Pero, sobre todo, he cambiado yo.

—Voy a llamar a Theo. Después le daré de comer al monstruito y luego…

—¿Puedo quedarme a dormir? —me pregunta Summer de repente—. No me apetece conducir ahora hasta el rancho. La casa está muy vacía sin Rhett y el gimnasio está aquí enfrente.

No puedo evitarlo: se me escapa una risita. Me siento, oficialmente, como una niña pequeña.

—Claro, Sum. Una fiesta de pijamas. Vuelvo enseguida.

Cojo a Vivi en brazos y vuelvo al salón, donde la televisión está en pausa en una imagen de Theo, sentado encima de la valla. Me quedo mirando la sonrisa juguetona de su hermoso rostro, la mano que se está pasando por el pelo.

Vivi señala la pantalla y dice:

—¡Papa!

La miro a los ojos.

—¿En serio? ¿Ahora lo dices? —Me mira y parpadea. Señalo la tele—. ¿Quién es ese, Vivi?

—Papapapapa.

Me dejó caer en el sofá con una sonrisa, me levanto la camiseta para darle de mamar y llamo a Theo.

—Tenemos que contárselo a papi, ¿verdad? Vamos a darle una buena noticia.

Pero salta el buzón de voz. Miro la pantalla con el ceño fruncido.

Son las doce y diez.

Quizá esté durmiendo. Yo debería hacer lo mismo.

Cuando Vivi está lo bastante adormilada, vuelvo a la cama. Summer ya se ha quedado frita.

Me acuesto, pero no paro de preocuparme. Vivi se ha quedado dormida entre las dos, pero yo no logro conciliar el sueño.

Me levanto y vuelvo a llamar a Theo.

No responde.

Intento que mi cabeza no vuelva al principio. A aquellos días que lo llamaba y le escribía para darle la noticia. En vano.

Me machaco por no haber sido más comprensiva con su único momento de frustración.

Me preocupo por si lo he empujado a hacer algo que destruya todo lo que hemos construido.

Mi mente es una bestia que ha escapado con todos mis pensamientos racionales. Lo único que queda, lo único que puedo ver, son las inseguridades. Las preocupaciones infundadas.

Y cada vez que me levanto a llamar a Theo…

Salta el buzón de voz.

Doy vueltas en la cama. Me giro de un lado a otro. Al final, me voy al sofá, donde consigo dormirme por fin.

Pero no descanso. En lugar de eso, sueño con aquella noche, con lo bien que me sentí cuando estuve con él.

# Treinta y seis

## *Winter*

*Aquella noche…*

Las puertas del ascensor casi ni se han cerrado cuando Theo abre la boca y hace que me sonroje.

—No veo la hora de contemplar lo guapa que estás cuando te corras gritando mi nombre.

Cojo aire de golpe, pero no logro recuperar el aliento porque Theo se abalanza sobre mí. Tengo sus dedos enredados en el pelo, las palmas de sus manos pegadas a mi cabeza. Me besa con pasión, con la mezcla perfecta de dulzura y brusquedad. Con la velocidad perfecta para que logre acomodarme a su ritmo.

Cuando su lengua acaricia la mía, se me escapa un quejido. No es torpe; no me la mete como si estuviese intentando conquistar mi boca sin pensar en lo que hace. Me persuade poco a poco, me hace desear más porque me atormenta no dándome nunca suficiente.

—Más —le pido. Es lo único que logro verbalizar, lo único que me siento cómoda diciendo.

Lo único que sé es que quiero más. Más de lo que me está dando. Más de él. Más de esta sensación.

Como respuesta, suelta una especie de gruñido que nace en lo más profundo de su pecho. Mete el muslo entre mis piernas y me estampa contra la pared. Siento una sacudida, pero él no se detiene.

Ahora me besa con brusquedad, y yo a él también. Me roza la piel con su barba de pocos días, arañándome las mejillas. Me agarro de su camiseta con los puños, tiro de la tela y lo acerco más a mí. Lo quiero mucho más cerca.

Huele a tequila, naranja y especias. Me gustaría zambullirme en una piscina de ese aroma. De él.

Me restriego contra su muslo; me da igual si parezco desesperada. Vulgar. Desvergonzada.

Esta noche soy todas esas cosas, y pienso deshacerme de todas las partes de mí misma que me dicen que eso debería preocuparme.

Me aprieto contra él y la suave tela blanca de punto se me sube por los muslos.

—Joder, Winter… —Se aparta y baja la vista, clavándola en el punto donde me froto contra su pierna. Se ve una franja de piel desnuda entre las medias hasta el muslo que llevo bajo las botas y el borde arrugado de mi vestido blanco de punto—. Hazlo otra vez.

—¿El qué? —pregunto, jadeante. El calor de mis nervios, que están a flor de piel, me enciende las mejillas.

No me está mirando a la cara. Tiene mi melena enrollada en uno de los puños, y con la otra mano juguetea con el borde de mi calcetín.

—Eso que has hecho con las caderas. Restriégate contra mi pierna.

—¿Por qué?

Se le dibuja una sonrisa cómplice en los labios.

—Porque me gustas cuando lo haces. Y a ti te gusta hacerlo. ¿O no? —Desliza una mano por mi muslo desnudo hasta meterla justo por debajo del borde de mi vestido. Me agarra de una nalga con la mano callosa.

Yo no me muevo. Es más, mis labios se curvan hacia abajo. Mi cuerpo me pide a gritos que lo haga, porque contener el movimiento

de mis caderas me resulta casi doloroso. Sin embargo, mi cabeza me juzga, me dice que esta no es una forma adecuada de comportarse.

Y para Theo soy como un puto libro abierto.

—¿Vas a poder dejar de lado ese personaje de niña rica y remilgada y disfrutar? ¿O quieres que te folle con educación, como estás acostumbrada? ¿Quieres que apague la luz? ¿Que te acaricie la cabeza y te dé las gracias cuando yo haya terminado y tú todavía no?

—Que te den —le espeto a la vez que balanceo las caderas hacia delante, arrastrando el clítoris contra la tela que nos separa.

Él se ríe con voz cálida y profunda.

—Buena chica. Hazlo. Haz lo que te apetezca. ¿A quién mierda le importa lo que piense nadie? —Me clava los dedos en el glúteo y empieza a mover los antebrazos, frotándome él mismo por su pierna.

Cuando el ascensor emite el pitido que indica que hemos llegado, estoy jadeando. Me vuelvo de golpe hacia las puertas abiertas, como si pudieran pillarme con la falda subida, restregándome contra un hombre que tiene el aspecto de un dios y que habla como una estrella del porno.

Y, de repente, me pone también la otra mano en el culo y me levanta. Me agarro a su cuello con un chillido y él sale del ascensor conmigo en brazos. Pasa junto a la mesa con las flores falsas. Junto a la silla en la que estoy segura de que nunca se sienta nadie.

—Nos van a pillar —susurro, aunque dudo mucho que en un hotel de un pueblo tan pequeño haya mucha actividad a estas horas de la noche.

—Ah, ¿sí? —contesta, estampándome contra una puerta. Las bisagras tiemblan cuando se abalanza otra vez sobre mi boca.

Yo le aprieto las piernas alrededor de la cintura y me froto de nuevo contra él.

—¿Es esta tu habitación?

Sonríe con la boca pegada a la mía y se frota contra mí, provocando otro traqueteo en la puerta.

—No.

—¡Theo! —lo riño entre dientes y lo empujo.

Él me agarra de las muñecas con una mano y me las pone sobre la cabeza.

Otro golpe contra la puerta.

—¿Quién hay ahí? —Me quedo paralizada al oír la voz al otro lado, pero Theo se limita a reírse sin dejar de mover los labios y la lengua. Es como si me contagiara su risa, porque yo también me río. ¡Esto es una locura!

De repente, da media vuelta, aún conmigo en brazos. Cruzamos el pasillo y avanzamos un poco, hasta la siguiente puerta, contra la que también me apretuja. Cuanto más nos acercamos a su habitación, más cerca estoy de romper definitivamente las ataduras que me contienen.

—Lo siento, Campanilla… —Me recorre el cuello con los dientes, y luego me muerde y me chupa—. Pero esas medias me están volviendo loco. No podía llegar a mi habitación sin hacer antes una paradita.

La puerta al otro lado del pasillo se abre y, por encima del hombro de Theo, veo a un hombre de mediana edad en calzoncillos con el mando de la tele en la mano. Tarda un minuto en comprender lo que estamos haciendo.

Escondo la cabeza en el cuello de Theo para evitar su mirada.

—Mierda —susurro.

—¡Idos a una habitación! —grita.

—¡Es lo que estamos intentando! —contesta Theo mientras se vuelve para sonreírle con suficiencia.

Yo sigo escondida en su cuello, disfrutando del calor que emite su cuerpo, con el que me rodea de forma protectora.

La única respuesta que nos ofrece el hombre es un portazo. Después, convertidos en un torbellino de movimientos, besos y manos desesperadas, entramos en la habitación de Theo. La única iluminación proviene de una lámpara que hay en la esquina, que arroja un resplandor suave y tenue.

Theo me pone en los pies de la cama de matrimonio y dice:

—Desnúdate.

Respiro hondo y empiezo a darme ánimos para mis adentros.

«Voy a hacerlo. Y lo voy a disfrutar. Me voy a sentir bien».

Y, en un abrir y cerrar de ojos, me estoy quitando el vestido de manga larga. Lo tiro encima del escritorio y me pongo de pie, mostrándome ante él solo con el conjunto blanco de tanga y sujetador, junto a la guinda del pastel: las medias. Aunque me está devorando con la mirada, yo sigo mirando al escritorio, demasiado tímida para mirarlo a los ojos.

—Joder. Mírate. —Me baja los tirantes del sujetador y luego alarga una mano y me lo desabrocha más rápido de lo que podría hacerlo yo.

Trato de no pensar en cuántos sujetadores habrá desabrochado en esta vida.

En cuántas veces habrá hecho esto mismo con otras mujeres.

—Mírame, Winter. —Me levanta la barbilla para que me gire hacia él—. ¿En qué estás pensando?

—En que debes de haber quitado muchos sujetadores.

—Ya me he olvidado de todos. Lo único en lo que puedo pensar es en lo perfecta que estás así. —Se arrodilla y me besa la barriga—. En todo lo que te voy a hacer esta noche. Solo te veo a ti, Winter.

Mete los dedos por la cintura del tanga y me lo baja hasta la mitad de los muslos. Queda estirado entre mis piernas abiertas. Tengo a Theo Silva a la altura del coño.

—Como te decía… —Se lame los labios—. Perfecta.

—Seguro que eso se lo dices a todas.

Aprieta los labios, todavía con la mirada fija entre mis piernas.

—Te aseguro que no. —Levanta la vista—. ¿Qué quieres que te haga?

—No lo sé. —Respiro rápido y profundo; se me está acelerando el corazón—. ¿Por qué tenemos que hablar de ello? ¿No puedes hacerlo y ya está?

—Porque me gusta oírte decirlo. Me gusta cómo suena tu voz. Y verte así, ruborizada, jadeando solo de pensar en tener que pedirme lo que quieres.

Mi cerebro me traiciona. Mi boca no se mueve. No puedo más que mirar fijamente a este hombre tan sexual arrodillado frente a mí, pidiéndome que diga cosas que no he dicho nunca.

Curva la boca en una sonrisa cómplice. Creo que nunca había estado tan fuera de mi zona de confort.

—¿Quieres que te folle con los dedos? —Me desliza el pulgar por el coño, trazando un círculo a la altura del clítoris—. ¿Que te chupe? —Acerca la cabeza y repite el mismo movimiento con la punta de la lengua.

Echo la cabeza hacia atrás, agarrándome de su pelo oscuro, y gimo.

—Con palabras, Winter. ¿Cuál de las dos cosas quieres?

—No lo sé —repito sin aliento; me estoy derritiendo por este hombre. Apenas me ha tocado, pero siento que ya estoy chorreando.

—Bueno… Entonces, enséñame cómo lo haces tú, y ya descubriremos qué es lo que más te gusta juntos.

Bajo la cabeza de golpe.

—¿Qué?

Pero ya se está poniendo de pie, empujándome hacia la cama. Choco contra el borde con la parte interior de las rodillas y caigo de espaldas. Él me quita el tanga y desliza las palmas de las manos por la cara interna de mis muslos para abrirme las piernas.

Me coge del borde de las medias y mira mis partes más íntimas con los ojos encendidos.

—¿Y las medias? —pregunto como una estúpida.

—Déjate las medias. Me gustan. Y ahora tócate. Enséñame cómo lo haces. —Me sube un poco más por el colchón y luego se me queda mirando.

—Joder —mascullo mientras recorro mi entrepierna con una mano temblorosa. Ya estoy mojada. No suele ser así.

Él no dice nada. Se limita a abrirme más los muslos y a mirar cómo recorro mis labios menores con el dedo índice. Cierro los ojos con fuerza e intento no pensar en la imagen que tendrá de mí.

—Eres preciosa, ¿lo sabes? —Su voz suena áspera ahora. Brusca.

Añado el dedo corazón y sigo acariciándome, distraída, pero quiero sus manos. No las mías.

Las mías están nerviosas y poco inspiradas. Las suyas, en cambio, son toscas y expertas.

—¿Es así como te tocas de verdad?

Abro los ojos y lo miro.

—Yo… O sea… ¿Sí? No lo hago mucho. Estoy muy ocupada y nunca me parece un buen uso de mi tiempo. Y, bueno… Nunca me satisface.

Gime y se arrodilla.

—Hacerte sentir bien es el mejor uso posible de mi tiempo. Métete un dedo. Vamos a ver.

Gimo al obedecerlo, introduciendo un dedo poco a poco. Solo saber que él me está mirando hace que sea distinto. Mejor, de algún modo.

Estoy muy mojada, y con cada lenta embestida no hago sino extender mi humedad.

—¿Qué tal?

Me duelen los pezones y casi no puedo respirar pero es…

—No es suficiente —murmuro con sinceridad.

Aparta una de las manos de mis muslos y se inclina un poco hacia abajo, aunque sigue encima de mí. Cojo aire con fuerza cuando su dedo se une al mío.

—Vale, vamos a intentarlo juntos.

Ni siquiera me molesto en hablar. No serviría de nada. Todas las palabras se esfuman cuando desliza un grueso dedo al lado del mío en mi interior. Nuestras manos chocan mientras me toca.

Tras varias penetraciones suaves, mete otro dedo. Arqueo la espalda, rogándole en silencio que me dé más.

Quiero más, más y más.

—¿Mejor? ¿Empieza eso a ser suficiente?

—Sí.

Contraigo los músculos alrededor de sus dedos y él gime.

—Usa la mano que tienes libre. Quiero verte jugar con tus tetas mientras yo juego con tu coño.

—Dios mío… —Antes le he dicho a este hombre que yo no me corro, pero es posible que me convierta en una mentirosa. Porque, cuando me magreo los pechos y me toco el pezón con el índice y el pulgar, empiezo a retorcerme de placer.

—¿Sabes qué creo, Winter? —Miro con ojos vidriosos al atractivo hombre que tengo encima. Niego con la cabeza—. Te estoy observando. Y veo cómo se te arquea la espalda, cómo se te endurecen los pezones. Me estás dejando la mano perdida cuando ni siquiera he empezado todavía. —Esboza una sonrisilla y baja la vista para mirar el lugar en el que ambos nos encontramos en mi entrepierna—. Y creo que la única razón por la que no te corres es porque te has estado follando a un tío que no sabía lo que necesitabas. A un tío que es un vago en la cama. Que no sabe cómo encargarse de ti. Pero no pasa nada…, porque esta noche te voy a enseñar cómo es eso. —Asiento sin dejar de tocarme los pechos. Theo se pone de rodillas a los pies de la cama—. Y ahora quita los dedos de ahí. Tengo hambre.

—Tranquilo, no hace falta —le digo, cogiéndolo del pelo para subirlo de nuevo.

—Ya sé que no hace falta. Pero me muero de ganas —se limita a responder.

Y entonces me acaricia con la boca y siento que me salgo de mi propio cuerpo. Rob nunca, jamás, me había hecho esto. Y yo nunca me atreví a pedírselo. Y, aunque no hubiera sido así, estoy segura de que no me habría sentido así.

Como si me consumiera. Como si no tuviera nunca suficiente.

Me roza el clítoris con los dientes y doy un brinco. Se me nubla la vista.

—¡Joder! —Me mete un dedo de nuevo y lo mueve al compás de su lengua y yo me convierto en una maraña de brazos y piernas que no hace más que retorcerse y gimotear—. Theo… Yo… Dios. ¡Joder! Es… —Soy incapaz de formar una sola frase coherente. Solo le pido más y más y más.

Y entonces me da más: mete otro dedo y, mientras me embiste con brusquedad, me chupa el clítoris con fuerza.

Me da más de lo que me han dado nunca.

En apenas unos minutos, tengo un orgasmo a manos del hombre más insistente e irritante que he conocido nunca.

Y ni una sola parte de mí se arrepiente.

De hecho, todavía quiero más.

# Treinta y siete

## *Theo*

*Aquella noche…*

No dice nada cuando se corre, pero le tiemblan las piernas, que tiene apoyadas sobre mis hombros. El coño le palpita en mis dedos, y se tapa la cara con las manos como si no pudiera creerse lo que acaba de pasar.

—No puedo verte gritar mi nombre si te tapas así, Campanilla. —Niega con la cabeza y, mientras me aparto de ella, oigo una suave carcajada. Contemplo como su pecho sube y baja, con los pezones oscuros y en punta. Me desabrocho el cinturón en un abrir y cerrar de ojos, mientras ella sigue escondida—. Supongo que tendré que hacer que te corras otra vez.

Eso sí que hace que baje las manos.

—¿Otra vez?

Frunzo el ceño. No me gusta que esa posibilidad le sorprenda.

—Y otra. Y otra. Hasta que no puedas ni moverte.

—Ya casi no puedo ni moverme. —Deja caer las manos y se queda mirando al techo.

—Pues vas a tener que hacerlo, porque no he terminado todavía. —La cojo de los tobillos y tiro de ella hasta que llega al borde de la cama, de forma que quedo de pie, en medio de sus piernas abiertas. Me quito la ropa. Camisa, vaqueros, calcetines, calzoncillos… Todo fuera.

Lo único que queda es esa expresión entre impactada y excitada en el rostro generalmente contenido de Winter.

—¿Te gusta lo que ves?

Traga saliva con fuerza.

—Sí. Eres…

Ladeo la cabeza, curioso por ver adónde va esto.

Levanta una mano y me recorre el abdomen con dedos temblorosos, resiguiendo los abdominales y la «V» que apunta hacia mi entrepierna.

—Estás buenísimo. ¿Cómo coño es posible que estés tan bueno?

Aprieto los labios; no quiero echarme a reír. No es que me haga gracia, es que por fin ha dicho algo sin filtros.

Ya tengo la polla dura como una piedra después de habérmela follado con los dedos, pero me masturbo un poco de todos modos. Me gusta cómo sigue el movimiento con la mirada.

—Abre la boca, Winter.

Me mira con unos ojos como platos y entreabre los labios. Los acaricio con la punta de la polla y contemplo cómo una gotita de líquido le mancha el labio superior. Contemplo cómo se relame a toda prisa, como si se estuviera muriendo por saborearme, y cómo abre la boca otra vez.

No creo que tuviera intención de ser tan sensual, pero me vuelve loco. Pierdo el control. La agarro del pelo con las dos manos y se la meto entre los labios.

Ella hace un ruidito de satisfacción y el sonido vibra a través de mi cuerpo. Me tenso, se la saco y la vuelvo a embestir. Estar dentro de su boca caliente es el paraíso; me chupa con la lengua y me acaricia el torso con las manos mientras yo controlo su cabeza.

Levanta la vista hacia mí. Sus ojos son puro fuego. Deseo. Lujuria. No queda en ellos ni un pedacito de hielo.

Acerca la cabeza más y más, hasta que me agarra el culo con las manos. Me engulle como si no tuviera nunca suficiente. Cuando llega demasiado lejos, se aparta un poco para sobreponerse del reflejo. Tiene los ojos vidriosos.

Y entonces vuelve a por más.

—Así —gimo—. Hasta que te den arcadas, Winter. —Y me obedece, metiéndosela lo más al fondo que puede.

Me está volviendo loco; me está llevando al límite. Pero no quiero acabar todavía, así que se la saco.

—No quiero correrme aún, Campanilla. No sin follarte. —Froto el pulgar contra sus labios hinchados para enjugarle la saliva y luego me inclino y le susurro al oído—. ¿Cómo quieres que lo haga primero?

Se lame los labios; pestañea nerviosa por unos instantes. No esperaba que contestara, pero entonces, en voz baja, pide:

—A cuatro patas.

—¿Eso es lo que te gusta? —Le acaricio la mejilla con el pulgar mientras ella asiente—. Bien.

Le doy un mordisquito en la oreja y le doy la vuelta, poniéndola sobre la cama con el culo levantado.

—¿Preservativo? —pregunta.

Pero yo ya estoy sacando la cartera del bolsillo de los vaqueros. La única respuesta que le ofrezco es el sonido del envoltorio al romperse y un «joder» entre dientes mientras me lo pongo.

Froto la polla contra su humedad y contemplo cómo arquea la espalda, cómo desliza las rodillas por las sábanas para abrirse más de piernas. Está empapada. Por mí.

La froto de nuevo, y ella se estremece. Le palpita el coño. Mece las caderas hacia atrás, buscándome, frotándose contra mí.

—Por favor, Theo… —Se gira para mirarme sobre su hombro, con los labios rosados y húmedos, los ojos vidriosos—. Necesito…

—¿Esto? —Se la meto un poco y ella entreabre los labios, formando una pequeña «o».

—Sí…

Le vibra el cuerpo de anhelo. Puedo sentirlo. A mí también me pasa.

—¿Y esto? —Se la meto un poco más y agacha la cabeza, agarrándose de la sábana como si le fuera la vida en ello—. ¿Y qué tal si te la doy toda? —Se la meto hasta el final, penetrando hasta el fondo su cuerpo tenso.

—¡Sí, joder! —grita entre dientes. Se apoya en los codos y yo la agarro de las caderas—. Muévete, por favor, muévete.

—¿Que me mueva? ¿O que te folle? Quiero oírtelo decir.

Sus jadeos son rítmicos, como el redoble de un tambor.

—Fóllame, Theo. Fóllame hasta que me olvide de mi nombre.

Sí, eso es lo que necesita. Olvidarse de su nombre y hacerse con uno nuevo.

—Con mucho gusto —gruño. Se la saco y la embisto de nuevo.

Ella arquea la espalda. Sus gemidos se convierten en gritos mientras cojo el ritmo, y mis gemidos se mezclan con el sonido húmedo que hacen nuestros cuerpos al colisionar una y otra vez.

Le tiro del pelo. Ella se abre más de piernas.

Le aprieto la cabeza contra el colchón. Ella corea mi nombre.

Siento que empieza a desmoronarse. Cuando veo que se acerca al límite, que está a punto de estallar, bajo el ritmo.

—Más —murmura cuando retrocedo un poco para admirarla, despatarrada ante mí, tan sedienta de mi polla.

—¿Más? —Quiere más. Es avariciosa—. Puedo darte más.

La cojo en brazos, saliendo de ella, y la llevo hasta los ventanales que van del suelo al techo y que dan al pueblo dormido. Está nevando; es como el interior de una bola de nieve.

—Pon las manos en la ventana y no las muevas —le ordeno, poniéndole las manos encima de la cabeza yo mismo.

—¿Y si alguien nos ve?

La agarro de las nalgas, se las abro y entonces me pongo tras ella y se la meto con suavidad.

—Entonces verán lo bonito que está este coño estrecho con toda mi polla dentro.

—Dios… —gime en voz baja mientras frota el culo contra mí.

El aliento de sus jadeos empaña el cristal frío mientras la hago mía; con cada embestida, con cada jadeo que exhalan sus labios, el vaho se extiende por la ventana para luego desaparecer.

Le aprieto el cuello; se lo beso. Le muerdo la espalda. Y ella lo recibe todo de buen grado, repitiendo mi nombre.

Cada movimiento que hace —con las caderas, con la espalda, con las piernas— parece diseñado para acercarse más a mí. Para que se la clave más honda. Más duro. Es como si nunca tuviera suficiente.

—Más. Necesito más.

Mi pecho se desliza por su espalda y, cuando me inclino sobre ella, mi sudor se mezcla con el suyo. Deslizo una mano alrededor de su cuerpo y empiezo a jugar con su clítoris.

—¿Así? ¿Te vas a correr en mi polla si hago esto?

Niega con la cabeza. Está desatada. Delirante. Perdida en las sensaciones. Está viva de una forma que debe de ser nueva para ella.

Sigo adueñándome de su coño mientras le froto el clítoris con los dedos.

—Más aún.

—Mira cómo te pones. Mira cómo suplicas para que te folle —le digo con voz ronca y la boca pegada a su oído. Mientras tanto, deslizo una mano por su cuello, para luego ponerle el pulgar en los labios—. Chupa.

Obedece al instante. Nuestros cuerpos bajan el ritmo unos segundos, cuando ella ahueca las mejillas y chupa.

—Mójalo bien, Winter. —Mueve la lengua, extendiendo la saliva.

Se lo saco de la boca con un ruido sordo. Coge aire con fuerza cuando le pongo el pulgar en el culo y empiezo a acariciar su entrada en círculos.

—¿Vas a doblarte y pedirme más otra vez? —presiono con suavidad.

Se inclina hacia delante y me mira por encima de mi hombro.

—Sí. Más.

Empiezo a moverme otra vez y, mientras se la meto y se la saco, le meto poco a poco el pulgar en el culo.

—¿Así, Winter? Quiero oírte decirlo.

—Sí. Así.

—¿Más?

—Más.

Se lo meto entero y gime.

—No tienes ni idea de lo buena que estás así. De lo que me gusta hacerte esto. El mejor polvo de mi puta vida —le suelto mientras la embisto de nuevo. Ella se frota contra mí y yo sigo jugando con su cuerpo como un experto.

—Theo… Joder. Esto es… —Sus manos se deslizan por el cristal. Le tiemblan las piernas—. Creo que… —Veo cómo abre más los ojos al darse cuenta de que va a correrse otra vez, así que no me detengo—. ¡Theo! —grita mi nombre al llegar al borde del abismo, y yo dejo de contenerme.

Todo se acelera y llego al borde de ese mismo abismo. Mi polla palpita en su interior mientras ella se contrae con fuerza, antes de que le fallen las piernas y los dos nos desplomemos en el suelo, convertidos en una maraña de sudor, miembros debilitados y caricias jadeantes.

Le inclino la cabeza y la beso.

—Tan guapa como imaginaba.

# Treinta y ocho

## *Winter*

*Ahora…*

Estoy tumbada en el sofá, deseando poder teletransportarme a la lujuriosa sencillez de aquella noche. La presencia de Summer me aleja del sueño del que no logro escapar, por muchas veces que me despierte y me vuelva a quedar dormida. El sueño en el que quiero más… y lo cojo.

—Me he despertado con un perro hecho un ovillo entre los pies y tu hija tratando de quitarme la camiseta. Y solo son las cinco de la mañana.

—Lo siento —contesto de forma inexpresiva. Estoy demasiado adormilada para reaccionar.

Summer se acerca con Vivi en brazos, apoyada en su cadera.

—¿Qué te pasa esta mañana? Tienes una pinta horrible. No te preocupes por el doctor Gilipollas, como lo llama Rhett. El berrinche se le pasará enseguida. Es difícil discutir con una prueba de ADN.

—No es por él. Es por Theo. No consigo ponerme en contacto con él. Llevo toda la noche intentando llamarlo.

—¿No contesta? —Cruza la habitación y se sienta en el sofá, a mi lado.

—Salta el buzón de voz.

—Qué raro.

Me froto los ojos.

—Sí, es raro. Al principio pensaba que se estaría tirando a alguna conejita de rodeo, pero sé que él nunca haría eso, así que ahora tengo miedo de que algo vaya muy muy mal. De que haya tenido un accidente de coche o algo así. Hasta he buscado en Google si hay algún asesino en serie en activo en Billings.

Summer se tapa la boca, fingiendo esconder un bostezo, pero sé que en realidad es una carcajada.

—Hay cero posibilidades de que ese hombre haya mirado siquiera a una conejita de rodeo. ¿Es que no te das cuenta de que lo tienes a tus pies?

—Sí, lo veo, pero no me lo acabo de creer. Es demasiado… perfecto. Siempre que algo parece perfecto me explota en la cara. Una hermana. Un marido. Un bebé… —Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos—. No quiero que Theo me explote en la cara. No me recuperaría nunca.

—Ma. —Vivi alarga los bracitos hacia mí y la cojo en brazos. Su cuerpo blandito siempre consigue hacerme sentir mejor.

—Puedo llamar a Rhett y…

—Sí, ¿puedes llamar a Rhett y preguntarle qué hotel y qué número de habitación?

—¿Qué?

—Justo después de buscar lo de los asesinos en serie, me he reservado un vuelo a Billings a las ocho de la mañana para echarle la bronca a Theo en persona. Porque después de toda esta mierda, por teléfono no me voy a quedar contenta.

Summer pone unos ojos como platos, pero reacciona enseguida.

—Vale, voy a cancelar las sesiones con los clientes de esta mañana para llevarte en coche al aeropuerto.

Theo nunca reculó cuando yo me puse de uñas.

Y ahora voy a devolverle el favor.
Porque él y yo… somos más.

# Treinta y nueve

## *Theo*

**Rhett**: ¿Estás vivo?

**Theo**: Sí, ¿por?

**Rhett**: Me alegro de haberte conocido.

**Theo**: ¿Se puede saber qué significa eso?

Estoy paseándome por mi habitación de hotel con el móvil en la mano, practicando lo que voy a decirle a Winter cuando la llame. Con un «perdón» no me va a bastar, así que tengo que pensar bien cómo voy a disculparme por haber dudado de ella.

Porque lo que hice no fue lanzar una pregunta al aire sobre el verdadero padre de Vivi. Lo que hice fue poner en duda la integridad de Winter, y eso es algo de lo que jamás he dudado, por muy estirada o inaccesible que fuese.

Doy un respingo al oír que llaman a la puerta. Debe de ser Rhett. A estas alturas, su mujer ya le debe de haber comido la oreja. Habrá venido a ver si me hace entrar en razón.

—¿Qué? —protesto al abrir la puerta de mi habitación.

Me quedo de piedra. El mundo deja de girar.

Porque quien está en el pasillo es Winter, con una mochila colgada del hombro y los ojos entornados, como si quisiera estrangularme solo con una mirada.

Vivi, en cambio, me mira desde el carrito con una sonrisa y el pollo de goma de Peter en la mano.

Y, cuando bajo la vista un poco más, veo a Peter con su collar y su correa, temblando, como siempre.

—¡Pa! —Vuelvo a mirar a Vivi, que me está señalando—. ¡Papapapapa!

—¿Ha dicho papá?

Winter ladea una cadera mientras tamborilea sobre su brazo con las uñas blanco perla.

—Sí, Theo. Lo dijo anoche por primera vez cuando te vio por la tele. Y ¿sabes qué pasó cuando intenté llamarte para contártelo?

Trago saliva, pero no consigo librarme del nudo de horror que tengo en la garganta. Es como si estuviera atorado ahí; me da la sensación de que cuanto más tiempo paso sin arreglar las cosas, más crece.

—Pues que me saltó el puto buzón de voz, Theo. Una y otra vez. Toda la noche. —Aprieta los labios y respira hondo por la nariz. Me recuerda a un dragón.

—¿Por eso has venido?

—No, he venido porque quería ponerte los puntos sobre las íes en persona. No he dormido, porque me he pasado la noche en vela preocupada por ti, por tu estúpida cara bonita y tu polla enorme y talentosa. —Me señala de arriba abajo con la mano—. Y por tu bienestar general, joder, porque me tienes consumida.

Se me cae el alma a los pies, pero sigo paralizado, agarrado a la puerta.

—Pasa, Winter.

—No.

—¿Has venido hasta aquí para no entrar?

—He venido para comprobar que estuvieras de una pieza y solo. Y ya lo he visto.

Solo. Joder. Me pican los dedos de las ganas que tengo de agarrarla y meterla en este cuarto conmigo.

—¿Por qué has traído a Peter?

—Porque es parte de nuestra familia, por mucho que me recuerde a esa ardilla rara de *Ice Age*. Y me gusta que duerma entre mis pies, así que no le queda más remedio que aguantarme. Como a ti.

—¿La ardilla de *Ice Age?*

—Explícame por qué me ha saltado el buzón de voz toda la noche.

Me paso una mano por el pelo y exhalo con fuerza.

—Ha sido un mal momento, ¿vale? Un momento de debilidad, inseguridad e inmadurez. Necesitaba regodearme en la miseria. Me dijiste que no me necesitabas. Me estaba escribiendo y llamando todo el mundo. Sentía que no podía arreglar nada y que lo único que hacía era empeorar las cosas. Y sabía que estabas enfadada conmigo, así que decidí apagarlo durante una noche.

—¡Pues no puedes apagarlo durante una noche, Theo! —grita—. Ya pasaste de tu móvil una vez, y resultó ser una puta mierda para mí. Tendría que haberme plantado en tus narices también entonces y exigir que me hicieras caso. Pero no lo hice. Así que aquí estoy ahora, exigiendo que me hagas caso.

—Joder, Winter, lo siento muchísimo.

—Ahora hay personas que te necesitan. Somos más fuertes que esto. Y sí, estaba enfadada contigo. No tendrías que haber dicho lo que dijiste. Pero ¿sabes qué? De vez en cuando me enfadaré contigo. La gente se enfada. Dice cosas de las que se arrepiente. ¡Es normal! Ser Theo, el que está siempre feliz como una perdiz, el que nunca molesta a nadie ni tiene un mal día, no es normal. Tienes derecho a perder los nervios. —Hace una pausa y respira con dificultad—. Pero tienes que perderlos sin dejar de estar conmigo.

Me pica la nariz. Hasta Vivi está seria.

—Lo siento —digo con la voz rota, agachando la cabeza.

—Tienes que perderlos conmigo porque te necesito. Y te quiero. Te quiero tanto que me paraliza pensar en seguir adelante sin ti. No tienes permiso para darme de lado, porque has hecho que te necesite, y ahora tienes que asumir las consecuencias.

Esta vez, hago caso del anhelo que siento en las manos. Alargo los brazos hacia la mujer que tengo enfrente y la apretujo contra mi pecho. Ella suelta un gritito de sorpresa ante la rapidez de mis movimientos, pero no se resiste. Rodeo su cuerpo menudo con los brazos y, mientras acuno su cabeza contra mi corazón, cierro los ojos y respiro hondo, inhalando su aroma dulce y cálido a canela y azúcar, sumergiéndome en ella.

—Estoy muy enfadada contigo, Theo.

—Es comprensible. —Bajo la vista hacia el carrito. Vivi me está mirando con los ojos oscuros muy abiertos—. Yo también estoy enfadado conmigo.

—Estoy enfadada de cojones —se corrige.

Le acaricio el pelo con los labios una y otra vez.

—Pero ¿me quieres?

No vacila.

—Tanto que me duele.

La estrecho todavía más, regodeándome en lo bien que encaja entre mis brazos. Tan cálida, tan dulce.

—Bienvenida al club, Campanilla.

Echa la cabeza hacia atrás y me mira a los ojos. Aunque se la ve cansada, le brillan tanto los ojos como la primera vez que me echó la bronca.

—Te quiero —pronuncia de nuevo las palabras como si fueran extrañas en su boca, como si se estuviera acostumbrando a la sensación que le provocan en los labios. Como si para ella fuese un idioma completamente nuevo.

Yo le acaricio los mechones dorados con las manos.

—Yo también te quiero. Y ahora ¿quieres entrar para que podamos estar todos juntos mientras estás enfadada de cojones

conmigo y yo pierdo los nervios porque te quiero y quiero matar a tu ex?

Se aparta y se sacude la ropa, que está totalmente limpia.

—Sí. Me parece perfecto.

Echo un vistazo a Peter, que está sentado y temblando.

—Me parece que en este hotel no dejan entrar perros.

Winter resopla.

—No creo que llegue a perro. Es más bien una rata o una ardilla. —Pasa por mi lado para entrar. Con la mochila, el carrito, la bebé y el perro.

Toda mi vida está en esta habitación. Y tiene razón. Aún estoy de los nervios.

Pero con ellos aquí me siento mejor.

—No habrá ninguna guarra por aquí, ¿no? —pregunta mirando a su alrededor, buscando las pruebas de algo que nunca, jamás le haría.

—Solo una —contesto mientras la abrazo desde atrás y le froto la barba contra la mejilla.

Y nunca me había gustado tanto ver a Winter Hamilton poniéndome los ojos en blanco.

—Vale, Theo. —Rhett me chasquea los dedos delante de la cara. Estamos sentados encima de la valla.

Debería estar escuchando. Prestando atención. Debería tener la cabeza en el ruedo.

Pero mis chicas están en las gradas.

Una ha estado repitiendo las mismas sílabas una y otra vez durante todo el día. Y la otra se ha echado una siesta en mi cama y me ha fulminado con la mirada en cuanto he vuelto con Peter y Vivi en brazos.

—¿Todavía estás enfadada conmigo?

—No, estoy enfadada conmigo misma.

—¿Por qué?

—Porque debería estar enfadada contigo, pero cuando te veo ir de un lado a otro con una bebé y un chihuahua me entran ganas de… —Ha meneado la cabeza y ha hecho un gesto con la mano a modo de explicación.

—¿Arrodillarte y darle un buen uso a esa boquita contestona?

Me ha fulminado con la mirada otra vez, pero la he visto apretar los labios para reprimir una sonrisa. Un poquito.

—No he dicho nada. Sigo enfadada contigo.

Pero ahora está en las gradas con nuestra hija en brazos. Y con un par de botas de *cowboy* con puntera de acero, unos putos vaqueros ceñidos y un top pensado para presumir de tetas. Por cómo se le refleja la luz en el escote, parece que se haya puesto aceite.

—Tío, despierta de una puta vez. Concéntrate en el ruedo. —Rhett me da un golpe en las costillas y yo me aparto.

—¡Eh! Me has hecho daño.

—Ya me darás las gracias cuando Winter te quiera hacer una mamada para felicitarte por tu victoria.

Me froto el punto donde me ha clavado los dedos.

—Qué grosero.

—A Fuego Feroz le da igual quién esté en las gradas. Lo que quiere es matarte. Te ha tocado un buen toro. A no ser que te caigas; en ese caso, te habrá tocado un hijo de puta. No lo dejes ganar.

Ese comentario me despierta de mi ensoñación sexual.

—Eres el último. El asqueroso de Emmet ha conseguido una buena puntuación. Mejor que la tuya de anoche. No va a renunciar al campeonato tan fácilmente, así que prepárate, guapito de cara. Hoy vas a tener que espolear pero bien.

Asiento. Tiene razón. Voy a tener que cabrear al toro más de lo que ya lo estará… y es famoso por lo iracundo que es. Por eso tiene su sitio en el circuito.

—Hombros atrás y barbilla baja. Y prepárate para el cambio de dirección, para que no te vayas a la mierda. Solo voy a ser tu héroe una vez en esta vida. ¿Entendido?

—Entendido.

Y entonces la noto. La concentración. La calma. La sensación de que estoy sentado justo donde una vez lo estuvo mi padre. Haciendo lo que él hacía.

Cada vez que me subo aquí, cada vez que me monto en un toro, me siento más cerca de mi padre que en ninguna otra parte.

Miramos a Jude. Aguanta los ocho segundos, pero ha sido una monta sencilla. Nada que vaya a enamorar a los jueces.

—¡Ahí va Fuego Feroz! —grita alguien.

El toro negro entra trotando en la manga, directo al toril, con su mirada salvaje y un hilo de baba goteando de la boca.

Hay quien pensaría que es ahora cuando debería ponerme nervioso, pero a mí me ocurre lo contrario.

Ahora es cuando todo lo que no sea un nivel de seguridad en mí mismo que roza la estupidez se evapora. Los latidos de mi corazón se acompasan. Cualquier pensamiento racional se va volando, lejos de mi cabeza.

En esto soy el mejor, hostia. Y voy a demostrarlo.

Me monto a lomos de Fuego Feroz y él empieza a dar sacudidas, furioso. Paso de él. Cojo el pretal y lo acaricio para calentar la brea.

Es instintivo. Podría hacer todo esto con los ojos cerrados, y que el proceso siempre sea el mismo me encanta.

Mientras trabajo con la cuerda, levanto la vista hacia donde Winter y Vivi están sentadas.

No: están de pie.

Winter está levantada, y su cuerpo se mece de adelante hacia atrás. Tiene a Vivi apoyada en su brazo como si fuera un asiento, de cara al ruedo. Creo que alguien le ha pedido que se siente, porque en sus labios leo claramente un «cállese».

Se me escapa una sonrisa. Me concentro de nuevo en mi mano. En el pretal. En comprobar su robustez. En recolocarme a lomos del

toro. En espolearlo una vez para enfurecerlo más.

Rhett me dice algo, pero no lo escucho. Estoy demasiado concentrado.

Y asiento.

Fuego Feroz sale al ruedo como una exhalación, corcoveándose con tanta rabia que los pedazos de barro que salen disparados de sus pezuñas me golpean en el casco. Gira a la izquierda con furia, pero yo, con el abdomen activo y un brazo extendido en forma de una «L» perfecta, no permito que me mueva de mi sitio.

Mantengo la barbilla baja, pero no miro al suelo. No es ahí donde quiero terminar.

Echo los pies hacia atrás y lo espoleo de nuevo.

Baja un hombro. Giro.

Me lo esperaba, y sonrío al ver que sigo sin perder el equilibrio, a pesar del cambio de dirección.

—No vas a poder conmigo, cabrón —le espeto entre dientes.

Me lo estoy pasando en grande. Son los ocho segundos más largos y a la vez más cortos de mi vida. Y entonces suena el timbre y salgo echando hostias de ahí. Otro vaquero aparece a mi lado a caballo y alargo la mano hacia él, dejando que me ayude a bajar y a alejarme del toro. Mis días de tentar al destino desmontando el toro de una forma que dé espectáculo han llegado a su fin.

El payaso de rodeo distrae a Fuego Feroz y yo corro hacia el lado del ruedo que está más cerca de Winter. Trepo la valla, me quito el casco y la busco de inmediato.

Vivi da sacudidas en sus brazos porque su madre está saltando y chillando. Berreando como una loca.

—¡A por ellos, cariño! —grita, saludándome con la mano.

Y cuando anuncian una puntuación de 96,25 empieza a chillar otra vez. Pero la puntuación no me importa tanto; me echo a reír de alegría. Me estalla el corazón al ver a la rubia que está «enfadada de cojones» conmigo pero que me anima como si fuese su persona preferida en el mundo entero, y con nuestra hija en brazos.

Es una locura. Es increíble. Es improbable.

La mujer que todo el mundo definía como fría, mala e inalcanzable es mía. Completamente mía.

Y eso es especial. Eso lo es todo.

—¡Winter! —grito, aunque está a al menos diez filas de asientos de mí—. ¡Baja ese culazo que tienes hasta aquí!

Se pone roja, pero los ojos azules le brillan como zafiros. Con una sonrisa de oreja a oreja, aparta a la gente a empujones para dirigirse a las escaleras. Cuando llega hasta donde estoy, sube un par de tramos de la valla y, sin aliento, me suelta:

—Ya no estoy enfadada contigo. Después de verte montar, lo que estoy es muy cachonda.

Lo dice tan alto que se oyen varias carcajadas a nuestro alrededor.

Beso a Vivi en la cabeza y le dedico una sonrisa cómplice a Winter antes de susurrarle al oído:

—¿Cómo quieres que te folle luego? ¿Como a una princesa o como a una guarra?

Y, justo antes de besarme, se ríe y contesta:

—Me da igual, siempre que me folles como si fuera tuya.

La beso y, cuando bajo de la valla, le guiño el ojo con chulería antes de dirigirme al podio que han colocado en medio. Emmett está esperando en el escalón de abajo.

—No te acostumbres, Silva. No eres tan bueno como tu padre.

—Eres un encanto, Bush. —Le doy una palmadita en el hombro. Ni siquiera este gilipollas podría arruinarme la noche. Me subo en el escalón de arriba, apoyándome en su hombro como si fuese una barandilla—. Tan bueno quizá no, pero soy tan majo como él. Así que felicidades por la temporada que estás haciendo.

Me mira perplejo.

Y yo le sonrío y añado:

—Es una pena que te la vaya a estropear.

Los peces gordos salen a hablar sobre la noche, el deporte, la emoción y toda la pesca, pero yo no hago más que mirar a Winter. Rhett está a su lado en la valla, y los dos me están mirando.

Dejo de babear cuando el presentador me pide que hable de mi primer fin de semana compitiendo después de mi lesión.

—Háblanos de tu victoria de esta noche.

Cojo el micrófono, pero vuelvo a mirar a Winter, que está radiante. Resplandeciente. Todo sonrisas y emoción.

Toda mía.

—Bueno, este tiempo de descanso ha sido distinto de lo que esperaba —empiezo a decir—. La rehabilitación ha ido bastante bien y no creo que tenga secuelas de las que deba preocuparme, lo que es estupendo. Pero lo mejor de todo fue que pude pasar tiempo de calidad con mi familia. —Señalo hacia la valla con la barbilla—. Esta noche me acompañan mi pequeña y mi futura esposa. Gracias a ellas, esta victoria es aún más especial.

El presentador se ríe y se oye un «ooooh» colectivo del público. Pero yo sigo mirando a Winter.

No pone los ojos en blanco porque esté presumiendo de ellas.

Me guiña un ojo.

—¿Hay algo que quieras decirle a esa futura esposa tuya, Silva?

No me lo tengo que pensar dos veces.

Me llevo el micrófono a los labios y murmuro:

—*Te vivo*.

Es mejor que «te quiero».

Es más preciso.

Más nuestro.

# Cuarenta
## *Winter*

**Kip**: Sé que no he estado a tu lado, pero me gustaría cambiar eso. Quiero ayudarte. Summer me ha contado lo de Rob. Por favor, deja que te ponga en contacto con mi abogada de familia. Es la mejor.

**Winter**: No esperaba menos de Summer. ¿Por qué tienes una abogada de familia?

**Kip**: ¿Es que no has hablado con tu madre?

**Winter**: Ja. ¿En serio? Dejé de hablar con Marina el día que sugirió que hiciera como que Vivi era de Rob. ¿No te lo dijo?

**Kip**: Bueno, tampoco nos hablamos. Lo de pedirle el divorcio no fue muy bien.

**Winter**: ¿Os vais a divorciar?

**Kip**: Sí.

**Winter**: Ya era hora.

**Winter**: Y sí, pásame el contacto.

—¿Quieres que tire estas flores?

Theo está mirando el jarrón de rosas rojas que hay sobre la encimera como si quisiera pulverizarlas, más que tirarlas a la basura.

—No. Quiero quedármelas.

Me mira enfurruñado. Desde que hemos vuelto a casa, ha estado un poco de bajón. Sé que tenía pensado seguir en la carretera entre el rodeo en el que participó el otro día y el siguiente, para volver a acostumbrarse al ritmo de las competiciones de fin de semana.

Pero le dije que lo necesitaba y él volvió sin pensárselo dos veces.

—¿Por qué razón?

—Son bonitas. —Me encojo de hombros—. Sería una pena tirarlas, ¿no? —Le señalo con el dedo—. ¿Es eso lo que te vas a poner para ir al juicio?

Baja la vista para mirarse. Lleva unos vaqueros oscuros que se ciñen a sus muslos musculosos y una camiseta blanca con un cuello de pico pronunciado que deja expuesta una cadena y un poco de pelo en el pecho. Se ha calado bien la visera de la gorra, pero veo que frunce el ceño y que adopta una expresión de confusión.

—¿Qué quieres decir?

Señalo con la mano mi traje de chaqueta azul zafiro. Hacía mucho tiempo que no me sentía como la Winter de antes de tener un bebé.

—Que si es esa ropa la que vas a llevar al juzgado. A ver, es que si con eso te pones las botas con los cordones desatados, me abalanzaré sobre ti en cuanto nos vayamos, pero vamos, que es por saber.

—No tenía pensado entrar.

Me quedo paralizada justo cuando me disponía a coger un vaso de agua.

—¿Qué?

—Te habían convocado a ti, ¿no? Y a Vivi.

—Sí —contesto, pronunciando la palabra despacio.

—Entonces ¿para qué voy a ir? ¿No es el tribunal de familia bastante pequeño? ¿No estaría mal visto que me presentara allí y le diera una paliza al doctor Gilipollas? Estoy intentando no meterme

donde no me llaman, pero, Winter, la verdad es que tengo putas ganas de meterme. No sé si seré capaz de no perder los estribos ahí dentro.

Siento una presión en el pecho, a pesar de que se me acelera el corazón. Me pone nerviosa encontrarme cara a cara con Rob. Sé que irá con una sonrisa petulante y condescendiente, y que estará encantado consigo mismo por haber conseguido remover la mierda.

Así que admito la verdad, porque no me siento en absoluto capaz de hacer esto sin Theo a mi lado.

—Estoy asustada. No quiero ir sola.

Esta vez es él quien se queda quieto. Me mira mientras reflexiona sobre mis palabras, porque una cosa es que yo le diga que lo necesito y otra muy distinta que se lo demuestre. Y hoy lo necesito de verdad. Necesito tenerlo a mi lado, que vaya conmigo de la mano. Los dos sabemos cuál será el resultado, pero tengo miedo de todos modos.

Balbuceo; siento que, si me da otra razón por la que no debería acompañarme, soy capaz de ponerme de rodillas y suplicárselo.

—Es tu hija. Te necesito allí conmigo. Necesito que estemos los tres juntos. —Me tiembla la voz al terminar la frase—. Por favor.

—Winter, ven aquí. —Abre los brazos y yo voy hacia él y respiro ese aroma cítrico y especiado que asocio con mi hogar. Cuando tengo la cabeza acurrucada contra la curva de su cuello, él me rodea con el brazo y me acaricia la mejilla con la nariz—. Iré adonde tú quieras. Me pondré lo que tú quieras. Nunca volveré a apagar el móvil. Siempre, siempre, estaré cuando me necesites. Y cuando me necesite Vivi. No hace falta que me supliques y tampoco que me lo pidas por favor. Mientras viva, mientras me necesites, me tendrás, ¿de acuerdo? No lo dudes nunca.

Asiento, pero no digo nada. Me limito a apretarlo aún más fuerte, a regodearme en la sensación de tener sus fuertes brazos a mi alrededor.

—¿Porque soy tu futura esposa? —pregunto, tratando de rebajar un poco la tensión.

—Evidentemente.

—¿De verdad llamaste a tu madre para decirle eso?

Se ríe por la nariz.

—Pues sí, Campanilla. Esas cosas se saben.

Confía en sí mismo a ciegas. No se cuestiona. Nadie le ha demostrado nunca que no tenga que dudar de él.

Y me encanta.

—Te quiero, Theo Dale Silva.

—Yo también te quiero, Winter…

Hago una mueca. Estaba esperando el momento en el que esto se volviera en mi contra.

—No te rías…

—No se me ocurriría.

—Vale. Es Peggy.

—¿Peggy?

—Cállate. —Me acurruco contra él y me muerdo el interior de las mejillas para no echarme a reír.

—La pequeña Winter Peggy lleva meses riéndose de Theo Dale. Solo me parece curioso, nada más.

Levanto la vista para mirarlo, incapaz de contener una carcajada.

—¡Theo Dale parece el nombre de alguien que vive en la Tierra Media!

—Y Winter Peggy es nombre de una Barbie granjera con traje de esquiar incluido. Summer Peggy, en cambio, viene con bañador y unas gafas de sol.

Me parto de risa. No tiene tanta gracia, pero es justo lo que necesitaba para liberar el estrés.

Theo me sonríe.

—Qué guapa estás cuando te ríes, joder. —Me da un beso en la mejilla, otro en la otra y otro en la frente—. Deja que vaya a cambiarme, para ir a juego con mi pequeña Peggy Trajeada.

Y solo unas horas después, tras una simple recogida de muestra de ADN del interior de la mejilla de Vivi, Theo y yo salimos del juzgado, yo con mi traje de chaqueta y él con un traje negro y

elegante con el que está para comérselo. Me da la mano y sujeta a Vivi con firmeza en brazos, como el padre protector que es.

A Rob ni lo miro al pasar. Mantengo la barbilla bien alta y los hombros hacia atrás. No pienso dignarme a dar muestras de haberme percatado de su presencia. No le voy a dar esa satisfacción.

Sin embargo, al que sí que miro es al hombre que puedo llamar mío.

Y cuando pasamos por delante de mi ex…

Theo le guiña un ojo.



Ahora que he decidido que necesitar a Theo tan intensamente como lo necesito no tiene nada de malo, me cuesta ser lo bastante madura para dejar que salga por esa puerta para irse de rodeo.

Y no hizo falta más que un «podrías venirte conmigo» de su parte para que tomase la decisión.

Las dos semanas siguientes, viajo con él. Y Vivi. Y Peter. La mayoría de los hoteles no permiten la entrada a perros, pero yo no pido permiso, lo que significa que casi nunca me impiden llevarlo conmigo. Pasamos por Fort Worth, Texas —donde me doy cuenta de que Theo no tiene tanto de *cowboy* como pensaba— y luego por San Antonio.

Pasamos por el River Walk y cenamos fuera. Él dedica mucho tiempo a entrenar y yo lo vitoreo como una loca cada vez que se sube a un toro. Hacemos el amor en la ducha cuando Vivi se ha dormido. Y, al final de todos los días, sin excepción, me quedo dormida entre sus fuertes brazos.

Y cuando subimos los escalones que llevan a la puerta de nuestra casita, situada en la calle llena de árboles de Chestnut Springs, nos encontramos cara a cara con el sobre que estábamos esperando.

Y con otro más. Otro sobre del que Theo no sabía nada.

Cojo los papeles fríos antes de entrar en casa con las bolsas, la sillita del coche y el carrito. Viajar con una niña me ha hecho apreciar lo fácil que es viajar sola.

Y, sin embargo, si pienso en viajar sola lo único que siento es horror. Prefiero mil veces ir de aquí para allá con todos los bártulos y seguir junto a esta pequeña familia que he construido los últimos meses. Vivi cumple un año la semana que viene, y yo volveré a trabajar una semana después… Aunque he intentado fingir que eso no va a pasar.

Siempre me ha encantado mi trabajo. Siempre ha sido el lugar en el que podía escapar de la vida real, siempre me he sumergido de lleno en un trabajo que disfruto mucho.

Pero ya no quiero escapar de mi vida. Lo que quiero es sentar cabeza y echar raíces. Quiero ver a Vivi caminar por todas partes y aprender palabras nuevas y a Theo ganarlo todo cada fin de semana.

Vivi está malhumorada e irritada después del viaje, así que Theo la coge en brazos y dice:

—Voy a intentar que duerma un rato. Tú abre eso, vuelvo enseguida. —Se va con ella casi sin mirarme, llenándola de besos mientras recorre el pasillo.

Esos vaqueros le hacen un culo impresionante.

—Vale —murmuro mientras me siento en un taburete de la cocina.

El sobre, que está dirigido a mí, nos deshizo de muchas maneras, pero quizá nos desmoronó para que pudiéramos volver a unirnos, a trenzarnos, esta vez con más firmeza. Quizá todo esto nos haya traído una paz que nunca habríamos tenido de no ser así.

Se me escapa una sonrisa, porque a Theo este sobre le pone nervioso.

Desde aquel comentario desafortunado, no ha vuelto a cuestionar que sea el padre de Vivi. En el fondo de su corazón, lo sabe, pero Rob sembró en él la semilla de la duda, y Theo no ha sido capaz de

superarlo del todo. Sin embargo, me respeta demasiado como para volver a lanzar al aire esa pregunta.

Y yo… Yo ya sé lo que leeré en estos papeles. Me dirán que no es posible que Rob me dejara embarazada a través de las paredes de nuestras habitaciones separadas. Me dirán que la noche más excitante de mi vida, la que pasé en un hotel con un hombre que apenas conocía, encaja perfectamente en el tiempo con el día en el que nació Vivi.

Perfectamente imperfectos. Así somos Theo y yo.

A veces me pregunto si habríamos terminado así también si las cosas no hubieran ocurrido de esta manera. Si hubiera sabido de su existencia desde el principio, ¿habría conseguido yo empezar de cero de este modo? ¿Habría sacado de mi vida a las personas que tenía que sacar? ¿Habría encontrado esa sensación de libertad que hallé durante el tiempo que pasé viviendo sola? ¿O habría arrastrado a Theo al infierno de mi drama familiar? ¿Habría sentido que pasaba de estar bajo el yugo de un hombre a estar bajo el de otro? ¿Tendríamos Summer y yo la relación que tenemos ahora?

Son muchas incertezas…, pero siento que todo ha salido tal y como tenía que salir.

—En fin, se ha dormido en diez segundos.

—Me lo figuraba. —Me quedo sin aliento al verlo, igual que cuando lo conocí. Tan tosco, tan guapo, tan sensual… Se me hace la boca agua al verlo; se me llena el estómago de mariposas. Y hace que me sienta salvaje. Yo nunca me había sentido así por un hombre. Despertó una parte de mí que no sabía que existía, un pedacito que me faltaba.

—¿Y bien? ¿Lo has abierto?

Lo miro ladeando la cabeza.

—¿De verdad me crees capaz de abrirlo sin ti? —Se sienta a mi lado. Su rodilla acaricia la mía y apoya el pie en la barra que une las patas de mi taburete.

Y luego tira de él para encajar mis piernas entre las suyas.

Igual que aquella noche, en el bar del hotel.

—Vale, Campanilla. Abrámoslo.

—Abrámoslos. Tengo dos cosas para ti.

Baja la vista hacia la encimera con los ojos oscuros ligeramente entornados, y decido acabar con su sufrimiento. Él estará nervioso, pero yo estoy emocionada. Este sobre supone el golpe final que acabará con el doctor Robert Valentine.

Y el otro significa que Vivi podrá ser de Theo de la forma que tendría que haber sido desde el principio.

Abro ambos sobres y despliego los papeles, para luego colocarlos delante de Theo, el uno al lado del otro. No me molesto en leerlos. En lugar de eso, le pongo una mano sobre la espalda y lo observo. Contemplo las cejas gruesas, el gesto terco de su mandíbula, la nariz recta y prominente.

Y la alegría en sus ojos cuando llega a la parte en la que la tinta le confirma lo que ya sabíamos.

No estuvo cuando Vivi nació, pero podrá estar en todos los momentos de su vida a partir de ahora porque es su padre.

Y entonces desvía la mirada hacia el otro documento. El que no se esperaba. El que detalla el cambio legal de su nombre, de Vivienne Hamilton a Vivienne Loretta Silva. Mi forma de demostrarle que él jamás será un intruso. Que tendrá que aguantarnos toda la vida.

No dice nada, pero veo que traga saliva.

—Es… es…

—Si quieres, podemos pedir otra prueba de paternidad que demuestre que tú y ella…

Se da la vuelta y me besa, enredándome las manos en el pelo. Se adueña de mí con su boca, me hace suya con las manos.

No hablamos. No hay nada que decir. Así que hablamos con las manos, que nos desnudan quitando una prenda de ropa tras otra. Hablamos con nuestros labios mientras me tumba en el sofá y se pone encima de mí. Hablamos con nuestros cuerpos mientras nos unimos con tortuosa lentitud y construimos la tensión más deliciosa del mundo a nuestro alrededor.

Se me ocurre que tal vez yo no sea una mujer fácil de amar, pero que Theo lo hace de una forma tan natural que siento que podría serlo. Que merezco serlo.

Cobro vida bajo sus manos, y me deshago bajo ellas también. Pero él siempre me recompone. Cada vez.

Al terminar, nos quedamos ahí tumbados, satisfechos, con los cuerpos pegajosos de sudor, los corazones latiendo el uno contra el otro y los brazos enredados con fuerza, como si no hubiera nada en el mundo que pudiera separarnos.

—¿Ya estás preparada para tirar esas flores? —La voz ronca de Theo me saca de mi ensimismamiento. Mira hacia el aparador donde descansa el jarrón con el agua sucia y las flores marchitas—. Porque ahora son aún más asquerosas que al principio.

Froto la mejilla contra su pecho y me río. No me sentía tan ligera desde…, en fin, creo que nunca me había sentido tan ligera.

—No. Tengo una cosa pensada para ellas.

# Cuarenta y uno

## *Winter*

**Winter**: ¿Preparada?

**Summer**: Preparadísima.

Oigo los pasos de tres personas tras de mí mientras recorro el camino de ladrillo que lleva a la casa que solía llamar mi hogar. Ahora, si la comparo con el lugar donde vivo con Theo, me parece excesiva y chabacana. Grande y vacía. Ocupa todo el espacio posible en el solar. Los árboles son demasiado jóvenes y pequeños, y se oye el tráfico de la autopista, que está cerca.

No es Chestnut Springs.

No es mi hogar.

Cuando llego a los tres escalones de mármol que suben hasta el enorme portón, miro atrás. Summer tiene una sonrisa de oreja a oreja. Rhett está tras ella, con las manos en sus hombros.

Pero es Theo quien roba mi atención. Como siempre.

Está apoyado contra el garaje, de brazos cruzados, con una sencilla camiseta blanca que se le ajusta a los bíceps y unos

vaqueros que se ciñen a sus largas piernas y me hacen la boca agua.

Y sus enormes botas militares, por supuesto.

Con los cordones desatados.

Recuerdo que una vez pensé que lo último que necesitaba en mi vida era un hombre que no se atara los cordones.

Ahora esa idea me hace reír, soltar una suave risita que nace en un lugar muy cercano a mi corazón.

Qué equivocada estaba.

Siento que apareció de la nada y desató los cordones que me inmovilizaban a mí, cuando yo ni siquiera me había dado cuenta de que los llevaba atados con demasiada fuerza.

—¡Me estás comiendo con los ojos, Campanilla! —grita, y me sonrojo. Pues claro que me lo como con los ojos. Theo Silva ya era el hombre más guapo que había visto nunca entonces, y ahora lo sigue siendo.

Me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco.

Y entonces me doy la vuelta, subo los escalones y toco el timbre. Sé que Rob está en casa porque he llamado al hospital y se lo he preguntado a mi enfermera jefa preferida para confirmarlo. Tarda un rato en llegar a la puerta porque la casa es excesivamente grande.

Por fin abre. Lleva un polo rosa y unos pantalones cortos blancos, y el pelo peinado con mimo para esconder la calva incipiente.

Casi retrocedo del asco al verlo, pero no es solo una cuestión física. Los últimos meses, Rob ha demostrado de qué pasta está hecho, y es repugnante.

Este hombre está completamente podrido.

Igual que el jarrón con las flores muertas y rancias que llevo en la mano.

—Winter. —Me mira tan engreído como siempre, hasta que se da cuenta de que no estoy sola. De que hoy tiene público.

A este tío le encantaba tenerme aislada. Que no pudiera contar con nadie. Y aquí estoy, con personas que me quieren y me apoyan.

Con personas que están a mi lado incluso cuando no soy mi mejor versión.

Se le borra la sonrisa, como si se le hubiera caído la máscara que escondía la fealdad de su verdadera cara.

—Hola, Rob. —Le tiendo las flores.

Las coge antes de mirarlas con atención y darse cuenta de que se están pudriendo. Un pétalo seco se le cae en los pies.

—Me gustaron mucho, eran muy bonitas. Luego me fui de viaje con mi familia unos días y al volver me las encontré así, podridas y mohosas. Me recordaron a ti, así que se me ocurrió que podía traértelas.

—¿Has venido a regalarme unas flores muertas?

Sonrío. Es una sonrisa falsa y ensayada, la misma que uso cuando un paciente me toca las narices.

—No, he venido a regalarte el sobre que está pegado al jarrón. —Lo señalo—. Justo ahí.

Arruga el gesto, pero no hace ademán de tocarlo, así que prosigo:

—Summer y yo hemos puesto mucho cariño en esas declaraciones juradas, así que espero que las disfrutes. Estoy segura de que la junta del hospital y el colegio de médicos lo harán.

Una persona normal empalidecería. Estaría aterrorizada. Pero Rob pasa de ponerse como un tomate a tornarse de color púrpura. No sé si lo había visto nunca tan enfadado.

—No serás capaz.

Su voz es puro veneno, pero ya no me asusta. Doy un paso hacia él, alzo la barbilla y entorno los ojos antes de arrancar un pétalo muerto y dejarlo caer. Contemplo cómo se desploma, igual que se desplomó mi lealtad hacia él.

Creí que lo amaba, pero entonces no sabía lo que era el amor.

Ahora sí lo sé.

—Ah, pero resulta que sí lo soy. —Mi tono de voz es firme y controlado. Está lleno de odio—. Porque esta vez no has ido solo a por mí, rata inmunda. Has ido a por mi hija. Has ido a por el hombre

al que amo. Has ido a por mi familia. Esta vez has llegado demasiado lejos.

—Voy a…

No le dejo decir ni una palabra.

—No he follado contigo desde el día que descubrí que eras un depredador. Y ahora lo va a saber todo el mundo. Todos.

Me doy la vuelta y me alejo de él, pasando de sus maldiciones y sus amenazas. Cuando oigo el estrépito del jarrón al romperse contra el suelo, mi única reacción es una sonrisa. Me siento como si hubiera lanzado una granada en esa casa deprimente y me hubiera largado después.

Me siento libre.



La fiesta de cumpleaños de Vivi es perfecta.

Todo el mundo ha puesto su granito de arena para que la ocasión sea un día muy especial para ella. Está preciosa, con su vestido de verano estampado de naranjas y hojas. Y la decoración es desternillante: está todo personalizado —cortesía de Willa— con fotos de lo que a Vivi más le gusta en el mundo… Peter. Además, celebrarlo en el rancho Pozo de los Deseos ha sido perfecto, igual que el clima. A finales de verano todavía hace calor, pero no es insoportable, y el aire huele a heno recién segado.

Rhett ha colocado una tienda blanca enorme en el campo trasero que hay cerca de la casa principal del rancho, y todos los presentes son de la familia, de un modo u otro. Loretta, los Eaton, Theo, que intenta llevar a Vivi en brazos por todas partes, aunque ella ha pasado de andar a correr bastante rápido y le ha cogido el gusto a hacer que su padre la persiga. A su madre también le encanta. Le dice que le está pagando con la misma moneda, porque él era igual de pequeño.

No nos da ni un segundo de tranquilidad.

Willa ha hecho el pastel, Summer y Sloane han decorado y Cade se está encargando de la barbacoa. Jasper está jugando al hockey sobre hierba con Luke, que acaba de gritar: «¡Joder!» porque pensaba que iba a marcarle un gol a Jasper, aunque al final no lo ha conseguido. Harvey ha preparado un cuenco de ponche que sabe a zumo de frutas, pero que sospecho que contiene mucho más alcohol del necesario para la fiesta del primer cumpleaños de una niña.

Y Beau todavía no ha aparecido.

—Harvey, ¿cuánto alcohol hay en esto que me estoy bebiendo?

Me sonríe. Estamos apoyados en la valla.

—El suficiente para rebajarte un poco la tensión.

—¿Qué tensión? Si no estoy nerviosa. Si me relajas demasiado, igual se me suelta la lengua y cuento lo tuyo. Así te la devuelvo.

Enarca una ceja y da un trago de su vaso.

—¿Qué es lo mío?

Esbozo una sonrisilla y doy un trago yo también.

—Tuyo y de Cordelia.

Se atraganta con la bebida. Le doy unas palmaditas en la espalda mientras él se golpea el pecho.

—Uf… Bueno, en fin, nadie me perdonaría si te matara, así que igual es mejor que me lo guarde. Aunque no entiendo cómo es posible que nadie se haya dado cuenta.

Harvey carraspea y mira al grupo de familia y amigos. La música suena, las hamburguesas siguen en la barbacoa… Todo el mundo sigue a lo suyo, en un ambiente cómodo y distendido.

—Pues igual que no se dieron cuenta de que Vivi es una versión en miniatura de su padre. No se fijan.

Asiento y miro a Theo, que tiene en brazos a su miniyo. Ambos animan a Luke, que está tratando de esquivar a Jasper.

—Todavía no estoy preparado para contarlo —admite Harvey tras unos segundos de silencio.

—Estaba de broma.

—Me da la sensación de que es censurable. Por ser ella quien es. Pero a veces…

—A veces las cosas pasan, sin más, y no te das cuenta de que es lo correcto hasta que no estás metido hasta las cejas.

Contesta con un gruñido y asiente. Seguimos en el mismo sitio, apoyados en la valla.

—¿Hay una versión geriátrica de la temporada de cría? —pregunto para romper la tensión.

Esta vez no se atraganta. Echa la cabeza hacia atrás y… ulula.

—Pero, niña, ¿cómo te atreves a decirme eso?

—Oye, donde las dan, las toman.

Y, mientras nos reímos, oigo el crujido de unos neumáticos contra el camino de gravilla que hay tras nosotros.

Reconozco el Suburban negro porque es el mismo que Kip Hamilton ha conducido toda la vida. Cada dos años, más o menos, se compra uno nuevo de la misma marca y modelo.

—Esa es la razón por la que he pensado que era mejor rebajar la tensión.

—Hum… —Enarco una ceja—. ¿Sabías que vendría?

Harvey se encoge de hombros.

—Summer me lo ha dejado caer mientras lo preparábamos todo. Por eso he echado dos botellas de bourbon en la Priva Especial de Harvey, en lugar de solo una, como hago siempre.

Arrugo la nariz.

—¿Acabas de decir «priva»?

Harvey se parte de risa. Es evidente que le pirra dejar a todo el mundo a cuadros.

—Sí, así lo llamo.

Niego con la cabeza mientras veo a mi padre bajar del vehículo. Y, de repente, ahí está Theo, que sube la pequeña colina para darle un apretón de manos.

Summer aparece a mi lado con Vivi en brazos.

—¿Estás bien, Win?

Asiento, aunque noto que se me hace un nudo de nervios en el estómago. Así que le doy un poco más a la priva. Con un poco de

suerte, así se me pasarán. Veo que Theo y mi padre abren el maletero del monovolumen y sacan…

Ahogo un grito.

Porque lo que mi padre y Theo están llevando ahora mismo a la fiesta es algo que jamás creí que volvería a ver. Algo que creí que había desaparecido hacía mucho tiempo, que creía vendido o pudriéndose en un vertedero.

Pero que, al cabo de unos instantes, dejan delante de mí. Y me quedo sin palabras.

No es que se parezca a la casa de muñecas de cuando era pequeña…

Es que *es* la casa de muñecas de cuando era pequeña.

Con los ojos llenos de lágrimas, me tapo la boca con la mano. Por un lado, no es más que un juguete, pero, por otro… es mucho más que eso.

Harvey me pone una mano en el hombro y Summer me acaricia la espalda.

—Espero que no te moleste que se lo contara —dice mi hermana.

Theo me sonríe como si fuera el gato que se zampó al canario. Mi padre, en cambio, parece tener dificultades para mirarme a los ojos.

—He pensado que igual a Vivienne le gustaría.

Me sorbo la nariz y miro a mi padre, un hombre orgulloso, testarudo e imperfecto. Hoy me parece más humilde.

—La encontré hace años en el callejón, al sacar la basura —explica—. Y la guardé en un trastero. Quería devolvértela, pero no sabía cómo. —Me mira a los ojos por fin, aunque yo no sé qué decir. Mi padre ha cometido muchos errores, pero hoy está a mi lado de todos modos. Me ha ayudado a encontrar un abogado, ha dejado a mi madre… Nunca había luchado por mí, pero ahora lo está haciendo.

Y durante los últimos años he aprendido varias cosas sobre el perdón.

Sobre todo, lo difícil que es perdonarse a uno mismo.

—Y quería que la tuvieras —continúa—. Tómatelo como una ofrenda de paz. No me he portado bien contigo, ya se encargó Theo de hacérmelo ver, pero me gustaría cambiarlo. Si algún día quieres darme la oportunidad, tienes mi número.

Me dedica una débil sonrisa y se da la vuelta para marcharse. Me siento identificada con él, de algún modo. Mi antiguo yo también pasó por esto. Echo un vistazo a mi hermana, que me perdonó de una forma tan generosa que me permitió empezar de cero.

Y a Theo, el hombre que no me echó en cara todo lo malo que había hecho, que no se lo tomó como una prueba de la clase de persona que era. Él me quiso tal y como soy, y también me permitió empezar de cero.

—Papá —lo llamo. Él se detiene, pero no se vuelve—. ¿Por qué no te quedas? Puedes probar la priva de Harvey. Va bien para…, esto…, rebajar la tensión.

Todo el mundo se queda confundido unos segundos.

Mi padre se vuelve hacia mí con una media sonrisa en los labios.

—¿Se puede saber por qué has dicho «priva»?

Me echo a reír. El estrés, la presión, la confusión…

Todo es mucho más soportable cuando estoy con mi familia.



Más tarde, cuando el sol se empieza a poner, Theo me da la mano y me lleva al otro lado del rancho. Nuestros pies hacen crujir la gravilla del camino, y todavía se oye el murmullo de las agradables conversaciones, si bien se van apagando a medida que nos alejamos de todos.

Hemos dejado a Vivi en brazos de Kip, cubierta de pastel de los pies a la cabeza. Su abuelo estaba tan embobado con ella que parecía que le daba igual pringarse.

—¿Adónde vamos?

—A estar a solas un minuto.

—¿Nos estamos escapando para echar un polvo? —susurro, como si alguien pudiera oírnos.

Theo se ríe, ese ruido cálido y reconfortante que nace en su pecho. La tela suave de su camisa negra me parece de seda contra el brazo desnudo.

Se vuelve para mirarme, recorriéndome de arriba abajo con la mirada, y se relame.

—No es lo que tenía pensado, pero está usted muy follable con ese vestido rojo, doctora Hamilton.

—¿Cuánto falta? Tengo los pies cansados, llevo todo el día con estas botas. —Estoy siendo quejica, pero me da igual. Con Theo, no siempre tengo que ser mi mejor versión.

Me querrá cuando sea más insoportable y más quejica. Hoy estoy cansada y abrumada, y siento que ya no me queda energía.

De repente, me coge en brazos y yo me aferro a su cuello y chillo.

—Vamos a ese mismo sitio en el paso de vehículos donde me echaste la bronca hace casi dos años.

Me echo a reír y dejo que me lleve en brazos, hasta que llegamos allí, justo enfrente del rancho.

El lugar en el que agarré las llaves como garras y perdí los estribos con él.

El lugar en el que empezó todo.

Theo me deja en el suelo y yo miro a mi alrededor. Esa noche era fría, oscura. Nevaba. Y yo estaba estresada.

Pero la noche de hoy es cálida y dorada. El cielo es de color rosa pálido. Y los pies me están matando, pero estoy contenta.

Y cuando vuelvo a mirar a Theo, ya no está de pie… Tiene una rodilla apoyada en el suelo.

Y sostiene una cajita de terciopelo azul en la que descansa un anillo con un diamante en forma de lágrima en el que se refleja el cielo rosado.

Y me quedo paralizada.

Theo se ríe.

—Ya sé que es muy pronto, pero escúchame.

Asiento, rígida. No me parece muy pronto. Me parece un sueño.

—Estaba justo aquí cuando me echaste la bronca más fuerte y más excitante de toda mi vida —dice—. Con esa mirada salvaje, esa beligerancia… Pensé que nunca en mi vida había visto una mujer más apasionada, más arrebatadora que tú. Fuiste…, en fin, fuiste borde. Pero me encantó el genio que tenías. Esa misma noche supe que te deseaba. —Se me llenan los ojos de putas lágrimas otra vez —. Esa fue la noche que le dije a mi amigo que creía que me acababa de enamorar de ti, pero en realidad no me hacía una idea de la razón que tenía. —Aparta la mirada un instante, tímido de repente—. Solo estaba removiendo el avispero, metiendo un poco de cizaña. Te pinchaba porque me las devolvías y eso me gustaba. Porque tú me gustabas.

Se me escapa un ruido a medio camino entre la carcajada y el sollozo. Esa noche solo podría haberle gustado a Theo Silva.

—Esa noche empezaron a existir las mejores cosas que hay en este mundo. Tú. Vivi. Lo nuestro.

Una lágrima rueda por fin por mi mejilla. Alargo una mano para enjugármela y asiento. Tiene razón. Esa noche cambió el mundo.

Nuestro mundo.

—Esa noche me di cuenta de que nunca me olvidaría de ti. De que ni el tiempo ni la distancia importaban, nada importaba. Esa noche, supe que para mí no habría nadie como tú. Estaba segurísimo de ello. Lo sentía hasta en los huesos. Todavía lo siento.

Ya no soy capaz de seguir conteniendo las lágrimas, así que las dejo caer. Acepto que esto no es ninguna enfermedad que me aflija.

Es felicidad.

Me pongo de rodillas. Quiero mirar a este hombre a la cara. Al hombre que nunca me ha tratado como si tuviera que salvarme, pero que me ha salvado de todos modos. Le acaricio el rostro y él me da un beso en la palma de la mano antes de continuar.

—Esa noche fuimos unos insensatos. —Se le rompe la voz—. Pero, Dios… Sería insensato contigo mil veces si supiera que vamos a terminar aquí.

Y esa emoción, este hombre… Es como si me hubiese estado faltando algo. Como si no hubiera estado completa hasta que lo encontré.

—Sí. —Alargo la mano hacia el anillo.

—Pero si todavía no te lo he pedido. —Suelta una carcajada, también con voz áspera. También cercana al llanto.

—No hace falta. La respuesta es sí.

Tira la caja y me pone el anillo en el dedo con manos temblorosas.

Ambos contemplamos mi mano unos instantes. Solos, los dos.

—Winter Hamilton, ¿quieres casarte conmigo?

Sonrío con el rostro bañado en lágrimas.

—Después del tiempo que llevas diciéndole a todo el mundo que te vas a casar conmigo… No querría convertirte en un mentiroso.

Me guiña un ojo.

—Estas cosas se saben.

Y esta vez no pongo los ojos en blanco. Lo beso.

Lo beso hasta que en el mundo no existe nada más que sus labios sobre los míos, sus manos en mi pelo y este anillo en mi dedo.

# Epílogo

## Theo

*Ocho meses después…*

—¿Dónde está Vivi?

Winter y yo salimos del vestuario juntos. Es la noche de la final del campeonato de la FMMT.

La joya de la corona que he perseguido durante toda mi carrera. La que nunca he logrado alcanzar del todo. La que este año me ha hecho luchar con uñas y dientes para superar una lesión.

—En las gradas, con tu madre y con todos los demás. —Baja la vista hacia el sujetapapeles. Ahora mismo, está centrada en el trabajo.

—¿Doctora Hamilton? —la llama uno de los muchachos cuando pasamos junto al banco en el que está sentado. Cuando nos volvemos hacia él, levanta una mano. Su pulgar señala en la dirección opuesta a la que debería—. ¿Cree que debería ir al hospital? ¿O podemos arreglar esto aquí?

—A ver, Jude, creo que te has roto el pulgar y que lo más probable es que necesites cirugía.

—Pero no me quiero perder las últimas montas. Quiero ver cómo este tío lo gana todo. —Me sonríe con cara de pirado, que es lo que es.

Winter suspira y echa un vistazo a su reloj.

—Putos jinetes… Están todos mal de la cabeza —murmura antes de mirarme—. Salgo enseguida.

Le sonrío con suficiencia y le guiño un ojo.

—Claro, doctora.

La veo poner los ojos en blanco antes de volverse hacia Jude y empezar a hablarle en un tono de lo más profesional sobre los daños a los ligamentos, las fracturas y los calmantes.

Estar en la carretera ha sido mucho más agradable desde que Winter empezó a trabajar como médica de la gira. Sí, claro, eso significa que se pasa la vida curando a un puñado de jinetes tontos, pero los chicos la adoran, a ella y a su manera de hacer las cosas, al grano y sin tonterías.

Y a mí me encanta que Vivi y ella estén conmigo en todos los eventos. Todo el equipo está en Las Vegas para la gran final, lo que significa que Vivi está en las gradas. Los chicos ya casi la consideran una más de los nuestros. Se queda siempre entre bambalinas con un montón de *cowboys,* así que ya hemos asumido que va a hablar como un camionero cuando sea mayor. Aunque también tendrá un montón de tíos protectores.

Lo siento por los chicos que se le acerquen.

Me río para mis adentros mientras recorro el largo pasillo. Me siento tranquilo y sereno, pese a lo que me dispongo a enfrentarme.

Cuanto más me acerco al ruedo, más alto se oyen los gritos de la multitud, más fuertes se ven las luces. Rhett me está esperando allí. Creo que está más nervioso que yo.

Pero tengo un buen presentimiento. Tengo la misma sensación que la noche que conocí a Winter.

Es un pálpito. Un instinto.

Esta es mi noche.

—¿Preparado? —Me da unas palmaditas en la espalda cuando me acerco a los paneles metálicos.

—Sí.

—¿Eres consciente de que solo hay un vaquero que haya aguantado encima de este toro los ocho segundos completos?

Me echo a reír, porque tienes que estar al menos un poco loco para dedicarte a esto.

—Pues pronto serán dos.

Rhett asiente y aprieta los dientes.

—Entonces, vas a…

—Rhett… —Cojo a mi amigo del hombro. A mi mentor—. No podría haber tenido un mejor entrenador que tú. Gracias por todo lo que has hecho por mí, pero… —echo un vistazo a las gradas e intento encontrarle el sentido a esa familiaridad que me consume— solo quiero disfrutar de esta noche.

Asiente, me da una palmada en el hombro y se va, dándome el espacio que necesito.

Mi rutina pasa en un abrir y cerrar de ojos. Ejecuto todos sus pasos. No busco a Winter a mi alrededor porque sé que está aquí. Es como si pudiera sentirla. No me hace falta verla; sé dónde está, sé exactamente en qué parte de la valla le gusta sentarse y mirarme.

Vivi está aquí. Mi madre. Mis amigos. Juraría que hasta mi padre está aquí.

Y, de repente, este estadio se parece demasiado a mi hogar. Es como si cada una de las personas que me importan estuvieran aquí para animarme. Es como si, después de haberme pasado años centrado en lo mío, ya no estuviera solo.

Durante la monta, una serie de imágenes se suceden ante mis ojos. El pretal. Mi mano. La valla. Un corcoveo. Un giro. Tengo la mente en blanco. Solo veo esa hebilla que estoy a punto de ganar.

Lo único que sé es que aquello que he jurado que lograría desde que era un niño está a punto de ser mío.

Lo único que sé es que cuando bajo del lomo de ese toro y lanzo mi casco al aire, Winter está entre mis brazos antes incluso de que toque el suelo.

Lo único que sé es que mi victoria solo es importante unos segundos. Porque, cuando Winter me susurra al oído: «Espero que estés preparado para ser padre otra vez, porque hay otro pequeño Theo en camino», nada me parece más importante que nosotros.

# Escena extra

## *Harvey*

—¿Qué te parece si nos tomamos un vaso de la Priva Especial de Harvey en lugar de un vaso de nuestro whisky preferido?

Cordelia está recostada en el columpio del porche, con un aspecto un poco menos pulcro que de costumbre. Supongo que mi elegante chica de ciudad, a estas alturas de su vida, no se imaginaba precisamente en la fiesta del primer cumpleaños de una niña en un rancho.

Mueve la cabeza sobre el respaldo para mirarme.

—Necesito que Sloane y Jasper tengan niños pronto, si no, seré demasiado mayor para seguirles el ritmo. Me estoy haciendo vieja, Harvey.

Le brillan los ojos. De repente, me da la sensación de que haber salido aquí con dos vasos de plástico del ponche que ha sobrado de la fiesta me parece tremendamente inmaduro. Tardo un segundo en comprender sus palabras, pero entonces doy un paso al frente, dejo las bebidas en la barandilla del porche y me acerco para sentarme junto a ella.

—Ven aquí, Cordy —le pido. Levanto un brazo y apretujo su cuerpo contra el mío.

Ella respira hondo y se acurruca contra mí. Llevamos ya casi un año sentándonos juntos en este porche. Al principio no éramos más que dos personas tristes que intentaban con todas sus fuerzas que sus manos no se rozaran o que sus rodillas no se chocaran, pero el nuestro se ha convertido en uno de los amores más tiernos y reconfortantes que he sentido nunca.

No se lo he dicho a ella. Todavía no. Pero no por ello deja de ser cierto.

Se acurruca más y vuelve a respirar hondo.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunto, acariciándole el pelo rubio platino con la barba de pocos días varias veces, antes de darle un beso en la cabeza.

—Me estoy haciendo vieja. Hoy, cuando los he visto a todos juntos… Se están comprometiendo, teniendo bebés y construyendo casas juntos. Y me da la sensación de que, hace nada, esa era yo. Siento que he parpadeado y he aparecido aquí. Vieja. Malgasté muchos años atrapada en una vida que odiaba, jugando a ser una de las esposas de Stepford. Y hoy he visto a Winter, una mujer que casi no conozco, y que consiguió escapar cuando todavía le quedaban muchos años por delante y… Cómo me alegro por ella. —Se le rompe la voz—. Pero también estoy celosa. ¿No es horrible?

—Cordy, no eres vieja.

Niega con la cabeza y suelta una carcajada.

—Ella está ahí, cogiendo el toro por los cuernos, y yo sigo escondida.

Respiro hondo y contemplo el rancho de la familia mientras reflexiono sobre sus palabras. El rancho que heredé de mi padre. El que heredarán mis hijos.

—No hay mucho de lo que yo me arrepienta.

Ella se ríe por la nariz.

—Claro que no. Tú eres como un rayo de sol, siempre feliz. Viendo el vaso medio lleno. Podrías vivir a base de beicon y serías más feliz que una perdiz.

—En mi defensa, diré que el beicon está buenísimo. Podría ser un grupo alimentario en sí mismo.

Me da una palmadita en el pecho y deja la mano ahí, con los dedos sobre mi corazón.

—No, porque necesitas que este corazoncito siga latiendo. Sería muy infeliz si no te tuviera por aquí. Ahora que por fin soy feliz.

—Pues por eso me como tu salmón hervido sin sal, Cordy. Yo también soy feliz contigo. Y me entristecería una barbaridad dejarte ahora que acabamos de encontrarnos. —Me frota suavemente la camisa con los dedos, acariciándome con las uñas perfectas igual que si estuviera rascando a un perro detrás de las orejas—. Y hablando de esto de encontrarnos… —empiezo a decir. Ella me mira de golpe, clavando los ojos de un azul cristalino en los míos. El sol se está poniendo tras ella, en el horizonte, y ha pintado el cielo de rosas, violetas y dorados—. Me temo que Winter también nos ha encontrado.

Se endereza un poco, pero no se aparta. En lugar de eso, encoge las piernas y sigue apretujada contra mí.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Llevamos más de un año viviendo bajo el mismo techo. Tarde o temprano, vamos a tener que confesar.

—Pero no quiero que me odien. Necesito… No sé. Un plan para darles la noticia. Quizá podamos dejarlo caer primero.

Exhala un suspiro, cansada. Ambos hemos estado posponiendo el momento de contarles lo nuestro a los chicos. No importa que, según mis búsquedas en Google, sea frecuente terminar con el hermano o hermana de tu esposo muerto. No importa que hayan pasado treinta años desde la muerte de Isabelle. A los dos nos preocupa qué pensarán los demás. Estamos a salvo en nuestra pequeña burbuja.

A decir verdad, no sé cómo es posible que Winter sea la única que lo sospecha. Me hace pensar que a mis hijos quizá les falte un verano. Guapos pero tontos. Es una pena.

—Bueno, si tu plan consiste en follarme con los ojos cada vez que estamos con ellos, diría que está funcionando.

—¡Yo no te follo con los ojos!

Me río en silencio. Me encanta tocarle las empolvadas narices.

—Claro que sí. Casi lo estuviste gritando a los cuatro vientos en la fiesta de cumpleaños por culpa de tu mirada seductora.

Alza la nariz en un gesto orgulloso y replica:

—No sabes lo que dices, Harvey Eaton.

—Ah, ¿no? Pues juraría que te vi mirándome cachonda perdida mientras te presionabas el interior de la mejilla con la lengua, que en mi pueblo es la señal universal para: «Quiero hacerte una mamada».

—¡Se me había metido algo entre los dientes! —Se aparta un poco, más que nada, para demostrarme con su lenguaje corporal lo indignada que está—. No era por eso ¡y lo sabes!

Le dedico una sonrisita de suficiencia. Para cabrearla todavía más.

Al menos ahora ya no se está machacando. Prefiero que sea un poco más laxa consigo misma… y que me machaque a mí.

—¡Jamás haría eso en la fiesta de cumpleaños de una niña! —insiste.

—No, ya lo sé. Estaría terriblemente fuera de lugar. Di por hecho que te referías a que me harías la mamada después. Por eso he traído la priva; he pensado que nos pondría a tono. —Me muerdo el labio para no echarme a reír.

—Por favor, dime que estás de broma. Sería horrible que alguien pensara eso.

—¿Horrible que quieras hacerme una mamada? Qué dura eres, Cordy.

De repente, se da cuenta de lo que estoy haciendo y me mira con el rostro inexpresivo. Luego levanta la muñeca y pone su Apple Watch entre nosotros.

—Oye, Siri —pregunta con firmeza, fulminándome con la mirada —. ¿A qué edad alcanzan los hombres la madurez?

Resoplo y luego suelto una carcajada que ya me estaba costando trabajo contener.

—Esto es lo que he encontrado —responde la espeluznante voz robótica, y entonces aparecen unas líneas de texto. Está fuera de contexto debido al tamaño de la pantalla, pero, aun así, se lee:

> … los hombres no pueden alcanzar la madurez hasta que su cerebro no se haya desarrollado completamente.

Cordelia se vuelve hacia mí con el semblante muy serio y los ojos muy abiertos, claramente, todavía pensando en que le estaba tomando el pelo.

—Vaya, Harvey, me pregunto cuándo se acabará de desarrollar tu cerebro.

Le guiño un ojo.

—Supongo, entonces, que tú y yo no somos tan viejos.

Me sonríe y se acerca para darme un suave beso en los labios. Me acaricia las mejillas, rozando suavemente mi barba de pocos días con las yemas de los dedos.

Y entonces susurra:

—¿Y qué dice de mí que quiera que tu cerebro nunca madure del todo?



—¡Hola, hijo! —saludo cuando oigo que la puerta del porche trasero se abre y se cierra.

—¿Papá?

—El único que tienes.

—Y gracias a Dios. El mundo no está preparado para más de un Harvey Eaton. —Reprimo una sonrisa. El mayor de mis hijos se mete conmigo antes incluso de haberme visto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Yo no lo eduqué para que pegara voces por la casa, pero aquí estamos. Pegando voces por toda la casa.

—¡El desayuno! —Le doy la vuelta al beicon con cuidado. Lo oigo quitarse las botas, pero no aparto la vista de la sartén.

Miro atrás y veo a Cade, tan corpulento que ocupa todo el marco de la puerta, mirándome con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Lleva una camiseta negra y sus cejas parecen dos orugas pegadas encima de sus ojos. Si no supiera que debajo de ese aspecto de capullo es un blando, me preocuparía que me mirase con esa cara.

—¿Por qué coño vas sin camiseta? —pregunta.

Bajo la vista para mirarme.

—No quería que el beicon me salpicara en la camisa limpia.

Willa se ríe por la nariz. Está sentada en el sofá, acunando a Emma.

—¿Que la grasa caliente te salpique la piel te parece una mejor opción?

Me limito a encogerme de hombros.

—Ni lo noto. No puedo evitar estar así de curtido. Ni tengo la culpa de que tengas la piel tan sensible y suavecita.

—Qué asco —refunfuña, con el hombro apoyado en el marco de la puerta.

—Pues Willa no ha protestado cuando me he quitado la camisa. Soy el papito original, ¿no?

—Haaaaarrrrvvveeeeyyyy… —Willa echa la cabeza hacia atrás y empieza a reírse; veo las sacudidas de su cuerpo, detrás de la isla de la cocina.

Cuando vuelvo a mirar a mi hijo, me doy cuenta de que ni él puede evitar que se le curven los labios hacia arriba.

—Más asco todavía, papá. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Es que no puedo venir a visitar a mi hijo?

—Claro que puedes, pero nunca habías venido a visitarme a mi propia casa, sin avisar, solo para hacerme beicon —contesta mientras se dirige a la cocina. Coge una loncha de la sartén y se la mete entera en la boca.

—¿No te has quemado los tiernos deditos?

Se ríe por la nariz, pero no responde.

—El beicon podría considerarse un grupo alimentario en sí mismo, ¿verdad? —pregunto, contemplando cómo mastica. Finjo que yo también puedo saborear esa grasita salada y crujiente.

—Evidentemente. Pero eso no explica qué haces a…

—Cade, no seas capullo. Yo quiero beicon. Tu hija quiere beicon. No nos lo niegues —interviene Willa. Me ha recibido con mucho más agrado que mi hijo cuando me he ofrecido a preparar el desayuno. Con los brazos abiertos, de hecho.

—Tú no tienes límites, pelirroja. Que vivamos en el mismo rancho no significa que pueda pasarse por aquí cuando le dé la gana.

Ni siquiera se gira para mirar a Cade; está viendo hipnotizada una telenovela turca en la televisión.

—Es cierto. Dejaría entrar hasta a un perfecto desconocido si se ofreciera a freír beicon. Es el equivalente adulto de una furgoneta llena de cachorritos. —Cade resopla, pero Willa no tarda en añadir—. En realidad, creo que con los cachorritos también caería.

—Me dejas muy tranquilo, pelirroja. Pero encaja con la chica que olía a cerveza y perdió las bragas el día que la conocí.

Ahora se vuelve para mirarlo y le dedica una sonrisa radiante y cegadora.

—Me amas.

Dios, cómo me alegra que mi chico haya encontrado a alguien que lo mire así.

Le contesta con una sonrisa que nace con naturalidad. Con libertad. Nunca me cansaré de verlo así, después de los años que tuve que verlo infeliz.

—Bien lo sabes tú.

Cade se sienta en un taburete en la isla de la cocina mientras yo emplato el beicon y casco un par de huevos.

—¿Cómo queréis los huevos?

—¡Fritos! —responden al unísono.

—¿Dos cada uno?

—¡Sí, señor! —responde Willa con entusiasmo.

Pero es Cade quien llama mi atención.

—Papá, ¿te estás muriendo?

—¿Qué? —pregunto incrédulo.

—Estás raro. ¿Qué pasa?

Me aclaro la garganta, tenso. He venido para contarle lo de Cordelia. Se me ocurrió que sería más fácil darle la noticia primero al chico que se enamoró de su niñera, para ir tanteando el terreno. Pero ahora que estoy aquí, ya no estoy tan seguro de que contárselo a la familia sea una buena idea.

—Solo he venido a veros, a charlar un rato…

Cade ladea la cabeza y vuelve a fruncir el ceño. Me analiza como si fuese su hijo intentando colarle una trola.

—¿Sobre qué?

Me encojo de hombros.

—Lo que sea. Cualquier cosa.

Joder. Me estoy cagando en los pantalones, no lo puedo negar. Me paso la mano por la cara y me arriesgo a mirar a mi hijo y su mirada, que es como un rayo láser. Me está estudiando de arriba abajo, como si buscara algún signo de enfermedad.

—Creo que has perdido algo de peso.

—Por Dios, muchacho. No me estoy muriendo. Estoy más sano que una manzana. Me sobraban unos kilos, eso es todo.

—Vale —contesta con cautela, tamborileando con los dedos sobre la encimera de mármol.

No creo que esté muy convencido.

Le doy la vuelta a los huevos, para que queden perfectamente fritos pero con la yema líquida, y luego le paso el plato terminado. Él se lo queda mirando y luego me vuelve a mirar a mí.

—¿Tú no comes?

—No puedo. —Me doy una palmadita en la barriga—. Quiero conseguir la tableta de chocolate.

—Di que sí, Harv. Bien por ti, rompecorazones —dice Willa mientras se acerca a la cocina con Emma en brazos.

Cade no parece tan convencido. Willa se sienta en un taburete a su lado y él sigue mirándome.

—Pero acabas de decir que el beicon es un grupo alimentario en sí mismo.

—Y lo es —concuerdo, asintiendo con decisión—. Sin duda.

—¿Pero no vas a comer?

—Qué va. Es malo para el corazón. Cordy quiere que le dure muchos años. —Se me escapa sin pensar. Sin que me dé tiempo a contener las palabras a tiempo.

Cade y Willa se me quedan mirando con los ojos como platos. Totalmente inmóviles.

—Porque… —Los miro, primero a uno y luego a la otra. Me siento como un adolescente al que acaban de pillar escapándose por la noche o algo así—. Porque casi no le cobro nada de alquiler. Bueno, casi no, no le cobro nada. Es gratis. Soy un casero estupendo.

Willa enarca las cejas al tiempo que Cade las arruga.

—Y somos familia. Y… —Me froto las manos e intento mostrarme despreocupado—. Y la familia tiene que cuidarse. Por eso estoy aquí preparándoos el desayuno.

Cade sigue quieto como un muerto, evaluándome con la desconfianza escrita en el rostro.

Willa se echa a reír y se mete un pedazo de beicon en la boca.

—Mientes fatal, Harvey Eaton.

Me tapo la boca con la mano para reírme y me vuelvo hacia la cocina para recoger el desastre que he causado. El desastre que puedo salvar, claro está. Con la conversación la he cagado del todo. Voy a dejar las cosas así y voy a poner pies en polvorosa.

Al final, Cade y Willa se ponen a charlar. A mí se me van los ojos hacia el beicon, y se me ocurre que por comerme un trocito no pasaría nada. No me haría daño. Cordelia ni se enteraría.

«Sería muy infeliz si no te tuviera por aquí».

Las palabras de Cordelia afloran en mi mente. El afecto que se desprendía de ellas. Su modo de decirme lo que significo para ella sin decírmelo del todo.

De repente, se me ocurre que en algunas cosas somos muy claros el uno con el otro, pero que en otras todavía andamos con pies de plomo.

Se me ocurre que estoy guardando demasiados secretos para mi gusto.

Se me ocurre, mientras dejo la sartén donde está y cojo mi móvil, que está en la encimera de enfrente, que quiero a Cordelia más de lo que quiero al beicon.

Y supongo que por eso abro mi chat con ella y se lo digo.

**Harvey**: Te quiero, Cordelia.

Pulso enviar sin darme ni un solo segundo para pensármelo dos veces. Soy un hombre adulto, coño. Puedo coger el toro por los cuernos. Puedo ser directo. No necesito el permiso de nadie para saber que esto es lo correcto.

Me lo dicen los huesos.

Y, al cabo de unos minutos, me lo dice también el corazón.

**Cordy**: No me puedo creer que me hayas dicho eso por mensaje.

**Cordy**: Pero yo también te quiero, Harvey.

Sonrío como un bobo mirando el teléfono. Recorriendo cada letra con la mirada, regodeándome en la sensación calentita que se me extiende por el pecho. Una sensación que hacía mucho, muchísimo tiempo que no sentía.

Y entonces miro la sartén por última vez y alargo la mano hacia mi camisa, en lugar de hacia una de esas lonchas de carne frita.

Una dieta basada en beicon ya no es lo que quiero.

Pero Cordelia sí.

# ELSIE SILVER

# *Hopeless*
# SIN REMEDIO

## SAGA CHESTNUT SPRINGS

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz

# Uno

## *Beau*

Pensaba que cabrear a mi hermano y largarme hecho una furia me haría sentir algo.

Por supuesto, me he equivocado.

Ni siquiera actuar como un gilipollas rabioso cuando debería estar ayudando a un amigo de la familia a mudarse a su nueva casa consigue despertar algo en mí.

Camino por la calle principal de Chestnut Springs con las manos cerradas en puños, clavándome las uñas en las palmas.

Eso tampoco lo siento.

Solo noto el cansancio.

Aunque no lo suficiente como para dormir.

De pronto, el agudo silbido de un tren atraviesa la calma y me quedo paralizado. Durante años, he estado ocultando lo mucho que me alteran los ruidos fuertes, pero ahora es diferente.

Lo lógico sería pensar que voy a pelear o a salir corriendo, pero últimamente solo me quedo quieto, esperando a que llegue cualquier emoción: miedo, ansiedad, frustración…

Nada. No siento nada.

Me detengo en la intersección entre la calle Rosewood y Elm, y me giro para ver cómo el tren se aleja entre resoplidos metálicos. Va y viene. De un punto A a un punto B. Carga. Descarga. Espera toda la noche. Y vuelta a empezar.

—Soy como un tren —susurro, mientras observo cómo las ruedas se deslizan firmes sobre los raíles.

Me paso el día entero trabajando en el rancho porque se supone que es lo que tengo que hacer. Me limito a seguir la rutina. Y detesto cada segundo.

Una mujer pasa a mi lado con un carrito de bebé y me mira confundida. Luego, en cuanto me reconoce, pone cara de sorpresa. Puede que fuéramos juntos al instituto, aunque en un pueblo como este, es algo que le suele pasar a casi todos los nacidos con pocos años de diferencia.

—¡Anda, Beau! Perdona, no te había reconocido.

Será porque hace meses que no me corto el pelo.

No recuerdo su nombre, así que me limito a sonreír con educación.

—No pasa nada. Estoy en medio del paso de peatones, ¿verdad? Espera… —Estiro el brazo y pulso el botón del semáforo por ella.

La mujer cuyo nombre no recuerdo esboza una sonrisa de agradecimiento y se coloca la bolsa sobre el hombro sin dejar de sujetar el carrito que va atestado de cosas que seguramente no necesita.

—¡Gracias! Me alegra verte por aquí. Tuviste a todo Chestnut Springs con el alma en vilo esas semanas.

Me tiembla la mejilla por el esfuerzo de seguir sonriendo. Sí, formé parte de la JTF2, la unidad de élite de las fuerzas especiales de Canadá. Sí, decidí quedarme atrás y no subir al transporte de evacuación para rescatar a un prisionero de guerra. Y sí, estuve desaparecido en combate durante semanas y, cuando por fin me encontraron, estaba hecho un desastre.

Sigo hecho un desastre.

A la gente le encanta hablar de eso.

«Nos diste un buen susto».

«La próxima vez intenta coger el transporte a tiempo, ¿vale?».

«Seguro que estás disfrutando de ser el centro de atención».

Y en cuanto creen que no estoy escuchando, los comentarios dejan de ser amables y se convierten en auténticas puñaladas.

«Parece que va a explotar en cualquier momento».

«Ni siquiera el terapeuta ha podido ayudarlo».

«Puede que él lo vea como un acto heroico, pero a mí me parece una estupidez».

Sé que no lo hacen con mala intención, pero me revienta cómo lo expresan. Como si haber quedado atrapado en territorio enemigo tuviera algo que ver con ellos. Como si hubiera querido asustarlos a todos o ignorado cualquier intento de comunicación a propósito. Los civiles nunca podrán imaginarse toda la mierda que he visto y las decisiones que he tenido que tomar.

Así que prefiero hacer oídos sordos.

—No hay nada como sentir el apoyo de un pequeño pueblo —comento, porque no puedo decir lo que de verdad pienso. Si les mostrara la persona que soy ahora, mi nuevo yo, les resultaría demasiado incómodo.

—Pues aquí lo tienes a raudales. —Asiente con gesto amable y cruza la calle.

Parpadeo y aparto la vista; no quiero seguirla, pero tampoco sé hacia dónde voy. Supongo que en dirección contraria.

Y ahí es cuando veo El Andén, el mejor bar de Chestnut Springs.

Da igual que el cielo esté despejado y el sol brille en esta tarde preciosa de verano. Da igual que haya dejado a Rhett hecho una furia. Da igual que un amigo me esté esperando para que le eche una mano descargando muebles a solo un par de calles.

Ahora mismo, el bar del pueblo me parece un sitio cojonudo donde esconderme.

Y un buen trago no me va a venir nada mal.

—Gary, como no bajes el ritmo, voy a tener que quitarte las llaves.

El hombre mayor, con la cara enrojecida, resopla ante la advertencia de Bailey. Me acomodo en un taburete, unos cuantos asientos más allá, y lo giro para apoyar un codo en la barra y quedar de cara a la puerta. Puede que solo sea otro pequeño bar de pueblo más, pero lo han reformado por completo, y ahora tiene un aire más sofisticado que me gusta. La decoración tipo *western* domina el espacio, con la lámpara hecha con una rueda de carreta que cuelga sobre el suelo de madera reluciente y los tarros de cristal aportando un toque rústico.

—¿Cuándo te has vuelto tan mandona? —masculla Gary, dejando su pinta de cerveza sobre la barra—. Antes casi no abrías la boca, y ahora no paras de darme órdenes como si fueras una pequeña tirana.

El pelo oscuro, casi azabache, de Bailey Jansen le cae reluciente sobre los hombros bronceados. Nos da la espalda mientras se agacha para sacar los vasos del pequeño lavavajillas que hay detrás de la barra.

—Supongo que ya he cogido confianza —responde—. Y a ti no te viene mal que alguien te controle, viejo testarudo. Te pasas todo el día aquí, molestándome.

—¡Eso no es cierto! Me porto de maravilla contigo. Es más, yo diría que soy uno de los pocos que lo hacen.

Bailey se da la vuelta con un paño blanco en la mano y señala con el dedo a Gary.

—Cierto, y te considero un amigo. Por eso no me canso de repetírtelo todos los días: bebes demasiado.

Entonces se percata de mi presencia y abre los ojos, sorprendida. Entre la música *country* y el ruido del lavavajillas, es normal que no me haya oído llegar.

—Si dejo de beber, te vas a quedar sin trabajo. Y puede que hasta sin un amigo.

—Tranquilo, Gar. Ya me las apañaré —responde ella. Luego hace una pausa y se pasa la lengua por los labios entreabiertos. Unos

labios carnosos y húmedos—. Beau Eaton. Me alegro de verte por aquí.

Gary se vuelve hacia mí, dándose cuenta de que estoy aquí.

—¡Coño, Beau Eaton! Eres un armario de cuatro puertas, ¿eh? —Gary arrastra las palabras, y Bailey aprovecha su descuido para quitarle las llaves con un ágil movimiento de la mano que tiene libre.

Gary cierra los ojos y resopla.

—Todos los putos días igual.

—Sí. Todos los putos días. —Bailey se guarda las llaves en el bolsillo trasero de los vaqueros y se gira hacia el lavavajillas, donde se le han ido acumulando los vasos—. ¿Qué te pongo, Beau? ¿Estás esperando a alguien? Supongo que querrás sentarte en tu sofá de siempre, ¿no?

Trago saliva y miro el sofá donde mis hermanos, mis amigos y yo hemos pasado tantas noches. Tengo la sensación de que el Beau que se sentaba allí ya no existe. El Beau de ahora está en la barra, junto a la vecina reservada que luce unos Levi's desgastados mejor que nadie.

Y con el borracho melancólico del pueblo.

—No, hoy he venido solo. Ponme lo mismo que está bebiendo Gary.

—¡Una Buddyz Best para el héroe del pueblo! —Gary golpea la barra con la mano. Me sobresalto por el sonido repentino. Y por la etiqueta de «héroe». A veces siento que voy a derrumbarme con tanta gente mirándome como si tuviera que estar en un pedestal. Siempre hay alguien observándome.

Contemplo su mano curtida, apoyada sobre la madera pulida de la barra. Cierro los ojos un instante y deslizo la lengua por los dientes para no apretar la mandíbula. Cuando alzo la vista, tratando de parecer relajado, me encuentro con el ceño fruncido de Bailey, cuyos ojos oscuros me taladran, como si pudiera descifrar lo que hay dentro de mi cabeza. Esbozo una sonrisa forzada que no parece impresionarla en absoluto. De hecho, antes de darse la vuelta para

servirme la cerveza, hace un gesto de negación con la cabeza apenas perceptible, como si la hubiera decepcionado.

Vuelvo a recorrerla con la mirada, intentando recordar cuándo fue la última vez que la vi. Siempre ha sido la dulce, tímida y pequeña Bailey Jansen. Por desgracia, nació en la familia con peor reputación del pueblo. Su padre y sus hermanos han estado metidos en todo tipo de problemas: drogas, robos, prisión… y su madre se marchó hace años y nunca volvió.

Lo peor de todo es que su propiedad linda con la nuestra. Desde mi casa en el rancho puedo ver la suya al otro lado del río, justo donde puse una valla de espino para que esos cabrones supieran hasta dónde podían acercarse.

Pero Bailey siempre me ha parecido distinta.

Siempre he sentido cierta pena por ella, y también el impulso de protegerla desde la distancia de las miradas, los cuchicheos… No quiero ni pensar lo jodido que debe ser crecer en un pueblo pequeño donde todos tienen algo que contar sobre tu familia. Por eso siempre he sido amable con ella. Me cae bien. No tengo motivos para lo contrario, aunque apenas hayamos hablado.

Lleva años trabajando en El Andén, aunque no recuerdo cuántos. Ni tampoco si ha pasado el tiempo suficiente como para que ahora me permita fijarme en cómo se le sube la camiseta de tirantes, dejando a la vista una franja de su vientre plano. O imaginarme lo bien que encajarían esos pechos redondeados en mis manos.

—¿Desde cuándo trabajas aquí, Bailey? —pregunto. Noto cómo tensa los hombros.

Se aclara la garganta.

—Desde hace poco más de cuatro años. Empecé cuando tenía dieciocho.

Es decir, que ahora tiene veintidós.

Mierda. Tengo treinta y cinco, lo que significa que yo era un adolescente cuando… Aparto ese pensamiento de mi mente y bajo la vista justo cuando ella coloca un posavasos frente a mí, seguido de una pinta de cerveza rubia, con la espuma a punto de desbordarse.

—Gracias —murmuro pasándome una mano por el pelo.

Me responde con un murmullo breve que no llega a ser palabra.

Desde que he vuelto, Bailey ha sido la única del pueblo que no me ha tratado como si fuera el héroe del año. No me observa con una curiosidad morbosa, como si fuera una especie rara en un zoo.

Sigue trabajando en silencio, y yo me esfuerzo por no mirarla demasiado, al tiempo que me pregunto por qué ha pasado de hablar con tanta soltura a cerrarse en banda en cuando me he sentado en la barra.

—Así que estuviste desaparecido en combate dos semanas, ¿no? —empieza Gary. Veo cómo Bailey pone los ojos en blanco, mientras seca una jarra de cerveza hasta dejarla reluciente.

—Sí.

—¿Y cómo fue?

Genial. Otra vez el único tema del que me habla la gente desde que volví.

—¡Gary! —exclama Bailey, dejando caer los brazos a los costados, con una expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Qué pasa?

—Esas cosas no se preguntan.

—¿Por qué no?

No puedo evitarlo. Me río y decido ayudar a Bailey antes de que sienta que tiene que salir en mi rescate.

—Hacía un calor infernal. Me puse moreno.

El hombre me mira con los ojos entrecerrados y se mueve con torpeza. Me pregunto cuánto tiempo lleva bebiendo, porque es temprano, apenas ha pasado el mediodía, y ya va como una cuba.

—He oído que te quemaste, no es el moreno que a mí me gustaría.

—¡Gaaary! —Por cómo pronuncia su nombre, está claro que a Bailey le está horrorizando esta conversación.

Deslizo la mano por la barra para captar su atención.

—No pasa nada. Todo el mundo sabe lo de las quemaduras.

Ella parpadea. Me fijo en que, de pronto, tiene los ojos ligeramente empañados.

—En serio —continúo—, prefiero que la gente hable claro a que me laman el culo o se anden con rodeos. ¿Por qué crees que estoy aquí a plena luz del día?

—¡Porque Bailey es la mejor camarera del pueblo!

Ella resopla con diversión y vuelve a su tarea de secar vasos. Intento recordar si alguna vez la he visto sonreír de verdad. Creo que no. Siempre intenta pasar desapercibida, y yo solo vengo al bar cuando está hasta arriba. Ni siquiera estoy seguro de si había escuchado bien su voz antes. Tiene un tono melódico, una dulzura que resulta casi reconfortante.

Estoy harto de que la gente me hable, pero algo me dice que escuchar a Bailey podría no ser tan malo.

El primer trago de cerveza entra frío y me refresca por dentro. Suspiro mientras bebo, sintiendo como si la carga se volviera más ligera entre el borracho y la marginada del pueblo.

Ahora los reconozco como espíritus afines, ya que yo también soy un inadaptado en mi propio hogar.

—Quemaduras de tercer grado en los pies —explico, siguiendo la línea de franqueza absoluta de la conversación—. Me hicieron injertos de piel.

—No te preocupes. Seguro que encuentras a alguna chica que tenga algún fetiche raro con los pies a la que le encante esa mierda.

Bailey apoya las manos en el borde de la barra y baja la cabeza con un gemido.

—Por el amor de Dios, Gary. Deja de beber.

—Mientras te funcione la polla… —Me señala de arriba abajo con la mano—. De cara no estás mal, ¿verdad, Bails? Vas a estar bien, chaval. Ya verás como aparece alguien que te quiera.

A pesar de estar borracho, Gary ha dado justo en el clavo. Nunca me he considerado una persona vanidosa ni obsesionada con mi aspecto. No me ha hecho falta. Con los buenos genes que he heredado y la exigencia física de mi trabajo ha sido suficiente.

¿Quién se hubiera imaginado que unos pies llenos de cicatrices serían los que harían tambalear mi confianza? Putos pies. Como si tuvieran alguna importancia. Podría haber sido peor. Debería estar agradecido. Y, sin embargo…

Bailey me mira con atención, repasando mis facciones, y yo hago lo mismo con ella. Su pelo oscuro brilla con matices caoba allí donde le da la luz. Es liso y sedoso, y le cae en capas desde el flequillo largo hasta el mentón, los hombros y la espalda. No parece que se lo corte a menudo. Me detengo en sus pestañas, tan espesas y negras que me recuerdan a las de esas muñecas antiguas. No lleva ni una pizca de maquillaje, lo que deja al descubierto unas pocas pecas repartidas por la nariz.

Un leve rubor le tiñe las mejillas cuando responde en voz baja:

—Sí.

Luego parpadea y aparta la vista.

Esos ojos, esa mera palabra… me aceleran el pulso.

Y por fin, algo empieza a moverse en este mar de entumecimiento.

Trago saliva para aliviar la sequedad de la boca, intentando borrar este instante. Puede que aún no esté preparado para sentir nada.

Doy otro sorbo a la cerveza y me pregunto si, con un par de pintas más, conseguiré dormir esta noche más de unas pocas horas.

Bebo otro trago y me paso la mano por la barbilla sin afeitar antes de mirar a Gary.

—El amor es lo último que necesito. Pero esta cerveza me está sentando de maravilla. Gracias, Gary.

Me siento seguro hablando con él, mucho más que con Bailey Jansen, que me observa con esos ojos enormes de cervatillo, como si pudiera verme por dentro.

# Agradecimientos

No sé si alguna vez he escrito un personaje con el que me identifique más que con Winter. La maternidad es una montaña rusa, y aunque yo tuve al marido más comprensivo e increíble del mundo a mi lado desde el principio, hubo días en los que lo único que quería era esconderme en un armario y llorar. Madres solteras: vosotras sois las verdaderas heroínas. En serio, os aplaudo con todas mis fuerzas.

Dicho esto, este libro no habría sido posible sin el apoyo de algunas personas maravillosas. Un agradecimiento inmenso…

Al señor Silver: siempre te daré las gracias a ti el primero, porque cada mañana te levantas a hacerme un café antes incluso de que yo me despierte a las cinco, para que pueda meterme en mi despacho a escribir. Ni siquiera sé si sería capaz de hacerlo sin ese ritual diario. Eres el pilar de mi vida y mi barista preferido.

A mi hijo, cuya broma favorita actual es llamarme Elsie Gamba. Si lo pienso bien, no tiene tanta gracia, pero me hace reír cada vez, así que merece ser inmortalizada. Solo tienes siete años y me haces reír todos los días, y eso me parece increíblemente especial.

A mis padres, que siempre han sido mi principal apoyo. Gracias por quererme y animarme, incluso cuando desaparezco en mi extraña burbuja de escritora y paso días sin comunicarme.

A Catherine Cowles… ¡Esas erecciones por estrés son para ti! Te prometí que lo metería en un libro y, maldita sea, ¡lo he hecho! Eres una mentora increíble y una amiga aún mejor. Qué agradecida estoy por tenerte. Y, por si alguien se lo estaba preguntando, cada día le mando a Catherine un número perturbador de mensajes de voz, y en uno de ellos le conté que mi perro tiene erecciones por estrés.

A Kandi y Lena, mis *Spicy Sprint Sluts:* hacéis que escribir estas novelas sea más fácil. Y mucho menos solitario. Ver vuestros

mensajes al despertar es siempre de las mejores cosas del día.

A mi asistente, Krista, que básicamente gestiona mi vida. A nadie le quedan mejor las medias de rejilla. Y, además, eres mi papi.

A Stephanie y Kody, que completan el equipo Elsie y me ayudan a conseguir el equilibrio con mis redes sociales. ¡No sé qué haría sin vosotros!

A Echo Grayce, la increíblemente talentosa diseñadora de mis cubiertas, que no se enfadó conmigo cuando cambié y modifiqué un millón de cosas. ¡Gracias! Son realmente preciosas.

A Paula, mi extraordinaria editora. Mi profesional de las palmaditas en la espalda. Mi compañera amante de la mantequilla. No me dejes nunca, porque te encontraré.

A mi editora de contenido, Júlia. Tus comentarios son de lo mejorcito, y fingir que te habías equivocado de número cuando me mandaste unos mensajes de voz muy gráficos sobre las escenas de sexo de este libro me hizo muy feliz y fue una de las mejores cosas de este proceso. Gracias por tolerarme.

A mi revisora, lectora beta y…, Dios, ¿qué no haces?, Leticia, este libro es mucho mejor porque tú has metido mano. Gracias.

A mis chicas beta, que hacen que me parta de risa con sus lecturas. Trinity, Josette, Amy, sois maravillosas. Gracias por regalarme vuestro tiempo y vuestras opiniones. Os valoro muchísimo.

Un saludo a mi agente, Kimberly Brower, que ha hecho muchísimo por estos libros y esta serie. Soy muy afortunada de tenerte. Muchas gracias por todo tu trabajo.

A Rebekah West, mi editora en Piatkus: he disfrutado mucho trabajando contigo en este libro. Gracias por creer tanto en mí. Me sentiré halagada por tu apoyo para siempre.

Y, para acabar, gracias a mis lectores de copias avanzadas y a los miembros del equipo de calle… No sé ni por dónde empezar. Marcáis la diferencia, mucho más de lo que pensáis. Cada post me hace sonreír y cada reseña tiene un impacto. No me importa cuántos seguidores tengáis, todos sois maravillosos y valiosos y os aprecio a

todos y cada uno de vosotros más de lo que os imagináis. Gracias por ayudarme a hacer crecer mi carrera.

## Sobre la autora

Elsie Silver es una autora canadiense que escribe novelas románticas picantes y sexis ambientadas en áreas rurales. Le encantan los novios de ensueño y las heroínas capaces de hacer que caigan de rodillas ante ellas. Vive en las afueras de Vancouver, en la Columbia Británica, con su marido, su hijo y sus tres perros, y devora novelas románticas desde mucho antes de lo que probablemente hubiera debido hacerlo.

Le encanta cocinar y probar platos nuevos, viajar y pasar tiempo con sus chicos, sobre todo al aire libre. Además, también se ha aficionado muchísimo a empezar sus mañanas tranquilas a las cinco de la madrugada, que es cuando escribe casi todas sus páginas. Durante estos momentos, se bebe un café calentito y conjura un mundo ficticio lleno de historias románticas que compartir con sus lectores.

Página web: www.elsiesilver.com
Facebook: authorelsiesilver
Instagram: @authorelsiesilver
TikTok: @authorelsiesilver

Título original: *Reckless*

Edición en formato digital: septiembre 2025

Copyright © 2023 RECKLESS by Elsie Silver
© de la traducción: Elena Macián Masip, 2025
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2025
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-19822-86-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.